

Divorcio

Noe Casado



Lectulandia

En el Londres de principios del siglo xx, una chica perteneciente a una familia aristocrática venida a menos porque su padre no ha sabido o no ha querido adaptarse a los nuevos tiempos debe casarse con un «nuevo rico» para salvar a su familia de la ruina.

Madelinne Chesterfield, que no piensa en el matrimonio, intenta buscar una salida pero todo parece en su contra, así que Maddy termina casada con Samuel Boston, un banquero. Para su sorpresa él aceptará sus propuestas a cambio de que ella solo cumpla un objetivo: ser la esposa trofeo de buena cuna que él necesita para ser aceptado en ciertos círculos.

Así convivirán durante un tiempo, cada uno llevando vida independiente, como muchos otros matrimonios, solo que en su caso no es producto de la desilusión o el desgaste sino de un mero acuerdo. Su convivencia será un simple trámite hasta que él pueda encontrar la forma de romper el acuerdo prematrimonial que firmaron, lo que les permitiría divorciarse.

Sin embargo, sí hay un tipo de relación en el que ambos están interesados y con el que no contaban; un tipo de relación que les hará la existencia más complicada, pero también mucho más excitante...

Lectulandia

Noe Casado

Divorcio

Familia Boston - 1

ePub r1.0

Karras 02.05.2018

Título original: *Divorcio*
Noe Casado, 2011

Editor digital: Karras
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

CAPÍTULO 1

Abril de 1900

—Tu padre te está esperando en su despacho.

Maddy levantó la vista del periódico que estaba leyendo a escondidas, disimulado dentro de un aburrido libro de etiqueta, y sonrió a su madre con toda la inocencia que pudo. A fin de que no se acercara a inspeccionar sus «inapropiadas» lecturas. Si la sorprendían no sería la primera vez pero desde luego prefería ahorrarse un largo discurso sobre lo apropiado e inapropiado para una mujer de su clase y posición.

Para una joven de 26 años, educada en las viejas tradiciones y sin otra salida en la vida que ser esposa y madre, suponía todo un reto conseguir periódicos y revistas fuera del clásico círculo aprobado por sus progenitores.

Maddy los compraba a escondidas, no siempre era fácil. No siempre la dejaban ir a solas de visita. En otras ocasiones sobornaba al hijo de algún criado para que se los comprara o engatusaba a la señora Harper, el ama de llaves, para que la dejara leer los ejemplares que tenía la servidumbre. Claro que Maddy había descubierto un filón en las cocheras y se las ingeniaba para tomarlos prestados. Eso sí, cuando terminaba de leerlos, los devolvía.

Se quejaba en silencio de que muchos de esos ejemplares acabasen como envoltorio de comida cuando aún no los había podido leer.

Maddy llamó con suavidad a la puerta y entró.

Aquí no está pasando nada bueno, pensó al ver a su padre sentado tras el escritorio con varios documentos en la mano y a su madre en un pequeño sofá jugueteando con su collar de perlas. Collar, que de seguir así las cosas, acabaría empeñado para sufragar un mes más los caprichos de su madre.

Puede que su padre tratara de ocultar sus dificultades financieras pero era lo suficientemente lista como para saber lo que pasaba, incluso con timidez le había sugerido echarle una mano a fin de buscar una solución. Por supuesto, su padre se subió por las paredes, no solo por insinuar siquiera que él era incapaz de sacar la familia adelante, Maddy pensó que se sentía más ofendido por ser una mujer quien hiciese la oferta.

—Buenas tardes, querida —dijo su madre acercándose a ella para besarla en la mejilla y de paso evaluar su atuendo. Margarita Chesterfield podía dar mil y una clases de etiqueta y aburrir al más paciente. Maddy soportaba estoicamente sus constantes correcciones.

—Buenas tardes, madre.

—Dejaros de formalismos —interrumpió su padre con su característico mal humor—. Cierra la puerta. Tenemos que decirte algo importante.

Maddy no se inmutó por el tono autoritario y tosco de su padre, estaba más que

acostumbrada. Hizo lo que él pidió y se sentó a la espera de lo que, sin duda, eran malas noticias.

—Tienes 26 años, a tu edad muchas mujeres están casadas y con hijos... — empezó su padre.

Y Maddy sabía lo que venía a continuación: tu madre a esa edad ya tenía dos hijos, por desgracia el Señor no quiso bendecirnos con más descendencia. Si tu hermano no se hubiera casado con esa... y hubiese seguido la tradición familiar... en bla y bla, bla, bla.

Maddy por supuesto se sabía el discurso de memoria. Su hermano, no podía decirlo en voz alta, pero le envidiaba terriblemente. Albert Chesterfield, el heredero, el hijo mayor, había recibido un ultimátum: o dejas a esa ramera y te casas con una señorita de cuna o te desheredo. Y Albert se casó con Charlotte, una camarera del café que él y sus amigos frecuentaban mientras estaban en la universidad. Mandó a freír espárragos a su familia y ahora vivía desahogadamente ejerciendo como arquitecto.

Maddy, sin saberlo sus padres, procuraba visitarles a menudo. Apreciaba a su cuñada, pero sobre todo adoraba a su sobrina Annabelle. Por mucho que insistieran sus padres no iba a dar la espalda a su hermano.

—... por lo tanto, el próximo mes se celebrará tu boda con el señor Samuel Boston. Ya hemos firmado el acuerdo prenupcial.

Maddy salió de sus ensoñaciones y prestó estupefacta atención a las últimas palabras de su padre.

—¿Qué?!

—Por favor, Maddy, no hables como una cualquiera. —Fue la severa observación de su madre—. Y siéntate correctamente.

—Has oído perfectamente. El notario ha redactado un acuerdo.

—Déjeme verlo —pidió Maddy preocupada. A saber qué tipo de contrato había firmado su padre y a saber en qué tipo de matrimonio iba a meterla.

—Esos asuntos no te conciernen. —Su padre guardó los documentos—. Te casarás con Samuel Boston y no hay nada más que hablar.

—¿El banquero?

—Sí —contestó su padre dejando entrever su desprecio; si aceptaba algo así era por salvar sus finanzas.

—¿Pero si es muy mayor!

—Querida, no grites.

—Eso carece de importancia.

—¿Por qué? —exigió saber Maddy, controlando sus lágrimas.

—No voy a seguir permitiendo que vivas como lo haces, Madeline, y menos aún que sigas viendo a ese don nadie de Charles. ¡Por Dios, su padre regenta una carnicería!

—Es mi amigo, nos conocemos desde niños, siempre pensé que...

—Madelinne, ¿estás loca? ¿No pensarías que tu padre y yo íbamos a aceptar que te casaras con un carnicero? —A su madre casi le da un soponcio al pronunciar la palabra carnicero.

—No debí permitir esa amistad —dijo severamente su padre—, y mucho menos que acudieras a colegios donde Dios sabe qué te enseñaron, pero eso ya no tiene remedio. El mes que viene estarás casada y serás responsable de tu marido.

—Me ha vendido —dijo comprendiendo todo.

Y ese comentario le valió una sonora bofetada por parte de su padre. Por supuesto su madre se limitó a mirar hacia otro lado y a hacer aspavientos.

—No toleraré que se me cuestione. Y menos una mocosa como tú.

—¡No puede obligarme, tengo 26 años! Padre, por favor, si lo ha hecho por salvar...

¡Zas! Otro bofetón.

—¿Qué acabo de decir?

—Peter, por favor, me va a estallar la cabeza con tanto grito.

—Es una desagradecida y una malcriada. Te casarás con quien yo diga. Y nunca, nunca, vuelvas a meterte en mis asuntos.

—¿Vender a una hija al mejor postor es hacer negocios? —Maddy se protegió la cara porque sabía que su insolente pregunta tenía como resultado otro bofetón.

—¡Fuera de mi vista! —gritó su padre—. No saldrás de esta casa hasta el día de la cena previa a tu boda. Se acabaron los paseos y las visitas; te preocuparás única y exclusivamente de preparar todo lo necesario para que ese día sea memorable. Para que nadie ponga un solo reparo a tu aspecto y a la organización. Tu madre te acompañará. No se hable más.

Maddy se limpió con la manga de su camisa las lágrimas. Se mantuvo en silencio, pues solo iba a obtener alguna que otra bofetada más. Pasando por alto la educación, se retiró a su dormitorio.

Mientras subía las escaleras su mente no dejaba de tramar una salida.

—Querido, al final lo aceptará. Es joven.

—Esto pasa por darles más libertad de la necesaria. Te lo advertí hace tiempo, no es bueno que ande por ahí hablando con cualquiera. A saber qué pájaros se le han metido en la cabeza.

—Todas las familias respetables envían a sus hijos a colegios.

—A sus hijos, querida Margarita, no a sus hijas.

—Todo esto me supera. —Margarita hizo un gesto de dolor—. Dejar que entre en nuestra familia un simple banquero. Deberíamos haber buscado más.

—Las familias adineradas y con linaje escasean hoy en día. Los ricos basan sus fortunas en sus negocios y no en la tradición. —Peter hablaba evidenciando su desagrado por esa emergente clase social.

—¿Tan grave es nuestra situación? —preguntó ella angustiada.

—Sí —respondió con sinceridad—. Gracias al acuerdo prematrimonial el

vencimiento de dos préstamos serán liquidados y obtendremos liquidez suficiente. — Peter no se extendió más, pues Margarita no tenía cabeza para tantos datos—. Básicamente saldremos adelante.

—Espero que nuestro círculo de amigos no llegue a sospechar... —Margarita no pudo continuar, contemplar la posibilidad de caer en desgracia a los ojos de sus amistades era impensable. Pasar de ser aceptada en cualquier evento al ostracismo suponría algo peor que la muerte.

—Tranquila, querida. He llevado todo el asunto con la máxima discreción.

—¿Y qué opinarán cuando sepan que Madeline está comprometida con un banquero? Cielo santo, no fue bastante con lo de Albert... —Margarita acabó su frase con otro aspaviento muy característico de ella.

—A ese, ni me lo nombres.

—Está bien, querido. —Margarita se acercó a su esposo y le dio un beso en la mejilla—. No te sulfures.

—Ve a hablar con la desagradecida de tu hija, trata de convencerla para que se comporte y no cause más problemas.

Peter se sentó tras su escritorio releyendo los documentos que suponían su salvación financiera. Tuvo un pequeño atisbo de remordimiento, pero existían cosas más importantes que con quién se casaría su hija, siempre y cuando su apellido significara buenos ingresos. De todas formas no estaría de más revisar sus gastos e intentar contenerlos. Aunque el estilo de vida al que estaban acostumbrados exigía fuertes ingresos y las rentas procedentes de sus propiedades agrarias ya no era suficiente, recurrir a los bancos había sido una solución temporal, la cual ahora era insostenible, así que Madeline representaba la solución para los problemas de la familia; al fin y al cabo todos los padres buscaban el marido adecuado.

CAPÍTULO 2

Maddy refunfuñaba en su cuarto, encerrada en su jaula de oro, vendida al mejor postor, sin posibilidad de hacer nada por librarse de un matrimonio concertado. ¡Y para colmo de todo con un viejo!

Recordó haber leído algo sobre finanzas en el periódico, así que, tras asegurarse de que la puerta estaba bien cerrada, sacó el último ejemplar y buscó la noticia relacionada con la banca Boston. Y allí estaba, una foto, algo borrosa, pero en la que se distinguía perfectamente a Samuel Boston. Su pelo entrecano, aunque bien conservado, evidenciaba que andaba por los sesenta.

Se le revolvió el estómago, puede que en otro tiempo fuera atractivo pero... ¿Cómo iba ella a ir colgada del brazo de un hombre que podía ser su padre? Y lo más terrible... ¿cómo iba a... a... «eso» con un hombre tan mayor?

Y entonces se encendió la luz en su cerebro. Seguramente el banquero esperaba a una mujercita tímida, educada, pero sobre todo virgen. Maddy lo era, virgen, no tímida, pero él no tenía por qué saberlo. Aunque podía asegurarse de eso... y para estos menesteres estaban los amigos. Hablaría con Charles, en algunas ocasiones él se mostraba interesado en ir más allá de una simple amistad, aunque Maddy rechazaba sus avances. ¿Qué mejor ocasión?

Guardó el periódico y miró la hora. Bueno, con un poco de suerte su madre se acostaría temprano y su padre se iría al club.

—¿Estás loca?

—Te lo estoy pidiendo como un favor, Charles, además no creo que sea tanto sacrificio.

—Si tus padres llegan a enterarse me cortarán en dos, olvídате.

Maddy no podía creerlo, su mejor amigo, el hombre con quien siempre soñó que se casaría se negaba a acostarse con ella.

—No tienen por qué saberlo, yo no diré nada —intentó de nuevo convencerle. Se acercó a él rozándole la entrepierna, por lo visto la idea no le disgustaba tanto.

—No. Tiene que haber otra forma de anular ese compromiso. —Él apartó su mano bruscamente.

—Pareces animado. —Maddy coqueteó un poco. No tenía mucha idea de cómo hacerlo pero por lo visto debía estar en buen camino.

—No sigas, por favor. Buscaremos otra alternativa.

—¿Cuál? ¿Tirarme por un puente? —Charles la miró estupefacto, así que ella añadió maliciosamente—: ¿O quizás deba buscarme a otro que haga el trabajo?

—Ni hablar. Déjame pensar.

—No hay tiempo —le recordó lo obvio.

Pero Charles no hizo caso y meditó un buen rato antes de hablar.

—Maddy, ¿has pensado en las ventajas de casarte con un hombre mayor?

—¿Pero qué dices? —preguntó perpleja.

—Con un poco de suerte, en menos de diez años podrías ser viuda, a mí no me importaría esperarte. Además, una vez casada... ya no correríamos el riesgo del escándalo, por no hablar de tu situación económica. ¿Eres consciente del poder económico de esa familia?

—Charles, no puedo creer que digas esas cosas. —Si su amigo también le daba la espalda...

—Piensa un poco, Maddy. Tal y como están ahora las cosas, ¿qué puedo ofrecerte? Trabajo de sol a sol con mi padre; no va mal el negocio, pero no puedo darte el nivel de vida al que tú estás acostumbrada, por no hablar del enfrentamiento con tus padres.

—Nunca pensé que fueras tan pragmático.

—Soy realista —corrigió Charles, y agarró su mano—. Sabes de sobra lo que siento por ti, y no te haces una idea del sufrimiento que me causa verte tan apenada, pero si piensas con un poco de claridad verás que no es una solución tan mala.

—No sé... tendré que «hacerlo» con un viejo. ¿Estás seguro de que no quieres...?

—La pregunta fue acompañada de otro roce a su entrepierna, quemando el último cartucho.

—Maddy, por lo que más quieras, no me tientes. Sabes que es lo que más deseo en el mundo, pero por el bien de ambos debo negarme. —Charles se puso en pie—. Y ahora es tarde, te acompañaré a casa.

Seguía dándole vueltas en la cabeza, no podía resignarse, ya no solo por la diferencia de edad, sino por el hecho de que sus padres la habían vendido, sin importarles su opinión. Y eso era más de lo que podía soportar.

Hacía ya una semana de su conversación con Charles, nunca había esperado eso de él. Parecía tan convencido, tan seguro... Ella le creía su apoyo incondicional y resulta que solo veía ventajas donde ella solo encontraba calamidades.

Para evitar mayores enfrentamientos con sus padres se mostraba lo suficientemente dócil para que la dejaran en paz, pero lo bastante orgullosa como para que no sospechasen, y empezaba a odiarse a sí misma.

Por desgracia su hermano Albert estaba fuera, por negocios, así que no podía recurrir a él. Tenía que ser ella misma quien arreglase las cosas. Negociaría, eso es, al fin y al cabo se trataba de un banquero, estos no perdían la oportunidad de hacer un buen negocio cuando se les presentaba la ocasión. Así que, movida por la esperanza de salir airoso, tras mentir a su madre diciendo que iba a las pruebas del vestido de novia, y con toda la decisión del mundo, se dirigió a las oficinas centrales de la Banca Boston.

—Disculpe, Señor Boston, ahí fuera hay una dama —el secretario carraspeó— que desea verle. Dice que es... esto... su prometida.

Samuel Boston III levantó la vista y observó a su fiel secretario Thompson; llevaba a su servicio casi treinta años y más que un secretario era un viejo amigo.

—Mi prometida... —dijo disimulando una sonrisa.

—Eso dice la dama.

—Pues no la hagamos esperar más. —Se puso en pie—. Por favor, que nos sirvan... No, espere, Thompson, que elija ella.

Thompson se apartó de la puerta para dejar pasar a la dama y, como buen caballero, Samuel salió a su encuentro, cogió su mano y se la llevó a los labios. Sí, definitivamente había escogido bien. La dama ya no era una jovencita recién salida del cascarón, sino una mujer hecha y derecha, completamente formada, lo cual evitaría dramas innecesarios.

—¿Desea tomar algo?

—No —respondió Maddy bruscamente, y se dio cuenta en el acto de su error—. No, gracias —rectificó—, muy amable por su ofrecimiento.

Hizo una señal a Thompson para que les dejara a solas y después indicó a Maddy dónde podía sentarse. Ella agradeció, por supuesto en silencio, tanta cortesía. Observó detenidamente al hombre, lo cierto es que mejoraba mucho al natural, ese hombre debió ser irresistible en su juventud.

Concéntrate, se dijo a sí misma. Vamos a lo importante. Esto son negocios.

Cuando él se sentó a su lado, manteniendo una distancia prudencial, estuvo a punto de apartarse; se contuvo, por supuesto, no debía mostrar signos de nerviosismo.

—Y bien, querida, usted dirá —dijo el hombre sin perder la sonrisa.

—Verá, señor Boston, mi padre me comunicó la noticia de nuestro próximo enlace y yo... Bueno, quería hablar antes con usted sobre algunos asuntos.

Samuel percibió la inquietud de la joven, pero se estaba divirtiendo y de momento no iba a decir más de lo necesario.

—La escucho.

—Primero —cogió aire—, no le conozco y me parece algo imprescindible conocer a la persona con la que voy a casarme.

—Muy razonable.

Maddy odiaba que la trataran con condescendencia pero se abstuvo de expresarlo en voz alta.

—Segundo, nadie me ha preguntado mi opinión y yo... Bueno, sinceramente, no esperaba a alguien como usted.

—Lo entiendo perfectamente. —Vaya con la dama, tenía coraje, justo lo que necesitaba esta familia.

—Tercero, y siento ser tan franca, usted no me atrae lo más mínimo. Ya me entiende.

—Perfectamente, querida. —Sonrió y le dio unas palmaditas, después se puso en

pie y se acercó a la ventana. Sin mirarla, debía disimular, preguntó—: ¿Alguna otra cosa?

—Sí, aunque desconozco los detalles, sé perfectamente que usted y mi padre han llegado a algún tipo de acuerdo económico.

—No debe preocuparse por eso.

—Pues lo hago; sé que mi padre ha contraído deudas. Como le he dicho, no sé la cantidad exacta, pero sé que necesita regularizar sus cuentas o perderemos todo nuestro patrimonio.

—Me sorprende, querida, su preocupación.

—¿Por qué? ¿Por ser mujer? —refunfuñó ella, y a Samuel le encantó.

—Pues sí, normalmente se preocuparía más por otros asuntos más... femeninos. —Guiñó un ojo. Definitivamente era la mujer ideal. Y Maddy estaba a punto de rebelarse, soltar algún impropio y mandarle a freír espárragos.

—Prefiero no discutir los asuntos por los que debo o no interesarme. No he venido para eso.

—¿Seguro que no quiere tomar algo?

—No —respondió toscamente—, he venido a negociar con usted.

Si Samuel ya estaba interesado en la joven, ahora lo estaba mucho más. Negociar... muy muy estimulante. Se volvió a sentar junto a ella. Hizo caso omiso de su negativa y tocó la campanilla; al instante apareció su secretario, al que ordenó que sirviera un tentempié.

—No tenemos por qué hablar con el estómago vacío. Gracias, Thompson, serviré yo.

Maddy aceptó la taza de té, conteniéndose para no echarle el líquido hirviendo al hombre. Eso no queda bien en una negociación. Para distraerse se concentró en el despacho, en la decoración y en el gran escritorio colocado al fondo. Desde ahí es donde los banqueros juegan con el dinero de los demás, pensó ella. Si yo pudiera...

—Si no he entendido mal, ha venido para...

—Negociar. Yo no deseo casarme con nadie, pero mi padre ha firmado unos documentos.

—Efectivamente, se han firmado y registrado por el notario. —Samuel adoptó una postura más profesional—. Por lo que revocarlo supondría un claro perjuicio para los intereses de su padre.

—Lo comprendo, por eso he venido, para solucionarlo.

—¿Y qué ofrece a cambio?

—A mí misma.

—Ah, bueno, pero eso es lo que hemos acordado, disculpe, pero no veo la diferencia. ¿Simplemente está molesta por no haber sido usted quién ha propuesto la idea?

—¡No! No me ha entendido.

—Pues explíquese, se lo ruego.

—Me refería a ser su... empleada. Pagaría con mi salario las deudas de mi padre.

—Interesante. ¿Y con qué experiencia cuenta usted para trabajar en un banco?

—Bueno... he leído bastante; siempre me han interesado los asuntos económicos y en el colegio estudié algo.

—¿Sabe usted, querida, cuál es el salario de un aprendiz? —El banquero mantuvo su voz profesional aunque por dentro estaba más que satisfecho con la decisión de la joven.

—No.

—Teniendo en cuenta la cantidad que su padre adeuda seguramente tardaría toda su vida en liquidarla, querida, eso sin añadir los intereses de demora, que como usted bien sabe, pueden incrementar de forma considerable la suma total.

—Entiendo. —Rata usurera, quiso decir—. Pero si pudiera además controlar algunas de las propiedades y hacerlas más rentables...

—¿Su padre lo permitiría? Me temo, querida niña, que se está metiendo en camisa de once varas.

—¿No me cree capaz de sacar adelante la economía familiar?

—Prefiero no responder a eso. Pero acépteme un consejo: le sale más a cuenta aceptar un matrimonio, le supondrá menos esfuerzo y obtendrá mayores recompensas.

—¡Es usted un cerdo! —Maddy no pudo aguantar más; se puso en pie hecha una furia, caminó hasta la puerta y la abrió de un tirón—. Encontraré una solución, ¿me oye? —gritó a pleno pulmón—. No me rendiré. —Iba a salir disparada cuando tropezó con alguien que la sujetó para que no cayera—. Apártese —dijo gruñona—, no necesito que ningún lacayo me acompañe a la salida. —Y empujó con fuerza al hombre, quitándole del medio. Luego se fue como alma que lleva el diablo.

—Vaya fiera —dijo el recién llegado observando cómo la mujer caminaba por el corredor alejándose a grandes zancadas, siendo el centro de atención de algunos empleados—. Buen culo. ¿Pero no es un poco joven para ti? Pensé que lo tuyo con Vivian iba en serio, es una mujer agradable, de tu edad.

—Seguramente.

—¿Y quién es?

—Tu futura esposa.

CAPÍTULO 3

—¿Perdón?

—No te alteres.

—Papá, explícate ahora mismo —exigió Samuel Boston IV—, sabes que no me gustan tus bromas.

—No es ninguna broma, se llama Madelinne Chesterfield, su padre es un vizconde venido a menos, con grandes deudas, de buena familia, bastante explosiva, como has podido comprobar, buen cuerpo, agradable, te casas con ella el mes que viene. No, miento, en tres semanas.

—Papá, creo que tengo la suficiente edad como para elegir una esposa y en mis planes a corto plazo no entra casarme. Ya hemos hablado de eso. —Se sentó tras su escritorio y comenzó a hojear documentos—. Fin del asunto. Ahora, si me disculpas, tengo cosas que requieren mi atención.

—Estás a punto de cumplir treinta y cinco años.

—Lo sé. —Samuel hijo dejó sus gafas sobre el escritorio y miró a su padre, le debía todo, hacía menos de un año que le había traspasado las riendas del banco, pero no iba a permitir intromisiones en su vida privada—. Simplemente te estoy diciendo que, por el momento, casarme no me preocupa.

—Has sido el mejor hijo que un hombre puede desear y nunca me has dado quebraderos de cabeza, si pasamos por alto tu relación con esa aspirante a actriz que nunca llegará a nada pues le gusta demasiado vivir a expensas de los hombres... Es hora de que te cases y tengas hijos.

—Deja a Lucy al margen de esto —respondió Samuel hijo manteniendo la calma—; sé lo que es y a qué se dedica, no te preocupes.

Samuel estaba con ella por el simple hecho de que le resultaba cómodo; mantenían una relación estrictamente sexual-comercial sin más pretensiones.

—Bien, por eso me he tomado la libertad de... digamos, incentivar un viaje al continente con recursos suficientes.

—¿Que has hecho qué? —Samuel no podía concentrarse en sus documentos si su padre iba soltando esta clase de información.

—Es lo mejor, es una zorra avariciosa y te estabas exponiendo demasiado.

—Papá, sé cuidar las formas, mi relación con Lucy, aunque conocida, siempre ha sido discreta, así que no debes preocuparte.

—Parece que no te importa que haya aceptado el dinero.

—La conozco lo suficiente como para no sorprenderme —dijo tranquilamente Samuel hijo—, lo que no soporto es tu intromisión en mis asuntos personales.

—Bueno, prometo no hacerlo más —bromeó el padre.

—Claro, por eso me has buscado una esposa.

—Te encantará —dijo entusiasmado—, es joven pero no tonta e inmadura, tiene genio pero sabrás moldearla, es atractiva, faltaría más, e inteligente.

—Cuánto —dijo práctico.

—¿Cuánto qué?

—Cuánto le has ofrecido al padre.

—Respecto a eso... —Samuel padre parecía un niño al que acaban de pillar tras romper el cristal con la pelota.

—Conozco la situación financiera de Peter Chesterfield, su escaso o nulo instinto para los negocios, las deudas contraídas no solo con nuestro banco, su patrimonio hipotecado... —Samuel hijo hablaba tranquilamente sin perder la calma—, así que supongo que has vuelto a las andadas. Cuánto. Y, por favor, ahórrate el drama. —Conocía demasiado bien a su padre.

—En el fondo sales ganando...

—Cuánto —insistió.

—Las deudas contraídas con nosotros quedan saldadas, nos haremos cargo de pagar la hipoteca de su residencia principal y la casa de campo y le entregaremos una cantidad en efectivo para...

—¡Joder! —interrumpió el hijo—. Papá, ¿te das cuenta de lo que eso supone? Y encima tengo que casarme con su hija.

—¡Hombre! Eso no será ningún sacrificio. —Samuel padre sonrió disculpándose; a veces su hijo era demasiado bueno para los negocios pero demasiado obtuso para otras cosas.

—Si al hecho de que no quiero casarme todavía, añadimos que me consigues una novia de intercambio, que además es hija de un Lord venido a menos, seguramente mimada y consentida, y un desembolso económico significativo, todo esto tiene la pinta de ir directamente a pique.

—Yo no estaría tan seguro. A nuestra familia, aunque bien posicionada, le falta ese toque que solo una bonita aristócrata puede ofrecerle.

—¡Por favor! Nunca pensé que fueras un esnob —se quejó Samuel hijo y decidió provocar a su padre—. ¿Entonces por qué te casaste con mamá, una simple costurera?

Ese recuerdo iluminó la cara de Samuel padre.

—Ah, tu madre —dijo con melancolía—, ninguna reina podía igualarla, elegante, hermosa... lo tenía todo.

—Entonces, dime por qué me obligas a casarme con una niñata a la que no soportaré, con un suegro al que detestaré y a un matrimonio abocado al desastre.

—Samuel, hijo, a veces eres demasiado racional. Tienes que vivir la vida, no todo es trabajo.

—Dirijo un banco, no una atracción ambulante de feria —protestó.

—Lo sé, y estupendamente, por cierto. Pero eso no lo es todo. Tu agenda social es... ¿cómo decirlo? ¿Inexistente? Mantienes una relación con una zorra. Sí, no pongas esa cara, esa mujer no puede traer nada bueno, y si exceptuamos tus correrías con tu querido amigo Lord Wesley, apenas sales de este despacho.

—Deja en paz a Rafe, desde que se ha casado ya no es lo que era.

—Sabes perfectamente que no es una crítica, siempre le he considerado como a un hijo. Lo que quiero decir es que me preocupas.

—¿Yo? —Samuel miró a su padre sin comprender a qué venía eso.

—Sí, la vida es para vivirla, cierto que tienes grandes responsabilidades. Desde niño has sabido cumplir con tus obligaciones, nunca nos diste a tu madre y a mí un disgusto, pero eso no lo es todo.

—Ya —dijo escéptico—, y para, según tú, vivir la vida, tengo que casarme con una bonita heredera arruinada —su tono era burlón—. Gracias, papá.

—Mira que eres testarudo. Piensa en ello como... una inversión, eso es. Según tengo entendido, desheredaron a su hermano mayor, por lo que ella heredará... — Samuel padre empezó a darse cuenta de cómo su hijo pensaba en las posibilidades, aunque le hubiera gustado que nada más ver a la dama se convenciera y dejara de ser tan terco.

—Fea no es —reflexionó en voz alta.

—Y piensa en esto, hijo, con una esposa de alta cuna colgada del brazo podrás asistir a eventos donde hay bastante negocio.

—Joder, papá, ¿no te habías jubilado?

—Nunca —respondió orgulloso—. Puede que tú seas ahora el mandamás, pero recuerda que ese sillón lo ocupé yo.

—Papá, sabes que jamás olvidaré eso; ahora, si me permites, déjame llevar el negocio y sal tú a disfrutar de la vida. Estoy seguro de que a Vivian le encantará que la invites a comer. —Dio unos golpecitos cómplices a su padre en la espalda—. Y ya que estamos, ¿por qué no te casas con ella? Es una mujer respetable, se preocupa por ti y me consta que te quiere, si tantas ganas tienes de ir a una boda...

Samuel padre se rio ante el cínico comentario de su hijo. Ciertamente era que su relación con Vivian era estupenda, y para un hombre de su edad los sobresaltos, las peleas y los celos estaban fuera de lugar.

—Aprecio enormemente a Vivian, pero nunca me casaré con ella. Solo una mujer ha sido y será mi esposa. Nadie ocupará el lugar de tu madre.

—Como quieras, pero que conste que hace tiempo que apruebo tu relación con ella.

—Lo sé. Y ella te tiene mucho cariño.

—Pero no es mamá.

—No.

CAPÍTULO 4

Mayo de 1900

—Madelinne, ¿estás lista?

Maddy se miró una vez más en el espejo del tocador de su habitación. No, no estaba lista para asistir a la cena previa a su boda. No, no estaba lista para casarse con un hombre que le doblaba la edad a cambio de dinero. Durante todo el mes su madre había estado como una loca revoloteando a su alrededor. Y de paso amargándola y deprimiéndola más. Para hacer el paripé delante de sus amistades no dudaron en despilfarrar cuanto fuera necesario y eso a Maddy le sacaba de quicio. Y lo peor de todo es que estaban dejando a deber demasiado dinero. Pero para su madre despilfarrar era como ir a misa los domingos. Necesario. Según oyó en una conversación a escondidas, su padre, con esta boda, esperaba ingresar una fuerte suma en efectivo, amén de liquidar sus deudas, así que, ¿qué era un préstamo más? Pensar en su padre ofreciendo como garantía su contrato prematrimonial le revolvió el estómago. Cuando salió de su cuarto su madre la esperaba impaciente.

—Madelinne, ¿estás de broma, no? —dijo Margarita al revisar su atuendo—. ¡Ese vestido es de hace por lo menos tres temporadas! —su voz sonaba horrorizada.

—Madre, es el único con el que me siento a gusto. ¿Comenzamos la farsa?

—Te lo pido por favor, hija, no lo estropees, tu padre y yo hemos hecho grandes esfuerzos y sacrificios para llegar hasta aquí.

—Podíais haberos ahorrado tanto esfuerzo colocándome un cartel de «se vende» y haberme paseado por los salones.

—¡Madelinne!

—Déjalo, madre, soy consciente de todo. Mañana me casaré con un hombre al que no conozco y vosotros podréis respirar aliviados.

—Oh, no seas dramática. Tratándose de matrimonio da lo mismo con quién te cases.

Maddy miró a su madre horrorizada y preocupada.

—Preferiría cambiar de tema.

—Madelinne, escucha, quizás deberíamos haber tenido esta conversación antes. Mañana serás una mujer casada y a partir de ese momento estarás bajo el dominio de tu marido, tendrás que respetar todos sus deseos... no sé si me comprendes.

—Perfectamente —respondió Maddy. Era mil veces preferible seguir en la ignorancia que oír a su madre hablar de relaciones conyugales.

Su padre las estaba esperando. Al ver a su hija no hizo ningún comentario, simplemente recibió un frío beso en la mejilla. Maddy tenía claro cuáles eran las prioridades de su padre.

Nada más llegar al salón, Maddy y sus padres fueron rodeados de multitud de amigos y conocidos de la familia. Con resignación recibió infinidad de buenos deseos, incluso percibió cierta envidia por parte de algunas matronas. Estaba claro que todas pensaban que Maddy había pescado un pez gordo. Y es que en esos días muchos amigos de sus padres pasaban los mismos apuros económicos. Solo aquellos que se habían modernizado y adaptado a los nuevos tiempos gozaban de una economía solvente. Aun así, mostrarse en público como si nada hubiera cambiado debía ser algo tan normal como el respirar. Su madre se encargó, además, de exponer ante los presentes su gran dicha y felicidad por ese matrimonio, y la verdad es que sabía representar su papel a la perfección. Nadie diría que en el fondo estaba horrorizada porque su hija se casara con un simple banquero, eso sí, lo suficientemente rico como para salvarles el pellejo. Cualquiera aguantaba a su madre una vez que cobraran el dinero por la venta de su hija. Si con el agua al cuello era insoportable...

Revisó el salón con la mirada en busca de su anciano prometido, esperando que alguna indisposición de última hora le hubiera impedido venir. No hubo suerte, allí estaba, hablando tranquilamente con otro caballero más joven y estaba con... ¡una mujer del brazo! Debió darse cuenta de que le observaba y le guiñó un ojo. Viejo verde.

Pero no contento con eso el hombre se despidió de sus acompañantes y se acercó a ella. Por supuesto, lo que Maddy no debía hacer bajo ningún concepto, era escaparse, por mucho que su cabeza y sus pies estuvieran preparados. De acuerdo, tenía que casarse con ese hombre, pero nadie había puesto en un documento y firmado ante notario que sería una esposa abnegada, obediente y complaciente.

—Buenas noches, querida mía —dijo Samuel padre besándola en la mano—; debo admitir que estaba preocupado.

Maddy le miró escéptica.

—No entiendo por qué, señor.

—Muy simple, querida, a tenor de nuestro único encuentro previo he llegado a la conclusión de que usted puede resultar peligrosa, aunque tentadora, para un hombre como yo.

—Solo tiene que romper el compromiso y será libre.

—Pero nunca rechazo un reto y usted, querida niña, lo es.

—Gracias —respondió secamente y dio un sorbo a su copa, evitando en todo momento la mirada de su prometido.

Quizás si terminara borracha y desagradable con todo el mundo, incluido su prometido, todo ese teatro llegaría a su fin. Pero ese plan tenía un gran fallo, hasta la fecha no había bebido el suficiente alcohol como para saber si sería desagradable o acabaría dormida en cualquier rincón. O lo que es peor, besucona, como algunas de las damas que había observado en las distintas veladas y fiestas a las que, obligada

por su madre, asistía periódicamente para hacer ver que todo funcionaba perfectamente.

—Deja de poner cara de entierro —murmuró Vivian.

—Querida Vivian, cada vez te pareces más a mi padre —dijo Samuel con cariño.

—Tu padre me ha puesto al día en lo que respecta a tu compromiso, si bien no apruebo la forma en que ha manejado el asunto, debo decir —señaló con la copa a Madelinne Chesterfield—, no creo que debas quejarte tanto por su elección. Mírala bien, ¿tan desagradable te resulta?

—Esa no es la cuestión. No necesito un modelo de perfección física. Llevo observándola un buen rato, se pasea como si fuera la maldita reina de Saba —dijo Samuel con desagrado.

—Querido, dale una oportunidad.

—Y por si fuera poco, el arrogante de su padre —continuó Samuel— va por ahí pavoneándose, gastándose un dinero que aún no tiene.

—Supongo que es de los que venden la piel del oso antes de cazarlo.

—Así que me espera un matrimonio con una derrochadora. Por mucho que insistáis tanto tú como mi padre no veo ninguna ventaja.

—De todas formas tú siempre tendrás la sartén por el mango.

—Claro, y si me propongo atarla en corto sufriré interminables berrinches de niña mimada, arrebatos infantiles y una «estupenda» vida conyugal.

—Bueno, por lo menos no te aburrirás.

Samuel miró a la viuda que mantenía una larga relación con su padre sin entender muy bien cómo tomarse sus palabras. Puede que con la edad las cosas se vieran de otro modo, pero para él, en ese momento de su vida, solo veía un largo camino de infelicidad.

Muchos hombres como él llevaban una doble vida, tenían a una esposa en casa y una amante bien colocada para satisfacerle, pero Samuel no era amigo de esos juegos. Si no se había casado hasta la fecha era por algo. Visto desde un lado práctico, ¿para qué mantener dos mujeres? Una en casa sin aportarle nada y la otra en un discreto apartamento prestándole atención a tanto la hora. De momento su arreglo con Lucy le era más que satisfactorio. No era tan iluso como para no haberse dado cuenta del tipo de mujer que era Lucy, sabía de sobra que no le era fiel, pero llegados a este punto él tampoco. Tenían un acuerdo comercial que los dos cumplían, fuera de eso cada uno hacía lo que quería.

Le vino a la mente años pasados junto a su amigo Rafe, a quien por cierto echaba de menos. Ahora de viaje con su mujer, le veía feliz, enamorado y encantado con su situación; claro, que a diferencia de él, Rafe había elegido con quién casarse. Menudo pájaro estaba hecho su amigo. Hijo de un conde, heredó muy joven el título y la fortuna, pero en vez de sentarse en un sillón y contemplar lo maravilloso que es todo

desde su posición, Rafe Wesley comprendió que renovarse o morir es tan cierto como que el sol sale todos los días. Y de ese modo había transformado los tradicionales negocios de su familia, dejando a un lado la explotación de la tierra como única fuente de ingresos, y se había embarcado en varios proyectos empresariales junto con Samuel. Resultado: uno de los aristócratas más ricos del país. Ambos, con una situación económica más que solvente, se habían dedicado a explorar otras latitudes, y ambos se hicieron socios de un club llamado «la Dama Negra», un selecto, restringido y exclusivo club donde disfrutaban de los placeres más hedonistas de la vida.

Le hubiera gustado que Rafe estuviera aquí, y sobre todo Alice, su mujer. Si algo tenía ella era ese sexto sentido para calar a las personas. Por desgracia ellos tardarían aún un par de meses en regresar. Según su última conversación, habían decidieron viajar sin un rumbo fijo en busca de nuevas experiencias. Conociéndoles visitarían cada uno de los lugares más extraños pero excitantes que encontrarán a su paso. Y, siendo sincero, envidiaba a su mejor amigo. Encontrar a una mujer con la que poder compartir todo, absolutamente todo, era uno de sus escasos sueños por cumplir.

De momento se conformaba con mujeres dispuestas y poco más. Claro que eso tocaba a su fin, su prometida estaba allí, a pocos metros, hablando, a saber de qué con su padre y poniendo mala cara. Quizás la muy consentida protestaba por el color de la mantelería. Las cosas no podían ir peor.

—¿Me disculpa? —preguntó Maddy cansada de mantener la compostura con su futuro marido.

Ante la atenta mirada de su madre había hecho lo correcto: fingir que le agrada la conversación, mostrarse interesada y no salir escopetada y refugiarse en su habitación a hacer algo mucho más gratificante como leer. Estaba tan hastiada de todo aquel paripé que hasta una revista de moda de esas que su madre tenía por casa le parecería interesante.

—Por supuesto —dijo Samuel padre sonriéndole—, pero... antes me gustaría, si no es mucha molestia, que accediera a bailar con... —tosió suavemente— alguien especial.

—Le seré sincera, no soy muy buena en estas cosas. —Estaba dispuesta a dejarle claro que no esperase mucha colaboración. No era buena porque no quería estar allí, ahora bien, la educación proporcionada por su madre la cualificaba para asistir a actos públicos y actuar correctamente.

—No se inquiete por eso. —Tendió el brazo a Maddy—. ¿Me acompaña?

Estaba claro que no podía negarse, su padre la vigilaba como un halcón, invitados varios la observaban disimuladamente pero sin perder detalle y, bueno... si aceptando bailar se libraba de su prometido...

Samuel la condujo hasta donde estaban su hijo y Vivian; iba a divertirse de lo

lindo. Puede que la dama se enfadara con toda esta charada, pero a su edad cualquier distracción de esta índole resultaba, además de inofensiva, estimulante. Cualquier distracción es buena.

—¿Serías tan amable de sacar a la dama a bailar? —preguntó a su hijo—. No tengo edad para estas cosas.

Este, en respuesta, miró a su padre sin comprender qué juego se traía entre manos. ¿Por qué no hacía una simple y formal presentación?

—Cómo no. —Ofreció su brazo a Maddy, la cual se mantuvo en silencio. Bueno, por lo menos iba a bailar con alguien que no le doblaba la edad.

—Cuando se entere de tu charada seguramente se enfadará.

—Ay, querida Vivian, no me estropees este momento.

—Solo hago una observación. Esa chica no parece una tímida mujercita. Si las miradas matasen tú estarías ahora mismo muerto y yo llorando desconsoladamente.

—El negro te sienta estupendamente, querida mía. Yo no me preocuparía por eso. Hacen buena pareja, ¿verdad?

—Prueba este champán. Buenísimo.

Sentirse observada o ser el centro de atención no era plato de buen gusto para Maddy. Mientras bailaba con ese desconocido todos los allí presentes no les quitaban los ojos de encima. Seguramente estaban murmurando, panda de cotillas ociosos... Pero pensándolo bien, sentaba de maravilla que vieran a una mujer a punto de casarse bailando con otro.

Estaba tentada de sonreír. Se abstuvo más que nada para evitar el dolor de cabeza posterior al tener que soportar la reprimenda de sus padres.

El desconocido con el que bailaba se mantenía serio, imperturbable, sin mostrar el más mínimo interés en iniciar una conversación con ella. Bueno, podía tentar un poco a la suerte.

—Y, dígame, ¿usted es de los que piensan que las mujeres no deberíamos participar en las decisiones políticas?

Ese, sin duda, era un tema que no debía tocar bajo ningún concepto. Él la miró con una expresión a medio camino entre la sorpresa y la conmoción. Se tomó su tiempo para responder.

—Creo que, por desgracia, muchas mujeres no tienen la preparación necesaria para tomar ese tipo de decisiones.

Diplomático, sin duda estaba bailando con un diplomático. Ni afirma ni desmiente. No se compromete, queda bien oiga quien oiga su comentario y evita ser cuestionado. Podía respetarle por eso. Muchos hombres, de entrada, hubieran negado categóricamente que una mujer tiene derecho a opinar.

Cuando finalizó la pieza, Samuel se limitó a saludarla con un gesto amable y dejarla allí en medio sin ni siquiera despedirse o intentar alargar la conversación.

Vaya... estaba claro que a ese hombre no le gustaba perder el tiempo con charlas banales e insulsas de sociedad. Había bailado con ella por compromiso y punto.

Maddy le observó volver junto a su prometido y de nuevo se quedó de piedra al ver cómo el hombre coqueteaba descaradamente con la mujer que, por cierto, parecía encantada porque no se separaba de él. Menudo pájaro.

—Enhorabuena, querida Madelinne. —Una de las amigas de su madre se acercó para saludarla. Y de paso sonsacar algo.

—Gracias.

—Hacéis una pareja estupenda. —La mujer insistía—. Al principio nos pilló un poco por sorpresa pero tu madre nos ha explicado el afecto mutuo que os tenéis.

«Intereses económicos, querrá decir».

—Sí, es increíble.

—Bueno, querida, te dejo, estoy segura de que a tu prometido no le hará mucha gracia que te monopolicemos.

Eso si pasamos por alto su coqueteo con mujeres mayores.

Tras esta mujer siguió un desfile de damas, tooodas tenían grandes deseos, tooodas estaban encantadas, tooodas pensaban que hacían una pareja fabulosa, pero cuando una insinuó que tendrían unos hijos guapísimos, Maddy se atragantó. Sí, claro, como que ella iba a «hacerlo» con un vejestorio. Por favor, en el caso de tener hijos, en vez de llamarle padre le llamarían abuelo.

Observó a sus progenitores y, al verles ocupados atendiendo a los invitados, se escabulló un momento de la fiesta para ir al encuentro de Charles. Por supuesto su madre se horrorizó ante la idea de invitar al hijo del carnicero, pero este la estaba esperando junto a la cochera.

—Anímate, Maddy, estás preciosa.

—Eso es fácil decirlo. No voy a poder, Charles, me dará un ataque o algo. Cuando me quede a solas con él me entrará alguna especie de enfermedad neurótica o algo así. Tienes que ayudarme.

—Ya hemos hablado de eso. —La cogió de la mano y se inclinó para invitarla a bailar—. Tienes que volver dentro, pero antes baila conmigo.

—Con lo fácil que sería todo si tú quisieras... —suspiró ella.

—No te preocupes, todo llegará.

—Estoy segura de que has estado con un montón de mujeres, y a mí me rechazas —se quejó Maddy.

—Cuando estés casada no te rechazaré —dijo Charles.

—Puede que cuando esté casada se me quiten las ganas de probarlo.

Su amigo se mantuvo firme en su idea de no tocarla. Si lo hacía se jugaba mucho. Era mejor esperar; mientras ya tenía con quién entretenerse. Un baile para que Maddy se quedara tranquila y nada más, por ahora.

—Deberías ser un poco más amable —sugirió Samuel padre a su hijo.

—Sí, bueno, esa podría ser una opción. —Dio un sorbo a su copa—. Este vino terminará por provocarme ardor de estómago. Ese tipo despilfarra con cualquier pretexto.

—Disfruta de la velada. ¿Qué te ha parecido tu futura esposa?

—¿Sinceramente? —Su padre asintió—. Creo que la primera impresión no siempre es la correcta.

—Si ya lo sabía yo...

—No es una niña consentida.

—Mucho mejor, sí, señor.

—Es una niña aburrida con aspiraciones intelectualoides.

—Hijo mío, algún día deberías relajarte un poco.

—Creo que nos reclaman. ¿De cuántos platos consta la cena? No creo tener estómago.

A Maddy le sorprendió que la sentaran junto al desconocido diplomático y a su prometido junto a la mujer mayor. Pero lo que más le llamó la atención es que sus padres no mostraran ninguna oposición. ¿Tan oxidados estaban sus conocimientos sobre etiqueta?

El viejo verde no dejaba de sonreírle, lo cual propició que casi tirase la copa de vino, algo que hubiera dejado un elegante y carísimo lamparón en el mantel blanco. Seguramente sus padres no habían escatimado a la hora de encargarse los mejores vinos y licores, cosa que, según su opinión, resultaba una imprudencia. Podían pasar mil cosas antes de la boda e irse todo al traste. Y entonces, ¿cómo iban a pagar todo aquel boato? Tembló solo de pensarlo.

Su madre parecía la reina, en su salsa, encantada con ser el centro de atención, disfrutando del dinero ajeno y sin más preocupación que atender a los invitados. Claro que una buena atención suponía un buen regalo al día siguiente.

Apenas probó bocado, se le atragantaba todo. ¿Qué pensaría la gente que disfrutaba de la comida y bebida si supieran la verdad? Seguramente más de uno estaría al tanto, pero la mayoría solo podría suspirar de envidia de no haber sido ellos los agraciados en el sorteo mensual de hija convertida en novia de buena cuna pero arruinada.

Tras los postres, su padre se levantó de la mesa, llamó a un camarero para que sirviera más champán y pidió silencio. Bien, ya no hay vuelta de hoja.

—Amigos, es para mí un honor poder hacer un brindis por mi muy querida hija y mi futuro yerno. —Miró a su hija instándola a ponerse en pie—. Quiero darle públicamente la bienvenida a mi familia. —Levantó su copa, gesto que todos los

presentes emularon mirando a Maddy y a su acompañante. Maddy mecánicamente se puso en pie y, sin mucho entusiasmo, levantó su copa.

Tardó diez segundos en darse cuenta de algo importante: su prometido no se había levantado y seguía mostrando una sonrisa pícara. Nadie parecía notar que ella era la única que estaba de pie con la copa en alto... nadie excepto...

—Madelinne, querida hija, mañana será uno de los días más felices de mi vida...

Maddy no pudo prestar atención a las palabras de su padre; solo una persona estaba de pie, junto a ella, mirando a su padre, con expresión seria y gesto mecánico. Esta vez no pudo evitarlo, la fina copa de cristal tallado cayó estruendosamente en la mesa, chocando contra la cubertería y dejando una mancha en el mantel.

CAPÍTULO 5

Si al principio Maddy estaba deseosa de que su boda se fuera al traste, ahora lo estaba mucho más. De camino a la iglesia ignoró convenientemente a su madre, por mucho que esta insistiera en repasar una y otra vez los pliegues del vestido, los adornos del pelo y todo cuanto fuese necesario para salir a escena debidamente ataviada. Así ninguno de los presentes podría decir una palabra en contra de su aspecto. Faltaría más. Mañana a primera hora saldría la crónica de su boda en el periódico, todo el mundo debía morir de envidia y así su madre tener una razón más para pavonearse a gusto por los salones de té, fiestas y demás saraos de la temporada social, incluyendo el veraneo en la costa.

Su entrada a la iglesia, agarrada al brazo de su padre, hizo que todos los presentes se pusieran en pie. No les prestó atención, caminó hacia el altar donde la esperaba su comprador. Situada junto a él, escuchó al cura decir las frases que ya había oído antes, pero que ahora tomaban especial significado para ella no por gusto, sino más bien por lo que implicaban. Estaban representando una farsa, deberían haberse limitado a firmar los documentos en el ayuntamiento y ahorrarse la ceremonia.

Él no la miró en ningún momento, cuando colocó la alianza en su dedo lo hizo rápidamente, y cuando se inclinó a besarla apenas la rozó en la mejilla. Por lo menos huele bien, se dijo a sí misma.

Cualquiera que viera a la pareja de recién casados se daría cuenta en el acto de que aquello ni era un matrimonio por amor ni tampoco por afecto, era simple y llanamente una farsa, muy rentable económicamente, eso sí.

De camino al hotel donde se celebraba la recepción posterior a la boda, Maddy fue dándole vueltas en su cabeza a todo cuanto se le venía encima. A menos que hiciera algo, claro está. Por la postura de su recién estrenado marido y/o inversor, a él tampoco le hacía mucha gracia todo aquello, ahora bien, los motivos por los cuales había aceptado eran un misterio para ella.

Ya en el restaurante, y tras esperar pacientemente a que todos los asistentes les presentaran sus respetos y les desearan lo mejor, jamás olvidaría una fecha así.

El padre del novio fue el más efusivo, la besó, la sonrió y abrazó, tras eso palmeó a su hijo en la espalda. Este permaneció inalterable. Vaya dominio de sí mismo, pensó Maddy. Su madre, cómo no, organizadora oficial de todo, les invitó a sentarse en la mesa presidencial.

Antes de los postres Maddy ya tenía en la cabeza una idea y tenía que llevarla a cabo. Llamó la atención de su marido. Debía ir acostumbrándose. Este la miró sin comprender, pero agachó la cabeza para oírla. Educación ante todo.

—¿Podemos hablar? —le dijo en un susurro y sonriendo como una tonta para que todo el mundo creyese lo feliz que estaba.

—Sí, usted dirá.

—En privado.

Él tardó diez segundos en aceptar la indicación.

—¿Ahora? —preguntó extrañado. Eran el foco de atención si se movían de sus asientos...

—Pues sí, si no es mucha molestia. Debemos hablar.

Samuel hizo señal a un camarero, Maddy no pudo oír la conversación, pero a los cinco minutos Samuel se levantó y la instó a seguirle. Lo hizo, por supuesto, ganándose con ello una mirada reprobatoria de sus padres, pero una sonrisa de su suegro. Un día inolvidable.

Samuel la condujo hacia la zona del hotel, si cabe aún más lujosa, donde estaban todas las *suites*. Sacó una llave del bolsillo y abrió la *suite* 210. Esto debía estar costando una fortuna.

Maddy mantuvo la boca cerrada, a pesar de estar en la habitación más impresionante que había visto en su vida. Una zona a modo de salita, con una mesa en la que encontró viandas y licores exquisitamente dispuestos. Al fondo una impresionante cama, con baldaquín, inmaculadamente blanca. Vale, estaba actuando como una tonta. Dejó a un lado la exploración y se dio la vuelta. Samuel estaba examinando los licores sin mucho entusiasmo, la verdad, hasta que encontró uno de su agrado, se sirvió una copa y se sentó. De acuerdo, ella le pidió hablar en privado, y hablaría.

—Siento todo esto —comenzó ella.

—Ya no hay vuelta atrás —respondió mirando el licor con un aire de condescendencia que resultó cuanto menos irritante.

—De acuerdo. Bien. Quiero dejarle algunas cosas claras.

—La escucho.

—Sé perfectamente a qué acuerdo ha llegado mi padre. —Él asintió. Si se sorprendió al oírlo desde luego no dio muestras de ello—. Y debo decirle en primer lugar que me he opuesto desde el principio. —Se acercó a la mesa de los licores buscando algo que infundiese valor—. ¿Qué toma?

—*Whisky*.

—¿Sabe bien? Quiero decir, ¿es bueno?

—Pruébalo —respondió; seguía sin inmutarse. A dónde quería llegar ella, le importaba muy poco, como todo aquello. Bien podía dedicarle unos minutos. Amablemente él sirvió una copa y se la entregó. No era ningún guardián; si su esposa quería *whisky*...

—Gracias. —Dio un sorbo, en principio muy decidida. Vale, era más fuerte que el vino, pero la situación lo requería—. Quiero pedirle un favor.

—¿Más aún? —preguntó sarcástico.

—Es costumbre hacer un regalo de boda, considerémoslo así.

De acuerdo, exigir un regalo de boda podía ser la tradición, pero en este caso era mejor aparcar la tradición. Al fin y al cabo era un negocio.

—Y sería...

—Quiero que busque el vacío legal, el mínimo resquicio, la menor oportunidad para no cumplir el trato con mi padre.

Samuel jamás hubiera esperado eso. Como buen negociante que era, a partir de esas palabras empezó a interesarse por la conversación. Por supuesto, antes de responder dio y saboreó un buen trago de *whisky*.

—Sabe que eso supondría correr un gran riesgo —dijo con cautela; no quería comprometerse.

—Lo sé, pero supongo que usted dispone de un buen número de letrados en nómina que podrían hacer el trabajo, ¿me equivoco?

Joder, Samuel estaba tentado de aplaudirla, primero por su petición y después por su perspicacia.

—Supone bien —dijo siguiendo con su actitud de no comprometerse a nada.

—Estupendo. También sé que parte de la deuda a perdonar es con su banco, para ello me ofrezco como empleada —Maddy esperaba que ese ofrecimiento diese mejor resultado que con su padre.

—¿Tiene estudios? —Sabía la respuesta, no era posible que una mujer los tuviera, pero preguntarlo era educado.

—Oficialmente no.

—Ah.

—Pero llevo asistiendo, en secreto, eso sí, a las clases en la universidad del profesor Graham, he leído todos sus libros y...

Samuel se puso en pie. ¿Qué nueva sorpresa iba a darle su esposa?

—¿El profesor Aaron Graham?

—Sí. —Ella se sonrojó—. Intenté que me aceptara como alumna, pero ya se imaginará cuál fue su excusa para no hacerlo.

—¿Bajas calificaciones?

—No tener pene. —Se llevó la mano a la boca—. Perdón.

—Yo estudié con él. —Samuel pasó por alto su comentario.

—Le envidio por eso. Por lo de haber podido estudiar con él, quiero decir.

Samuel estuvo a punto de sonreír, pero se abstuvo.

—Entonces, me pide como regalo de boda retrasar el pago, no saldar las deudas de su familia y a cambio se ofrece como empleada. ¿He entendido correctamente?

—Sí.

—Bueno, teniendo en cuenta la situación, es muy probable que al final deba asumir no solo las cantidades iniciales sino además los gastos originados por la demora, que sin duda su padre exigirá. Eso sin contar con la posible exposición pública de mi nombre, por no atender mis compromisos financieros. ¿He olvidado algo?

—No. Y le entiendo, pero no debe negarse, simplemente buscar una salida legal, algo que impida a mi padre demandarle y al mismo tiempo mantenerse callado. Créame, le interesa más que a usted. Ha vendido a su hija, eso no queda bien en su

círculo social. —Esto último lo dijo Maddy con tal socarronería que casi le hizo sonreír.

—Está bien, mañana hablaré con mis abogados. —Y lo haría además encantado, por el simple hecho de no acceder a las demandas de lord Chesterfield bien vaha la pena intentarlo—. ¿Algo más?

—Bueno, ¿y qué me dice de lo de trabajar a cambio?

—Nunca viene mal una ayuda.

Esa actitud tan diplomática podía empezar a ser irritante. Pero de momento primaba la prudencia.

—De acuerdo. —Le sonrió agradecida, puede que fuera un desconocido pero por lo menos escuchaba y daba oportunidades—. Ahora supongo que... —Desvió la mirada hacia la cama y él se dio cuenta—, usted también querrá poner sus condiciones.

—Por supuesto. —No se le había ocurrido, pero ya de paso...—. Bien, en primer lugar, y como mi esposa, creo que podemos tutearnos, ¿te parece?

—Sí. —Parecía aliviada.

—En segundo lugar, quiero una esposa que no entorpezca mi camino y que me sea útil. —Estaba siendo un poco cruel—. Recibo multitud de invitaciones donde debo acudir, más por compromiso que por gusto, supongo que en tu educación habrán incluido todo eso de la etiqueta y el comportamiento.

—Bueno, sí. —Otra cosa muy distinta es que estuviera de acuerdo con lo aprendido.

—Por lo tanto, me acompañarás a todas esas reuniones, en las que no solo se cena y se baila, también se hacen negocios, así tú serás el foco de atención mientras yo me ocupo de mis intereses.

—De acuerdo. —Triste pero lógico, pensó.

—Te avisaré con antelación suficiente, así podrás elegir vestuario e informarte de lo que consideres oportuno.

Maddy asintió con la cabeza; vale, se esforzaría.

—¿Puedo seguir con mis «clases»?

—Sí, yo no me opongo. Hablaré con el profesor Graham, no tienes por qué ir de incógnito.

—Gracias —dijo emocionada.

—Una cosa más. ¿Eres virgen?

Maddy casi se cae de culo al oír la pregunta. ¿A qué venía eso ahora? Habían hablado de negocios, llegado a un acuerdo, en ningún momento, tal y como trascurría la conversación, hubiera esperado algo así. Por su puesto el lado rebelde de su cerebro respondió.

—¿Importa?

—¿La verdad? —La miró como si fuera una farola de la calle y se respondió a sí mismo—. No.

Samuel se acercó a ella y, sin pedir permiso, cogió el broche de oro que llevaba en el escote, se acercó a la cama, abrió las sábanas, las desordenó convenientemente y se pinchó un dedo, dejando caer en el centro dos gotas de sangre.

Ella le miró sin comprender.

Mientras seguía desordenando las sábanas y Maddy aún sin comprender, él siguió hablando.

—Me importa muy poco o nada lo que hagas con tu vida privada, al igual que harás tú con la mía. Solo te pido discreción. Por supuesto, ambos sabemos, y te agradezco la oportunidad de conversar contigo, que este matrimonio no tiene futuro; eso sí, podemos llevarnos bien. Tendrás una casa a tu disposición. Solo te exigiré lo que hemos acordado y me comprometo a ayudarte. Cuando todo se resuelva podremos divorciarnos.

—De acuerdo. —Era más de lo que podía esperar—. Supongo que no inmiscuirme en tu vida significa...

—Que no cuestionarás mis decisiones, incluyendo las de ámbito privado.

—Tus amantes.

—Exacto.

—Me parece justo —dijo observando cómo quedaba la cama. Allí no se había producido un encuentro amoroso nupcial, allí se había desarrollado una batalla campal. ¿Pero quién era ella para saberlo?

—Toma. —Volvió junto a ella y le devolvió el broche—. La gente pensará lo que nosotros queramos, es decir, que yo estaba loco por desvirgarte y tú loca porque yo lo hiciera. Bien. —La miró ladeando la cabeza, y de nuevo sin pedir permiso, la despeinó lo suficiente para aparentar haberse dado un revolcón, pero lo justo para no parecer un pájaro desplumado al volver al salón.

—¿Qué haces? —protestó ella.

—Si vamos a representar un papel, por lo menos hagámoslo bien. ¿De acuerdo? Bien, ahora, si no te importa, ¿puedes dejarme una mancha de carmín en la camisa?

CAPÍTULO 6

Su noche de bodas. Si se podía llamar así. Técnicamente lo era, es decir, se había casado por la mañana y ahora estaba sola en un gran dormitorio donde sus enseres aún estaban por desembalar.

Samuel no había sido muy explícito sobre el funcionamiento de la casa, simplemente le presentó a algunos empleados y después la acompañó hasta la puerta de su cuarto. Ni que decir tiene que ni siquiera se despidió con un beso en la mejilla. Dijo: «buenas noches», y se marchó. Evidentemente no pasaría la noche de bodas solo. Bien por él.

Por supuesto, ella tenía la misma opción, pero claro, ¿dónde iba a encontrar a esas horas un hombre? Podía llamar a Charles, desde luego, pero este y sus principios morales, aunque dudosos, podían tirar por la borda cualquier expectativa y más aún cuando su amigo se enterase de que su recién estrenado marido no iba a morir de viejo en los próximos diez años.

Solo quedaba la opción de buscarse un amante. Y en el fondo esa opción no era acertada. Puede que para los hombres encontrar una mujer dispuesta y llevársela a la cama solo suponga un leve esfuerzo. Pero para ella, llevarse a un desconocido a la cama, suponía demasiado esfuerzo para algo que desconocía y que además puede que fuera desagradable.

Eso si tenía en cuenta las conversaciones que oía a escondidas. Claro, que tal y como iban las cosas no podría formular una teoría empírica.

Beber en tu noche de bodas no es lo más aconsejable. Ahora, si tu esposa está en su cuarto, sola, no quedan opciones. Si estuviera disfrutando del licor tras una sesión de sexo con su esposa, sería otro cantar, evidentemente.

Desmadejado en el sillón, frente a la chimenea, Samuel contemplaba el fuego, como el que oye llover, le daba igual. Estaba casado y por tradición ahora debería estar enredado con su mujer o bien descansando tras un buen revolcón. La copa de licor no estaría de más. Pero claro, él no se había casado normalmente. Su esposa no era la típica señorita que él creyó al principio, y por no aprovechar el momento, ahora estaba más sola que la una. Cuando ella le propuso dar a conocer sus condiciones bien podía haber incluido un revolcón, pero su orgullo decidió por él. Cuando le preguntó si era virgen y ella respondió con indiferencia se sintió herido. Si era o no virgen le importaba muy poco, simplemente el hecho de que ella lo mirara con ese aire de superioridad le irritó sobremanera.

Al diablo con todo. Pocas veces un marido dispone del beneplácito de su mujer para buscarse la diversión fuera. Y eso haría a la noche siguiente. Aunque esta noche, por extrañas circunstancias, estaba excitado, y debido a esas mismas circunstancias tendría que apañárselas solo.

Hizo un brindis y apuró la copa de un trago.

Maddy estaba vistiéndose cuando llamaron a la puerta de su dormitorio.

—Adelante.

—Buenos días, señora, soy Theresa, su doncella. Anoche no tuve ocasión de saludarla y presentarme. El señor Boston me ha pedido que me ocupe de sus cosas.

—Gracias.

—No hay de qué. ¿Desea algo?

—Humm, bueno, sí, te agradecería que me sirvieras de guía.

La mujer la miró sin comprender.

—¿De guía?

—Sí, no conozco la casa, ni sus costumbres, así que si eres tan amable...

—Bueno. —Theresa sonrió—. Empezaré por traer el desayuno. ¿Cómo lo quiere?

—La mujer empezó a deambular por el dormitorio recogiendo la ropa y examinando el baúl con las pertenencias—. Me ocuparé de esto también.

—Algo liviano, por favor. Me vestiré y bajaré al comedor.

—No es necesario, yo se lo subiré.

—No, prefiero moverme por la casa.

—Como quiera.

Maddy se metió en el cuarto de baño adyacente, agradeciendo que estuviera así dispuesto. A su edad, que otra mujer la vistiera le parecía poco menos que absurdo. Bien estaba contar con la ayuda de una sirvienta, pero hasta ese punto... pues no.

Salió perfectamente vestida, con una falda verde oscuro y una blusa blanca abotonada hasta el cuello. Puede que la falda tuviera un par de años, pero nadie iba a notarlo.

Theresa fue guiándola hasta un comedor donde encontró un amplio surtido para el desayuno. Eso sí, nadie la esperaba.

—¿Samuel no está?

—El señor salió a primera hora, como todos los días.

—Ah.

Hubiera sido agradable compartir al menos el desayuno. Se encogió de hombros, empezaba su vida de casada sin nada que hacer. También podía ser agradable conocer las costumbres de su marido y no preguntar al servicio.

—¿Sería posible que me trajeran los periódicos de hoy? —preguntó amablemente a Theresa.

—Debe disculparme, señora, al ser el primer día desconozco qué publicaciones femeninas son de su agrado. Si me da una lista procuraré tenerlas cuando antes.

—¿Publicaciones femeninas? —preguntó, y comprendió en el acto—. No, no, me he explicado mal, me refiero a la prensa habitual, periódicos de información general.

—Bueno, el señor está suscrito, preguntaré al mayordomo.

Theresa se retiró dejándola sola con su desayuno.

—Vaya despilfarro —murmuró mientras tomaba una taza de café. Con todos esos

alimentos podrían desayunar al menos veinte personas.

—Aquí tiene. —Theresa le entregó dos ejemplares un poco arrugados—. Disculpe su estado; normalmente, una vez que el señor los ha leído, se llevan a las cocinas.

—No importa. —Vaya... ya no tenía que ingeniárselas para leer la prensa—. A partir de mañana me gustaría disponer de ellos. Luego, por supuesto, puede llevarlos a la cocina.

—Como desee, señora.

Maddy empezó a leer ávidamente, como lo hacía habitualmente, hasta que cayó en la cuenta de que allí nadie iba a interrumpirla, ni a cuestionarla, ni mucho menos a decir nada sobre sus lecturas.

Hasta podía acostumbrarse a eso. Se sirvió otra taza de café y siguió picoteando.

—¿Señora?

—¿Sí? —Maddy respondió sin levantar la vista del periódico.

—La cocinera me ha pasado los menús para la semana próxima. Supongo que querrá dar su aprobación.

—¿Los menús?

—Sí.

—¿Come habitualmente Samuel en casa? —Odiaba tener que hacer esa pregunta, se suponía que estaban casados.

—No, señora.

—Entonces... ¿para quién se preparan? —dijo mientras leía la nota de la cocinera. No entendía para qué se preparaban esas comidas si nadie acudía a ellas.

—Se viene haciendo así, tal y como se hacía en la época en que vivía la anterior señora Boston.

—Ah, bueno. —Maddy se puso en pie y cogió los periódicos—. Acompañeme a las cocinas, por favor.

—¿A las cocinas? No es necesario. La cocinera puede venir...

Maddy entendía las reservas de Theresa, pero ser la señora de la casa implicaba hacer y deshacer a su antojo, nadie iba a cuestionar si entraba o no en las cocinas, en el lavadero o en la cuadra.

—No importa —dijo en tono conciliador—, así conozco la casa. ¿Vamos?

—Entonces todos los días se prepara un menú, haya o no haya comensales.

—Sí, señora —respondió la cocinera, algo cohibida.

—Pero... entonces se desperdicia toda esa comida.

—Sí —respondió finalmente la cocinera, y parecía avergonzada.

—Bueno, no pasa nada. De momento dejaremos a un lado la confección del menú diario —dijo Maddy práctica.

—Pero ¿usted... no...? —Theresa parecía alarmada.

—Estoy segura de que podré apañármelas.

—Como desee, daré orden para que preparen el comedor pequeño.

—No sé... —reflexionó Maddy en voz alta—, me parece absurdo desplegar todo para comer yo sola. ¿Dónde comen habitualmente ustedes?

Todos los allí presentes la miraron con la boca abierta.

—Señora, los sirvientes nos reunimos en un comedor anexo a la cocina.

—¿Cuántos son?

—Normalmente diez personas.

—Bueno, supongo que no será un problema dar de comer a once, ¿verdad?

—Señor Boston, hemos revisado minuciosamente el acuerdo prematrimonial firmado por su padre y, como ya me temía, resultará prácticamente imposible echarse para atrás.

—Señor Newman, eso ya lo había deducido por mí mismo —respondió Samuel crítico—, lo que les pido es que paralicen, alegando lo que sea, la ejecución del contrato. No que lo anulen.

—Siempre podemos recurrir a un socorrido «lo está estudiando el gabinete jurídico».

—Si nos da tiempo, servirá —Samuel se puso en pie—. Gracias, señor Newman. —Le tendió la mano.

—Encontraré algo más sólido. Aunque... —Newman hizo una mueca— aquí ha quedado todo bien atado.

—Confío en usted. Buenas tardes —despachó a su abogado adulator. Para lo que le había dicho, no habría hecho falta reunirse.

Samuel se quedó solo en su despacho, solo y ligeramente deprimido. Vaya forma de empezar el día. Una reunión maratoniana con su abogado para no llegar a buen puerto. Se la estaba jugando, no solo económicamente, sino también a nivel de su prestigio. Sería más fácil pagar, pues las cantidades, aunque importantes, no suponían gran perjuicio a sus finanzas; decirle a su esposa que había cumplido el acuerdo y ahorrarse quebraderos de cabeza.

No podía, y no solo por habérselo prometido a su mujer, sino por orgullo propio. Revisó su correspondencia y buscó algo que llevar esa noche a su casa y que la mantuviera entretenida. Su ofrecimiento de trabajar para él resultaba tan ridículo que se ahorró una réplica hiriente. Bien, un informe, ya rechazado por inútil, serviría para entretenerla. Y para que no sospechase añadió unas cuentas para que revisara su contabilidad. Aburrido hasta no poder decir más. Probablemente acabaría por aceptar que estos asuntos no eran para ella y se dedicara a sus labores. No era la primera mujer que parecía interesarse por algo más que sus acostumbradas aficiones y que arrojaba la toalla a la primera de cambio.

CAPÍTULO 7

—¡Pero qué callado te lo tenías!

Rafe Wesley, recién llegado de su viaje, entró en el despacho de Samuel con una sonrisa de oreja a oreja y los dos amigos se abrazaron.

—¿Cuándo has llegado?

—Ayer por la noche. Estar de viaje puede ser muy estimulante pero llega un momento en que solo deseas volver a tu casa.

—Es que normalmente los viajes no duran tres meses. —Samuel sirvió dos copas y le pasó una a Rafe—. Bueno, supongo que me pondrás al día de tus aventuras. —Dio un sorbo—. Eso suponiendo que hayas salido de la habitación del hotel.

—Samuel, querido amigo, deberías avergonzarte. Me conoces de sobra. Para encerrarme con mi esposa me quedo en casa y no me gasto una fortuna en pasajes.

—Precisamente porque te conozco, expreso mi opinión.

—Ay, amigo mío. —Rafe se estiró en el sillón y puso cara de bobalicon enamorado—. Las ventajas del matrimonio... claro que ahora tú podrás opinar con conocimiento de causa.

—Más o menos.

—Me pica terriblemente la curiosidad. Te lo tenías muy callado. Y con la hija de un noble, nada más y nada menos. Picas alto, Samuel.

—Mira quién habla.

—Bah, sabes perfectamente que hoy en día cada vez vale menos.

Los dos amigos se comprendían perfectamente, puede que algunos comentarios vistos desde fuera pudieran parecer ofensivos. Pero para ellos era mera diversión.

—Insisto, ¿vas a contarme cómo has caído en las garras del matrimonio?

Samuel se encogió de hombros.

—Tarde o temprano tenía que hacerlo.

—Puedes poner cara de póquer, pero no te creo. Nadie sabía nada, ha sido repentino. ¿Cómo lo explicas?

—¿Para qué perder el tiempo?

—¿La has dejado preñada?

Si al menos fuera eso, pensó Samuel, no llevaría un mes con un dolor permanente en la entrepierna.

—No —respondió lacónico.

—La tradición y todo eso, ¿eh? —alegó Rafe riéndose—. Esperaste a la noche de bodas, bien por ti. Eso dice mucho en tu favor, en favor de tu aguante, quiero decir.

—Sí —murmuró Samuel a punto de atragantarse. Pensar en su noche de bodas es como nombrar la soga en casa del ahorcado.

—Sorprendente —dijo Rafe enigmático.

—¿Y cómo está Alice? —Samuel intentó cambiar de tema.

—Estupendamente, te manda saludos, y por supuesto se muere de ganas de

conocer a tu esposa. Ya organizaremos algo.

La puerta del despacho se abrió y Samuel padre entró alegremente.

—¡Muchacho! He oído que estabas de vuelta. —Abrazó a Rafe—. Te veo estupendamente. La vida de casado te sienta de maravilla. —Guiñó un ojo cómplice a su hijo.

—Pues sí —dijo orgulloso—. Le veo hecho un chaval.

—No creas. —Samuel padre hizo una mueca.

—Tonterías, ya me gustaría a mí estar así a su edad.

—Papá, creía que hoy salías de viaje.

—Sí, pasaré a recoger a Vivian en una hora, antes quería comentarte algo.

—Bueno, pues os dejo...

—No hace falta, eres de la familia —sentenció Samuel padre—. Acabo de hablar con tu suegro. Está enfadado. Se sube por las paredes, más bien. ¿Me puedes explicar qué te traes entre manos?

Rafe le miró intrigado. Samuel suspiró, pues sí que iba a guardar bien un secreto.

—Nada, simplemente pretendo hacer bien las cosas.

—Eso espero. —Samuel padre no parecía muy convencido con la respuesta de su hijo—. Peter Chesterfield es perro viejo y no me gustaría que causara más problemas. No entiendo cómo ha tenido una hija tan deliciosa.

—De eso sin duda sabe más Samuel que nosotros —comentó Rafe en tono bromista. Todos rieron menos el afectado.

—No se merece una flor así. ¿Te puedes creer que al día siguiente de su boda estaba en el despacho? —dijo Samuel padre.

Y toda posibilidad de despistar a su amigo se fue por el retrete.

—¿De veras? —Rafe arqueó una ceja mirando a su amigo.

—Yo no hubiera abandonado a una esposa al día siguiente ni por todo el oro del mundo. Madelinne es además de hermosa todo un carácter. No sé si me entiendes. —Movié las cejas sugestivamente.

—¡Papá, por favor!

—Perfectamente, señor Boston, perfectamente. —Sonrió, esto se ponía cada vez mejor. Picar a su amigo era casi tan divertido como disfrutar con su mujer—. Pero no se preocupe, conseguiremos hacer un hombre de él.

—Lo que me faltaba, un par de chismosos —se quejó Samuel. Pero para lo que iba a servirle...

—Por favor, hijo, no seas tan tiquismiquis. Tienes una esposa estupenda y espero que Samuel Boston V esté en camino.

—Papá, ¿no te está esperando Vivian?

—Pues sí, y no se puede hacer esperar a las mujeres. —Su progenitor sonrió picarón.

—Eso depende —dijo Rafe.

—Otro día me lo explicarás; os dejo. A mi vuelta espero grandes noticias.

Cuidaros los dos.

—Adoro a tu padre —dijo Rafe sinceramente.

—Sí, bueno, tiene sus momentos.

—Sigo dándole vueltas a lo de tu matrimonio. Entonces, ¿es por tener un heredero o por otro motivo?

—Tú necesitas herederos para conservar el título, no yo. ¿Estamos en ello?

—Pues no, la verdad, no quiero pasarme los primeros años de mi matrimonio viendo a mi mujer cuidar de los niños y envejecer antes de tiempo. Preferimos disfrutar los dos solos. Después ya veremos.

—Llevas casi dos años casado, para disfrutar ya has tenido tiempo.

—No sé qué decirte... —A Rafe no se le borraba esa cara de satisfacción—. Cada día descubro algo nuevo, Alice es... bueno, ya me entiendes.

—Perfectamente.

—Además, somos jóvenes, disfrutamos de la vida, vamos y venimos a nuestro antojo. ¿Para qué cargarnos con responsabilidades?

—Una buena teoría. Pero tu caso, amigo mío, es diferente al del común de los mortales que estamos desprovistos de responsabilidades nobiliarias.

—Sigues eludiendo responder, no creas que soy tan tonto como para no darme cuenta. Explícame por qué te has casado, por qué con una señorita de buena cuna y por qué precisamente con la hija de ese bastardo.

—Ya te lo he dicho.

—Pero no me convences.

—Pues no hay otra explicación.

—Pues entonces deberíamos pasarnos por el club, distraernos un poco, beber tranquilamente un buen trago e intentar que el alcohol te suelte la lengua.

—¿El club?

—Por supuesto, he oído que tienen un espectáculo nuevo.

—Estás casado, se supone que ya no deberías frecuentar ese tipo de clubs.

—Que yo sepa, en la Dama Negra admiten a casados, y en segundo lugar Alice conoce perfectamente el club...

—¿Cómo?

—La hice socia, es la señora... —dijo riendo— Smith, ¿no me digas que no es divertido?

—Joder, Rafe, no creo que sea adecuado llevar a una esposa a ese tipo de clubs.

—¿Por qué? Allí los dos podemos divertirnos, disponen de unas excelentes instalaciones de recreo, he oído que los baños para mujeres son la última moda, hay salas para parejas, bien lo sabes, y no tengo ningún secreto con Alice.

—No me lo puedo creer.

—¿Desde cuándo eres tan mojigato?

—No me imagino a Alice...

—Pues le encanta. Allí se disfruta, jugamos a no conocernos, a...

—Suficiente, me hago una idea.

—Deberías hacer socia a tu mujer.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Esa no es una razón.

—Deja a Madelinne al margen de esto, ella no es de esa clase.

—Podría ofenderme por ese comentario —dijo sarcástico—, pero creo que simplemente eres estrecho de miras. Vamos al club, cambiarás de opinión.

—O no.

—¿De verdad pretendes llevar tu vida conyugal simplemente entre las cuatro paredes de tu dormitorio? Vamos, hombre, que nos conocemos, puedes ser riguroso en tu trabajo, pero te gusta un buen encuentro sexual, los juegos... no puedes renunciar a ello.

—Eso no es asunto tuyo.

—¿No me digas que es de las que lo hacen a oscuras? —Rafe parecía alarmado.

—Vámonos —dijo Samuel entre dientes.

—O peor aún, de las que solo se dejan una vez a la semana... Ay, Dios...

El tono, cada vez más alarmante, de su amigo, podría haberle hecho grada de haberse referido a otra persona.

—No te metas donde no te llaman.

—Me preocupo por ti. ¿Qué quieres? Hemos pasado demasiadas cosas juntos.

CAPÍTULO 8

A Samuel no le apetecía para nada ir a la Dama Negra. Y no porque no le gustase un buen espectáculo, sino porque saldría de allí con bastantes ideas para practicar con una esposa, claro que él tenía una esposa con la que no podía llevar a la práctica las sugerencias del club.

Bastardo afortunado, pensó mirando a su amigo Rafe saludar atentamente a una de las camareras. Ese cabrón nunca cambiaba; probablemente dentro de unos años, con canas, seguiría siendo el mismo. Lo curioso del asunto es que coqueteaba a diestro y siniestro sin llegar a ser molesto ni enfadar a su mujer. Todo un logro.

Se acomodaron en uno de los reservados y una vez les hubieron servido las bebidas, empezó el suplicio. Uno de los empleados del club les explicó brevemente a los presentes la actuación. Claro que tampoco había que extenderse demasiado, todos conocían perfectamente el estilo. En el centro estaba dispuesta una especie de tarima a modo de escenario. Allí se representaban los números acrobáticos con el alto contenido sexual que todos los socios del club apreciaban. Hoy, por supuesto, no iba a ser una excepción. Apareció una morena, apenas cubierta por una gasa transparente de color verde, y se situó en el centro. Cuando dejó caer la tela, todos los presentes prestaron más atención. Al instante aparecieron dos hombres; únicamente llevaban un pequeño faldón, como si de romanos se tratase, el cual no tardaría en desaparecer. Tumbaron a la morena en una especie de diván y empezaron a decorar su cuerpo.

—¿Será comestible? —susurró Rafe sin perder detalle.

—Cállate —respondió Samuel irritado.

—Pues pienso preguntarlo.

Sí, claro, como que dado el caso eso iba a ser lo más importante.

El espectáculo continuaba, la mujer disfrutaba del masaje pictórico de sus amables compañeros, claro que si la actuación se quedara en un erótico masaje la concurrencia hubiera protestado. La morena estiró su mano, metiéndola por debajo de la faldita para entretenerse un rato, mantener el suspense y excitar a su compañero, y tras unos minutos de toqueteo, desnudó al primer hombre, completamente erecto y, sin perder tiempo, le acarició atrayéndole hacia sí hasta poder acariciarle no solo con la mano sino también con la lengua.

—Joder, esto se pone interesante.

—De eso se trata —respondió Samuel a su amigo secamente.

Y es que para un hombre con una vida sexual inexistente desde hacía por lo menos dos meses, la mínima insinuación suponía una gran faena. Samuel apartó la vista; si al menos se entretuviera con otra cosa...

—Te estás perdiendo lo mejor —murmuró el canalla de Rafe—; no sé tú, pero debí traerme algo para tomar notas —Rafe empleó su tono guasón.

—Si quieres voy y le pido al camarero papel y lápiz —respondió Samuel en el mismo tono.

—Bah, podré recordar lo más importante.

Samuel quería romper algo, golpear a alguien o lo que fuera para quitarse de encima esa sensación. Estaba más que harto de apañárselas solo. No recordaba un periodo de abstinencia tan largo en su vida. Podía comentárselo al canalla afortunado de Rafe, pero conociéndole, este tendría por lo menos un mes tenía de diversión. Aunque luego fingiera ponerse serio e intentar ayudarlo. Y casi, tratándose de la ayuda de Rafe, era peor el remedio que la enfermedad. Tenía que deshacerse de Rafe y buscar una mujer, seguramente alguna de las espectadoras escondidas en el local estuviera dispuesta.

Y la actuación seguía, ahora la mujer seguía ocupándose de un hombre mientras que su compañero se ocupaba de ella quien, totalmente cubierta por pintura, se retorció frenéticamente. Sin duda su compañero sabía proporcionarle placer oral. Los grititos de placer inundaron la sala y el humor de Samuel iba poniéndose cada vez peor.

—¿Dónde vas? —preguntó Rafe sin quitar ojo del escenario, extrañado al ver que se levantaba.

—A casa.

—Ay, pillín, no aguantas más, ¿eh? Te entiendo perfectamente.

—Pues no.

Lo dijo de tal forma que Rafe no lo tomó a broma.

—Pues vas a perderte lo mejor, ella está a punto de correrse, y mira —obligó a su amigo a prestar atención—, parece que el tipo ese va a dar la estocada final.

—No sé por qué te hago caso.

—Porque te pone tan cachondo como a mí —se dijo a sí mismo. Miró de reojo a su amigo y su cabeza empezó a dar vueltas, algo raro estaba pasando, pero claro, en esos instantes no estaba en la mejor disposición como para analizar detenidamente la situación.

Con protesta o sin protesta, Samuel contempló todo el espectáculo. Puede que en su vida hubiera contemplado los suficientes tríos como para no sorprenderse, pero en su estado actual... Y luego estaba la maldita cabellera de la actriz, morena, como la de su esposa y ya su mente no pudo dejar de pensar en Madelinne despeinada sobre la cama a punto de recibir «la estocada final».

La mujer gritó con más fuerza al sentir cómo uno de sus compañeros la penetraba mientras que el otro seguía en su boca, los dos hombres perfectamente sincronizados, se apreciaba incluso cuando ella dejaba de lamer, el otro se detenía un instante. Puede que fueran actores, pero caray, representaban muy bien su papel.

En la sala también se oían los jadeos de algunos espectadores, seguramente masculinos. Si bien la entrada a mujeres era permitida, estas preferían las salas privadas donde poder observar sin ser vistas.

—Voy a felicitarles —Rafe se puso de pie—, y de paso preguntarles un par de cosas.

—Y yo voy a optar por cambiar de amigos.

—Mira que estás pesado. —Rafe se sentó de nuevo—. Vale que en tu vida pública tengas que aparentar ser un estricto director de banco, pero relájate, joder, aquí todos son discretos y tú siempre has sido uno de los socios más activos. No sé qué mosca te ha picado... pero desde luego estás imposible.

—Simplemente considero que ciertas inclinaciones, dado mi estado actual, no son lo más acertadas.

Se abstuvo de mencionar su estado actual: abstinencia total.

—¿Estás hablando en serio? —Rafe no salía de su asombro—. Casarse no significar morirse de aburrimiento. Y si crees que estar aquí los dos solos es inapropiado, la próxima vez vienes con tu esposa y listo.

—No.

—Deduzco entonces, por tu actitud... ¿que tu querida y estimada Madelinne es de las difíciles?

—Yo no he dicho eso. —No sabía por qué la defendía. Bueno, sí, porque no sabía qué clase de mujer era ella en lo que respecta al sexo.

—Pues la verdad, si tras más de un mes de casado ya estamos así, no sé qué otra cosa pensar.

—¿Podemos cambiar de tema?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque me preocupas, esa actitud no es sana, lo dicen los médicos —alegó Rafe todo convencido.

—¿Ah, sí?

—Pues sí, no solo es sano sino recomendable. Follar alarga la vida.

—¿De dónde habrás sacado tú ese estudio científico? —preguntó a nadie en particular con un claro tono escéptico.

—Bueno, da igual, malo no es, y ahora, casados, podemos practicar cuanto queramos, ¿no?

—¿Para eso te has casado?

—Entre otras razones, sí, la verdad. Y porque no iba a dejar escapar a una mujer como Alice.

—Me alegro de que pienses en algo más que en quitarte los pantalones.

—Me estás asustando, Samuel, esa faceta tuya tan mojigata no la conocía.

—No es mojigatería, es sentido común.

—Entonces... ¿por qué te has casado tú? Porque chico, no me lo explico.

—Ya oíste a mi padre, Samuel Boston V.

—Bah, a otro perro con ese hueso, nos conocemos, querido amigo, te he visto hacer las locuras más increíbles, nos hemos desmadrado unas cuantas veces, hemos follado como ningún otro y ahora de repente... ¡zas! Todo a la mierda. ¡Sentido común, dice! ¡Tonterías!

—Yo no he dicho eso. Y cambiemos de tema, por favor. Este me aburre.

Rafe le miró negando con la cabeza. Ahí estaba pasando algo raro. Bueno, ya lo descubriría. Samuel no era así.

CAPÍTULO 9

Samuel estaba cumpliendo su palabra y ella deseaba encontrar algo para agradecerse. Mientras estudiaba los informes y datos bancarios que él le traía todos los días pensó en cómo estaba cambiando su vida. Tenía libertad para hacer o deshacer a su antojo; si bien solo debía acompañar a su marido en ocasiones señaladas, hasta el momento él aún no había propuesto ninguna salida. Le veía muy poco, apenas diez minutos, y no todos los días. Él simplemente dejaba los documentos sobre la mesa de su despacho, daba dos instrucciones y se marchaba. Todavía se sentía incómoda por ocupar su despacho. Samuel había dicho que de momento trabajara ahí, pues para evitar rumores en el banco era mejor hacerlo desde casa, aunque Maddy, cada vez que entraba a la estancia donde él tenía su despacho, se sentía impresionada como poco.

Recordó cómo hace menos de quince días Samuel la salvó de una situación comprometida. Ella seguía asistiendo de incógnito a las clases del profesor Graham, no sabía si Samuel había hablado o no con el viejo profesor. Así que, por si acaso, Maddy seguía yendo disfrazada.

Al poco de empezar la clase, el profesor miró en dirección al asiento de Maddy y dijo bien alto y claro:

—Por favor, el tercer... ejem... alumno de la penúltima fila, que se presente en mi despacho inmediatamente.

Maddy no protestó y, muerta de vergüenza, salió del aula siendo el centro de atención. Una vez en el despacho del profesor, un secretario con muy malas pulgas, la invitó a sentarse y esperar al profesor Graham. Este apareció, la miró de arriba a abajo y habló:

—Muy bien, joven. ¿Cuál es su nombre? Y... —Levantó la mano para poder continuar— ahórrese las mentiras, si es tan amable.

—Madelinne Chesterfield.

Aaron Graham la estudió durante unos angustiosos minutos antes de continuar hablando.

—Señorita, ¿se cree que soy estúpido?

—¿Perdón?

—Ha entendido perfectamente mi pregunta.

—Le ruego que se explique, por favor.

—Pues entonces le informo de que llevo tiempo observándola; ninguno de mis alumnos presta tanta atención como usted.

—Gracias.

—No era un cumplido —dijo con acritud—, por eso me he preguntado una y otra vez quién era. Y caí en la cuenta; si ya la rechacé en otro momento, ¿qué le hace pensar que ahora he cambiado de opinión?

—Nada —dijo sumisa.

—Me veo en la obligación de avisar a su... —Graham vio la alianza— esposo, si es tan amable de facilitarme su dirección.

—Preferiría no hacerlo.

—Cómo no, entonces avisaré a la policía, claro está. Incidentes como este no deben tolerarse.

—No hago daño a nadie —se defendió Maddy.

—Señorita, escúcheme bien, se ha metido en un buen lío, ¿me comprende? La universidad puede denunciarla, por eso prefiero tratar este desagradable asunto con su esposo, él sabrá cómo corregir su actitud. Su nombre, por favor.

Maddy se mordió el labio, miró a su alrededor, tenía que encontrar una salida, una que no fuera tan bochornosa como la de salir detenida.

—Estoy esperando, señora.

—Mi esposo está de viaje.

—No le he pedido su ubicación, sino su nombre.

—¿No hay otra forma de solucionarlo? —Maddy lo intentó de nuevo.

—No, se lo advertí la primera vez. Ha hecho caso omiso y no voy a tolerar que usted se salte las normas.

No había salida.

—Está bien. Samuel Boston.

—¿Cómo?

—Samuel Boston —repitió ella. No entendía el desconcierto del profesor.

—Mire... señorita, creo que esta broma ya ha durado bastante. Si no me dice ahora mismo el nombre de su esposo llamaré inmediatamente a la comisaría.

—¿Por qué iba mentir?

—No me haga hablar.

Graham sopesó la respuesta, esa mujer era una experta a la hora de buscar salidas. Pues bien. Abrió airadamente la puerta y llamó a su secretario. Redactó una pequeña nota, que entregó con malas pulgas, y le pidió que fuera rápido. Iba a solucionar esto de una vez por todas.

—Con esa actitud solo está consiguiendo empeorar las cosas, señora.

—No he mentido —dijo Maddy con vehemencia.

—Molestar a un respetable ciudadano no va a salvarla.

—Ya veremos —murmuró.

Maldito Graham, podía ser el mejor profesor de economía del país pero sus modales eran los peores, ni siquiera le ofreció una taza de té, a pesar de que tomar té no se encontraba entre sus aficiones en cuanto a bebidas se refería. Aguantó la mirada reprobatoria de Graham, estaba claro cuál era su opinión sobre la educación de las mujeres.

Tres cuartos de hora más tarde llamaron a la puerta. A Maddy ya le dolía el trasero de estar en esa silla. Y de soportar las miradas acusatorias del profesor.

—¿Profesor Graham?

—¿Sí?

—El señor Boston está aquí.

—Hágale pasar, por favor. Y encárgate de que nos sirvan algo.

Graham se levantó y esperó a que Samuel entrara. Nada más verle los dos hombres se fundieron en un abrazo.

—¡Cuánto tiempo, querido muchacho!

—Lo sé. No tengo excusa, profesor.

—Bueno, siento haberte hecho venir, y más por un asunto tan desagradable. —Graham miró a Maddy, que permanecía sentada—. Ahí está, no solo se cuele en mis clases sino que además utiliza tu...

—Es mi esposa —le interrumpió Samuel dejando al profesor sin habla—. Llevamos casados dos meses.

Si Maddy hubiera sido una de esas personas vanidosas y rencorosas ahora exigiría que el distinguido profesor se retractase públicamente de sus acusaciones, montaría un buen escándalo y además hasta podría abofetearle por insultarla.

—Samuel, muchacho, no... no sabía nada —se disculpó Graham—. Debiste informarme.

—Lo sé, es imperdonable. —Samuel mantenía la calma.

—Bueno, asunto resuelto. —Maddy se levantó y su dolorido trasero se lo agradeció.

—Espere un momento, por favor. —La detuvo Graham—. No era mi intención ofenderla.

—¿Podré entonces acudir a sus clases?

El profesor arqueó una ceja sorprendido. Esperaba al menos una rabieta.

—Profesor —intervino Samuel—, mi esposa es una gran conocedora de sus teorías, sé que las normas impiden que una mujer se gradúe...

—Samuel, ni siquiera la donación más suculenta puede cambiar las normas, ahórratelo. Debo añadir que si los alumnos de mi clase se comportasen como ella, otro gallo cantaría, pero me temo que no es posible.

—¿Y si solo asisto a las clases? —preguntó Maddy—. Bueno, es una posibilidad. Quién sabe, a lo mejor modifican las normas y entonces estaré preparada.

—No es mala idea —apuntó Samuel.

—Muchacho, para mí sería un orgullo que tu esposa asistiera a mis clases. Sabes perfectamente el gran cariño que te tengo. Sin embargo...

—Las normas —dijo Maddy con sarcasmo.

—Efectivamente. Aunque... puedo atender a tu esposa en mi casa, podría darle clases particulares una vez a la semana.

—¿De verdad?

Samuel la contemplaba y no daba crédito a la emoción con la que Maddy hablaba. Algunas mujeres solo ponían esa expresión cuando veían un colgante de varios quilates.

—También yo saldría beneficiado —apuntó Graham—, mi mujer siempre ha tratado a Samuel como a un hijo, de ese modo podría visitarnos. Cuando le cuente a ella que te has casado... querrá inmediatamente conocer a tu esposa. Ya la conoces.

—Transmite a tu esposa mis mejores deseos, profesor. Prometo visitarla lo antes posible, junto a Madeline, por supuesto.

—La harás muy feliz. Créeme.

—Bueno, si nos disculpa —dijo Samuel, y tendió su brazo a Maddy—, debo regresar y antes acompañar a mi esposa a casa.

—Por supuesto, por supuesto.

De camino al coche Maddy no sabía qué decirle. Samuel permanecía callado, como siempre, su expresión no dejaba adivinar qué se le pasaba por la cabeza.

—Gracias —dijo ella simplemente.

—De nada —respondió él.

Se limitó a acompañarla hasta el coche, dar instrucciones para que la llevaran a casa y dejarla sola.

Ahora, recostada en el gran sillón, intentaba entender la actitud tan reservada y fría de su marido. No le negaba nada, pues tenía a su disposición la libertad de hacer y deshacer a su antojo, y no solo con la casa, pues desde hacía ya unos días había estado reorganizando el funcionamiento, cuando contempló los gastos mensuales casi se cae de culo, y eso para atender a solo dos personas, pues su suegro solamente venía de visita. Ninguno de los sirvientes entendía su actitud, pues rara vez la señora de la casa se dedicaba a encontrar mejores proveedores o a regatear con los existentes. Aun así, Maddy estaba muy orgullosa.

Pese a que también disponía de una asignación mensual para sus gastos personales, ella no lo tocaba. ¿Para qué lo necesito?, se dijo a sí misma cuando Samuel se lo comunicó; él se limitó a encogerse de hombros y marcharse. Maddy se había quedado de piedra al ver la cantidad que le correspondía, pero seguía sin hacer uso de ella, simplemente iba acumulando las mensualidades en una cuenta. Si tenía todas sus necesidades cubiertas, ¿para qué gastar más?

Si alguien le hubiera comentado que iba a disponer de esa libertad durante su matrimonio, desde luego no hubiera protestado tanto. Ahora bien, faltaba algo.

—¿Señora? —interrumpió Theresa.

—¿Sí?

—Acaba de llegar la modista.

—Ah, muy bien, que pase, gracias. —La idea de perder el tiempo con la modista no le era agradable, pero de momento no le quedaba otra escapatoria.

Maddy recogió los papeles y se dirigió a la sala donde había dejado sus vestidos más antiguos. Estaban perfectos, pero necesitaban unos retoques. No es que la moda fuera primordial, pero quería estar preparada por si debía acudir a algún acto social. No pensaba encargarse un vestuario nuevo, sino aprovechar sus trajes dándoles un retoque.

Dos horas después, y tras mucho discutir, Maddy había convencido a la modista para que hiciera las modificaciones necesarias y a un precio justo. Theresa, allí presente, no abrió la boca hasta que la modista se marchó.

—Señora, ¿no sería mejor encargar un vestuario nuevo?

—Humm, no, estos vestidos están perfectos, no voy a gastarme una fortuna en ropa. ¿Qué hago con estos?

—Bueno, eso no debería preocuparos, su esposo...

—Ya lo sé —interrumpió Maddy oyendo por enésima vez que Samuel había dispuesto esto y lo otro y lo de más allá—, pero me parece un derroche innecesario.

—La modista hablará.

—Si lo hace, allá ella —se encogió de hombros—, entonces buscaré otra y más barata.

—Es tarde, si me disculpa... voy a encargarme de la cena.

—De acuerdo, pero no cenaré en el comedor, tengo que terminar unos papeles, llévame una bandeja al despacho.

Theresa no objetó nada y se marchó a cumplir sus obligaciones. Maddy contempló unos instantes más sus vestidos y después se encerró en la biblioteca para terminar lo realmente importante.

CAPÍTULO 10

—Deja de buscar excusas, querido amigo.

—No son excusas —se defendió Samuel—, simplemente antes prefiero consultar con mi esposa.

—Oh, por favor —Rafe exageró todo lo que pudo—, se trata de una simple cena. Nos conocemos desde hace cuánto, ¿quince años? No es nada formal, incluso hasta yo me desharé de la corbata. Alice no deja de repetirme que quiere conocer a tu mujer.

—Debo avisarla con tiempo.

—¿Para qué? ¿Para cenar? ¡Venga hombre! —Golpeó a Samuel en la espalda—. Es una cena entre amigos, buen vino, buena comida. —Rafe sonrió pícaramente—. Prometo no contarle tus extravagancias a tu querida Madelinne hasta los postres. —Levantó una mano acentuando sus palabras.

—Muy gracioso. No.

—Entiendo que la quieras para ti solo y todo eso —dijo Rafe en un tono engañosamente comprensivo—, pero luego no entiendo por qué te quedas hasta tarde en el despacho en vez de ir corriendo a casa con los pantalones desabrochados preparado para ya me entiendes.

—Rafe, por favor.

—Está bien, como quieras. Entonces atente a las consecuencias.

Samuel, que le conocía perfectamente, sabía que era más peligrosa una rendición tan repentina que seguir discutiendo. Del mismo modo que lo era preguntar. Pero en este caso prefería pecar por exceso y no por defecto.

—¿Consecuencias? —se atrevió a preguntar.

—Ya conoces a Alice. Se presentará sin avisar... hablará con ella... dará su opinión sobre ti... —dijo Rafe indiferente como si tal cosa, pinchándole donde más daño podía hacerle.

—Joder, vale, tú ganas.

—Mañana por la noche. —Sonrió satisfecho Rafe.

—¿Mañana...?

Rafe arqueó una ceja. Samuel aguantó sin abrir la boca. Ya se le habían acabado las excusas para no presentar a su esposa. Rafe y Alice eran sus mejores amigos, pero Samuel temía lo peor, si estaban los cuatro solos la velada sería relajada, distendida y tarde o temprano ellos se darían cuenta de la farsa de su matrimonio.

—De acuerdo —aceptó finalmente. Eso le daba veinticuatro horas para explicarle a Madelinne la situación.

Para no dar más motivos a su amigo y dejar claro que si trabajaba hasta tarde era por obligación y no por devoción, recogió sus papeles y salió del despacho temprano. Trabajaría en casa, sin amigos guasones interrumpiendo, y acabaría con sus informes.

Llegó a casa antes de la cena, el mayordomo se sorprendió, pero no dijo nada, se

limitó a recoger el abrigo y abrirle la puerta del despacho.

Allí estaba, sentada en su gran mesa, rodeada de papeles, en una postura relajada, despeinada, con una sencilla blusa y con el botón superior desabrochado.

A Samuel se le secó la boca, tan solo veía un diminuto trozo de piel, la garganta y poco más, pero... lo que en otro momento parecería una calentura juvenil, ahora le suponía un gran esfuerzo.

—¡Samuel! —exclamó ella al verle de pie en la puerta rígido como una estatua y mirándola fijamente—. Perdona, no te oí llegar.

Maddy se levantó inmediatamente del sillón y empezó a recoger sus cosas. A Samuel no le pasó inadvertido que junto a los documentos hubiera una bandeja de comida.

—¿Has cenado aquí? —preguntó obligándose a caminar. Dejó su maletín en una de las sillas y fue a servirse una copa.

—Sí —respondió—, es un incordio tener que preparar la mesa para una sola persona. —Maddy no quería que sonara a reproche y añadió—: Además, ahorro tiempo.

Él, que ningún detalle se le pasaba por alto, vio cómo su querida esposa también disfrutaba de una buena copa, pues junto a la bandeja también vio uno de los vasos tallados.

—¿Te sirvo uno? —preguntó él señalando el licor. Que su mujer disfrutara de la bebida le parecía cuanto menos interesante. ¿De qué más disfrutaría?

—Sí, gracias.

Él lo hizo y ella se acercó para recoger el vaso. Bebió evitándole y demasiado deprisa.

—¿Tienes prisa? —preguntó él, y su tono era algo acusador. Ella negó con la cabeza—. Siéntate, tengo que comentarte un asunto.

Ella lo hizo en una de las sillas frente a la mesa dejándole su sillón libre.

—Te escucho.

—Mañana por la noche acudiremos a una cena.

—De acuerdo. Si me dices de quién se trata y cómo debo ir vestida... cómo quieres que vaya vestida...

—No te preocupes por esos detalles. Son unos amigos.

—Muy bien.

—Hay algo más —Samuel estaba buscando la forma de explicarle la situación—. Verás, Rafe, Lord Wesley, además de ser socio, es uno mis mejores amigos. Su esposa, Alice, también.

—Comprendo —murmuró ella. A Samuel le preocupaba que no estuviese a la altura—. Sabré comportarme.

—No me refiero a eso. En esta ocasión la etiqueta y las normas sociales no creo que nos sirvan de mucho.

—No entiendo...

—No será una cena formal, ellos quieren conocerte. Podría decirse que se preocupan por mí.

—Ah, ya veo. —Eso no tenía muy buena pinta.

—No es lo que piensas. —Samuel parecía incómodo—. Simplemente quería comentar... bueno, no son una pareja convencional.

—¿En qué sentido?

—Somos amigos y por lo tanto no necesitamos fingir, no tienes por qué ser un modelo de comportamiento social, simplemente sé tú misma. —Y que Dios nos pille confesados.

—Espera, no sé si te he comprendido bien. —Maddy se levantó y empezó a caminar por la biblioteca. Lo cual no debía hacer en presencia de un hombre que estaba atento a cada uno de sus movimientos, y sin proponérselo Maddy se movía mostrando una excelente retaguardia.

—Ni Alice ni Rafe son partidarios de hipocresías ni disimulos.

—Bueno, supongo que están al tanto de nuestro «acuerdo».

—No —respondió rápidamente Samuel—, simplemente iremos a su residencia, cenaremos, te conocerán y procuraremos hablar de temas inocuos. —Siempre y cuando a Alice no le diera por hablar de temas picantes.

—Entendido. Aunque...

Samuel intentó pensar en los posibles asuntos picantes en lo que a su esposa se refería. Probablemente ella, al disponer de más tiempo libre, conseguía satisfacer sus necesidades, las cuales él, en este momento, tenía bastante descuidadas.

—¿Sí?

—Delante de la gente en general, se supone que estamos casados, con lo que eso conlleva, por lo que deberías llamarme Maddy. —Bostezó y se acercó a la puerta—. Buenas noches.

A Samuel no le quedó más remedio que soportar el ácido comentario de su esposa. Y le estaba bien empleado. Siempre que intentaba imponerse dialécticamente ella le devolvía el golpe, y con intereses.

Se recostó en su sillón y se puso cómodo. Le espera bastante trabajo por delante. Pero antes de ponerse con su trabajo echó un vistazo a los papeles en los que Maddy había trabajado y los examinó, al principio sin prestar demasiado interés, más bien curiosidad. Y empezó a leer mientras disfrutaba del licor. Se deshizo del nudo de la corbata al mismo tiempo que empezaba a mostrar interés. Vaya con su linda esposa, no solo tenía un cuerpo apto para no levantarse de la cama en toda la mañana sino que además mostraba otras cualidades. Entonces empezó a fijarse bien en las anotaciones. Frunció el ceño, allí no cuadraba algo. Hizo sus propios cálculos y vio cómo una de las cuentas estaba retocada. Maddy lo señalaba en sus notas. Ella tenía razón. Se le escapó una cínica sonrisa. Bien, ahora solo faltaba oír la explicación, y es algo que deseaba, definitivamente, pese a descubrir que un empleado retocaba cuentas. Se levantó, recogió los documentos y se encaminó al dormitorio de su

esposa. Vaya excusa más absurda para ir al dormitorio de una mujer.

—El baño está preparado, señora.

—Humm, Theresa, ¿cuántas veces te he repetido que NO me llames señora?

—Muchas veces.

—¿Entonces? —Maddy entró en el agua.

—Lo siento.

—Puedo entender que delante de los otros sirvientes te dé apuro, pero aquí, entre nosotras... Por favor, si soy yo quien tendría que tratarte de usted.

—Me cuesta mucho. No estoy acostumbrada a esta confianza.

—Lo sé.

—¿Necesita... necesitas algo más?

—No. Bueno, sí, una copita de jerez.

—Enseguida vuelvo.

Maddy se recostó en la bañera, Theresa era un sol, preparaba el baño como nadie, a su justa temperatura, y disfrutar del baño era un placer sin igual.

—Solo falta que alguien me frote la espalda —dijo, y se rio como una tonta. Sí, claro, para eso estaban las criadas, para frotar las espaldas a sus señoras.

Un diablillo interior le susurró que quizás eso era más bien una tarea del marido, pero... ¿qué sabía ella? Además, tal y como estaban las cosas funcionaban. Ahora solo debía acudir a una cena y demostrarle a Samuel que ella era capaz. ¿Cómo serían esos amigos para que Samuel se mostrara tan preocupado?

—Pasa, pasa —dijo alegremente cuando llamaron a la puerta. Vaya con Theresa, no había manera. Se empeñaba en llevar las normas hasta sus últimas consecuencias —. Deja ahí el jerez, enseguida salgo del agua.

Se entretuvo lo que quiso enjabonándose, chapoteando en el agua como una niña pequeña, lavándose el cabello, hasta que el agua fue perdiendo temperatura y las yemas de sus dedos arrugándose.

—Mmm, esto es vida —murmuró—, si pudiera me pasaba el día desnuda en el agua.

CAPÍTULO 11

—Joder —dijo Samuel entre dientes al ver levantarse a Maddy de la bañera completamente desnuda y mojada. Por no hablar de los murmullos y ronroneos que hubo de soportar.

Y lo peor de todo es que su cuerpo permanecía inmóvil, negándose a moverse, a salir de ese dormitorio antes de que ella se diera cuenta. Su cerebro solo tenía una frase, un segundo más, un segundo más y me voy.

Reaccionó a tiempo cuando ella se dio la vuelta envolviéndose en una toalla, salió de la habitación como un cazador furtivo. Eso sí, como un cazador furtivo muy excitado. De mañana no pasaba, llamaría a alguna antigua amante y pondría fin a esa amarga y ridícula situación. Porque así era la única forma de definirla. Excitarse contemplando a una esposa era lo más normal del mundo, siempre y cuando pasara por alto que ambos tenían un acuerdo de negocios. Ahora, ¿quién no pasaba por alto un acuerdo de negocios al contemplar un cuerpo así? Si verla vestida andando suponía contenerse, comprobar que bajo la ropa escondía un cuerpo tan sumamente apetecible ya era de locos.

Él se estaba volviendo loco. Esos ronroneos. ¿Serían iguales al llegar al orgasmo?

Y con esos pensamientos volvió a su despacho, dispuesto a olvidarse del espectacular cuerpo de su mujer y terminar la tarea pendiente. Definitivamente necesitaba una amante. Satisfacerse solo fantaseando con su mujer era ridículo.

—¿A qué esperas? —Alice miró por encima de su hombro a un marido perezosamente desnudo en la cama—. Es tarde, llegarán en cualquier momento y debes arreglarte.

—A mí no me culpes. Has sido tú quien ha insistido en desnudarme nada más llegar.

—Yo he insistido en desnudarte, no en follar toda la tarde —se defendió día subiéndose las medias. Lentamente, por supuesto.

—Vale, ya voy —Rafe se levantó de la cama y antes de ir a su vestidor palmeó el trasero de su esposa riéndose.

—Me muero de ganas de conocerla.

—Ese cabrón de Samuel... —dijo Rafe saliendo con su ropa en la mano—, parece tonto pero mírale, con toda una señorita.

—Eres un esnob, querido.

—Ya, y tú una zorra provocadora.

—Gracias. Una mujer siempre agradece los cumplidos. —Alice, que sabía perfectamente interpretar los adjetivos dedicados por su esposo, jamás se ofendía; es más, disfrutaba—. Supongo que te abstendrás de pronunciarlos en público.

—¿Por qué? —Se abrochó la camisa—. Samuel y yo no tenemos secretos.

—Pues esta vez él se ha vendido bien caro. No ha hecho más que poner peros a que conozcamos a su mujer.

—Ahí hay gato encerrado.

—¿Ah, sí? —Se acercó a él para ayudarle con la corbata.

—Pues sí. Trabaja hasta tarde, lo cual es habitual, pero ahora está casado. —Levantó el cuello para que su mujer dejara perfecto el nudo de la corbata—. No se les ve en público. Dice que no, pero para mí que la ha dejado preñada.

—Eso se sabrá en poco tiempo, ¿no crees?

—No sé, Samuel siempre ha sido reservado, pero no hasta ese punto.

—Bueno, cuando la conozcamos opinaremos con más fundamento.

Rafe la pilló desprevenida, la alzó en brazos y dio una vuelta con ella haciéndola chillar.

—¿Te he dicho ya hoy cuánto te quiero?

—Si lo que llevas escondido en los pantalones es un indicativo... —dijo ella coqueta.

—Considéralo un indicativo muy alto. —La besó—. Y ahora, señora mía, vayamos a disfrutar de una estupenda cena.

—Solo hay un pequeño contratiempo. —Él arqueó una ceja—. No, no es eso, tonto, bájame al suelo, sé ir caminado.

—Pues yo no sé si podré hacerlo sin lesionarme —dijo entre risas y la siguió.

Cuando bajaron al *hall* de entrada el mayordomo estaba recibiendo a Samuel y a su esposa.

—Por lo menos es guapa —dijo en voz baja Alice.

—Buenas noches. Maddy, te presento a Rafe, Lord Wesley, mi mejor amigo.

—Encantada.

—Y también su mejor consejero, su mejor compañero de juergas y por supuesto su maestro —dijo Rafe orgulloso mirándola—. Un placer, querida.

A Maddy le extrañó ese descarado coqueteo. ¡Samuel y Alice estaban delante!

—Y ella es Alice, su esposa.

—Veo que la has enseñado bien —dijo Alice con descaro. Y Maddy empezó a odiarla en ese instante—. Samuel, querido, cuánto tiempo.

Y Maddy tuvo otro motivo para odiarla aún más cuando Alice besó a Samuel en los labios delante de todos. Miró a Lord Wesley, que parecía inmune. ¿Dónde se había metido? Rafe le tendió el brazo y Maddy estuvo a punto de rechazarle, pero se impuso el sentido común.

Samuel había dicho la verdad, era una cena íntima, sin ceremonias, y todo estaba dispuesto para pasarlo estupendamente en compañía de amigos. Ahora, Maddy seguía teniendo un nudo en el estómago. Por un lado la anfitriona, Alice, no dejaba de mirarla, evaluándola y hablando con Samuel sin disimulo. Lord Wesley parecía ajeno a que su esposa prestara tanta atención a otro hombre y estaba sirviendo tranquilamente el vino. ¿Un lord sirviendo las copas? Aceptó una copa de vino que él

acercó.

—Prueba este vino —las palabras insinuantes del anfitrión descolocaron a Maddy.

—Gracias —respondió educadamente.

—Para que los criados no nos molesten, la cena nos la servirán de una vez —anunció Alice—, así podremos hablar sin interrupciones.

Maddy miró a Samuel esperando un poco de apoyo, pero este parecía más preocupado por no decepcionar a Alice. Entonces se le pasó por la cabeza un pensamiento malicioso... ¿Samuel y ella habían... intimado? Y lo más curioso, ¿el pobre Lord Wesley estaba en la inopia?

Una vez que los criados se retiraron, con total naturalidad los anfitriones les ofrecieron distintos platos. Muy a su pesar, Maddy admitió que esa camaradería era tan inusual como práctica, por no hablar de la excelente comida.

—Bueno, no sé si Samuel te habrá dicho lo interesados que estábamos en conocerte —dijo Alice a Maddy.

No sabía cómo responder a eso y permaneció callada.

—Como comprenderás —continuó Alice—, la noticia de vuestra boda nos sorprendió. —Se acercó más a Samuel y cariñosamente le cogió del brazo—. Siempre ha sido tan reservado...

—No siempre —apuntó Rafe con sonrisa pícaro—. Y dime, Maddy, ¿este sinvergüenza aprueba como marido?

Maddy miró al «sinvergüenza», pero este evitó correspondería.

—Aún es pronto para evaluarlo, Lord Wesley —respondió Maddy.

—Llámame Rafe, por favor, el título es tan formal —se quejó el lord como si fuera un Sambenito; si supiera que otros matarían por tenerlo...

—Una respuesta muy diplomática, querida —dijo Alice mirándola fijamente—, pero más o menos ya te habrás hecho una idea.

Maddy recordó la conversación con Samuel antes de responder.

—Es la primera vez que estoy casada. —Bebió un sorbo antes de continuar—. Hasta la fecha no puedo quejarme —siguió con una falsa seguridad—, así que si son tan amables de darme algunos consejos, serán bienvenidos.

—Samuel, veo que la has aleccionado correctamente —dijo Alice en tono de mofa.

«Zorra, veo que sigues intentando provocarme».

—Samuel jamás me dice lo que debo o no hacer, señora. —A Maddy sus nervios la traicionaron.

—Vaya con la mosquita muerta. —A Rafe parecía divertirle y miró a Samuel—. Tiene que ser, cuanto menos, interesante.

—Rafe... —advirtió Samuel.

—¿Qué? No seas estirado —respondió a su amigo—. Aún no le he contado ninguno de tus secretos.

—¿Cómo os conocisteis? —intervino Alice—. No creo que os mováis en los mismos círculos.

Maddy quería gritar. Decirles que se metieran en sus asuntos, y de paso exigirle a Samuel que pusiera fin a todo esto.

—¿Importa? —dijo Maddy conteniendo la rabia.

—No te sulfures, querida, solo estamos conversando para pasar el rato.

—Preferiría hablar entonces del tiempo —dijo Maddy.

—Oh, qué aburrido, por favor —se quejó Rafe—; hay temas mucho más estimulantes para un fin de fiesta. —Y para sorpresa de Maddy, se acercó a su esposa y la besó descaradamente. No uno de esos besos formales, rápidos y secos entre esposos, ¡no! Uno caliente, provocativo y prolongado—. Delicioso —dijo mirando a su mujer e ignorando a los demás.

Por la cara de Samuel, Maddy adivinó que estaba más que acostumbrado a presenciar escenas como esa. Y se preguntó cómo sería ser besada de esa manera. Algo que no debería haber hecho, pues su expresión la delató.

—Rafe, ¿qué van a pensar de nosotros? —Por el tono de Alice era evidente que la importaba un pimiento.

—Está en su casa, señora, pueden hacer lo que les plazca —respondió Maddy intentando quitarse de la cabeza esa imagen.

Estaba cansada, enfadada y harta de responder a las pullas, y para colmo sin la ayuda de Samuel.

No debería de haberla traído, fue el pensamiento constataste en la cabeza de Samuel. Pues por su expresión y por sus respuestas, estaba claro que lo estaba pasando mal. Había sido valiente al responder, pero cuando Alice se ponía en ese plan inquisitorial pocas personas aguantaban. De momento Maddy lo estaba haciendo y sufría por ella. Por si fuera poco, el canalla de Rafe no dejaba de coquetear. Samuel percibió su incomodidad, Maddy no estaba acostumbrada a la complicidad con la que se trataban habitualmente. Y para más mortificación aún, presencié el saludo que le profesó Alice nada más verle. Sin una explicación seguramente estaba pensando lo más inapropiado. ¿Y por qué debería explicarme?, dijo una voz interior.

Al parecer sus anfitriones se relajaron porque hablaron de temas más mundanos, contaron algunas de las anécdotas de sus viajes y notó cómo Maddy se iba relajando.

Pero Alice volvió a la carga.

—Ese vestido que llevas, ¿no es de hace al menos dos temporadas?

Samuel se atragantó, Rafe hizo una mueca y Maddy se quedó tiesa.

—No —dijo finalmente Maddy—, tiene al menos cuatro años. —Esperando ver cómo respondía la metomentodo a eso—. Por suerte hago ejercido regularmente y me vale la ropa.

Alice rio a carcajadas y brindó.

—Muy ingeniosa. —Levantó su copa sonriendo a Samuel—. Y muy práctico.

A este no le gustó para nada la respuesta de su esposa por varias razones. La

primera, ¿qué clase de ejercicio hacía su esposa para mantenerse en forma? ¿Y con quién? Lo que llevaba al socorrido «piensa mal y acertarás». Y segundo, ¿por qué llevaba un vestido viejo? Él se aseguró de poner a su disposición los fondos necesarios para costearse un nuevo vestuario.

Para la primera cuestión no quería respuestas, pero en cuando la segunda...

CAPÍTULO 12

Por la cara de Maddy mientras regresaban a casa, Samuel adivinó que iban a tener su primera pelea de casados. Y lo más triste: luego no podrían reconciliarse. Con lo divertido que hubiera sido.

Condenado Rafe, maldita Alice. No solo acorralaron a Maddy, sino que además empezaron con las carantoñas, los gestos provocadores. En defensa de su mujer debía admitir que se comportó estupendamente. Si bien respondía de forma contundente no insultaba, ni montó ningún escándalo.

Samuel se equivocó, llegaron a casa y ella seguía sin decir nada. Esperaba al menos una queja, un mal gesto. Pues no.

—Buenas noches —dijo finalmente Maddy antes de empezar a subir las escaleras. Se acercó a él y, para su sorpresa, le besó en la mejilla—. No necesito una disculpa.

Y le dejó allí, plantado, inmóvil, desconcertado y de nuevo excitado.

—Maldita sea —dijo entre dientes contemplando su trasero mientras subía las escaleras.

No era amigo de peleas recriminatorias, gritos y de tirar objetos en medio de una crisis de histeria, pero cualquier cosa hubiese sido mejor que esa indiferencia por parte de Maddy.

Por no hablar de la noche en vela que le esperaba.

Otra vez.

Maddy se despertó temprano, como casi siempre, y se quedó tendida en la cama decidiendo si merecía la pena o no levantarse. Theresa lo hizo por ella.

—Siento interrumpir, pero tiene visita.

—¿Tan pronto? —Maddy se sentó en la cama.

—Es casi mediodía, no he querido despertarla, como ayer llegaron tarde...

—Humm, gracias —respondió Maddy. Theresa tenía demasiada imaginación. Sí, se había acostado tarde, pero sola—. ¿Y quién es?

—*Lady Wesley*.

—¿Qué?

—La espera en el salón. —Al ver la cara de Maddy, Theresa añadió—: Si quiere puedo decirle que no está disponible o si lo prefiere podemos hacerla esperar... mientras usted se arregla. Ya me comprende.

—No —respondió rotundamente.

—Como quiera, pero un consejo, ándese con cuidado, *Lady Wesley* no es lo que aparenta.

A buenas horas, pensó mientras se vestía rápidamente. No iba a dar a esa mujer más artillería para criticarla.

Bajó las escaleras refunfuñando, debería haber perdido cinco minutos en tomar algo. Solo faltaba que su estómago protestara delante de esa mujer. Entró en la sala y se encontró a *Lady Wesley* tranquilamente sentada tomando un café.

—Me he tomado la libertad de pedirlo, ¿te importa?

—No, por supuesto que no —mintió.

—Bueno, bueno, bueno. —La miró de arriba a abajo—. Por lo que veo hoy se nos han pegado las sábanas. —Mientras Maddy buscaba una respuesta contundente, Alice siguió—: No importa, querida. —Y sonrió. Lo cual no es buena señal, pensó Maddy. ¿A qué venía esa falsa amistad?

Ignoró su presencia y decidió que con el estómago vacío no era capaz de defenderse, así que una vez servida se sentó en el sillón de enfrente y esperó a que las pullas y las observaciones de mal gusto cayeran sobre ella.

—Seguro que estás dándole vueltas, ¿verdad?

—¿Puede ser más concreta?

—¿Puedes llamarme Alice? Sé que provienes de una familia que sin duda te habrá proporcionado una exquisita y cuidada educación. Ahórratela conmigo, por favor.

—De acuerdo.

—Gracias. Verás, mi visita es para sacarte de un error; seguramente estás pensando que he decidido hacerte la vida imposible. ¿Me equivoco?

Responder abiertamente a eso era una trampa en toda regla. Y Maddy no cayó en ella.

—Continúa, Alice.

Su invitada sonrió de nuevo mientras dejaba su taza sobre la mesa y seleccionaba una pasta.

—Tras nuestra velada de anoche, estuve pensando. ¿Por qué Samuel se ha casado con ella? Y llegué a dos conclusiones. La primera, es una niña tonta, pero de cuna y le conviene, o la segunda, tiene algo que se me escapa y tu marido, que es más listo que el hambre, ha descubierto.

—Es un asunto privado.

—Por tus respuestas de anoche y la falta de pataletas y lloros descarto la primera suposición. ¡Por favor, querida! Estuve toda la noche atacándote, una y otra vez y tú, en vez de amilanarte o pedir a Samuel que te sacara de allí, me las devolviste todas.

—¿Me está pidiendo disculpas? —preguntó Maddy por si acaso.

—No. Lo que quiero decir es que no tienes un pelo de tonta. Sabes defenderte y te lo agradezco.

—¿Eso es un cumplido?

Alice sonrió antes de responder.

—Eso, querida mía, es simple y llanamente una observación para que mires más allá de tus narices.

—¿Cómo debo interpretar eso? —Maddy se arrepintió en el acto de su pregunta,

eso le daba pie a Alice para seguir con su juego de vaya usted a saber a dónde quiero llegar.

—Eres una chica lista. Saca tus propias conclusiones.

—Gracias. Lo haré.

—Por ejemplo, cuando hice el comentario sobre tu vestido, ¿crees que es por vanidad, esnobismo, aburrimiento?

—Prefiero no responder.

Maddy seguía a la defensiva y Alice no podía culparla.

—Verás, para mí tampoco es plato de buen gusto deshacerme de vestidos y complementos que solo me he puesto una vez. Odio toda esa farsa de ir impecable. Pero debo hacerlo.

No sabía cómo responder. Ahora Alice hablaba sin rastro de cinismo.

—Pero —continuó Alice— sé que cada vez que aparezco del brazo de mi marido en un acto social soy juzgada por mi peinado, mi vestido y hasta por el más mínimo gesto.

No quiero que me caigas bien, pensó Maddy.

—Sé que Rafe se juega mucho delante de todos esos hipócritas que cuestionan una y otra vez cómo un Lord adinerado, joven y con muchas candidatas, eligió a una mujer que ni siquiera llegó a ir a la escuela y a la que su padre abandonó.

—¿Pretendes hacerme llorar? —Ese comentario estaba fuera de lugar, Maddy lo supo en el acto. Por fortuna Alice no se lo tuvo en cuenta.

—Por ese motivo tú —enfaticó la palabra señalándola— sabes mejor que nadie la hipocresía con la que se juzga a los que no han nacido dentro de una familia aristocrática.

—Sí, por desgracia, así es —admitió Maddy.

—Rafe, al igual que tú, no sabéis el esfuerzo que conlleva ser aceptado. Y que conste que me importa un pimiento, pero Rafe tiene una posición y yo no debo ser un lastre.

Maldita sea, tenía razón.

—Samuel es uno de los hombres más ricos del país —siguió Alice—. Tiene en su bolsillo a políticos, aristócratas arruinados y a mucha gente a la que puede hundir pública y económicamente, sin embargo aún le consideran un advenedizo, alguien que ha tenido suerte, alguien que no se merece estar donde está. ¿Me comprendes?

—Más o menos —murmuró.

—Para ti es difícil de entender. Hoy en día cada vez tiene menos valor un título, pero aún cuenta. Y por eso deberías tener cuidado de a qué modista chismosa le encargas que te retoque los trajes.

—Maldita sea. —Maddy no pudo contenerse al comprender las palabras de Alice.

—Samuel siempre será juzgado, analizado y le tolerarán acceder porque tiene poder y dinero, no porque le acepten. Y tú, querida, debes ser un apoyo en todo momento, jamás un motivo de preocupación.

—Lo sé.

—Sé que despilfarrar dinero cuando se ha pasado hambre puede sonar incongruente. Créeme, yo lo sé mejor que nadie. Trabajaba de sol a sol haciendo camas, limpiando retretes o lo que surgiera para poder comer y ayudar a mi madre.

—No lo sabía...

—No te lo cuento para que me compadezcas —interrumpió Alice—. Estaba a punto de empezar a prostituirme, al menos ganaría lo bastante para salir adelante en vez de dejarme la piel fregando. Así es como conocí a Rafe.

—¿En un burdel? —La pregunta brotó sin poder controlarse.

A Alice no pareció molestarle.

—Pues sí, fui a pedir trabajo y me echaron. Estaba en los huesos, sin arreglar y daba pena. Me dijeron que ningún hombre pagaría por acostarse conmigo.

—Ah.

—Pero me admitieron como camarera y... Bueno, da igual, eso ya te lo contaré otro día. Lo que quiero decir es que yo quiero a Samuel.

—Ya me di cuenta anoche.

—Y me preocupo por él. —Alice ignoró su comentario—. Fue el único que cuando Rafe anunció su intención de casarse con una muerta de hambre le felicitó. Y recuerdo perfectamente cuando me preguntó si estaba segura. Más preocupado por mí que por su amigo. Fue nuestro padrino de boda y nos respaldó cuando muchos de los supuestos amigos de Rafe decidieron ignorarnos, pese a que a Samuel se le podían complicar sus negocios. Y su padre, el señor Boston, hizo lo mismo, siempre consideró a Rafe como un hijo. Así que ya ves, ¿cómo no me voy a preocupar por él? Por eso cuando me enteré de que se había casado solo deseé que fuera tan afortunado como lo soy yo y que no fueras una señoritinga malcriada que le hiciera la vida imposible y un desgraciado.

—¿Y eso te da derecho a hacérmelo pasar tan mal? —explotó Maddy.

—Bah, no seas exagerada. Lo hiciste a la perfección.

—Gracias —dijo secamente.

—Por eso hay algo que aún me inquieta. Os observé a los dos, ni una sola mirada de deseo, ni un solo roce...

—Preferimos estar a solas.

—Bobadas. Entiendo que no queráis público para vuestros revolcones, pero... —Alice negó con la cabeza—. No podéis ser tan fríos. Llevo casi dos años casada y aún me cuesta apartar las manos de mi marido —explicó Alice como si fuera lo más normal del mundo.

—Yo no soy así —se defendió Maddy. ¿Qué otra cosa podía responder? Tampoco sabía cómo sería llegado el caso.

—Conozco a Samuel, por fuera es serio, incluso aburrido, si me apuras, pero sé de buena tinta que en la intimidad es todo un terremoto.

Maddy se puso colorada como un tomate maduro. Y por suerte para ella Alice lo

interpretó mal.

—Ya lo sabía yo —dijo cómplice—. No me extraña que te hayas levantado tarde, a veces a mí me pasa igual.

—Preferiría cambiar de tema.

—Entiendo, aún no te sientes cómoda hablando de sexo.

Eso en el supuesto caso de que supiera algo de sexo, pensó Maddy, aunque dijo:

—Pues no.

—De acuerdo. En fin, entonces ahora que hemos hablado estoy segura de que ya no desearás que me parta un rayo y que seguramente sacarás algo muy positivo de mis palabras.

—Prometo intentarlo.

—Estupendo. Ah, otra cosa, dentro de dos semanas damos una fiesta —Alice hizo una mueca— en casa, para guardar las apariencias, mantener contento a los pelotas lameculos y todo eso. Quiero que me ayudes con los preparativos.

—¿Yo? —preguntó extrañada, aún estaba asimilando el lenguaje tan peculiar de ella.

—Por supuesto, quiero dejarles a todos con la boca abierta. De paso me encargaré de buscarle el vestido apropiado para que todo el mundo palidezca a tu lado. Y los hombres envidien a Samuel. ¿Hay o no hay trato? —Alice tendió su mano.

Incomprensiblemente, Maddy aceptó.

CAPÍTULO 13

—¿Sabes?, me estás cansando. Déjalo ya. Mi matrimonio es asunto mío. Punto final.

—Yo te cuento mis intimidades.

—Cosa que te he pedido mil veces te abstengas de hacer. —Samuel estaba cansado de aguantar a Rafe con sus preguntas—. ¿Trabajamos un poco? ¿O pedimos unas pastas con el té y nos dedicamos al chismorreo?

—¡Cómo eres! Claro que si el chismorreo es acerca de tu matrimonio...

—Rafe...

—De acuerdo. Es tarde, mejor vámonos a tomar una copa y disfrutar.

A Samuel le extrañó el tono de su amigo.

—¿Ocurre algo?

Rafe hizo una mueca de disgusto.

—Mi suegra.

—Ah.

—Es encantadora, cariñosa pero... —negó con la cabeza—, me presiona demasiado. No sé si me entiendes.

—Pues no.

—Quiere nietos y no duda en utilizar el chantaje para sus fines. Está de visita.

—¿Le has explicado que más adelante...?

—Mil veces, y Alice también. ¡Qué mujer! Parece que toda su vida se hubiera rodeado de marqueses, condes y vizcondes. No deja de recordarme mis responsabilidades. ¡Por Dios! Si hasta me ha dado el nombre de un afamado doctor experto en temas de fertilidad. ¡Como si yo no supiera hacerlo!

—¿Eso te ha dicho? —A Samuel le hacía gracia. Siempre es mejor reírse de las desgracias ajenas, en su propia casa tenía lo suyo.

—Pues sí. —Rafe parecía un niño en vez de un hombre hecho y derecho—. Dice que «a lo mejor» no llevamos una vida matrimonial sana. Deja caer insinuaciones parecidas. Y no te rías, que te veo venir. Tu suegra también es de cuidado.

—Afortunadamente mi suegra se preocupa de sus asuntos —respondió Samuel esperando que fuera cierto y no evitar el enfrentamiento. Tarde o temprano iba a llegar.

—Ya. Bueno, me da igual. Yo necesito una copa, llegar tarde y ahorrarme el discurso a la hora de la cena.

—Pues no puedo ayudarte, tengo trabajo atrasado. Uno de los contables ha estado manipulando cuentas y le he despedido. Ahora estamos buscando una solución para que no llegue a oídos de los clientes y los perjudicados no nos demanden.

—¿Y no puedes hacerlo mañana?

—Pues no, Maddy ha trabajado duro y no voy a perder más días.

—¿Tu mujer? ¿Qué pinta ella en todo eso?

Samuel maldijo en voz baja por bocazas.

—A Maddy le gusta estar ocupada, el profesor Graham le da clases y yo le llevo algún informe para que se distraiga.

—Un informe —dijo como si hubiera dicho peste—. ¿Esa es la forma de entretener a tu mujer?

Samuel se levantó de su sillón, recogió los documentos necesarios y los guardó en su cartera.

—Me voy, he quedado que iría a cenar —mintió Samuel—, así que te quedas solo con tu suegra.

—Desertor. Te espero cuando vengas contándome tus penas matrimoniales.

—Hasta mañana.

Samuel salió antes de lo habitual en dirección a su casa. Si no podía trabajar en su despacho bien podía hacerlo en casa y de paso comprobar qué hacía su esposa durante el día, aparte de leer documentos y asistir a clases de economía. Era injusto, pues él se encargó de darle libertad pero, como cualquier hombre, su orgullo estaba un poco tocado. Además, se libraba de su amigo.

Llegó a casa. Si al mayordomo le sorprendió verle tan temprano, no lo demostró. Últimamente llegaba antes de lo habitual.

—¿Está la señora en casa?

—Sí, señor, llegó hace media hora.

—Bien —Samuel se dirigió a su despacho y se detuvo—. Dé orden a la cocinera de que prepare la cena para los dos en el comedor. Y comuníquese a mi esposa.

—Sí, señor.

Ese repentino interés por disfrutar de una cena doméstica no supo de dónde le vino. Pero ya que estaba en casa, no hacía mal a nadie. Se sirvió una copa y se puso cómodo, una de las ventajas de trabajar en casa era que además de ahorrarse las interrupciones de Rafe podía deshacerse de la corbata, la chaqueta y el chaleco. En un lado de la mesa estaban los documentos en los que trabaja Maddy, perfectamente ordenados. No quiso tocarlos.

Cuando estaba empezando llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo sin levantar la vista.

—Señor, el ama de llaves quiere verle.

—¿Ahora? —preguntó Samuel extrañado—. ¿Ocurre algo?

—No sabría decirle, simplemente me ha dicho que desea comentar algunos asuntos con usted.

—Está bien —accedió. Seguramente el ama de llaves quería comentarle asuntos domésticos; él diría que sí a todo y todos contentos.

El ama de llaves, la señora Norton, llevaba a su servicio desde que él era un adolescente, siempre impecable, siempre en su puesto y hasta la fecha ni un solo contratiempo. Aunque Samuel sospechaba que se entendía con Walter, el mayordomo, pero mientras los dos realizasen bien su trabajo...

—Usted dirá, señora Norton.

La mujer se acercó llevando una carpeta llena de documentos.

—Gracias por atenderme. —Esperó a sentarse hasta que Samuel se lo indicó—. Señor Boston, no sé cómo decirle esto...

—Simplemente dígalo. —Dio un trago.

—Bien, sé que su esposa es quien debe llevar las cuentas de la casa. —La señora Norton parecía nerviosa—. Solo que han surgido algunos cambios que me gustaría comentar. —Le entregó los documentos.

—¿Qué es esto?

—La relación de gastos de los últimos dos meses.

—¿Y?

—Bueno, simplemente esperaba que usted diera su aprobación.

—¿Qué ocurre exactamente, señora Norton? —A Samuel las cuentas domésticas le importaban bien poco mientras funcionase la casa, y hasta la fecha así estaba siendo.

—Como podrá comprobar en las anotaciones ha habido algunos cambios respecto la rutina habitual. —La mujer buscaba las palabras justas, pues iba a criticar abiertamente a la dueña de la casa—. Se han... reducido algunos gastos y...

—¿Reducido? —preguntó él extrañado.

—Sí, veré, si me permite explicarle...

Y Samuel escuchó durante más de veinte minutos cómo su esposa había dado instrucciones al personal para ahorrar en todo. Y no solo eso, para disgusto del ama de llaves, también había discutido con algunos proveedores que se negaban a aceptar sus condiciones. Al final de la explicación pudo comprobar en las anotaciones de la señora Norton que al mes suponía un ahorro del quince por ciento.

Y todo ello sin que se notase en la calidad del servicio, pues Samuel seguía encontrando todo perfectamente organizado y sus necesidades cubiertas.

—Señora Norton, no veo ningún problema en esto. Agradezco que me lo comente, mi esposa sabe lo que hace —su voz denotaba admiración—, no se preocupe.

El ama de llaves le dejó solo. Samuel quería satisfacer su curiosidad. ¿Cómo lo había hecho? Dedicó más atención a las anotaciones y las facturas que la señora Norton le había traído hasta que encontró una que casi le para el corazón. Una factura de Modas «La Esbelta» por una cantidad insultante. Ahora sí debía hablar con su esposa.

CAPÍTULO 14

Maddy bajó al comedor sorprendida, pues era la primera vez que coincidían a la hora de la cena. Ella siempre picoteaba algo en el despacho o bien se acercaba al comedor donde se reunían los sirvientes. Pero no era tonta, sabía que les hacía sentirse incómodos. Aunque más incómodo era para ella cenar sola.

Iba vestida como siempre lo hacía cuando estaba en casa, con una sencilla falda azul y una blusa blanca y el pelo recogido con un lazo del mismo color que la falda. Cuando Walter le comunicó que Samuel estaba en casa se sintió alegre. Bien, tenía que hablar con él y durante la cena era buen momento.

Él la estaba esperando ya sentado en el comedor, en la cabecera de la mesa y Maddy se sintió tonta pues no sabía dónde sentarse. En realidad sí, en el otro extremo, pero era tan ridículo, ¿cómo iba a conversar con él si entre medias había unos cuantos obstáculos? Sin decir nada se sentó a un lado. Como era de esperar, su servicio estaba colocado donde correspondía. No esperó a que la doncella lo cambiara, se levantó y se lo colocó ella misma.

—Buenas noches —dijo ella finalmente.

—Buenas noches —respondió él tan indiferente como siempre, y se sintió mal cuando ella abandonó su expresión alegre. Así que decidió dar conversación mientras servían la cena—. ¿Qué tal el día?

Ella se encogió de hombros. Era todo demasiado formal, por favor, gracias, si eres tan amable...

—Como siempre. Aburrido. Ah, gracias Theresa, tiene buena pinta.

Samuel no dejaba de mirarla, la tenía a su derecha, demasiado cerca y ella había tratado a Theresa como si fuera de la familia. Y no es que él fuera un ogro con los sirvientes.

Demasiado cerca, sí, ese era un problema para cenar tranquilo. Así que se concentró en su plato esperando no cometer alguna estupidez. Además debía hablar seriamente con ella y solucionar ciertos asuntos. Eso era, no perder la cabeza y concentrarse en lo esencial. Y lo esencial es que llevaba casado más de tres meses y no había tocado a su mujer. Ni a ninguna otra. Y eso le estaba pasando factura. Factura, eso es, concéntrate en la factura.

Terminaron de cenar y cuando la camarera les preguntó si querían tomar postre él dijo:

—Sírvanos café en mi despacho. —Ella asintió y se marchó—. Tengo que hablarte de unos asuntos. ¿Me acompañas?

—Por supuesto, yo también quería comentarte unas cosas y pedirte un favor.

Ella sonrió y a Samuel se le pasaron por la cabeza muchas cosas que hacer en su despacho que no incluía el repasar facturas y sí hacer favores. Lástima que ella no iba a estar de acuerdo.

Una vez acomodados en el despacho, solos y con el café en la mano. Maddy

preguntó:

—¿Te importa si me sirvo una copa?

—No, pon otra para mí. —Samuel ya había notado que su esposa disfrutaba del placer de un buen licor. Si al menos pudiera enseñarla cómo disfrutarlo juntos...

—Bien. Te quería comentar un asuntillo sobre los extractos que revisé...

—Lo he visto —interrumpió él—, me he encargado personalmente del asunto. No te preocupes.

—Ah, vale. Bien, te quería pedir... —Se levantó y buscó entre sus papeles—. Tiene que estar por aquí... —Y le enseñó unos llenos de borrones y tachaduras— que me ayudes con esto.

—¿Qué es? —Samuel los examinó.

—El profesor Graham me ha puesto unos ejercicios a modo de lección. —Hizo una mueca—. Y no consigo entenderlos del todo.

Ella se levantó, donde según Samuel estaban prudentemente separados por la enorme mesa para situarse a su lado e irle señalando con el dedo lo que ella no entendía. Y, sinceramente, quería explicarle dónde se estaba confundiendo, ya que había reconocido perfectamente la técnica del profesor Graham a la hora de incentivar a sus alumnos. Pero la economía y las reacciones biológicas de su cuerpo no hacían buena combinación. Así que explicó a su mujer, como pudo, cuáles eran los errores, eso sí, sin desvelar todo el pastel pues Graham lo descubriría y ella no aprendería. Y si además pudiera darle las explicaciones con ella sentada en sus rodillas... Desde luego a su lado no tenía una mujer cualquiera, pues ella no se limitaba a escuchar sus comentarios que podían haber sido más precisos si su cuerpo no estuviera traicionándole. Maddy preguntaba y planteaba las dudas de forma inteligente, y cuando comprendía algo sonreía en agradecimiento. ¿Y de qué otra forma puedes agradecerme?, se preguntó él.

—Gracias —dijo finalmente Maddy guardando satisfecha los papeles, y se volvió a sentar enfrente.

Y Samuel inmediatamente notó su falta. Lo que no sabía es que a su querida e inteligente esposa le estaba pasando algo parecido. Maddy se las arregló para guardar sus papeles y no mirarle. No se había acercado tanto a él desde... ya ni lo recordaba, pero sí recordaba lo agradable que era.

Olvídate, él está a lo suyo. Así que le preguntó:

—¿De qué querías hablarme?

Vaya jarro de agua fría, pensó él, volviendo a la realidad.

—Hoy he hablado con la señora Norton, por lo visto has decidido establecer una economía de guerra. —Samuel fue sarcástico.

—Déjame que te explique...

—No hace falta, me parece bien, pues yo no tengo ninguna queja sobre tus métodos. Mientras todo funcione, me da igual.

—Ah, gracias —dijo ella encantada—, pensé que a lo mejor... bueno, muchas de

las costumbres eran de tu madre. —Nunca habían hablado de eso—. Y podías sentirte molesto.

—No —respondió categóricamente—, ahora tú eres quien lleva la casa. Sin embargo... —Samuel se puso de pie y sacó una factura.

Maddy inmediatamente la reconoció.

—Ay. —No pudo aguantarse.

—¿Me puedes explicar, por favor, esto?

—Es una factura —dijo señalando lo obvio, intentando buscar una salida.

—Hasta ahí he llegado yo solo. De Modas «La Esbelta», por si te ayuda a recordar.

—Lo recuerdo —murmuró ella.

—Entonces, ¿cómo explicas esa cantidad que aparece? —Samuel intentó controlarse y se sentó, ella parecía avergonzada. Bien, por lo menos no era el único en pasarlo mal.

—Verás, todo tiene una explicación.

—Pues deberá ser muy buena. —Señaló otra vez la dichosa factura—. Porque no concibo cómo en tres meses solo has comprado unos guantes y un par de medias. —Y no quiso añadir que le gustaría ver las medias, porque se metía en un terreno muy peligroso.

—No me hacía falta nada más —se defendió ella.

—Y entonces, permíteme que lo entienda, porque me está costando hacerlo. —Se pellizcó el puente de la nariz—. ¿Cómo has estado vistiéndote?

—Ah, bueno, mi madre todos los años insistía en hacerme un vestuario nuevo, hiciera falta o no, así que tengo un buen surtido de vestidos prácticamente nuevos.

—Ya. Si no he entendido mal, estás usando ropa vieja. —No se lo podía creer.

—Vieja no —se apresuró a decir ella—, simplemente me parece innecesario estando en buenas condiciones. Con las medias es otra historia. —Ella parecía molesta consigo misma—. Tengo cuidado pero siempre hago algún agujero.

¿Dónde?, quiso gritar él.

—Maddy, tienes una asignación mensual para tus gastos, puedes permitirle el lujo de comprarte ropa. —Y entonces Samuel recordó—: El comentario de Alice era cierto, ¿me equivoco?

—Humm, sí —reconoció—, pero mandé retocar algunas prendas para...

—¿Retocar? ¡Por el amor de Dios, Maddy! —Samuel no daba crédito a lo que oía.

—Ese punto ya lo he entendido, no más retoques —se defendió—. De hecho, esta mañana he ido a la modista con Alice y he encargado...

—¿Con Alice? —No se recuperaba de una sorpresa para encontrarse con otra.

—Bueno, sí, pero lo importante es que ya me he encargado dos trajes nuevos.

—Dos trajes —repitió él sin saber qué más decir.

—Sí, dos, no necesito más. No te imaginas lo que pretende cobrar por un vestido

—dijo alarmada.

—¿También regateaste con la modista? —No hizo falta que contestara, por su expresión Samuel dedujo que sí—. Solo te lo voy a explicar una vez. —A Maddy no le gustó ese tono—. Mañana a primera hora irás a la modista y encargarás... —Levantó la mano, pues ella iba a interrumpirle—. No protestes. Encargarás un vestuario completo. Y no solo no regatearás, sino que además agradecerás generosamente sus diseños.

—¿Generosamente?!

—Y para asegurarme de que no veré más facturas como esta te acompañaré personalmente.

—No puedes ir a... bueno... sí puedes... pero allí... esto... —Allí Maddy se quedaba en paños menores mientras hacían las diversas pruebas.

—Conozco perfectamente lo que se hace en una casa de modas —dijo malhumorado.

—Bueno. Pero te aburrirás.

—No lo creo —dijo sin pensar, y ella le miró abriendo los ojos como platos. No era costumbre ponerse a la defensiva, así que decidió no dar explicaciones—. En fin, ya que estamos, ¿hay algo más que deba saber sobre tus teorías económicas aplicadas a tu persona o no?

—¿Samuel?

—¿Sí?

—¿Te apetece otra copa?

Y en ese momento comprendió que Maddy ocultaba más cosas. Ahora si hubiera preferido no saberlo.

—Eso quiere decir que no va a gustarme —dijo él aceptando el vaso—, ¿me equivoco?

—Depende. —Intentó suavizar sonriendo.

Maldita sea, era lista, pero que muy lista. Acostumbrado a interminables negociaciones donde hacer la pelota formaba parte del orden del día, no debería tenerlo en cuenta, sin embargo allí estaba, casi más atento a los movimientos y expresiones de Maddy que a sus palabras.

—Verás, has sido muy generoso... —Maddy comenzó a caminar por el despacho dándole la espalda—. La asignación mensual, quiero decir. Es una cantidad importante, y bueno... no necesito tanto.

No me está gustando nada y menos aún que se pasee delante de mis narices, pensó él sin perder detalle.

—¿Y? No tienes por qué gastarla completamente.

A Maddy no se le escapó el tono cínico de Samuel.

—No, por eso decidí... —Le miró antes de continuar, estaba enfadado, lo advirtió claramente y se iba a enfadar mucho más— invertir.

Samuel se quedó clavado en su sillón.

—¿Invertir?! —consiguió decir después de aclararse la voz.

—Sí. Verás, cuando vi la cantidad que me asignaste, pensé: ¿para qué quiero yo este dinero si en casa estoy perfectamente atendida? Y de momento lo dejé ahí. Luego empecé a darle vueltas. Durante las clases con el profesor Graham he ido haciendo ejercicios teóricos y... —Se mordió el labio—. Decidí probar.

Mañana a primera hora pediría a su secretario un extracto de la cuenta asignada a su mujer.

Bebió para tranquilizarse pero sobre todo para asimilar lo que estaba oyendo.

—Continúa.

—He estado leyendo la información que me traes y todos los días los periódicos, en especial la información económica. Después de que tú los hayas leído, faltaría más —se apresuró a decir.

—¿Lees la información económica?

—Por supuesto —indicó ella como si fuera la cosa más normal del mundo—; y basándome en los informes que me traes, pues busqué las mejores opciones.

Esto se está poniendo cada vez mejor, pensó él.

—Y decidiste invertir.

—Al principio no. Primero busqué un banco donde me dieran mayor rentabilidad. —Maddy intentó suavizar el golpe—. Además, si lo hubiera hecho a través del tuyo te hubieras enterado —dijo con toda la lógica del mundo—. Lo... siento —se disculpó.

Tenía gracia el asunto, su mujer haciendo negocios con la competencia.

—Además aproveché la ocasión —continuó ella— para negociar las deudas de mi padre.

Eso ya no tenía tanta gracia. Samuel se recostó en su sillón y adoptó una postura relajada, pues lo que estaba oyendo resultaba tan inverosímil que necesitaba tiempo para asimilarlo.

—Los abogados se están encargando de eso.

—Lo sé, lo sé. Y te lo agradezco, pero con los beneficios he ido reduciendo la deuda principal.

—Beneficios.

—Sí, decidí invertir en una empresa que fabrica automóviles. Tienen un gran desarrollo por delante y en menos de dos meses tripliqué la inversión.

—Ya veo. —No se lo podía creer, no estaba casado con una mujer, estaba casado con una maldita inversora.

—Así que guardé el capital inicial y solo invertí los beneficios. Como dice el profesor...

—No hay que poner todos los huevos en la misma cesta —terminó Samuel por ella, y se hubiera reído de la situación.

—Eso es. —Volvió a sonreír—. Samuel, no quiero ser una carga para ti, estás cumpliendo tu parte del trato, y yo... bueno, básicamente no tengo otra cosa que

hacer.

—Resumiendo —interrumpió él asumiendo un tono de disgusto profesional—, coges el dinero asignado para tus gastos, lo llevas a otro banco —Samuel casi se atraganta—, inviertes en algo que está por ver si tiene futuro, pagas las deudas de tu padre... ¿Me he dejado algo?

—No. Y debes saber que las fábricas de automóviles sí tienen futuro.

—No aconsejan invertir en ellas.

—Lo mismo dijeron del ferrocarril —se defendió ella— y mira dónde ha llegado.

—Veo que te apasiona el tema —dijo sarcástico.

—Pues sí. Y he... bueno, he pedido ver una fábrica... —Su voz se fue debilitando al ver la expresión de Samuel.

—¿Me va a gustar?

—No lo sé —dijo ella con total sinceridad.

—Prueba.

—Verás, al hacer la inversión se dieron cuenta de quién era, yo quise evitarlo pero tuve que firmar con mi nombre legal, que incluye tu apellido, y bueno, yo les dejé claro que era un asunto particular pero...

—Creen que yo estoy interesado. —Y empezaba a estarlo; si por algo era conocido no era precisamente por dormirse en los laureles.

—Más o menos. —Ella hizo una mueca—. Por eso insistí en visitar las instalaciones y que nos dejen probar uno de esos artefactos a motor.

—¿Y?

—Tienen muchas peticiones de ese tipo —explicó razonablemente ella—, y claro, están encantados de atendernos. Saben que no eres de esos banqueros que se dedican a mantenerse en su sillón viviendo de las rentas.

—¿También me has investigado? —preguntó Samuel con ironía.

—Un poco. —Maddy sonrió a modo de disculpa, bien podía haber preguntado directamente a la fuente—. Aparecen varios artículos sobre ti y tu forma de llevar el banco. En fin, si te molesta o quieres que lo deje...

—No —Samuel, que no era tonto, sabía que Maddy se había preocupado en investigar y decidió aprovecharse de ello—. Si puedes, cuando tengas un momento, redactas un informe y lo analizaré.

—¡Gracias! —exclamó ella más contenta que si acabaran de regalarle un collar de diamantes—. No te defraudaré. —Maddy bostezó—. Lo siento, hoy ha sido un día muy duro, me voy a la cama.

Maddy se acercó a él y, como ya venía siendo costumbre, le dio un beso rápido en la mejilla. Cosa que a él no le gustaba lo más mínimo. Eso significaba que ella de nuevo iba a dormir sola y que él se quedaba como un pasmarote.

—Ay, qué tonta, casi me olvido —dijo al abrir la puerta—, tenemos que asistir a la fiesta que da Alice para... ¿cómo dijo? —Se rio—. Ah, sí, «soportar a todos los pelotas de la ciudad». La estoy ayudando con los preparativos. Buenas noches.

Y Samuel miró cómo se cerraba la puerta y de nuevo pasaba la noche a solas. Definitivamente mañana buscaría a una mujer para desahogarse.

CAPÍTULO 15

Samuel esperaba impecablemente vestido en el vestíbulo a que Maddy apareciese para acudir a la fiesta en casa de Alice y Rafe. A él estas cosas no le hacían mucha gracia, pero eran sus amigos y no podía defraudarles.

Oyó pasos a su espalda y se giró, Maddy estaba bajando la escalera, no se la veía muy contenta.

—¿Ocurre algo? —preguntó cuando ella llegó a su lado.

—Este maldito vestido.

Samuel la miró con más detenimiento, la verdad es que oculta tras esa capa poco se podía apreciar, pero a saber, las mujeres y sus asuntos siempre podían significar cualquier cosa. Estaba preciosa, con su pelo recogido, unos sencillos pendientes y un maquillaje suave.

—Yo no le veo ninguna pega —dijo caminando hacia la puerta.

—No hay manera de que se quede en su sitio —dijo entre dientes.

—Sigo sin comprender...

—Da igual, no debería haber hecho caso a Alice. Si tenemos que bailar, por favor que sea algo suave, que no se precise mucho esfuerzo.

—¿Por qué?

—Si cualquier caballero me invita a bailar puedo negarme, pero no puedo hacer lo mismo contigo en público, así que hazme ese pequeño favor.

—De acuerdo. —Se la veía enfadada y no quiso entrar en más detalles.

A la puerta de la casa esperaba uno de esos modernos automóviles de los que Maddy tanto hablaba y de los que Samuel, de momento, prefería no opinar.

Llegaron a casa de Rafe y Alice. Samuel le tendió el brazo para entrar. La fiesta estaba en pleno apogeo y muchos conocidos les saludaron. Los dos se comportaron educadamente hasta que apareció Rafe, visiblemente encantado de verles.

—¡Por fin habéis llegado! —Llamó a un criado—: Ocúpate de la capa de la señora.

Maddy se deshizo del lazo y el criado recogió su capa, en ese momento daba la espalda a Samuel y a Rafe, los cuales se quedaron boquiabiertos al contemplar el espectacular vestido azul que lucía Maddy. Completamente entallado, sus curvas eran una invitación expresa a recorrerlas con las manos, o ya puestos con lo que fuera.

—Divina —fue la sincera opinión de Rafe sonriéndola cuando Maddy se acercó de nuevo a ellos—, sencillamente genial. —Y para sufrimiento de Samuel, la saludó afectuosamente, demasiado afectuosamente.

—Gracias —respondió ella mirando a Samuel; se sintió decepcionada, pues la miraba impasible, al contrario que su amigo, que sonreía.

Maldita sea, maldita sea, vaya noche que me espera, se dijo a sí mismo. Maldito vestido, maldita modista y maldita Alice. Debería haber insistido en que ella se lo mostrase antes de salir de casa. Pero claro, en teoría su acuerdo contemplaba asistir a

los eventos acordados cumpliendo las normas de etiqueta y comportándose de tal forma que nadie pudiera reprocharles nada. Y hasta la fecha nadie podía recriminar nada a su esposa.

Ahora, delante de todos los asistentes, Maddy mostraría su espectacular cuerpo y todos se la comerían con los ojos pensando que él era un bastardo afortunado por tenerla como esposa. Nada más lejos de la realidad. Bueno, eso depende, sí la tenía como esposa legalmente hablando, pero otra cosa muy distinta era la realidad.

—¿Vamos? —dijo Rafe indicándoles que le siguieran, y siguió torturando a su amigo al ofrecer rápidamente el brazo para que Maddy le acompañara—. La fiesta está resultando entretenida, podéis disfrutar a conciencia. —Guiñó un ojo a Maddy—. Hay un buffet preparado, pero si queréis, podéis cenar con nosotros en un saloncito, privado, ya me entendéis, o si queréis estar a solas... —Miró a su amigo—. La habitación de Samuel está disponible.

Maddy le miró sin comprender. ¿A qué se refería Lord Wesley? No tuvo que esperar mucho para averiguarlo, aunque no fue Samuel quien se lo aclaró.

—Samuel dispone de una habitación para que pueda quedarse siempre que quiera —explicó Rafe—. Por supuesto ahora también está a tu disposición, querida. —Y de nuevo cogió su mano y la besó en los nudillos—. Ahora, si me disculpáis, voy a atender a los invitados. Nos vemos más tarde.

Los dos se quedaron allí solos sin saber qué decirse. Samuel estaba que se subía por las paredes, parecía que todos los elementos estaban en su contra para hacerle pasar una noche de perros.

—Será mejor que nos movamos —sugirió ella en voz baja— y hagamos lo que hemos venido a hacer.

—¿Y eso es? —preguntó suspicaz.

—Ver y ser vistos. ¿No es el fin de estas veladas?

—Sí —respondió lacónico. Ofreció el brazo a su mujer y se adentraron en la fiesta.

Para ninguno de los asistentes, especialmente los del género masculino, pasó por alto la mujer que acompañaba al banquero. Si bien la noticia de su boda había pillado a muchos por sorpresa, hasta la fecha no habían aparecido en público juntos. Eso despertó muchos rumores, la mayoría malintencionados, pero al verles juntos ya nadie dudaba. Ahora bien, para Samuel ser el centro de atención no era plato de buen gusto, y menos aún si quien atraía todas las miradas era Maddy con ese maldito vestido. Por supuesto no iba a permitir que nadie babeara en el escote de su esposa, así que descartada la opción de cubrirla como si fuera una monja. Buscó con la mirada a alguien, preferiblemente del género femenino, con quien dejarla. Vio a Alice y hacia allí se encaminó con Maddy colgada del brazo. Aunque en esos momentos dudaba si Alice era de confianza o no.

—Espera, no vayas tan deprisa —se quejó Maddy entre dientes y sonriendo como una tonta.

—¿Por qué?

—Con este dichoso vestido no puedo seguir tus pasos. —Mantuvo la sonrisa—. Terminaré en el suelo y entonces sí que daré el espectáculo.

Samuel no quiso expresar su propia opinión en voz alta, pues sin duda no iba a gustarle.

—¡Hola, querida! —saludó Alice efusivamente a Maddy—. Y hola a ti también —añadió mirando a Samuel.

—Os dejo.

—¿Os ha pasado algo? —preguntó Alice al ver cómo Samuel huía descaradamente.

—No, ¿por qué?

—No sé... Bueno, da lo mismo, esta noche es para divertirse.

—No lo tengo muy claro —Maddy iba a acabar con dolor de mandíbulas de tanto sonreír—. Este vestido...

—Hola, señora Terence, ¿cómo le va? —Alice la interrumpió para saludar a una invitada que se acercó.

—Muy bien, gracias, *Lady Wesley*. ¿Y usted es...? —preguntó a Maddy.

—Es la esposa de Samuel, querida —contestó rápidamente Alice.

—Ah, sí —dijo la señora Terence con desdén—, oí que se había casado. —Y no solo habló con un tono de superioridad sino que además examinó a Maddy.

—Encantada, señora —dijo Maddy por decir algo.

—Es una amargada —expresó Alice cuando se quedaron de nuevo a solas—; una viuda amargada, para ser exactos. Conocida... —se calló y miró a ambos lados, luego añadió en voz baja— como una calentabraguetas.

—¿Una qué?

—Una de esas que va por ahí provocando pero que a la hora de la verdad... mucho ruido y pocas nueces. Ya me entiendes.

—Pues no —respondió sinceramente Maddy. ¿Para qué iba a hacerse pasar por enterada cuando con Alice podía conocer todos los detalles?

Alice puso los ojos en blanco.

—Por lo que sé, ya solo consigue engañar a sus sirvientes para llevárselos a la cama. —Maddy abrió los ojos como platos—. Les amenaza con despedirles sin referencias, es conocida por su falta de... entusiasmo.

—Oh. ¿Y cómo sabes eso?

—Rafe me lo ha contado. —Alice cogió dos copas de champán y entregó una a Maddy.

—¿Y cómo sabe él... eso?

—Se acostó con ella —respondió tranquilamente Alice dejando aún más confusa a Maddy, así que se vio obligada a añadir—: fue antes de conocerme, ella acababa de enviudar y... —Se encogió de hombros—. Ella le perseguía, Rafe es como es...

—¿Y no te molesta ver a una antigua amante de tu marido en la fiesta?

—No, porque no fue una antigua amante, un revolcón rápido no hace a dos personas amantes, esa condición se alcanza cuando estableces una relación más duradera.

—Ah, bueno, visto así...

—Olvidemos a esa arpía, ven, te presentaré a gente que de verdad merece la pena.

—¿Te he dicho ya lo encantadora que está Maddy?

—Sí.

—¿Y que eres el hombre más envidiado esta noche?

—Sí.

—¿Y que si no estuviera casado me la llevaría a una habitación?

—Sí.

—¡Oye! Se supone que debes enfadarte cuando un hombre hace insinuaciones de ese tipo sobre tu mujer.

—¿Si me enfado conseguiré que te calles?

—No.

—Pues no vale la pena entonces esforzarme.

—Joder, Samuel, no tienes sangre en la venas ni en ningún otro sitio. Mírala, no le quitan ojo, esta noche presiento que vas a tener un fin de fiesta apoteósico —dijo Rafe sonriendo pícaramente.

—No creo que tú puedas quejarte. —Samuel sonaba amargado.

—Pues no, la verdad —respondió orgulloso.

—Y ahora, ni no te importa, intentemos convencer a ese estirado de Roberts para que tome una decisión ya sobre sus acciones, deberían ser nuestras antes de un mes.

—Siempre pensando en el trabajo —se quejó Rafe.

Y como siempre, Samuel no le hizo caso y se dedicó a lo suyo. Es decir, sufrir por ver a Maddy siendo el centro de las miradas, aguantar a Rafe y sus comentarios insidiosos e intentar cerrar un acuerdo.

—Buenas noches, *Lady Wesley*.

Una mujer de mediana edad, pero envidiablemente arreglada, se acercó donde estaban sentadas Alice y Maddy conversando.

—Querida Laura —respondió Alice levantándose—, pensé que no ibas a venir.

—Pues aquí estoy, en una de tus aburridas fiestas.

Maddy observó cómo las dos mujeres se reían, no comprendía nada. Pero por educación se puso en pie.

—Te presento a Maddy —dijo Alice—, la esposa de Samuel.

Maddy soportó otra evaluación, la enésima esa noche.

—Atractiva, buen gusto, un poco delgada... no sé... no me convence.

—Tranquila —murmuró Alice—, Laura es así con todo el mundo cuando se aburre.

—No siempre —dijo la aludida—, puedo ser peor.

—Bueno, ¿y qué tal con tu último amante? Oí que tenías a uno nuevo.

—Sí, este por el momento sabe qué se hace. Odio perder el tiempo instruyendo a los hombres.

De nuevo las dos se rieron y Maddy se quedó sin comprender.

—Ya hablaremos en otro momento —dijo en voz baja Alice—, me muero por saber los detalles. ¿Era italiano, verdad?

—Sí, *mamma mia* —dijo Laura—, ni te imaginas...

—Por eso es imprescindible que hablemos. Disculpadme un momento, ahora vuelvo.

Alice se fue a atender a unos invitados dejándola sola con esa mujer. Maddy no sabía qué pensar, pues hablaba como las demás, la miraba por encima del hombro, hacía comentarios desagradables y sin embargo Alice parecía encantada.

—Se nota que eres una recién casada —dijo Laura—, estás pendiente de la gente, de quedar bien y de no molestar a tu marido. Eso no es bueno.

—Eso es discutible, señora.

—Admito que tienes buen cuerpo y que Samuel, como todos los hombres, puede dejarse influenciar, pero no entiendo por qué ha tenido que casarse contigo. La verdad, siempre ha estado rodeado de mujeres.

—Eso es algo entre él y yo, señora. —Maddy empezaba a impacientarse.

—Es un hombre que no necesita una mujercita débil a su lado. Samuel en apariencia es contenido, pero nada más lejos de la realidad. —Laura enarcó una ceja—. ¿Eres capaz de complacerle?

—Repito, eso no es de su incumbencia, señora.

—Me temo que sí, Samuel es importante para mí.

Y Maddy, en vista de lo oído esa noche, pensó lo peor y, como ya estaba cansada de aguantar tonterías, no se abstuvo de preguntar.

—¿Lo sabe por propia experiencia, señora?

Y para colmo la mujer se echó a reír.

—¿Qué me estás preguntando exactamente?

Maddy ya no podía dar marcha atrás.

—Muy simple, ¿se ha acostado con mi marido? —No pretendía mostrarse celosa pero quedó en evidencia. Y ya puestos, por lo poco que había oído hasta ahora, eso de que en la misma sala estuvieran las amantes y las esposas era de lo más habitual. Más aún cuando la mujer tardó en responder; sin duda estaba disfrutando. Y Maddy debía aceptar que en su trato con Samuel venían incluidas las amantes. Ahora, una cosa era saberlo y otra muy distinta comprobarlo.

—No —respondió finalmente Laura.

—¿No? ¿Significa que no me responde o que no se ha acostado con Samuel? —insistió Maddy, por si acaso más valía preguntar.

—Su madre y yo éramos íntimas amigas, querida. Jamás se me hubiera ocurrido,

conozco a Samuel desde que era un niño.

«Maldita mujer, primero me calienta la cabeza y me da la cuerda suficiente para que yo sola me ahorque».

—Gracias por su... sinceridad.

—De nada —dijo Laura altanera—, está claro que tienes carácter, eso es bueno, solo te falta aprender a contenerte un poco, en público, en privado no, por supuesto. Supongo que Samuel se encarga de eso. ¿Me equivoco?

—Veo que os lo estáis pasando bien sin mí. —Alice apareció de nuevo—. ¿De qué hablabais?

—De si me he acostado con su marido. ¿Qué te parece?

Alice se echó a reír.

—Un tema interesante, desde luego —respondió la anfitriona. Después se acercó a Laura—. Creo que tu amante italiano te está buscando.

—Entonces no debo hacerle esperar. Encantada, Maddy. Ya hablaremos.

—Dime una cosa, Alice, ¿hay alguien normal en esta fiesta?

—¿Sinceramente? No.

—Eso pensaba. —Maddy intentó disimuladamente recolocarse el vestido.

—No te enfades con Laura, es una mujer excepcional. Tuvo que aguantar un matrimonio horrible y ahora vive la vida como quiere.

—Ya veo.

—A veces es un poco indiscreta, pero cuando la conozcas mejor te darás cuenta de que es una persona honesta, divertida y muy cariñosa.

—Pues conmigo se ha lucido...

—Le encanta poner a prueba a las personas. ¿Quieres dejar en paz el vestido? Me estás poniendo nerviosa, no se te ve nada que no sea imprescindible, claro está.

—No sé qué decirte.

—¿Que tu marido esta noche va a disfrutar viéndote como te desnudas?

Maddy se atragantó.

—¿Perdón?

—No te hagas la recatada conmigo, lleva toda la noche vigilándote como un halcón. —Sonrió picarona—. No creo que llegues a casa con él puesto.

—No creo que...

—¡Por favor! Conmigo no disimules, tienes a Samuel en ascuas, mírale.

Maddy hizo caso y comprobó que era cierto, pero inmediatamente él desvió la mirada. Por si fuera poco, una mujer le habló al oído y eso no le gustaba nada.

—Ya está otra vez esa pesada de *Lady Laughton* —dijo Alice—. Está arruinada, su marido la dejó, además de viuda, con varios acreedores; seguro que intenta convencer a Samuel para que le haga un préstamo. Y como no tiene nada para avalar, supongo que se está ofreciendo ella misma como garantía.

Y Nadie podía negarlo, la mujer se insinuaba descaradamente a Samuel; él parecía aguantar con caballerosidad, pero la mujer no cejaba en su empeño.

—Haz algo —murmuró Alice.

—¿Yo?

—Sí, tú, acércate y dile algo, seguro que esa zorra le suelta. ¿O quieres comprobar hasta dónde está dispuesta a llegar?

—¿Y qué le digo?

Alice la miró como si fuera una idiota rematada. Y así era precisamente cómo se sentía Maddy.

—Es tu marido, tú sabrás.

Maddy seguía sin reaccionar, si Samuel decidía o no aceptar las proposiciones de *Lady Laughton* no era asunto suyo; es más, le extraña que nadie en la fiesta hubiera insinuado algo sobre las amantes de su marido, así pues, ¿quién era ella para interrumpir?

—¡Por favor! —Alice la empujó—. Ve ahora mismo junto a Samuel, dile... dile que te había prometido este baile, yo que sé. —Parecía enfadada.

—¿Segura?

—Definitivamente no te entiendo. —Le dio otro empujón.

Vale, de acuerdo, Samuel iba a enfadarse. Así que más vale que para evitar discusiones posteriores no pareciera una arpía defendiendo lo que en teoría era suyo y aparentara la máxima normalidad. Claro que no contaba con ese inesperado y ridículo ataque de celos.

Se situó junto a Samuel y llamó su atención agarrándole del brazo. Para su sorpresa él no se mostró enfadado y, con amabilidad, la presentó a su acosadora.

—¿Samuel? —sonrió a *Lady Laughton*, una sonrisa tan falsa como su matrimonio.

—¿Sí?

—Me habías prometido este baile.

Tonto no era, así que se limitó a despedirse de *Lady Laughton* y conducir a su esposa a la pista de baile.

—Gracias —murmuró él agarrándola de la cintura y acercándola a él.

—¿Por qué?

—Por quitarme de encima a esa, es insufrible.

—Ah, bueno, para eso estoy, ¿verdad?

Y comenzaron a bailar, cosa que no habían hecho desde su boda, y en aquella ocasión fue un compromiso. ¿Cómo no iban los novios a bailar delante de sus invitados? Solo que ahora era distinto, ella no quería mirarle a la cara porque se sentía avergonzada. No de bailar, por supuesto, sino de estar encantada en brazos de Samuel. Puede que fuera ridícula, y más teniendo en cuenta las cosas que había oído, pero estar allí junto a él, delante de todos, le hizo feliz. Pero no tanto como para olvidarse del maldito vestido. Podía costar una fortuna, pero iba a quemarlo.

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó él bastante tenso al ver cómo Maddy parecía una tabla en vez de una mujer. Vale, estaban bailando por compromiso.

Evidentemente a ella no le apetecía estar junto a él, pero podía disimular un poco.

—No debí insistir en bailar.

Esa respuesta le sentó como una patada en los mismísimos.

—Si quieres lo dejamos —respondió en voz baja. Nadie tenía por qué saber que ni siquiera querían estar juntos para un baile.

—Es este vestido —murmuró ella hablándole al oído para que nadie pudiera escucharla—, no es culpa tuya.

—¿El vestido? —preguntó intrigado.

—Sí, el maldito vestido. No se queda en su sitio, llevo toda la noche intentando no enseñar más de la cuenta. —Parecía muy enfadada—. Pero me temo que me supera.

—Ah —fue lo único que acertó a decir, aliviado por no ser él el responsable de la rigidez de su esposa. Todo lo aliviado que puede estar un hombre cuando tiene en sus brazos a una mujer a la que desea, a la que toca, aunque no tanto como quisiera, con un vestido sumamente provocativo que muestra e insinúa mil y una perversiones, y que, por añadidura, es su esposa. Si al menos más tarde él fuera el encargado de liberar a su mujer de tan desafortunado problema de vestuario...

Bromas del destino.

—Te veo cansada, deberías quedarte a dormir aquí.

—No... bueno, gracias, pero no, no me he traído lo necesario...

—Tonterías, puedo mandar a una de las sirvientas a tu casa para que a primera hora esté aquí con ropa de diario.

—No tengo nada para dormir —aclaró Maddy sonrojándose.

—Ven, acompáñame —la instó para que subiera las escaleras.

—No creo que necesites nada para dormir —murmuró Alice.

—¿Perdón?

—Nada, que ya encontraremos algo.

Alice se detuvo junto a una puerta y la abrió. Maddy la siguió, era un dormitorio enorme con una cama enorme, decorada en tonos verdes.

—No te preocupes por eso, aquí hay prendas que puedes usar.

—Preferiría ir a casa —insistió Maddy.

—Es tarde, aquí te sentirás como en casa. —Sonrió—. Toma este camisón. —Sacó una prenda del armario—. El cuarto de baño está tras esa puerta. Yo me encargo de avisar a Samuel.

—Alice, de verdad, no es necesario... ¿pero qué es esto? —dijo Maddy al extender la prenda.

—Un camisón —respondió con total tranquilidad Alice.

—¿Un camisón? ¡Pero si no tapa nada!

—¡Por favor! —Las carcajadas de Alice fueron mortificantes—. ¿Y qué quieres tapar, querida? Además, a estas alturas no me digas que os acostáis con la luz apagada...

—No. —Ahí no mentía, pues ella siempre leía un rato antes de dormir—. Solo que... —Se detuvo. ¿Qué argumento podía dar?—. Eso sería impensable a estas alturas. Samuel no es de los que se dice... —Hizo una pausa para dar más efecto— tímido.

—No, la verdad es que no —dijo a lo tonto.

—Pues entonces no discutas. Si lo prefieres, duerme desnuda, aunque yo soy partidaria de que antes ellos siempre deben desenvolver el regalo que somos, ¿no te parece?

CAPÍTULO 16

Acurrucada en un lado de la cama, Maddy pensaba una y otra vez en cómo afrontar la situación: sin hacer el ridículo, sin exponer a Samuel al ridículo y sin pasar la noche en vela.

Tapada con las mantas hasta la barbilla, no sabía con exactitud qué hora era, pero de un momento a otro aparecería Samuel y entonces debía estar preparada. ¿Hacerse la dormida o afrontar de cara la situación?

Aún estaba pensando en cómo explicarle que ella se había negado, que Alice insistió que podían compartir el dormitorio... cuando oyó pasos que se acercaban. Se detuvieron delante de la puerta y también se oía cómo hablaban, eran dos hombres, aunque no pudo descifrar sus palabras.

—Una fiesta de lo más entretenida.

—Mientes, pero como somos amigos te perdono.

—Al final Roberts va a firmar.

—¿Y eso te preocupa ahora? —Rafe negó con la cabeza—. Te está esperando la mujer más deseada de toda la noche, ni te imaginas los comentarios que he oído, cabrón afortunado. Menos mal que pertenezco al mismo club de cabrones afortunados, que si no...

—Baja la voz, ¿quieres? Y no sé qué haces aquí dándome la lata. ¿No tenías prisa por reunirte con tu mujer?

—Pues sí. —Rafe hizo una mueca—. Pero Alice me ha pedido media hora para preparar algo, ya me entiendes, así que puesto que tengo que contenerme he pensado que lo mejor era compartir esta contención contigo.

—Vaya, gracias.

—De nada. Además a ti tampoco te vendrá mal, en el estado en el que llevas toda la noche...

—No digas bobadas —se defendió Samuel—. Por cierto, ¿por qué tú tienes una copa en la mano y yo no?

Rafe vació el contenido de su copa de un trago y la dejó en un aparador del pasillo.

—¿Satisfecho?

—No.

—La noche es joven. Bueno, creo que ya he sido generoso con mi esposa.

Y le dejó allí en medio del pasillo sin opción a respuesta. El muy idiota le deseaba lo mejor. Samuel se conformaba con poder dormir.

Nada más abrirse la puerta Maddy cerró los ojos con fuerza. La cama era suficientemente grande y no tenían por qué darse explicaciones. Solo debía evitar una cosa, levantarse delante de él y mostrar su diáfano camisón.

Samuel cerró con cuidado para no despertarla y empezó a quitarse la ropa dejándola sobre un sillón, y Maddy, que no pudo mantener los ojos cerrados, no

dejaba de observarle. Él no podía verla, así que mantuvo los ojos entreabiertos. Cuando él iba a quitarse la camisa y Maddy a suspirar, Samuel pareció acordarse de algo y se dirigió al cuarto de baño. Maddy respiró, cambió de postura, ya que todo su cuerpo estaba tenso y sudoroso de aguantar inmóvil.

A los pocos minutos reapareció él, ya no llevaba la camisa puesta, sino en la mano, y la dejó junto su ropa. ¡Ay, madre mía! Menos mal que el cuarto seguía en penumbra. ¿Cómo es que no tropezaba con nada? Si él la veía comprobaría que estaba roja como un tomate.

Cuando se acercó a la cama, todavía con los pantalones puestos, se tensó aún más, sin embargo él parecía tan tranquilo. Se sentó, se quitó los zapatos, los pantalones y apartó las sábanas. Por suerte la cama era enorme y no llegó a destaparla. Inmediatamente sintió su peso al moverse el colchón y cómo colocaba las almohadas a su gusto.

Iba a terminar teniendo calambres de mantener esa postura. Debía esperar a que él se durmiera y poder estirarse. En la habitación no se oía nada, un silencio sepulcral, y Maddy tenía miedo hasta de respirar. Su cuerpo ardía, y si seguía así, mañana la encontrarían incapaz de dar dos pasos.

—Si te sientes incómoda, busco otro sitio donde pasar la noche.

La voz de Samuel la dejó estupefacta. ¿Cómo sabía que estaba despierta?

—No —acertó a decir—, no te preocupes.

Le oyó respirar con fuerza. Y se sintió la persona más tonta del mundo. Samuel no se merecía eso, y ya puestos ella tampoco, podían compartir la cama sin necesidad de hacer el ridículo, ¿no?

—¿Samuel?

—¿Sí?

—Esto no ha sido idea mía. —¿Por qué se disculpaba?—. Alice insistió y...

—La conozco perfectamente —interrumpió él. Se puso cómodo, vaya eufemismo, pues estaba muy lejos de conseguirlo, su esposa estaba a menos de un metro y acercarse a ella era impensable. Y para colmo volvía a estar excitado. Muy excitado.

Permanecieron en silencio durante unos minutos, ninguno de los dos podía conciliar el sueño, eran conscientes de estar por primera vez compartiendo una cama. Aunque las implicaciones eran muy diferentes según el punto de vista de cada uno. Maddy se sentía ridícula. ¿Por qué no podían llevarlo bien? Es decir, si poco a poco iban conociéndose, hablando y compartiendo otros momentos... ¡Convivían juntos!

Pero no revueltos.

—¿Has conseguido cerrar tus negocios?

—Más o menos —respondió él sorprendido de que ella iniciara una conversación; algo es algo, se consoló—. La semana que viene firmamos el contrato.

—Se ha hecho de rogar, por lo que veo. —Maddy conocía los detalles, pues durante sus charlas nocturnas en el despacho, Samuel había comenzado a explicarle

asuntos de negocios.

—Se resiste, como es lógico, a perder el control, pero no le queda otra opción. — Samuel cambió de nuevo de postura, se tumbó boca arriba y las manos bajo la cabeza.

—Me alegro por ti, has trabajado duro.

Sí, así es exactamente como estoy ahora, sin embargo dijo:

—Gracias.

Parecía que el tema de conversación estaba agotado y así era. Pero Maddy, que ya había dejado de agarrar las mantas como si fueran un salvavidas, siguió la conversación.

—La fiesta ha estado bien. He conocido a mucha gente, y la verdad, no sé si me he comportado correctamente.

—¿Por qué dices eso? —Para él había sido un éxito, su mujer desfilando y llamando la atención mientras él iba a lo importante. Dejando a un lado el resentimiento por no poder celebrar el fin de fiesta, claro está.

—Me he pasado toda la noche preocupada por mi vestido. —Suspiró—. Pienso quemarlo al volver a casa.

Maddy creyó oírle reír por lo bajo.

Y así era, que su ahorradora mujer dijera algo así le hizo sonreír, cosa que últimamente no hacía; aprovechó la oscuridad del dormitorio para hacerlo sin ser visto.

—Te has integrado bien con los invitados —dijo él.

—Humm, no sé qué decirte. Me he sentido observada, examinada, y por si fuera poco, la gente no tiene otra cosa mejor que hacer que lanzarme comentarios de lo más inapropiados.

Él detectó su tono de desagrado.

—¿Alguien te ha molestado? —Parecía preocupado.

—No directamente, aunque ni te imaginas lo que la gente llega a decir.

—Me hago una ligera idea —respondió con ironía.

—Sinceramente, ¿la gente no tiene otra cosa mejor que hacer? Quiero decir, ¿no pueden dedicarse a sus asuntos?

—No, estas reuniones son simplemente para dejarse ver, intercambiar cotilleos y hacer negocios. Generalmente evito acudir por los dos primeros motivos.

—Te entiendo, pero supongo que debo cumplir mi parte del trato.

Lo dijo con tal desánimo que se vio obligado a decir:

—Procuraré evitar fiestas como esta.

—No, por tus negocios tienes que estar presente y dejarte ver. Sé hacer mi papel de esposa complaciente.

¿Sí? Pues ven aquí y compláceme. O mejor dicho, ven aquí que tengo ganas de complacerte. Y muchas.

—Como quieras —murmuró Samuel.

—Aunque también hay momentos divertidos.

Maddy giró la cabeza para verle, apenas le distinguía allí tumbado boca arriba, completamente relajado. Bueno, por lo menos ambos lo estaban.

—¿Sí? Cuáles.

—Alice me ha puesto al día de todos los chismes, los interesantes, claro está. Un tercio de los asistentes tiene algún escarceo, otro tercio ni lo sabe y el resto está intentando tenerlo. —Maddy se rio—. ¿Qué te parece?

—Que yo soy de los del último tercio y que tienes una sonrisa encantadora.

—Demasiado tiempo libre.

—Lo mismo pienso yo.

De nuevo un pesado e incómodo silencio se instaló entre ambos. Cada uno sumido en sus pensamientos. Bueno, en el caso de Samuel solo podía pensar en una cosa: en la mujer que tenía junto a él en la cama. Bien podía intentar un acercamiento, conocía mil formas de seducir a una mujer y parecer inocente. Dejarse querer, como si fuera algo fortuito, algo que tenía que pasar. Sin darle más vueltas. ¿Y luego qué?

Miró de reojo a Maddy, estaba tumbada, dándole la espalda y tapada hasta arriba. Sí, claro, precisamente está esperando a que yo me acerque. Borra esa estúpida idea de la cabeza, se dijo. Ella tiene sus propias fuentes de entretenimiento. Hasta para eso es lista como el hambre. Ni un solo rumor sobre la infidelidad de ella. Era tan detallista con su vida privada como con los negocios.

—Esta noche has estado perfecta —admitió él rompiendo el silencio.

—¿De verdad? —preguntó emocionada; si bien las palabras habían sido pronunciadas como un comentario casual, a Maddy le alegró que él pensara así.

—Sí.

—Gracias. Para mí es importante.

—De nada. Será mejor que intentemos dormir.

—Tienes razón, buenas noches.

—Buenas noches.

Ninguno de los dos fue consciente de cómo consiguió conciliar el sueño. El cansancio hizo efecto. Pero el caso es que cuando empezaba a amanecer y las primeras luces del día se filtraban a través de las cortinas, Samuel se despertó, acostumbrado a madrugar. Miró al otro lado de la cama, donde su esposa ya no le daba la espalda, sino que dormía de lado. Totalmente despeinada, no recordaba haberla visto así, y las mantas inoportunamente a la altura de los pechos. Apenas se distinguía la fina tira de un camisón y claro, su imaginación, tan activa últimamente, se desbocó. Eso, unido a su reacción matinal habitual, resultaba inquietante. Si hubiera estado solo en su dormitorio la solución la tenía al alcance de la mano. Suspiró resignado, intentando relajarse y poder llegar a un estado de seminormalidad para levantarse y vestirse. Claro, que si bajaba demasiado pronto al comedor las burlas de Rafe estaban aseguradas. Pensándolo bien, Rafe hacía bromas por cualquier

cosa.

La vio moverse, si tan solo se acercara un poco más, un descuido, un pequeño acercamiento... pero no hubo suerte. Se estaba empezando a sentir como un perro en celo, por cualquier cosa se excitaba.

Cuando ella parpadeó, y después lentamente abrió los ojos, él se sintió el estúpido número uno. Pero no apartó la mirada. Y ella tampoco.

—Es pronto, apenas está amaneciendo, puedes dormir un poco más, si quieres — dijo él.

Ella bostezó y cambió de postura.

—No creo que pueda. —Al ver la cara de Samuel se apresuró a añadir—: Es por la cama y todo eso.

—A mí me pasa algo parecido.

Bien, como conversación absurda esta se lleva la palma, pensó ella. Y más aún cuando necesitaba levantarse y hacer caso de la llamada de la naturaleza. Apartó las sábanas y, en el último momento, se detuvo. Ay, Dios mío, ¿cómo iba a pasearse delante de él con esa prenda? Además, para llegar al cuarto de baño tendría que hacer el recorrido más largo.

Un momento, se dijo, piensa un poco. Él en ningún momento te ha hecho sentir incómoda. Esta situación, aunque absurda, puede repetirse en el futuro, y ya puestos Samuel no creo que se disguste por verme semidesnuda. A saber la cantidad de mujeres con las que ha estado. Y menos puede extrañarle que me levante para ir al cuarto de baño. Además, hasta la fecha siempre se ha mostrado sensato en todas nuestras conversaciones. Sin duda debo aprender a aceptar las situaciones tal y como se presentan. Estamos casados, somos adultos y nadie va a rasgarse las vestiduras.

Decidida a comportarse como una mujer adulta, en todos los sentidos, se levantó. Comportándose como si fuera lo más habitual del mundo, caminó tranquilamente hasta el cuarto de baño y cerró la puerta. Cuando entró y se vio reflejada en el gran espejo, fue consciente de su apariencia.

¿Cómo se atrevía provocarle de semejante forma? ¿Era realmente consciente su querida esposa del efecto causado por ese insignificante trozo de tela? Ella se había paseado delante de sus narices con poco más que un visillo transparente que apenas le llegaba a la altura del muslo y que dejaba poco espacio para la imaginación, ya de por sí bastante inquieta. Si se suman dos y dos dan cuatro, así que una erección matutina y la provocación inconsciente o no de Maddy, le habían dejado al borde del colapso.

Distraídamente empezó a acariciarse, con un ojo vigilando la puerta del baño, pues solo faltaba que fuera pillado como un adolescente cachondo. Si no le fallaba la memoria, las mujeres tardan un buen rato en salir del aseo, con lo que disponía de tiempo suficiente. Hay que ver hasta dónde hemos llegado, se reprochó a sí mismo. ¿Y qué otra cosa podía hacer?

Fue aumentando el ritmo al mismo tiempo que en su cabeza aparecían imágenes de Maddy. Su trasero respingón, el cual, bajo la diáfana tela, resaltaba aún más. Su

pelo suelto cubriéndole la espalda. Y pensar que había dormido junto a él con esa prenda...

Estaba muy cerca, en ese estado apenas cinco minutos e iba acorrerse. Le importaba un pimiento manchar las sábanas, total, a ninguna criada le sorprendería. Así por lo menos se liberaría lo suficiente como para poder empezar el día.

Un roce, un toque... conjuró la idea de que Maddy le miraba, le pillaba in fraganti y ese fue el detonante. Imaginar a su esposa observándole. Tuvo que morderse el puño para no gritar ni gemir.

Después, ya con su cuerpo más relajado, se limpió con la sábana y se estiró en la cama. Bien podría haberse arreglado y dejar sola a Maddy, pero lo justo es justo. Necesitaba unos minutos para recuperar fuerzas, y ya de paso volver a verla semidesnuda.

CAPÍTULO 17

—Tiene usted visita.

Maddy dejó a un lado la taza y levantó la vista. Theresa estaba de pie en el comedor interrumpiendo su desayuno. Y su lectura matinal. En incontables ocasiones Maddy advirtió a Theresa de que se abstuviera de emplear ese tono tan formal cuando estuvieran a solas. No había manera.

—¿A estas horas? —preguntó Maddy.

—Sí, su madre la espera en la salita.

—¿Mi madre?

Theresa asintió y se marchó. Maddy no entendía qué hacía su madre en casa, y menos a esas horas, por lo general no se levantaba antes del mediodía. Además, llevaba viviendo fuera de casa casi cuatro meses y era la primera vez que se interesaba por ella.

Acabó su taza de café y se dirigió a la salita.

—Buenos días, madre.

—Oh, mi querida Madeline, qué alegría verte —dijo su madre representando a la perfección el papel de madre amantísima delante de la criada. Maddy no se sorprendió y tampoco dijo nada. Pidió a la criada que sirviera algo y después se quedaron a solas. Prefería que los criados no oyeran nada, porque conociendo a su madre, a saber de qué quería hablar. Mejor no arriesgarse.

Entonces su madre adoptó su postura habitual de parecer ajena a todo. Miró la decoración de la casa, como si alguien necesitara su aprobación. De nuevo interrumpió la criada con la bandeja y esperó pacientemente a que la sirvienta dejara las tazas.

—Debo decir que me esperaba algo peor —comentó su madre.

—¿A qué se refiere, madre?

—A la casa —respondió con desagrado—. Esperaba algo más chabacano, ya sabes, lo típico de los nuevos ricos que gastan su dinero sin saber con tal de impresionar.

«Dinero del que tú careces y por el que vendiste a tu hija».

—Bueno, la casa es confortable —señaló Maddy práctica, tampoco iba a entrar en una discusión banal sobre gustos decorativos. Cuanto antes se marchara su madre, mejor para todos, y en especial para su paz mental.

—¿Te tratan bien?

—Sí.

—Me alegro. —No lo parecía—. He venido por otro asunto.

A Maddy ya le parecía un poco extraño que su madre mostrara tanto interés.

—La escucho. —Tanto si quería como si no, su madre iba a decírselo.

—He venido para intentar arreglar las cosas entre tu padre y tu... marido. —Casi escupió la palabra—. Han pasado ya más de tres meses desde tu boda, y si bien el

acuerdo se firmó con tu suegro, a fecha de hoy solo hemos recibido un comunicado por parte de los abogados de tu marido exponiendo que se está revisando el contrato.

¿Y qué podía responder a eso? ¿Tranquila, querida mamá, Samuel está haciendo todo lo posible para que no veas ni un céntimo?

Por prudencia se mantuvo callada. Por supuesto su madre siguió.

—Tu padre está que se sube por las paredes. —Hizo un aspaviento para dar más realismo, bueno, en realidad su madre lo hacía siempre—. La situación cada vez se complica más. ¡Los acreedores nos persiguen! —exclamó sobresaltada. Y a Maddy le dio la impresión de que ahora no fingía.

—Tranquilícese, por favor.

—Cada vez las cosas se están poniendo peor. Ya hay dos familias que no nos reciben; claro está que disimulan diciendo que tienen otros compromisos. —Y remató poniendo voz ultrajada—: ¡A nosotros! Y sé que es a causa de las habladurías.

Y aunque pareciera extraño, ningún sentimiento de culpabilidad invadió a Maddy. Ninguno en absoluto. Ella les estaba ayudando en la sombra, con escasos recursos, eso sí. Por supuesto, si hubiera entregado las cantidades directamente a sus progenitores, estos no tardarían ni una hora en gastarlo en algún capricho dejando que la deuda siguiera, y además incrementándose con los intereses.

—Maddy. —Su madre se acercó, se sentó junto a ella y la cogió de la mano—. Tienes que poner fin a esta situación. Por el bien de todos.

¿Todos?

—¿Yo?

—Sí, tú eres la única que puede arreglarlo.

—Yo no...

—Tu padre está hablando con unos abogados; quiere demandar a tu marido. ¿Te imaginas el escándalo?

Y lo curioso del caso es que sí se lo imaginaba, pero ese escándalo salpicaría más a sus padres que a Samuel. Aunque tampoco quería perjudicarlo.

—Sí, me hago una idea, madre.

—Por eso quiero que hables con tu marido y le hagas cambiar de opinión; dile que no le conviene, que es mejor que acepte los términos del contrato.

—Yo... bueno, nunca me meto en sus negocios —mintió ella, y se sintió bien.

—No hace falta que te metas en sus negocios —señaló su madre como si fuera obvio—, simplemente habla con él. Hazle entrar en razón. Ninguna mujer sensata se entromete en asuntos de hombres.

Ya.

—No puedo —mintió de nuevo. Y el sentimiento de culpa seguía sin aparecer—. Lo que sí puedo es ayudaros a resolver la situación económica realizando algunos ajustes...

—¡Cállate, por Dios! —Su madre se levantó enfadada—. No vuelvas a repetirlo. Una mujer de tu posición no se mete en negocios.

—Madre, yo podría...

—¡No! Simplemente debes hablar con tu marido... —Y añadió maliciosa—:...el banquero. Que entregue las cantidades estipuladas y se acabará todo.

—Samuel no me escuchará. —O sí, pero su madre no tenía por qué saberlo.

—Oh, querida, hay muchas formas de convencer a un hombre.

Maddy se quedó extrañada por el tono de su madre. ¿Qué estaba sugiriendo exactamente?

—No le entiendo.

—Llevas casada poco tiempo, pero sí el suficiente para saberlo.

—¿Saber el qué? —Maddy se temía lo peor.

—Que un hombre se muestra más razonable y más dispuesto a complacerte después de... ya sabes.

—Sigo sin...

—¡Maddy, por favor! Estoy segura de que tu marido, como a todos los hombres, les gusta sentirse atendidos por su esposa... ya sabes.

¿Ya sé? ¿Ya sé? ¿El qué debería saber? Y Maddy tardó tres segundos en saberlo.

—Ah —dijo simplemente, y se ruborizó. ¿Su madre estaba indicándole lo que estaba pensando que indicaba?—. ¿Quieres decir que yo...?

—Efectivamente, hija, deja que él pueda... —A su madre debía disgustarle no solo hablar de ello, sino ejercer sus prerrogativas como mujer casada— acceder a sus derechos conyugales más a menudo.

—No puedo prometerte nada. —Y no mentía.

—¡Bobadas! —Su madre lo dijo con una seguridad absoluta—. Ninguno se resiste. Esa es nuestra única ventaja, administrar las obligaciones conyugales.

—Ah —fue lo único que pudo decir, pues en el fondo si lo que su madre aseveraba era cierto, resultaba muy triste.

—Así que ya sabes. Haz que tu marido entre en razón. —Su madre puso una expresión tierna que no logró engañarla—. Llevas poco tiempo casada, pero créeme, así es como funcionan las cosas.

—¡Adelante! —dijo Maddy al oír que llamaban a la puerta, salvada por la campana, pensó.

—Señora, tiene otra visita.

—¿Otra visita? —preguntó extrañada.

—Sí, es *lady* Wesley.

—¿*Lady* Wesley? —preguntó extrañada Maddy.

—¿*Lady* Wesley? —preguntó más sorprendida aún su madre.

—Sí, señora.

—Hazla pasar, por favor.

Mira por dónde la aparición de Alice serviría de excusa para librarse de su madre. Alice entró en la salita sonriendo de oreja a oreja, encantadora como siempre. A Maddy no le dio buena espina. Con esa mujer podía esperarse cualquier cosa. Ahora,

desde la noche de la fiesta, había aprendido algo de incalculable valor: Alice como amiga era terrible, pero como enemiga... no quería ni imaginarlo. También había descubierto a una mujer muy inteligente, segura de sí misma y con capacidad para sorprender.

—Buenos días —dijo Alice—. ¡*Lady* Chesterfield! ¡Qué inesperada sorpresa! Qué efusiva, ¿no?, pensó Maddy, pero se abstuvo de decirlo en voz alta.

—*Lady* Wesley —dijo la aludida—, no sabía que fuera usted amiga de mi hija.

—Adoro a Maddy —respondió Alice—, y he venido para agradecerle personalmente su ayuda en la fiesta que dimos hace unos días.

—¿Fiesta? —preguntó *Lady* Chesterfield alarmada; ni tenía conocimiento ni había sido invitada.

—Sí, fue una pequeña reunión de amigos. —Alice le quitó importancia al ver la cara de la mujer—. O mejor debería decir, de amigos haciendo negocios. —Se rio frívolamente.

—Comprendo.

Y Maddy se preguntó cuál de las dos era mejor actriz.

—En fin, Maddy, querida, ¿tienes esta mañana libre?

—Eh... sí, creo que sí.

—¡Estupendo! —Aplaudió como la más coqueta, frívola y cabeza hueca que Maddy hubiera podido conocer.

—Bueno, será mejor que vuelva a casa —dijo la madre y, para seguir en su papel, besó a su hija en la mejilla.

Como el beso de Judas... solo que Maddy ya había probado la traición y por lo tanto no tenía de qué preocuparse.

—Tu madre es realmente de la vieja escuela, ¿me equivoco?

—Podría decirse que ella la fundó. —Maddy suspiró—. ¿Desde cuándo das coba a gente como ella?

—Ay, querida. —Vio las tazas—. ¿No hay café? El té no me gusta. Respecto a señoras como tu madre, no queda más remedio. Tienen los días contados, pero de momento están ahí, no lo olvides, es mejor poner buena cara y luego hacer lo que te venga en gana.

—Hipocresía pura y dura —dijo Maddy. Si algo agradecía era poder hablar sin rodeos.

—No hace daño, te deja libertad de movimientos, y si tienes una amante nadie dice nada.

—Muy cierto. Aunque a veces es tan agotador...

—En fin, olvidemos a tu madre. Estoy aquí para agradecerte tu ayuda.

—No hice nada especial.

—Sí, aguantarme, y eso, según Rafe, ya es mucho. Vístete, tenemos el tiempo justo.

—¿Para qué?

—Vístete discretamente, como una señora decente, y déjame a mí el resto —dijo enigmáticamente Alice.

CAPÍTULO 18

Cuando Maddy preguntó por cuarta vez: ¿Dónde vamos?, Alice estuvo tentada de abrir la puerta y tirarla en marcha. Pero entendía a la chica, así que siguió hablando con tal de distraerla.

Por fin divisó la verja de entrada a la propiedad privada. Desde fuera, el Club La Dama Negra parecía únicamente una residencia lujosa, nada más, evitando así curiosos o no socios.

—Ponte bien el velo, debemos parecer dos mujeres respetables.

—Somos dos mujeres respetables —objetó Maddy.

—Bueno, pero ya sabes lo que dice el dicho: la mujer del César además de ser decente debe parecerlo.

Así que de nuevo guardaron silencio, hasta que se detuvo el coche.

—Bueno —murmuró Alice cuando llegaron—, ahora soy la señora Smith y tú la señora Jones. Cúbrete con el velo y déjame que hable yo. —No había querido explicar el asunto hasta estar a las puertas del club porque con toda probabilidad Maddy, además de aburrirla a preguntas, se echaría atrás.

—¿La señora Jones? ¿Y por qué soy la señora Jones?

Alice puso los ojos en blanco y la agarró del brazo para conducirla hasta la puerta.

—Verás, aquí nunca usamos nuestros verdaderos nombres. Yo soy la señora Smith porque Rafe es el señor Smith, ¿de acuerdo?

—Ah, vale. Como tú digas —dijo sin comprender el razonamiento.

—Rafe es socio desde hace mucho tiempo, y por supuesto me hizo a mi socia. —Llamó a la puerta—. Dado que Samuel también es socio y aquí se le conoce como el señor Jones...

Maddy abrió la boca pero... ¿qué iba a decir? ¿Que la comunicación entre marido y mujer se limitaba a los aspectos financieros que Samuel compartía con ella? ¿A educadas y escasas conversaciones repletas de sí, gracias, si eres tan amable y por favor? ¿Al desconocimiento total y absoluto de la vida de su esposo?

Alice se percató en el acto de que había hablado de más, o mejor dicho, al parecer Samuel no le explicó detenidamente cómo funcionaba el club, o ya puesto su existencia. Para la próxima vez se informaría primero. Luego pensó en el estirado de Samuel y sonrió, vaya sorpresa iba a llevarse al enterarse de que su mujercita iba al club. Bueno, daba igual.

—Bien, veo que estás sorprendida. No importa. —La sorpresa iba a ser, además de mayor, más divertida.

Entraron en un vestíbulo enorme y Maddy no pudo evitar comportarse como una recién llegada. Cosa que no dejaba de ser cierta.

—Deja de abrir la boca como si fuera la primera vez —susurró Alice.

—Es que resulta que es la primera vez que vengo aquí —señaló acertadamente

Maddy.

¿Para qué iba a fingir lo contrario?

—De acuerdo, pues disimula. Y pase lo que pase eres la señora Jones.

—Buenos días, señoras, ¿a quién tengo el placer de ver? —preguntó un clásico e impasible mayordomo.

—Soy la señora Smith y ella la señora Jones —anunció Alice como si se tratara de una visita social. Aunque en cierto sentido así era.

—Muy bien. ¿Van a pasar a la sala central? ¿Desean una estancia privada...? —sugirió el mayordomo.

—¿La sala central? —preguntó Maddy en voz baja a su amiga.

Alice notó la inquietud de su amiga pero mantuvo la expresión neutra con el mayordomo.

—Haremos primero un recorrido —miró a Maddy de reojo— para luego bajar a los baños.

—De acuerdo, daré orden de que esté todo listo. Buenos días, señoras.

—¿Qué clase de club es este?

—Vamos —Alice tiró de ella con decisión—. Ahora lo verás.

Entraron en una gran sala con escasa iluminación. En el centro, sobre un entarimado, había una especie de escenario. Rodeado de cubículos semiocultos, sin duda reservados, para que los socios pudieran mirar a sus anchas y de paso imitar a los actores, Maddy dedujo que algunos estaban ocupados al oír murmullos y conversaciones susurradas. En cambio otros tenían las cortinas completamente abiertas y se divisaba perfectamente el interior. Pero si quería evitar tropezar mientras seguía a su amiga, dirigió la vista al frente.

Cuando estuvieron acomodadas Maddy ya no podía más y preguntó.

—Explícame dónde me has traído. —No estaba disgustada, por supuesto que no, la novedad y la curiosidad siempre vencían a la prudencia en la mente de Maddy.

—La Dama Negra es un club privado y exclusivo.

Algo más que evidente, pensó Maddy.

—Ah. —Meditó un instante la descripción ofrecida por su amiga—. ¿Un club de esos donde la gente se reúne en tertulias, se habla de política y dispone de biblioteca?

—Hablar, lo que se dice hablar, se habla —respondió Alice irónica—, pero es más bien otra cosa; aquí los socios se interesan más por otros temas. —Las dos oyeron un gemido a sus espaldas—. No mires, pero por el sonido que emiten se diría que no están hablando de política. ¿No te haces una idea? —Maddy negó con la cabeza—. Es un club, digamos, de... esparcimiento. Aquí se reúne la gente para ver espectáculos...

—¿De magia?

—Espera y verás. —Con una mujer tan curiosa como Maddy, era mejor dejar que ella misma se diera cuenta.

Oyeron más gemidos, Alice no le dio importancia, pero Maddy sí.

—¿Qué les pasa? —susurró.

—Mira y observa.

En el escenario, sobre un diván de tamaño considerable, se acomodó un hombre.

El comienzo de la actuación no pudo resultar más oportuno para que Maddy se hiciera una idea bastante aproximada de lo que en aquellas paredes accedía habitualmente.

—¿Está desnudo?! —murmuró Maddy. Quiso taparse la vista, lo hizo con las manos, pero acabó separando los dedos uno a uno y abriendo los ojos como platos.

—Por supuesto —respondió Alice sin más.

El hombre esperó tumbado hasta que apareció en escena una mujer de color y se arrodilló a un lado. Comenzó a extender una crema sobre el cuerpo del hombre frotando distraídamente. Maddy no podía apartar los ojos del escenario. Eso no era un espectáculo de magia. Cuando la mujer acabó de extender toda la crema, el hombre se levantó y entonces fue el turno de ella de recibir atención. Pero el hombre no se demoró tanto; en unos minutos estaba tumbado encima de ella. Maddy se preocupó al ver la expresión del hombre.

—¿Está enfermo? —Alice la miró extrañada—. Lo digo porque está poniendo una cara...

Alice empezó a reírse, y claro, eso no podía hacerse pues los espectadores podían quejarse, y con razón.

—Anda. —Se levantó instando a Maddy a hacer lo mismo—. Vámonos.

Abandonaron la sala central justo cuando el hombre, que según Maddy estaba enfermo, cambiaba de posición para sentarse tranquilamente y acomodarse sobre sus piernas a la mujer de color.

Mientras bajaban las escaleras que conducían a la sala de baños, Alice se preguntó qué tipo de relaciones sexuales llevaba su amiga para sorprenderse de esa manera. Maddy estaba casada... Samuel no era un hombre partidario de la abstinencia... Aquí había algo que no cuadraba.

Llegaron a un recinto completamente embaldosado, un balneario. Primero entraron en un vestuario donde aparecieron dos sirvientas con toallas.

—Buenos días, señora, ¿necesita ayuda?

—Sí, gracias, ayúdame con el vestido.

Maddy se quedó de pie y observó el entorno, muy bonito pensó, aunque cuando observó cómo Alice iba quedándose sin ropa, empezó a preocuparse. La ropa interior de Alice no era del pulcro blanco como la suya, sino de un rojo escandaloso. Se preocupó aún más cuando la otra sirvienta se acercó a ella con intención clara de desnudarla.

—¿Qué hace? —exclamó Maddy apartándose.

—Disculpe, señora —la sirvienta se retiró.

—No pensarás bañarte vestida, ¿verdad?

—Mmm, no, pero... ¿vamos a bañarnos? —Quizás era la pregunta más absurda

que podía plantearse, dado el entorno, pero estaba tan sumamente descolocada por todo cuanto la rodeaba que no podía actuar coherentemente.

Alice sonrió y dejó caer la última prenda que la cubría. Agarró una de las toallas que la camarera le ofrecía y dijo:

—Te gustará, los baños termales son una delicia.

Se fijó en que Maddy no apartaba la vista de su cuerpo. Y entonces cayó en la cuenta.

—No te preocupes, si quieres, aquí puedes rasurarte todo, o lo que desees.

Maddy se puso roja como un tomate y no solo por el calor. Alice no tenía un pelo en todo el cuerpo y ella se sintió en ese momento como una paleta ignorante. Nadie le había hablado de depilarse, y aunque no tenía mucho vello corporal, nunca pensó que alguien pudiese verlo. Además, ella se mostraba encantada con su aspecto, sin un ápice de pudor, pero claro, Alice disfrutaba de todo cuanto hacía y no se preocupaba por detalles tontos; si ella también pudiera...

—¿Todo? —dijo con un hilo de voz.

—Lo que tú prefieras. Yo soy partidaria de rasurarme completamente. Además, intensifica las sensaciones, ya me entiendes.

Pues no, no la entendía, aunque se abstuvo de pronunciarlo en voz alta.

Maddy empezó a quitarse la ropa, algo cohibida, pues tan solo lo hacía delante de Theresa cuando se bañaba. Cuando terminó se enrolló rápidamente la toalla y siguió a Alice, que se mostraba encantada con su desnudez.

Llegaron a la zona del baño, una inmensa piscina donde algunas mujeres, también desnudas, hablaban o nadaban tranquilamente. Alice, como cuenta habitual, dejó despreocupadamente la toalla a un lado y se adentró en el agua.

—No seas timorata —dijo Alice arqueando una ceja—, entra en el agua. Y, ¡por Dios!, deja la maldita toalla, aquí todas tenemos lo mismo.

—No te burles —respondió entre dientes Maddy.

Vale, podía hacerlo. ¿Era o no era una mujer moderna? Pues a la porra con la toalla. Entró en el agua y, como no sabía nadar, se quedó pegada al borde. Alice tenía razón, y aunque costara admitirlo, casi siempre tenía razón, se estaba de maravilla en el agua.

—¿Ves? —Alice se colocó a su lado—. Esto es vida. —Suspiró.

—Nunca antes había conocido un sitio así.

—Samuel debería haberte traído.

—Ha hecho muchas cosas por mí —dijo Maddy a la defensiva. Claro, que «esto» debía ser su vida privada en la que no tenía derecho a inmiscuirse.

—Puede ser —dijo pensativa Alice—, entiendo que acudir a los espectáculos pueda resultar chocante al principio, claro está, pero también es cierto que alegran la vista y estimulan muy mucho la vida conyugal.

—De eso quería hablar, me ha parecido...

—Maddy, por favor, no seas ingenua, estás casada, sabes lo que pasa entre un

hombre y una mujer, no me vengas ahora con falsa mojigatería.

—No soy mojigata. —Seguía a la defensiva.

—Pues entonces no sé por qué te ha molestado verlo. Es algo natural. Además es una de las atracciones más suaves, te lo aseguro.

Sí, bueno, natural lo que se dice natural... para ella desde luego no. Y en todo caso no era un espectáculo que se anunciara en grandes titulares; eso que Alice llamaba natural estaba reservado al dormitorio conyugal. Y de momento ella y dormitorio conyugal no podían ir en la misma frase. A Maddy no le hacía ninguna gracia que su amiga siguiera por esos derroteros, pues acabaría delatándose a sí misma y de paso a Samuel. Se concentró en lo importante, y lo verdaderamente importante en ese momento era disfrutar del baño. Puede que afectase, al principio, a su pudor, mostrarse en público desnuda, aunque solo hubiera mujeres.

—Mmm —ronroneó estirando las piernas; no sabía nadar, pero podía disfrutar igualmente. Cerró los ojos dejándose llevar por la agradable sensación del agua sobre su cuerpo desnudo.

—Veo que ya no estás tiesa como una tabla —dijo medio en broma Alice.

—Perdóname, me he comportado como una idiota.

—Bueno, te confesaré que suele pasar, la primera vez siempre es así.

No dijeron más en un buen rato, pues cada una estaba sumergida no solo en agua, sino en sus propios pensamientos.

—O paras o te doy un puñetazo —saltó irritado. Y para que Samuel perdiera la compostura...

—Es tarde, estoy cansado, llevamos dándole vueltas a lo mismo ya ni me acuerdo y hoy Alice ha ido a una de sus sesiones de masajes —respondió Rafe de un tirón.

—¿Y?

—Mira que eres obtuso. Vamos por partes. Me aburre ver tantos informes. Porque estemos aquí hasta las tantas no solucionaremos nada; esperemos a que lleguen noticias nuevas y luego decidimos. Alice me estará esperando en casa. Mmm. —Cerró los ojos al borde del éxtasis—. Ni te imaginas cómo vuelve de sus masajes.

—Me lo imagino porque te empeñas en contármelo una y otra vez —respondió Samuel gruñón.

—De La Dama Negra siempre sale más que dispuesta. —Arqueó las cejas—. Deberías...

—¿Qué?!

—He dicho que de La...

—Te he oído la primera vez. ¿Me estás diciendo que dejas a tu mujer que vaya sola al club? Una cosa es que te acompañe, cosa que sigo sin aprobar, y otra muy distinta es que esté sola.

—Pues claro que es diferente —respondió con total naturalidad Rafe—. Allí

puede relajarse o... no, según convenga; aprender, coger ideas... ¡No seas imbécil! Sabes perfectamente lo que ocurre allí.

—Por eso mismo, vuelvo a preguntar, ¿cómo se te ha ocurrido?

—Muy fácil, verás —Rafe estaba totalmente relajado mientras daba explicaciones—, primero, es mi esposa y se supone que no debo tener secretos con ella. —Se sirvió una copa y empezó a pasearse por el despacho de Samuel—. Segundo, en el club aceptan mujeres, no incumplo ninguna norma. Tercero, aunque reconozco que al principio me daba cierto reparo, lo cierto es que si no puedo compartir con mi esposa ciertos placeres... no le veo sentido al matrimonio, la verdad. —Ahora hablaba como un condenado aristócrata de esos que se sienten superiores—. Y Alice es capaz de entender y compartir perfectamente mi sexualidad. Por lo tanto, el punto cuatro es evidente, ella también tiene derecho a disfrutar.

—¡Pero es un club privado! —gruñó Samuel conteniéndose—. Allí se muestran escenas impropias para...

—Amigo mío —interrumpió Rafe—, piensa bien lo que vas a decir.

—Para una mujer casada —dijo con cautela, en ningún momento quería ofender a Alice.

—¿Por qué? Mira, no quiero en mi cama a una dulce mujer que lloriquee cada vez que me acerco, no quiero a una mujer frágil que me diga con mil eufemismos que me mantenga alejado de su cuerpo, no quiero una inexperta que solo se levante el camisón hasta la cintura y se comporte como una estatua.

—Eso puedo entenderlo. —Samuel se frotó los ojos—. ¿Pero... llevarla al club?

—Allí podemos disfrazarnos, improvisar y disfrutar. Como también existen salas privadas, bien lo sabes, preferí incluirla como socia. No veas lo bien que se lo pasa la Señora Smith. —Sonrió pícaramente.

—Me lo puedo imaginar —murmuró Samuel con desagrado y cierta envidia.

—Deberías llevar allí a Maddy. Seguro que se lo pasa bien y a ti se te quita esa cara de amargado que tienes últimamente.

—¿Estás bien de la cabeza?

—Perfectamente. Sé que recién casados estáis en esa fase de... ¿cómo llamarla? Bah, da igual, uno se conforma con cualquier cosa, pero te conozco, amigo mío. —Rafe hablaba en un tono tan condescendiente que Samuel quería estrangularlo, y en cierto sentido con razón—. Tarde o temprano tu verdadero yo tomará el control. ¿Y qué mejor que compartirlo con tu esposa?

—Eso no es posible.

—¿Por qué no?

—Porque no.

—No lo entiendo. Maddy no parece una de esas mujercitas inocentes y de cabeza hueca, estoy seguro de que...

—Fin de la conversación. —Samuel hizo ademán de ponerse en pie pero se arrepintió en el último momento, la simple idea de ver a Maddy junto a él disfrutando

de uno de los salones privados de La Dama Negra había hecho reaccionar a su cuerpo, y mostrarlo delante de Rafe suponía otro sinfín de preguntas que no llevarían a ninguna parte. O peor aún, terminaría por admitir que llevaba el espantoso record de estar casi cinco meses casado y no haber sido capaz de follarse a su mujer. Así que cogió de la mala gana los papeles, despidió a Rafe, se arrellanó en su sillón y puso cara de disgusto. El muy arrogante de Rafe se fue sonriendo de oreja a oreja, sin duda disfrutando por adelantado de algo que él tenía vetado. Samuel empezó de nuevo a revisar todos los números.

Mañana sin falta se buscaba una amante.

Maddy estaba en el cielo, su cuerpo relajado, la mente en blanco; hacía tanto tiempo que no estaba así... Bueno, bien mirado nunca había estado así. Abrió los ojos y se quedó estupefacta. En frente estaban dos mujeres... ¡besándose! Y no uno de esos fríos besos a modo de saludo, ¡no! Se besaban en la boca. Alice se percató de qué llamaba la atención de su amiga.

—Son amantes —murmuró—, se ven en sitios como este, donde la discreción lo es todo.

—Ah.

—La morena está casada con un ministro, tiene dos hijos, madre ejemplar y todo eso. Pero al parecer su marido es un muermo en la cama.

—Pero... pero está con otra mujer...

—Bueno, si a ella le gusta... —Alice se encogió de hombros—. Desde luego es más seguro, no puedes quedarte embarazada de otro hombre, si tu amante viene de visita nadie sospecha...

—No sé qué decir...

Lo que no podía hacer era apartar la mirada. Las dos mujeres se besaban, se acariciaban por debajo del agua y estaba claro que disfrutaban.

—Yo no soy quién para juzgarlas y tú tampoco deberías hacerlo.

—No lo hago —aseguró Maddy—, pero no puedo evitar sorprenderme.

—Entiendo que te sorprendas, no es algo que se comente en las reuniones sociales, ¿verdad?

—Pues no. —Maddy sonrió—. Y sería mucho más estimulante, sin duda.

—Pues Pruébalo.

—¿Perdón? —preguntó confusa.

—Que lo pruebes, no creo que tu marido se oponga, siempre y cuando le dejes mirar. A ellos les encanta mirar. —Esto último lo dijo sonriendo como si recordara...

—¿Pero qué dices? —Maddy no daba crédito a lo que oía.

—No te alteres, querida. —Alice le dio una palmadita—. Yo, personalmente, creo que para opinar de algo hay que conocerlo, ¿no te parece?

—Pe... pero... tú... —Maddy tartamudeaba.

—Pues sí, una vez, por supuesto Rafe estaba presente, no me disgustó pero no era lo que yo esperaba.

—¿Rafe estaba mirando?

—Oh, querida, y no te puedes hacer una idea de cómo disfrutó, más que yo, se podría decir.

—Ah.

—De todas formas háblalo con Samuel.

—De momento no.

—Como quieras.

Maddy no asimilaba una sorpresa para encontrarse con otra. ¿Dónde había estado metida todos estos años? ¿Cómo era posible que nunca oyera comentarios? Desde luego Alice era una fuente constante de información.

Una de las camareras se acercó a Alice; esta asintió. Observó cómo salía del agua, siempre cómoda con su desnudez. Maddy iba a tener que aparcar sus prejuicios y seguirla.

—Tumbese, por favor —indicó una de la mujeres—, enseguida estoy con usted.

—Ahora viene lo mejor —informó Alice, que al conocer el procedimiento se acostó en una camilla y ni se preocupó de la toalla.

—No sé qué puede ser mejor que el baño.

—¿Un masaje con aceites especiales?

—No sabría decirte.

—Relájate y disfruta. —Alice se rio—. Esa frase me suena...

Maddy se limitó a sonreír. ¿Relájate y disfruta? Bueno, disfrutar no sabía si iba a disfrutar, ahora, relajarse... era otro cantar.

CAPÍTULO 19

—¡No puedes pedirme eso!

—A mí tampoco me hace gracia la idea, pero como tú mismo puedes ver, el hasta ahora «administrador» se la largado con una cantidad considerable. Y no solo eso, empezaremos a tener serios problemas con los otros inversores de la mina si no atajamos el problema. —Samuel se sirvió una copa del aparador, estaban en su casa, más concretamente en su despacho, tratando asuntos de negocios.

—No digo que no, simplemente lo que me molesta es tener que desplazarme, maldita sea. —Rafe no dejaba de quejarse.

—Tampoco es de mi agrado ausentarme de casa. —Samuel se relajó en su sillón mientras tomaba otro sorbo de *whisky*; a él le daba lo mismo quedarse o no, pues no podía decir que estaba en su hogar.

—Pues no lo parece —refunfuñó Rafe—. Entiendo que es importante, pero ¡un mes! —Rafe alzó la voz—. ¡Un mes! —repitió—. No podré soportarlo.

—No exageres, un mes se pasa volando.

—Ya, pues explícame cómo lo haces, porque yo no me he separado de Alice ni un día desde que nos casamos —seguía refunfuñando—, y seguro que tú no quieres dejar a tu bonita esposa sola tanto tiempo.

Rafe tiraba a dar, maldita sea, pensó Samuel.

—Maddy entenderá la situación —dijo Samuel intentando no dejar traslucir nada—. Simplemente será un mes, nadie se ha muerto por eso.

—No sabría decirte, jamás he estado un mes sin follar... ¡Maldito cabrón de Stanford! Va a arruinar mi vida conyugal.

—Mira que eres exagerado.

Rafe le miró extrañado, se conocían demasiado bien.

—¿Me estás diciendo que no te importa estar un mes separado de tu mujer? Porque, y aunque me meta en donde no me llaman, me da igual porque somos amigos, antes podíamos buscarnos diversión, es decir un buen par de putas para aliviar tensiones tras el trabajo, pero me da que ni a tu mujer ni a la mía les haría mucha gracia. Y, siendo sincero, a mí tampoco me apetece follarme a una puta teniendo a Alice.

—Esa no es la cuestión. —Él sí podía buscarse «esa diversión», pero claro, con Rafe de compañero, pues acabaría por confesarle y hablarle de la farsa de su matrimonio, lo cual llevaría a otro interesante diálogo donde él lo primero que diría es: estás bien jodido, amigo mío, para después soportar durante, a saber cuántos días, sus constantes comentarios mordaces.

—Esa sí es la cuestión. Puedo ser el más cabrón en los negocios, y tú tres cuartos de lo mismo, pero no puedo soportar estar un mes durmiendo solo.

—Pues no queda más remedio.

—Puedo pedir a Alice que me acompañe.

Sí, claro, y restregarme todas las mañanas la maravillosa felicidad conyugal de la cual yo no disfruto.

—No —respondió Samuel categóricamente.

—¿Por qué no?

—Simplemente creo que es mejor así. Vamos, solucionamos el asunto y evitamos «distraernos».

—Yo solo me distraigo por las noches —se defendió Rafe—. Bueno, y por el día, pero prometo hacerlo solo por las noches.

En ese momento llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo Samuel.

—Ah, perdona, no sabía que estabas ocupado. —Maddy hizo ademán de marcharse.

—¡Querida Maddy! —Rafe, tan efusivo como siempre, la obligó a entrar y de paso la saludó afectuosamente—. Estás radiante.

—Gracias —respondió ella. ¿Radiante? Bueno, puede que él la viera así, pero iba de lo más sencillo.

—¿Qué querías? —interrumpió Samuel.

Y Rafe se extrañó del frío recibimiento. Joder, si fuera Alice quien hubiera llamado, Rafe se hubiese comportado de otro modo.

—Sin duda alegrarnos la noche, ¿verdad, querida? —Rafe la invitó a sentarse.

—Rafe, por favor —dijo Samuel, y miró a su esposa.

—Nada importante, te quería comentar unos asuntos sobre los documentos que...

—¿Haces trabajar a tu esposa? —saltó Rafe extrañado—. ¡Por favor, Samuel!

Las constantes interrupciones de su amigo le estaban sacando de quicio.

—Yo se lo he pedido —le defendió Maddy.

—Ah, bueno, pero supongo que luego este bribón te dará una buena recompensa. —Rafe movió sugestivamente las cejas.

—Sí —respondió Maddy.

Y Samuel estuvo a punto de gemir, frustrado, completamente frustrado.

—Ahora nos ponemos con eso —dijo Samuel permaneciendo aparentemente sereno—. Rafe, mañana salimos de viaje, haz las maletas.

—No me hagas madrugar —Rafe protestó como un niño pequeño.

Samuel se pellizcó el puente de la nariz, con un socio y amigo así, ¿quién quiere enemigos?

—¿Os marcháis de viaje? —preguntó ella.

—Desgraciadamente el tirano de tu marido quiere ir personalmente a solucionar los asuntos de la mina.

—¿La de Stanford?

—¿Estás al tanto? —Rafe lo preguntó sorprendido.

—Sí, Samuel me mantiene al corriente. El administrador os ha hecho una buena jugarreta, pero si sois rápidos podéis minimizar las consecuencias.

Rafe parecía impresionado.

—Señora mía. —Cogió la mano de Maddy sin preocuparse de la presencia de Samuel—, no solo sois hermosa, sino además... —Besó su mano teatralmente— tenéis una mente privilegiada. —Otro beso que hizo reír a Maddy—. Ese canalla que tenéis por marido —al cual ignoraban los dos—, no os merece. Si yo estuviera libre...

—¡Por Dios! —Samuel no podía creer lo que veía, ella riéndose y el traidor de su amigo besuqueando a su esposa.

—Gracias, querido Lord Wesley —Maddy le siguió el juego—, pero vos estáis casado y su esposa es una de mis más queridas amigas.

—Lo que yo digo. —Miró al marido enfadado—. No te mereces una mujer así.

—Vete de una vez. —Samuel controló de nuevo su malestar—. Estoy seguro de que necesitas «despedirte» adecuadamente de Alice.

—Pues sí. —Sonrió picarón y se levantó para caminar hasta la puerta—. Como despedirme de mi esposa me llevará tiempo, sugiero que no me hagas madrugar.

—Está bien —accedió Samuel—, estaré en el despacho, te espero para preparar los documentos y salir desde allí.

—Bueno. —Rafe no parecía convencido—. Señora, como siempre, un placer —dijo mirando a Maddy—. Y en cuanto a ti... ya veremos.

Dicho lo cual salió por la puerta y les dejó a solas.

—Es incorregible —dijo Maddy.

—Sí, bueno, mejor no hacerle caso cuando se pone así. Bien, ¿de qué querías hablarme?

—He revisado los últimos informes, te he dejado las anotaciones en la misma carpeta. Échales un vistazo y ya me dirás.

—Bien, mañana durante el viaje lo haré.

—De acuerdo. —Maddy se levantó dispuesta a irse.

—Espera un momento. —Sin preguntárselo sirvió una copa para ella—. Tengo que comentarte un asunto.

—Tú dirás. —Aceptó la copa tranquilamente.

—Mañana salgo de viaje, como bien sabes. Estaré ausente un mes, es un viaje de negocios, pero nunca se sabe.

—Pero no es peligroso, ¿verdad? —preguntó verdaderamente preocupada.

—Eso espero. Pero me gustaría mostrarte algo. Acompáñame. Maddy le siguió hasta el otro lado de su despacho donde estaba situada una gran estantería llena de libros. Samuel apartó dos del estante inferior y la estantería se desplazó abriéndose una puerta. Samuel terminó de abrirla y le mostró una gran caja fuerte.

—Aquí dentro están todos los documentos importantes, títulos de propiedad, acciones, valores, joyas y mi testamento. También dinero en efectivo. —Samuel empezó a girar unos discos componiendo la combinación. Cuando se oyó un click giró la palanca y se abrió la caja—. Quiero que memorices la clave. —Samuel se la

dijo y Maddy abrió los ojos como platos.

—Es... —Se aclaró la garganta—. Es la fecha de nuestra boda.

—Sí —dijo impertérrito—, me pareció oportuno. Bien, no la escribas en ningún sitio ni se la digas a nadie. Solo mi padre, yo y ahora tú, conocemos la clave.

—Está bien.

Samuel señaló la bandeja superior.

—Aquí están todos los títulos de mis propiedades, si me ocurriera algo serían tuyas. Excepto algunas cosas que deben ser para mi padre; está todo especificado en el testamento.

—Samuel, yo... no sé qué decir.

—Eres mi esposa, no tengo hermanos ni familia cercana, me parece lo más lógico. —Samuel hablaba en un tono práctico, carente de emoción—. Bien, también como ves hay suficiente dinero en efectivo para que, llegado el caso, puedas disponer de él. Y aquí... —Sacó un pesado estuche de madera lacada en negro y lo depositó sobre una pequeña mesa.

—¿Es un juego de pistolas de colección? —preguntó Maddy; por el tamaño podía serlo.

—No. —Samuel abrió el estuche—. Aquí están las joyas que pertenecieron a mi madre principalmente. —Giró el estuche para que ella lo viera—. Son tuyas, debí habértelas dado antes. También hay algunas de mi abuela. —Hizo una mueca—. Como ves —señaló un anillo sencillo—, el negocio no era tan boyante.

—¡No puedo aceptarlas! —exclamó avergonzada.

—Haz lo que quieras, pero la gente se preguntará por qué no luces joyas más espectaculares. —Samuel parecía modesto—. Si lo prefieres, puedo encargarte que te diseñen joyas personalmente para ti.

—¡No me has entendido! —A Maddy no le gustó el tono de voz que empleaba Samuel—. Quería decir que esas joyas son preciosas y que si pertenecían a tu madre yo... bueno... no creo que sea la más indicada para llevarlas. Al fin y al cabo...

—Lo sé, nuestro matrimonio es solo un papel, pero la gente no lo sabe, pero nos catalogará por cómo vamos ataviados, especialmente a ti.

—Visto así... —Maddy se mordió el labio. Indecisa se acercó para estudiar las joyas con más detenimiento. Eran absolutamente preciosas. Ostentosas sí, pero al mismo tiempo elegantes—. Tu madre tenía un gusto exquisito —dijo sinceramente.

Samuel no quiso responder a ese comentario. ¿Qué hubiera pensado al ver a su hijo casado en estas circunstancias?

—Puedes lucirlas siempre que quieras y confío en que sabrás combinarlas adecuadamente con tu nuevo vestuario. —Samuel recalcó la palabra nuevo.

—Hablando de eso... —Maddy parecía avergonzada.

—Voy a oír algo que no me gusta, ¿verdad?

—No exactamente. —Maddy se puso a la defensiva—. Simplemente he llegado a otro acuerdo con la modista.

—Te dije...

—Samuel, no he regateado y accedí a recompensarla por el trabajo. —Casi se atraganta al decirlo—. Simplemente he llegado a un acuerdo para que los vestidos que deje de ponerme, como están en perfecto estado de uso —añadió por si acaso—, en vez de regalarlos irán a una subasta para obras de caridad.

—Bueno, eso me parece bien, es algo que la gente aprecia.

—¿Ves? Sabía que podría hacerlo bien. —Bostezó—. Ahora, si no te importa, me voy a dormir. —Se acercó a él, le besó en la mejilla y se marchó.

Y como todas las noches de un tiempo a esta parte, le dejó insatisfecho.

—Definitivamente, a mi regreso, me busco una querida —dijo entre dientes.

Tras su desayuno y su lectura diaria, Maddy salió de casa; rechazó llevarse el coche, aunque los vehículos motorizados le pareciesen el mejor invento del mundo y el que tenía a su disposición como prueba, con chófer incluido, la esperase a la puerta. Prefirió ir caminando hasta casa de los Wesley. Había quedado con Alice para acudir a una exposición de arte romano en el museo de historia. Y, sinceramente, estaba ansiosa por ver la comentada exposición.

Llegó a casa de Alice y una de las criadas le indicó que subiera a las habitaciones privadas porque *Lady Wesley* aún estaba desayunando.

—Pasa, querida —dijo Alice al ver que Maddy se quedaba en la puerta—. ¿Te apetece acompañarme?

—Habíamos quedado para...

—Lo sé, lo sé —interrumpió Alice bostezando—. Y lo siento, no he dormido mucho.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Maddy preocupada.

—Aparte de un marido incansable e insaciable... no, estoy perfectamente.

—Ah. —Maddy se ruborizó.

—Admiro tu fuerza de voluntad. —Se encogió de hombros—. En fin, me arreglaré enseguida y nos vamos.

Maddy aceptó una taza de café mientras Alice terminaba de desayunar, y charlaron sobre la exposición a la que iban. Alice se estaba levantando cuando oyeron un ruido en el vestidor contiguo.

—¡Joder! —dijo una voz profundamente enfadada sobresaltándolas a las dos.

Maddy se levantó impulsada como por un resorte y miró asustada a su amiga, la cual, por cierto, pasado el primer instante, no parecía nada preocupada.

—¿Cariño? He vuelto. Date prisa, ese tocapelotas de Samuel me está volviendo loco, tenemos poco tiempo, desnúdate.

Maddy abrió los ojos como platos; quien hablaba era Rafe, ahora el tono sumamente provocador presagiaba algo demasiado intenso para sus oídos.

—¿Rafe? —preguntó Alice.

—¿Tienes algún otro amante? —respondió bromeando—. Si es así dile que no moleste, puede mirar si quiere pero que no intervenga.

Maddy no sabía dónde meterse y Alice sonreía.

—¿No te ibas de viaje? —preguntó a su marido.

—Pues sí. —Las dos seguían oyendo la voz procedente del vestidor donde sin duda Rafe se estaba desnudando—. Pero me he escapado un rato, ese pesado de Samuel me tiene harto, en vez de follarse a su preciosa mujer está en la oficina aburriendo a la gente.

Maddy tenía que salir de allí y caminó despacio hacia la puerta, ella no quería estar presente en esa conversación y menos en lo que venía después.

—¿Y eso por qué lo dices? —preguntó Alice sujetando a Maddy para que no se fuera.

—Porque está de un humor de perros —contestó Rafe—. Bueno, ¿qué? ¿Estás ya en la cama con las piernas bien abiertas?

—Estoy desayunando. Necesito recuperar fuerzas —canturreó Alice—. Enseguida estoy contigo.

—Me voy —dijo en voz muy baja Maddy.

—Ni hablar, esto se pone interesante —dijo Alice también en voz muy baja para después seguir la conversación con su marido—: Entonces... ¿crees que tienen problemas?

—Me importa ahora muy poco si Samuel se la mete o no a su mujer. —Maddy no podía ponerse más colorada—. O si se lo montan en el jardín. Lo que me preocupa es lo que tengo yo ahora más duro que una roca y de lo que tú, como amante esposa, debes ocuparte.

—Tranquila —murmuró Alice a una Maddy estupefacta—. ¡Enseguida estoy contigo! —gritó a su marido.

Las dos mujeres oyeron el crujido del colchón. Menos mal que la salita anexa al dormitorio no quedaba a la vista desde la cama.

—Alice, no me hagas esperar más. —Rafe dio unas palmaditas en la cama—. Estoy muy cachondo, cariño, y no tengo mucho tiempo —su voz sonaba suplicante—, anda, sé buena y hazme un apaño.

—¿A qué hora debes irte? —preguntó Alice aguantando la risa y sujetando a Maddy para que no huyera.

—Si por Samuel fuera ya debería estar allí, pero nena, voy a estar un mes fuera y va a ser muy duro...

—Ahora voy... —dijo Alice para tranquilizarle—. Pobre Maddy, ella y yo nos quedaremos solitas. —Alice hizo un puchero.

—Pues que se busque un amante; tú no, ella —añadió por si acaso—. Tú tienes los juguetes, Maddy puede ponerle los cuernos cuanto quiera a ese tonto del culo. Y ahora deja de hablar y haz algo con esto.

—Me estoy desnudando... —canturreó ella.

Rafe, harto de la cháchara de su mujer, cansado de esperarla y más decidido que nunca, se levantó de la cama, anduvo con paso decidido y desnudo hacia la salita y no se encontró con lo que esperaba.

—¡Rafe! —exclamó Alice falsamente sorprendida—, por favor, tenemos una invitada.

Él se cubrió pero tras unos segundos, y viendo a su mujer riéndose, y a Maddy tapándose los ojos, decidió rendirse a lo inevitable.

—Cariño, eres la mejor. —Puso una mano en la cadera y con la otra señaló a su esposa, mostrando deliberadamente todo de lo que Alice debería ocuparse cuanto antes—. Siempre consigues sorprenderme. ¿A qué debo este honor? —preguntó mirando a Maddy.

—Yo... —Maddy quería irse, pero estaba paralizada. Así era un hombre desnudo... lo que se estaba perdiendo—. Será mejor que me vaya.

—¿Las señoras se sienten intimidadas?

—No seas malo —intervino Alice, y se acercó a Rafe—, ve a la cama. —Le besó en la mejilla muy castamente—. Y no deberías exhibir tus encantos tan a la ligera, cariño. Las comparaciones son odiosas y... —miró a Maddy— no todas tienen la suerte de disfrutar de algo así.

—Te quiero, Alice —dijo Rafe—. Lo siento, querida —añadió mirando a Maddy—, mi esposa no quiere compartir. —Se encogió de hombros sin perder su cara de sinvergüenza descarado.

Maddy se escabulló por la puerta, vaya sofoco. Nunca antes había pasado tanta vergüenza, y lo peor de todo es que los Wesley parecían divertirse; cuanto más aturdida estaba ella mejor se lo pasaban. Definitivamente debía hacer algunos cambios en su vida. De momento ir al museo sola sería lo primero.

CAPÍTULO 20

Noviembre

—¿Qué ocurre, Thompson? —preguntó Maddy al ver entrar al secretario. Qué hombre, estaba al tanto de todo.

En el mes que llevaba ocupándose de las cosas de Samuel, incluyendo sentarse en el despacho principal, había soportado infinidad de miradas, reprobatorias, curiosas, de desprecio... Nadie parecía entender cómo Samuel se había marchado dejándola a ella al frente.

Aunque era mucha responsabilidad, Maddy se sentía bien defendiendo los intereses de su esposo y en base a esa confianza tenía que hacerlo muy bien. Él se merecía algo así.

—Tiene visita, señora. *Lady Wesley* desea verla.

Maddy odiaba los formalismos, y más aún cuando se trataba de alguien como Alice.

La mujer entró en el despacho como siempre, como una reina. Maddy se levantó del gran sillón que dominaba el despacho de Samuel, el cual había ocupado en su ausencia, y saludó afectuosamente a Alice.

—No puedo más —se quejó Alice poniendo carita de perro abandonado—, Rafe lleva un mes fuera.

Maddy puso los ojos en blanco, esa cantinela la había oído desde hacía veintiocho días.

—Mañana regresan —dijo para consolarla.

—Lo sé, pero se me hace tan cuesta arriba... —Alice suspiró—. Por lo que veo, a ti te sienta de maravilla la ausencia de Samuel, ya has llegado a la cima, no conozco a nadie que haya conseguido el sillón de director tan rápido.

Desde fuera podía parecer una pulla, pero Maddy la conocía y se lo tomó como un cumplido.

—Muchos dirían que me casé con Samuel solo por esto.

—No lo digas muy alto, estoy segura de que algunos lo piensan. En fin, no le demos mayor importancia. ¿Cómo estás?

—Cansada, ni te imaginas la cantidad de papeles que tengo que leer, no acabo nunca, siempre tengo que llevarme documentos a casa y robar tiempo a mis horas de sueño. Y por si fuera poco, algunos empleados siguen intentando, eso sí, con gran disimulo, que me sienta incómoda.

—Eso no es bueno, pero tú eres fuerte y podrás con ellos. —Alice tocó la campanilla—. Espero que ese estirado de Thompson nos sirva algo.

Efectivamente, el secretario apareció a los treinta segundos. Le pidieron un refrigerio y el eficiente Thompson las sirvió rápidamente.

—No deberías trabajar tanto —dijo Alice sirviéndose otra taza de café—. Estarás demasiado agotada. Hoy deberíamos ir al club, relajarnos y estar divinas para mañana cuando regresen los hombres de negocios.

—No puedo...

—¡Lo primero es lo primero! Estoy segura de que Samuel agradecerá más tu disposición como esposa que tu eficiencia como directora suplente.

—No sé qué decirte...

—No seas boba. —Dio un sorbo—. Llevas un mes sin ver a tu marido, ¿qué es en lo primero que pensarás al verle?

Buena pregunta, se dijo Maddy. Como permanecía callada Alice siguió hablando:

—Yo por mi parte tengo claro qué haré en cuanto le vea. —Sonrió pícaramente—. Aunque tengo un amante, pero no es lo mismo, ni me abraza después ni me pellizca el culo, ni me dice obscenidades al oído...

—¿Un amante? —preguntó Maddy perpleja.

Si había un matrimonio bien avenido, era ese, por lo que un amante no cuadraba. Ahora... con esos dos nunca se sabía.

—Pues sí —respondió Alice como si nada—. Rafe me lo regaló en nuestro primer aniversario.

—¿Que te regaló un amante? —Maddy no salía de su asombro.

—Sí, ¿a que es original? Además, también se une a nosotros, está muy bien eso de los tríos.

Maddy no se lo podía creer. Bueno, sí, viniendo de esa pareja cualquier cosa era posible.

En el fondo les envidiaba, no solo por la libertad con la que Alice hablaba sino por el matrimonio que tenía, por no hablar de lo divertido que debía ser eso de las relaciones conyugales. Por mucho que se empeñasen algunas viejas cacatúas en decir lo contrario. Y es que en algunas reuniones Maddy había oído cómo algunas se las ingeniaban para evitar a sus maridos. Claro que después veía a Alice y se preguntaba quién decía la verdad y quién mentía.

—No sabría decirte —respondió sinceramente Maddy.

—Pues pide a Samuel que te compre uno, ya verás qué cara pone.

¿Y qué cara pongo yo?, se preguntó Maddy.

—No creo que a Samuel le gustaría...

—Ay, querida, tu marido te oculta muchas cosas.

Eso dolía.

—No me parece bien tener un amante.

—¿Por qué? Reconozco que al principio me pareció extraño, pero una se hace a todo. Podíamos ir esta tarde, comprar uno y sorprender a tu esposo.

—¡Pero qué dices!

—No seas tan puritana, los consoladores se venden, y cada día más, por cierto.

—¿De qué hablas?

—¿De qué pensabas que estaba hablando? —Y Alice se echó a reír a carcajadas—. Ay, Dios mío, pensabas... —rio de nuevo— que yo... —No podía parar— cuando se lo cuente a Rafe... —Siguió riéndose a carcajadas aunque le explicó que era un consolador y más o menos para qué servía.

Maddy se terminó el café, enfadada consigo misma y enfadada con Alice por jugar de esa manera. Lo que está claro es que siempre hay que sacar algo positivo de cualquier situación. Miró a su amiga, que se limpiaba las lágrimas. Maddy tenía una ligera idea de lo que pensaba: que era una idiota. Lo peor de todo es que se acercaba bastante a la realidad.

—Lo siento, lo siento —se disculpó Alice ya más calmada, que para nada parecía sentirlo—. Maddy, querida, me lo has dejado en bandeja. —Alice respiró profundamente—. Está bien, no volveré a reírme de ti.

Promesa que sabía imposible de cumplir. Maddy se levantó y comenzó a caminar por el gran despacho, estaba claro que su amiga necesitaba unos minutos más para recobrar la compostura y ella aprovechó esos minutos para reflexionar.

Pronto llevaría seis meses casada, seis meses en los que, si bien había disfrutado de todas las comodidades y libertades, seguía sin saber cuál era la parte «buena» del matrimonio (según Alice) y la parte «mala» (según las cacatúas). Tenía libertad para buscarse un amante de carne y hueso, pero la idea no era de su agrado, con su experiencia...

Tomó una decisión. Y Alice debía ayudarla.

—Prométeme que lo que te voy a contar no saldrá de aquí —dijo Maddy sentándose frente a Alice.

—Me estás asustando, ¿has cometido algún error y Samuel va a enfadarse? —dijo Alice imitando su tono misterioso.

—No, no tiene que ver con el banco —reflexionó sus palabras—. Bueno, sí, pero no directamente.

—Me estás empezando a preocupar. —Alice se levantó y por lo visto conocía el despacho de Samuel, pues volvió con una botella de licor en la mano. Echó un poco en cada taza.

—¿Por qué no coges unos vasos?

—Porque si entra Thompson pensará que somos unas adictas al café y no unas bebedoras.

—Ah, vale, tienes razón.

—Y ahora, ¿qué es eso tan importante que querías decirme?

—Soy virgen.

Alice dio un sorbo a su licor camuflado en la taza y no dio muestras de sorpresa. Maddy no sabía si se había explicado con claridad, pues su amiga actuaba como si oyera llover.

—Soy virgen —repitió esta vez más alto. Y Alice se quedó como si tal cosa, disfrutando de su bebida—. ¿Pero has oído lo que acabo de decir? —Maddy estaba

frustrada—. ¡Soy virgen! —chilló a pleno pulmón.

Alice la miró con condescendencia y después dijo:

—Si eso era un secreto, se ha enterado hasta la mujer de la limpieza.

Maddy no podía sonrojarse más.

—Parece que no te sorprende.

—No me gusta ese tipo de bromas, Maddy; ahora en serio ¿de qué querías hablarme?

Maddy respiró profundamente.

—Me casé con Samuel porque me obligaron mis padres, a cambio, Samuel iba a entregarles una gran cantidad de dinero y liquidar sus deudas. El día de nuestra boda llegué a un acuerdo y...

Durante quince minutos Maddy siguió hablando, a veces atropelladamente, explicando a su amiga los pormenores de su matrimonio, hasta que al final Alice se levantó asustada.

—Cielo santo. ¡Virgen! —exclamó, y después se bebió de un trago todo el contenido de su taza.

—Es lo que yo te había dicho —dijo Maddy entre dientes.

—No puedo creerlo. ¡Pobre Samuel! Ahora entiendo por qué está tan amargado...

—Alice llenó de nuevo las tazas con *whisky*.

—¿Samuel amargado? No digas bobadas, él sí tiene una amante, me lo dejó bien claro.

—¿Una amante? —Alice parecía escéptica—. Me cuesta creerlo, esas cosas se terminan sabiendo y no he oído nada.

—Te digo que tiene una amante —repitió Maddy con vehemencia.

—Sé que estuvo liado con una aspirante a bailarina o a actriz, no recuerdo bien, pero ella le dejó hace tiempo... Ahora que lo pienso... fue hace seis meses más o menos... —reflexionó Alice en voz alta.

—Pues se habrá buscado otra.

Alice negó con la cabeza.

—Te digo que no, Rafe me lo hubiera comentado.

—A lo mejor Rafe no te cuenta todo —dijo Maddy maliciosa, por fin podía devolver la pelota, pero para su asombro Alice sonrió.

—Puede, aunque si algo he aprendido es que a los hombres les encanta presumir de sus amantes; pero no te preocupes, le comentaré este asunto y...

—¡No! —interrumpió Maddy—. Ni una palabra, me moriría de vergüenza.

—Has visto a Rafe desnudo, ¿qué más da?

—No es lo mismo. Y olvidémonos ahora de tu marido. Yo quiero dejar de ser virgen.

—Eso es fácil.

—Yo no lo veo así. Podría intentar conseguir un amante, de los de verdad —añadió por si acaso—, pero dudo mucho de que sepa hacerlo —dijo con pesar.

—Humm, déjame pensar... tiene que haber una solución. Yo conozco a algunos que, llegado el caso, podrían ayudarte, pero son también conocidos de Samuel. — Alice negó con la cabeza—. No, no nos sirven.

—Yo se lo pedí a un amigo de toda la vida, pero se negó.

—Bueno, pues entonces...

—¿Qué? ¿Qué? —dijo Maddy impaciente.

—Solo te queda una alternativa.

—¿Cuál? —preguntó recelosa.

—Acostarte con tu marido.

—¿Qué?!

—Es lo mejor. Piénsalo, nadie se entera, nadie sufre, nadie es infiel... todo son ventajas.

—Ya, bueno, pero olvidas un pequeño detalle.

—Humm, déjame pensar... —Alice meditó durante unos segundos—. No, no veo los inconvenientes por ningún lado.

—Samuel tiene que estar dispuesto. —Maddy señaló lo obvio a su amiga.

—Ah, bueno, eso no creo que sea un impedimento. —Alice hizo un gesto con la mano restando importancia a los reparos de su amiga.

—¿No lo entiendes! —estalló abatida—, tenemos un acuerdo. Además... bueno, él tiene sus queridas y definitivamente hasta ahora no ha mostrado ningún interés en mí.

—¿Y tú sí le has mostrado interés?

—No. Bueno, un poco —Maddy se mordió el labio—. No. —Lo pensó mejor—. Puede que sí.

—¿En qué quedamos?

—¿No lo sé! —A Maddy se la veía frustrada.

—Tranquila, da igual, buscaremos la forma de que Samuel sepa que estás interesada. —Esta es más tonta... pensó Alice, convencer a Samuel sería pan comido, por no hablar de lo divertido que resultaría. Desde luego, ¡lo que tenía que hacer una por las amigas!

—¿Tranquila? No sé yo... si fiarme.

—Si fueras igual de lista con tu marido que con sus negocios, esto estaría resuelto en un abrir y cerrar de ojos —aseguró Alice.

—Pues más vale que me digas cómo, porque estoy totalmente perdida.

—No, no y no —exclamó Alice enfadada y sorprendida por lo que se estaba encontrando—. No puedo creer lo que ven mis ojos. —Se volvió hacia Maddy que permanecía sentada en la cama observando cómo desvalijaba su armario—. ¿No tienes ni un solo camisón decente?

—A mí me parecen todos muy decentes —respondió Maddy mirando sus camiones blancos e inmaculados de cuello alto.

—Cuando digo decentes me refiero a... ¡Da igual! Nos las tendremos que apañar

como sea. Pásame unas tijeras. —Tendió la mano impaciente hacia Maddy.

—¿Para qué? —preguntó con recelo.

—No hay tiempo para ir de compras, si esto me lo hubieras dicho ayer... En fin, las tijeras. —Tendió la mano de nuevo moviendo los dedos con impaciencia y Maddy se las entregó después de buscar en el pequeño costurero que trajo consigo de casa de sus padres y que no recordaba haber utilizado.

—¿Qué haces?

—Rediseñar tu ropa de cama —dijo cortando un camisón a la altura del muslo, lo estiró y estudió para después quitar las mangas.

—¡No puedo presentarme así! —saltó Maddy viendo el destrozo—. ¿Qué pensará Samuel?

—¿Que quieres meterte en la cama con él? ¿O que él se meta contigo? —respondió con ironía—. De eso se trata, querida, vestirse para que te desvistan.

—Yo pensaba que eso se hacía desnuda.

—Bueno, sí, pero siempre es mejor que se esfuercen un poco, ¿no crees?

—Tú parece ser la experta —dijo Maddy resignada.

—Por supuesto —Alice puso los ojos en blanco—. Mira, cuando duermes con el cuerpo de un hombre al lado te seguro que el camisón resulta hasta molesto.

—¿En invierno también?

—Entonces, ¿en qué quedamos? ¿Camisón sí o camisón no? —Pasó por alto la estúpida pregunta.

—Buenooooo...

—Oh, qué cuadrículada que eres. De momento me inclino porque lleves algo, ahora, si te sientes tan segura... —Alice dejó caer la provocación— puedes caminar desnuda por los pasillos hasta la alcoba de Samuel.

—Vale. Capto el mensaje. —Esto no va a salir bien, se dijo a sí misma.

—Bueno, ahora vayamos al dormitorio de tu marido.

—¿Para qué?

—¿Te fías de mí sí o no?

—Más o menos —gruñó.

—Si me has pedido ayuda no sé a qué vienen ahora tantos impedimentos. Si yo digo que vamos a su habitación, vamos sin discutir. ¿Entendido?

—Al menos dime la razón.

—Para preparar el ambiente, querida. —Por el tono de Alice casi que la estaba llamando tonta—. ¿O se te ocurre alguna razón para que él venga aquí? —Maddy negó con la cabeza—. Pues entonces andando.

Alice agradeció en silencio que no tuviera que llevarla a remolque. Cuando llegaron frente a la puerta de la alcoba de Samuel, Maddy se detuvo; nunca había entrado.

—¿Por qué te paras?

—Nunca antes...

—Razón de más para hacer una inspección del terreno, ¿no crees? Además, debemos averiguar si utiliza o no pijama para dormir.

—¿Vamos a revolver su armario? —preguntó Maddy alarmada pero al mismo tiempo con curiosidad.

—Si te hubieras molestado antes en averiguar las costumbres de tu esposo no estaríamos en esta situación. Anda, abre la maldita puerta.

—¿Y qué van a pensar los criados?

—Maddy —Alice la miró a punto de perder la paciencia—, los criados no le dirán nada. —Entraron en la alcoba—. Además, supongo que les resultará más chocante que llevéis seis meses durmiendo separados que esto.

—Visto así...

Las dos mujeres observaron en silencio la decoración. Sencilla, funcional, una gran cama de madera de nogal en el centro de la estancia, con una impresionante colcha color burdeos. Un pequeño escritorio a un lado, junto a la ventana, perfectamente ordenado. A la derecha el vestidor y al lado una puerta que seguramente conducía al cuarto de baño.

—Mmm, parece cómoda —dijo Alice sentándose en la cama.

—Eso parece —respondió Maddy sin mucho entusiasmo.

—Anima esa cara, te aseguro que lo que va a pasar esta noche, en esta cama —dio unas palmaditas en el colchón— te encantará.

—¿Duele? —preguntó Maddy indecisa.

—¿Quieres que te duela? —Alice respondió con otra pregunta.

—¡No! ¿Por qué iba a querer eso?

—A veces, querida, el dolor incrementa el placer.

Maddy abrió los ojos como platos ante esa afirmación. Al ritmo que llevaba no iba a volver a cerrarlos nunca.

—Creo que estoy adelantándome a los acontecimientos —dijo Alice, y se estiró para buscar algo debajo de la almohada—. Nada, aquí no hay nada.

—Deja que arregle eso, se dará cuenta de que hemos estado aquí.

—No. —Alice la detuvo—. Cuando él venga y vea que su cama no está en perfecto estado de revista, se preguntará qué ha pasado o quién ha estado por aquí. ¿No crees que eso te beneficia?

—Siempre parece tener todas las respuestas.

—Lo intento. —Alice se puso en pie—. Vamos a ver qué esconde tu querido esposo en su armario.

Y Maddy contempló, impotente, cómo Alice revisaba el vestidor de Samuel, opinaba descaradamente sobre su gusto en el vestir y de paso la aconsejaba sobre lo que debía y no debía hacer esa noche.

Ella también aprovechó para fisgonear un poco, pero sin que Alice lo notase. Al fin y al cabo, sentir curiosidad por las cosas personales del marido era comprensible.

CAPÍTULO 21

Maddy permanecía en su habitación sentada en la cama como un pasmarote esperando el regreso de Samuel. Era casi medianoche y no tenía noticias. Se levantó y se acercó, por enésima vez, al espejo, y se contempló con el camisón recortado; más que una mujer con intención de seducir a su marido parecía una pordiosera pidiendo a la puerta de la iglesia.

—Esto no está bien —murmuró.

Se asomó fuera de su cuarto, para ver si se oía algo que indicara que Samuel ya estaba de regreso. Nada, la casa estaba sumida en el más absoluto de los silencios. Volvió a su alcoba, dejando la puerta entreabierta para escuchar. Era absurdo seguir así. Samuel seguramente había vuelto a la ciudad hace horas y estaría en brazos de su amante de turno. Odiándose por ser tan idiota, se quitó la ropa destrozada (ya se encargaría mañana de quemarla) y se puso su camisón habitual. Blanco, hasta los pies y bien cerrado con un hilera de botones hasta el cuello. Repasaría algunos informes y se acostaría. Cuando estaba sacando unos documentos oyó voces procedentes del vestíbulo. Y el corazón empezó a latir a mil por hora. Con sigilo salió de su cuarto hasta la barandilla de la escalera y contempló cómo el mayordomo recogía el abrigo y los guantes de Samuel, intercambiaban unas palabras y su marido se dirigía a su despacho.

Cogió aire para tranquilizarse. De acuerdo, no es el momento, se dijo a sí misma, él parecía cansado. Se mordió el labio, si bien el plan de Alice ya estaba completamente descartado, y conociendo a Samuel quizás era mejor hablarle de la situación, exponerle los hechos y que él tomara una decisión. Hasta el momento Samuel siempre se había mostrado dialogante. Buscó una bata en su armario y decidió bajar.

Estaba molido, cansado, hastiado y con dolor de cabeza. Vaya viajecito. Entre la demora en el transporte y la larga conversación de Rafe acerca de todo cuanto iba a hacer esta noche al llegar a su casa... Samuel deseó amordazarle en repetidas ocasiones. Maldito bastardo afortunado. Y para más inri, por seguirle el juego, había adquirido una serie de juguetes eróticos para compartir y disfrutar, siempre y cuando tuviera con quién hacerlo. Pero para no dar explicaciones al cotilla insensible de su amigo, no solo le acompañó a la tienda sino que además compró algunos objetos. Y allí estaban, en una caja perfectamente disimulada. Había tomado la precaución de sacarla de su equipaje antes de que cualquier sirviente se diera cuenta. Quizás debería guardarla en la caja fuerte o simplemente tirarla a la basura.

Sí, como era su deseo, se buscaba una amante, mañana a más tardar, no se andaría con juguetes, se la follaría bien para desquitarse los seis meses de abstinencia; puede que después, una vez liberada toda la tensión, tuviera tiempo, humor y ganas para

juguetear un poco.

En ese momento llamaron a la puerta y se apresuró a esconderla en uno de los cajones inferiores de su escritorio. Su mayordomo tenía instrucciones para retirarse y no molestar, y de avisar al resto del servicio para que hiciera lo propio.

—¿Sí?

—¿Estás ocupado?

Samuel se enderezó en su sillón, no esperaba que Maddy acudiera a esas horas. Además se había deshecho de la chaqueta y el chaleco y su camisa no tenía el mejor de los aspectos.

—No, pasa.

Ella entró, pero a diferencia de otras ocasiones, no se sentó frente a él, sino que se quedó de pie junto a la licorera.

—¿Ocurre algo? —preguntó preocupado.

—No. —Se sirvió una copa—. Bueno, sí. —Otra pausa—. Quería hablarte de un asunto importante.

—¿Ahora? —No le apetecía ver ni un solo documento más plagado de números—. Si se trata de algo relacionado con el banco podemos esperar, mañana me pondrás al corriente.

Ella advirtió el tono cansado de Samuel, pero había llegado hasta aquí. Si se retiraba de nuevo a su alcoba quizás nunca reuniría el valor para conversar con él sobre su «estado».

—Es un asunto personal —dijo ella en voz baja.

—Ah —fue lo único que acertó a decir—. Te escucho.

Samuel se quedó de piedra cuando la vio tomarse el licor de un trago, pero no dijo nada y menos aún cuando se sirvió otro.

—Verás... ante todo quiero agradecerte que hayas cumplido tu parte del trato —dijo ella con cautela—, podrías haberte negado.

—Tú también has cumplido tu parte. Sírveme uno, por favor.

Ella lo hizo antes de continuar hablando.

—No siempre. —Esbozó una sonrisa de disculpa—. Aunque te muestras muy comprensivo con mis errores.

—No tengo queja.

—Además me has proporcionado independencia y me estás ayudando en mis estudios. Me has otorgado cierto nivel de confianza al compartir conmigo asuntos de negocios y...

—Has demostrado tu valía —interrumpió él intentando averiguar dónde quería llegar Maddy.

—Respecto a tu vida privada —Maddy tosió—, debo decirte que has sabido ser discreto, tal y como me dijiste, no ha habido ni un solo rumor, ni un solo comentario al respecto.

Ahora entendía a dónde quería llegar. Maldita sea.

—Tú también lo has sido —respondió con cautela.

—Bueno, en mi caso ha sido muy fácil.

Por supuesto, cómo no, pensó con cinismo, hasta en eso su querida esposa tenía que ser buena.

—Has tenido cuidado, lo sé, de eso se trata —respondió él.

Maddy sintió de nuevo esa inquietud; él no se lo estaba poniendo fácil, ¿por qué iba a hacerlo? La creía una mujer liberada y por tanto él nunca llegaría por sí solo a descubrir la verdad.

—No, no lo entiendes. Ha sido fácil porque... —dio un trago y le miró—. Porque... no he tenido ningún amante.

«Joder, joder, joder». Samuel no sabía si dar saltos de alegría o cabezazos contra la pared. Así que ella también llevaba seis meses de abstinencia... Humm, mira por dónde él no había sido el único. Pobre consuelo.

—Podrías haberlo tenido —dijo él mostrándose frío.

—Sí, podría haberlo hecho, pero hay ciertas cuestiones a considerar.

Sí, desde luego. ¿Y cuáles eran? Porque hasta donde él sabía ambos eran libres de buscarse consuelo en otra cama, ya que lo que se dice lecho conyugal no existía en ese matrimonio. Otra cosa muy diferente es que, por múltiples motivos, él aún no se había buscado una querida. Maldita sea, esta conversación cada vez era más extraña. Que no esperase oír la hablar sobre amantes y consideraciones, ¡por Dios! No estaba para esas tonterías.

—Cuestiones a considerar —murmuró él invitándola a sentarse, pero ella no lo hizo. A saber.

—Por un lado me parece poco razonable y bastante complicado mantener una relación fuera del matrimonio.

—No te creas —dijo él. Vale, podía haber sido tan fiel como ella pero no tenía por qué admitirlo. Y si lo pensaba con detenimiento, tampoco era tan sencillo. Véase su caso en particular.

—Sí, bueno, una oye por ahí cosas increíbles. Citas clandestinas, hombres que se cuelan en las casas, encuentros rápidos en jardines... Pero esa no es la cuestión, en mi caso me parecía más bien una falta de respeto hacia ti, después de cómo te has portado conmigo.

¿Cómo responder a eso?

—Gracias —dijo él sin más. Y es que saber que no llevaba unos cuernos bien puestos siempre era de agradecer.

—Pero esa no es la única cuestión. —Maddy comenzó a pasearse por la habitación buscando las palabras precisas—. Yo... en fin, si tuviera un amante te traicionaría doblemente, pues por un lado podría saberse y tu reputación podría dañarse...

—No si eres discreta —utilizó un tono distante como si no le importara. Puede que al principio esta conversación se presentase como aburrida e innecesaria, pero le

estaba empezando a picar no solo la curiosidad.

—Pero ese no sería el único perjuicio, si además se descubriera que... —Maddy cogió aire con brusquedad— soy virgen, los comentarios sobre ti te destrozarían.

¿Virgen? ¿Su mujer era virgen? ¿A qué clase de charada quería jugar Maddy? Joder, ¿pero el mundo se había vuelto loco en su ausencia?

—Te mentí el día que nos casamos. —Maddy hizo un mueca—. No quería que me tomases por una tonta. Quería ser una de esas mujeres sofisticadas y, la verdad, no esperaba que te mostrases comprensivo. Incluso pedí a un amigo que se acostara conmigo. Si tenía que casarme obligada, al menos mi marido se llevaría una sorpresa en mi noche de bodas. Pero tú te mostraste diferente a lo que yo esperaba.

¿Y qué digo yo ahora? ¿Siempre iba a ser así con Maddy? Cuando pensaba que ya no podía sorprenderle más ella lo conseguía de nuevo. Debía aclarar este asunto de una vez por todas. Aunque le hiciera daño.

—¿Y por qué me lo cuentas ahora? —preguntó él con absoluto y fingido desdén.

—Para serte sincera: quiero experimentar de primera mano lo que son las relaciones sexuales. He oído comentarios de todo tipo, buenos y malos. Tengo veintiséis años, creo que puedo ser capaz de decidir si son tan desagradables como algunas apuntan o tan excitantes como dicen otras. Y hasta ahora he podido hablar contigo de todo cuanto me preocupaba, no creo que este asunto sea una excepción.

¡Madre mía! Samuel no podía moverse de su asiento. Oír en boca de Maddy palabras como excitante o relaciones sexuales le estaban poniendo cachondo. Menos mal que el impresionante escritorio tapaba cualquier evidencia.

—Lo he pensado detenidamente —continuó ella—, un amante podría ser la solución, pero las consecuencias podrían ser desastrosas para ti. Solo queda una solución.

—Tú dirás —dijo deseando conocer la solución. Maddy, creando expectativas, era de primer orden.

Maddy se armó de valor. Le miró, allí, tan sereno como siempre, podía ofrecer la solución perfecta. Solo tenía que ser valiente y pedirlo.

—Que seas tú mi primer amante.

Lo había vuelto a hacer de nuevo, ella le sorprendía, de nuevo le dejaba noqueado.

—¿Perdón? —preguntó por si acaso escuchó mal. El cansancio, el insomnio o las preocupaciones podían jugarle una mala pasada.

—Ya sé que esto podría cambiar las cosas, pero procuraré que no afecte a nuestra relación, seguiré respetando nuestro acuerdo.

A la mierda con el acuerdo, pensó él, pero dijo:

—¿Lo has pensado bien? —Y Samuel, como si de una negociación se tratase, se mostró distante, frío e insensible, a pesar de estar ardiendo y de querer gritar: ¡desnúdate!

—Sí. —Maddy por fin se sentó frente a él—. Sé perfectamente que estás

acostumbrado a mujeres con experiencia. Yo estoy dispuesta a dejarme guiar por ti. Si aceptas, quiero que seas sincero conmigo, y si hago algo mal me lo digas.

Que su mujer le considerase algo así como un experto sexual sin conocerle subía el ánimo de cualquier mortal, pero que al mismo tiempo hablase de ello como si de una lección de economía se tratará... podía resultar peligroso. Difícil elección, solo que en ese momento su riego sanguíneo no estaba atendiendo su cerebro.

Maddy se levantó y caminó decepcionada ante la frialdad de Samuel. Había metido la pata hasta el fondo confiándole sus temores y pidiéndole algo que, sin duda, para él sería un gran sacrificio. Además, por un capricho estaba comprometiendo una relación amistosa con él.

—Entiendo perfectamente —dijo ella en voz baja— que lo que te estoy pidiendo suponga un gran esfuerzo, no quiero estropear nuestra amistad. —Agarró la manilla de la puerta—. Si no aceptas buscaré otra solución, no tienes por qué sentirte obligado a... —No pudo seguir y debía volver a su cuarto, ahora era demasiado vulnerable como para esperar, sentada y con aparente calma, una respuesta. Sobre todo cuando lo más probable es que él se negase. Odiaba ir de víctima.

—Maddy...

Sin saber cómo, él estaba pegado a su espalda, aprisionándola entre la puerta y su cuerpo, mirándola de una forma que ella desconocía. Se había enfadado, y con razón. Maddy cerró los ojos, quería salir cuanto antes de allí. Refugiarse en su dormitorio y olvidarse para siempre de sus anhelos.

—Lo siento —dijo en voz baja—, no volveré a sugerirlo. Yo...

—Cállate.

Bruscamente la hizo girar para tenerla de cara y poder hacer lo que se moría por hacer hace ya varios meses. Besarla. La sujetó por la nuca manteniéndola en la posición correcta para que ambas bocas estuvieran unidas. Estaba siendo brusco, pero joder, en esos momentos lo único en lo que podía pensar era en tener a Maddy bajo él, completamente desnuda y dispuesta. Le importaba bien poco si tenía o no experiencia. Al fin y al cabo, visto desde un punto de vista puramente masculino y egoísta, el que Maddy fuera virgen suponía que él podía moldearla a su antojo, aunque también era una gran responsabilidad, pues dependiendo de la experiencia, ella bien podría aborrecer (como muchas mujeres) el contacto físico con un hombre.

Ella murmuró algo y Samuel liberó, a regañadientes, su boca.

—¿Qué ocurre?

—Mi espalda —respondió ella—, me estoy clavando el tirador.

—Joder, lo siento.

Maddy se quedó sorprendida ante ese lenguaje tan vulgar y ante el tono ronco de su voz. Esa faceta no la conocía.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó ella mirándole.

—Nada. De momento abre la boca y déjame besarte.

Si algo sabía de su mujer es que como alumna era brillante. Si se aplicara tanto

como en sus estudios... iba a resultar de lo más satisfactorio mostrarle los placeres sexuales y de paso saciar sus deseos.

La fue arrastrando por toda la estancia sin despegarse de ella, alternando besos profundos en su boca (Maddy cada vez respondía con mayor entusiasmo) y pequeños lametones en el cuello. Ella, por su parte, se aferraba a sus hombros dejándose llevar de una manera deliciosa.

—Dime qué tengo que hacer —insistió ella.

—Tranquila, déjate llevar —respondió él intentando controlarse un poco.

—Quiero hacerlo bien.

Él no respondió con palabras sino con hechos. Agarrándola fuertemente de las caderas la pegó a él todo cuanto físicamente se podía y después fue moviendo una mano abarcando su delicioso trasero. Ese que tantas veces había admirado y que nunca pensó llegar a tocar.

Ella comenzó a jadear, y eso siempre es buena señal, por lo que Samuel empezó a desabrochar el recatado camisón. Siempre se preguntó por la necesidad de poner tantos botones y tan pequeños en la parte superior, pero ahora no iba a entrar en consideraciones sobre la moda. Con paciencia y sin dejar de tocarla, fue despejando el camino desde su garganta hasta la parte superior de sus pechos.

Y aquello era para morir. Allí mismo, Samuel contempló unos instantes los perfectos pechos de su esposa recordando el día que los vio por primera vez, solo que con una diferencia: ahora podía disfrutarlos, tocarlos, lamerlos e incluso morderlos.

—Perfectos —murmuró antes de lanzarse sobre uno y pasar la lengua.

Maddy se arqueó hacia atrás. No se esperaba aquello ni de lejos. Esperaba algo mucho menos placentero, algo mecánico, no desagradable, pero sí rutinario. Empezaba a comprender por qué algunas esperaban ansiosas el regreso de sus maridos. Su reacción ante las caricias de Samuel era completamente instintiva.

Estaba total e irremediabilmente fuera de control, pues a medida que descubría con sus manos el cuerpo de Maddy, solo pensaba en llegar a la meta. Ella no ponía impedimento, cuando la hizo tumbarse sobre la alfombra ella le sonrió, dejándole claro que confiaba al cien por cien.

—Eso me gusta —murmuró ella cuando él empezó a subirle el camisón dejando al descubierto su muslo.

—De eso se trata —respondió él a duras penas.

Cuando su mano tocó el final de la pierna y descubrió la ausencia de ropa interior estuvo a punto de aullar. De acuerdo, ella no tenía experiencia, pero sí al menos intuición.

Las cosas estaban ya en un punto de no retorno, Maddy se movía debajo acogéndole perfectamente, respondiendo a sus besos, cada vez con mayor entusiasmo, estaba encantado de su respuesta, de sus jadeos (aún podía conseguir que fueran mayores), de cómo se aferraba a él y de cómo, sin saberlo, le estaba volviendo loco.

Se desabrochó, como pudo, con una mano los pantalones. Era como si estuviera corriendo una carrera de fondo, solo quedaba el *sprint* final para alcanzar la meta.

Ella no dejaba de moverse bajo su cuerpo, de despeinarle, de clavarle las uñas en los hombros, pidiendo algo que no sabía describir pero que resultaba tan necesario como el respirar.

Iba a dárselo.

En ese preciso instante.

En un momento de lucidez frenó en seco, dándose cuenta de la barbaridad que estaba a punto de cometer. Maddy yacía bajo él, tumbada en la alfombra de su despacho, con el camisón levantado, los ojos cerrados a la espera de recibir algo bueno y él comportándose como un animal en celo. Ni tan siquiera se molestó en comprobar si su esposa estaba preparada para ser penetrada.

Maldiciendo por lo bajo se apartó a un lado, liberándola de su peso. Maddy se quedó inmóvil ante la reacción de Samuel. Todo iba tan bien...

—¿Qué ocurre? —Había signos de pánico en la voz de ella.

Samuel respiró profundamente, se sentía miserable, había estado a punto de follarse a su mujer como si fuera poco menos que una puta, sin importarle para nada la condicional virginal de Maddy.

—No pasa nada —continuó ella aguantando las lágrimas—, lo entiendo, no es lo que esperabas.

Samuel se percató del estado de angustia de ella, joder, hasta para eso iba a meter la pata. No la estaba rechazando, maldita sea. Se abrochó los pantalones y la miró. Iba a llorar y se odió por ser tan bruto.

—Maddy... no es lo que piensas. —Se pasó una mano por el pelo despeinándose aún más.

—Lo entiendo perfectamente. —Desvió la mirada e intentó recomponerse la ropa—. Sé que estás acostumbrado a mujeres más expertas en esto del sexo y que yo solo soy...

—Cállate —interrumpió con brusquedad, y ella se quedó paralizada—. Lo siento —añadió Samuel rápidamente.

Y en ese momento se dio cuenta de que cualquier palabra que dijera solo complicaría más la situación. Por lo tanto era mejor coger el toro por los cuernos y demostrar a su mujer que no tenía culpa de nada. Se incorporó y le tendió la mano.

—Ven. —Ella le miró sin comprender pero se aferró a su mano.

Maddy se puso en pie, intentando que la parte delantera de su camisón no se abriera y manteniendo la compostura. Pero antes de poder decir nada Samuel dobló las rodillas y la cogió en brazos.

—¿Qué...?

—No hables —dijo él—. Si eres tan amable, abre la puerta.

Ella lo hizo y al salir fuera se puso colorada.

—Los criados... —murmuró sujetándose a él, rezando para que su camisón no

revelara más de la cuenta.

—Estoy en mi casa y nadie va a decir nada.

Faltaría más, Samuel no estaba en disposición de solventar más impedimentos. Tenía a su esposa en brazos y eso era lo único que importaba.

—Pero pueden vernos. —Parecía realmente temerosa.

Él hizo caso omiso y subió las escaleras con ella en brazos. Tardó dos segundos en decidir a qué dormitorio entrarían. Al de ella, por supuesto, pues seguramente eso haría que se sintiera más cómoda.

Antes de que él lo pidiera, ella estiró el brazo y abrió la puerta. Una vez dentro él la cerró con el pie y dejó a Maddy en el suelo, eso sí, aprovechando para que se deslizara rozando su cuerpo.

CAPÍTULO 22

Se sentía ridícula a más no poder. Nunca imaginó que acabarían en su alcoba y menos aún de la forma en que él la había llevado. Menos mal que el camisón diseñado por Alice estaba convenientemente escondido en su armario a la espera de ser quemado por la mañana.

—No tenías por qué llevarme en brazos.

—Quería hacerlo. —Se encogió de hombros—. Eso sí, con unos meses de retraso.

¿Samuel estaba bromeando? Ay, Dios mío, eso no era buena señal. Se quedó observándole, parecía otro, con la camisa fuera de los pantalones, completamente arrugada. El pelo despeinado y a esas horas de la noche ya se le notaba el nacimiento de la barba. Otro descubrimiento, nunca antes le había visto así. Y le gustaba. Aunque no pudiera disfrutarlo.

—Siéntate en la cama, por favor —dijo él suavemente. Al parecer el breve ascenso por la escalera, con ella encima le había calmado. Pero solo un poco.

Ella obedeció y Samuel se acercó a ella. Permaneció unos instantes de pie y se arrodilló frente a ella.

—Lo que acaba de pasar ahí abajo...

—No hace falta que me des explicaciones.

—... no te he rechazado.

—¿No? —preguntó sin comprender. Por sus acciones no podía deducirse otra cosa.

—No, simplemente quiero hacer las cosas de otro modo —siguió hablando suavemente—. No hay nada malo en ti, ¿me comprendes? Nada, así que borra eso de tu cabeza.

—Pero no quieres acostarte conmigo.

—No preguntes en este instante qué es lo que quiero —murmuró él haciendo un gesto de resignación.

—¿Entonces?

—Levanta los brazos. —Ella obedeció y Samuel se deshizo del camisón dejándola desnuda frente a él—. Perfecta, eres perfecta.

Él se sorprendió por la repentina timidez de su esposa.

—Bien, ante todo quiero que estés relajada, no tenemos prisa y, sobre todo, quiero que te dejes llevar y por supuesto que lo disfrutes.

—Lo que tú digas.

Esa respuesta entrañaba tantas posibilidades...

—Ahora túmbate.

—¿Tú no vas a desnudarte? —preguntó ella mientras se dejaba caer hacia atrás.

—No. —Inspiró con fuerza—. De momento no.

Se recostó a su lado y empezó de nuevo a recorrer el cuerpo femenino, ahora con más tranquilidad. Bien podía hacer un esfuerzo e ignorar la presión de su miembro

tensando los pantalones. Ella merecía esto y mucho más.

—Voy a besarte.

Aceptó encantada la sugerencia.

Samuel, por su parte, sabía que, si no se controlaba, podía perder de nuevo los estribos. Maldita sea, si con nula experiencia besaba así...

Ella enroscó sus manos en su cuello atrayéndolo, le encantaba el peso del cuerpo de Samuel sobre el suyo, el roce de la tela de los pantalones sobre sus muslos desnudos, las manos masculinas apresando su pezón. Oh, esto era bueno.

Él se apartó un instante para quitarse la camisa y ella se quedó mirándole.

—Tócame —pidió él.

Y Maddy, por supuesto, lo hizo. Si bien al principio mostraba timidez al sentir bajo la palma de su mano la caliente piel de él, al ver cómo Samuel disfrutaba empezó a sentirse más osada.

—No. —La interrumpió él cuando llegó a la cinturilla de sus pantalones—. De momento no.

—¿Por qué? —Maddy hizo una mueca—. Se supone que debo complacerte.

—Ya lo haces —respondió él—, pero no quiero adelantar acontecimientos.

—Tú eres quien tiene más experiencia —reconoció ella.

—Por supuesto. Sigamos. Ahora abre las piernas.

Obedeció y la mano de Samuel fue subiendo desde la rodilla hasta la unión de sus muslos lo suficientemente despacio para que ella no se sobresaltara pero tampoco como para aburrirla. Nadie antes había tocado esa parte de su cuerpo. Cuando él acarició su vello púbico, en primera instancia quiso apartarse y después, cuando era evidente que él no iba a detenerse, estuvo a punto de chillar. Por descontado no era desagradable pero sí tan extraño. Notó cómo se iba humedeciendo y se avergonzó. ¿Qué iba a pensar Samuel? Eso no era normal, a él hasta podría causarle cierta repulsión, e intentó cerrar las piernas y apartarle.

—¿Te he hecho daño? —preguntó deteniendo su exploración, por nada del mundo quería contrariarla.

Ella negó con la cabeza.

—Es que... —Se mordió el labio, desvió la mirada— creo que debería ir al lavabo.

—¿Ahora? —preguntó confuso.

—Bueno, esta tarde me he bañado pero no puedo evitar... —Estaba roja como un tomate maduro.

—Maddy, ¿por qué tienes que ir al baño? —Era mejor asegurarse que meter la pata, puede que estuviera nerviosa.

—Esto... estoy... sucia.

El cada vez estaba más confuso.

—¿A qué te refieres exactamente? —No eran nervios, era desconocimiento total y absoluto.

—Noto una especie de... —Se mordió otra vez el labio—. No puedo... —Hizo amago de apartarse y salir de la cama, pero él se lo impidió sujetándola de las caderas, y se vio forzada a explicarse— humedad, y bueno, no creo que eso sea agradable para ti.

Samuel parpadeó. No se lo podía creer.

—¿Puedes repetirlo?

—No me hagas pasar más vergüenza, por favor.

Cogió aire. Qué desastre, no por Maddy sino por la ignorancia que muchas, como ella, tenían de estos temas.

—Abre las piernas —ella se resistía—. Ya hemos acordado que en este tema yo tengo más experiencia, ¿verdad? —Ella asintió—. Abre las piernas. —Con renuencia lo hizo y Samuel empezó a jugar con sus fluidos, extendiéndolos por toda la zona vaginal—. Esto, Maddy, es simplemente prueba de tu excitación.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que estás cachón... preparada para mí, que tu cuerpo puede aceptarme.

—¿Tú también tienes esa humedad?

Madre del amor hermoso, ¡qué pregunta!

—No, los hombres funcionamos de otra manera.

—¿Cómo? —preguntó con gran curiosidad.

—Dame la mano.

Él llevó la curiosa mano hasta su entrepierna e hizo que ella sintiera su erección.

—Está duro —dijo ella—. ¿Te duele? —preguntó al ver la expresión de Samuel.

—No es exactamente dolor.

—¿Puedo verlo?

—Todo a su tiempo. —Apartó la mano de ella. En ese momento ella solo debía concentrarse en sus propias reacciones. Ya tendría tiempo, más adelante, de averiguar el funcionamiento de un hombre. Y siguió explorándola, primero suavemente, dejando que ella se acostumbrara a la sensación, que asimilara las reacciones de su cuerpo.

Estaba lo suficientemente lubricada pero aún debía ser cauto. Así que empezó a penetrarla tan solo con un dedo, observando en todo momento cada una de sus reacciones. Y estaba realmente preciosa, con los ojos cerrados, concentrada, mordiéndose el labio...

—Maddy... ¿te gusta esto?

—S... sí.

—Excelente. Ahora muévete sobre mi mano, despacio. Deja que tu cuerpo se vaya adaptando. Recuerda, no tenemos prisa. Si algo te incomoda, dímelo. Y si te gusta, también debes decírmelo.

Maddy movió las caderas y, aprovechando ese vaivén, introdujo otro dedo, estirándola. Ella parecía disfrutarlo. No parecía disfrutarlo, lo estaba disfrutando.

Cada vez se movía con más soltura, su cuerpo se dejaba llevar instintivamente. Eso era realmente bueno.

Había demasiados mitos y falacias sobre la virginidad femenina. Pero sobre todo existían demasiados ignorantes dispuestos a estropear la sexualidad de una mujer pensando únicamente en la satisfacción propia.

Los gemidos y movimientos de ella le indicaban que estaba cada vez más cerca. Si bien podía continuar, prefería dar el siguiente paso. Así los dos podían sentirse satisfechos. ¡Y, por Dios que él no necesitaba! Más adelante, y con un poco de suerte, bien podría convencerla para disfrutar de todas y cada una de las posibilidades sexuales que él conocía. Con mucha suerte, desde luego. Pues no estaba seguro de cómo reaccionaría ella ante algunas sugerencias.

Apartó de su cabeza esa idea, ahora tenía que concentrarse en lo básico. Se apartó de ella con la intención de desprenderse de los pantalones lo más rápido posible.

—¿Qué haces? —Maddy se incorporó sobre los codos extrañando en el acto las caricias que tanto estaba disfrutando.

—Desnudarme —respondió él quitándose los pantalones a patadas y tirándolos en el suelo sin cuidado. Después se tumbó sobre ella y la miró—. No cierres los ojos —pidió él.

Ella asintió. Por nada del mundo iba a perderse ver a Samuel desnudo, pero se movió tan rápido que su examen quedó incompleto. Lástima.

—Como tú digas.

Se agarró el pene con una mano y lo restregó contra la humedad de su vagina hasta lubricarlo perfectamente. Que ella se fuera acostumbrando, que sintiera el roce, el placer que algo tan sencillo podía proporcionarles a ambos. Nada de apresurarse, por mucho que su cuerpo le pidiera lo contrario.

Maddy esperó, ahora venía lo esencial. Ahora dejaría de ser virgen. Hasta el momento nada había sido desagradable. Cogió aire e intentó mantener los ojos abiertos.

Para no demorarlo más, la penetró de una sola vez, hasta el fondo. Sujetándose sobre los antebrazos para no aplastarla y así dejarla respirar. Y ya de paso observar su reacción.

Maddy puso mala cara, arrugó el entrecejo y le miró de forma extraña.

—¿Te duele? —Samuel estaba realmente preocupado. No tenía por qué hacerle daño, se había asegurado de prepararla con los dedos y estaba bien lubricada.

—No.

—¿Segura? —insistió porque algo no cuadraba.

—Segura. —Ella siguió sujetándose a sus hombros, aunque ya no ejercía tanta presión—. Simplemente no me gusta.

¡¿Que no le gustaba?!

—¿Perdón? —preguntó manteniéndose inmóvil. Puede que su cerebro, en esos momentos, funcionase con más lentitud, pero sus oídos no tenían por qué fallar.

Ella tardó unos angustiosos segundos en responder.

—Quiero decir, que esto no me gusta —habló con normalidad y le observó; la cara de Samuel era todo un poema—. Lo del principio ha estado bien, los besos, las caricias, tu mano ahí abajo, pero esto... No, ya sé que es necesario para dejar de ser virgen pero no me tiene por qué gustar, ¿verdad?

Y Samuel no pudo evitarlo: estalló en carcajadas. No podía parar de reírse. Permanecía en el interior de ella, a punto de correrse por el simple hecho de sentir el calor del cuerpo de Maddy, cuando ella, otra vez le ponía la puntilla a la situación dejándole sin respuesta.

Se le saltaron las lágrimas de tanto reírse.

Maddy estaba enfadada, muy enfadada con esa actitud. Y encima tenía que aguantarle en su interior; tan solo las vibraciones procedentes de la risa de él transmitían ciertas sensaciones, pero tan insignificantes que bien podía ignorarlas. No se parecía en nada a lo que había sentido al principio, cuando él la penetraba con los dedos era mucho más estimulante. Tantos mitos con eso del órgano masculino y al final resultaba ser un fiasco. Y para colmo él se estaba riendo. ¡Qué descaró! Reírse así de ella.

—¡Basta! —le pidió intentado apartarle—, a mí no me hace gracia —protestó enfurruñada.

—¡Por favor...! —Y continuó riéndose a carcajada limpia. Y la situación era de todo menos cómica. Aun así no podía hacer otra cosa, cada vez que parecía controlar su ataque de risa volvía de nuevo a empezar. Joder, nadie podía tachar a esta mujer de aburrida. No recordaba haberse reído tanto con una mujer en la cama.

Maddy esperó a que se le pasara, qué remedio. Allí tumbada, desnuda, insatisfecha y deseando que él se fuera para dormir un poco.

—Esto de perder la virginidad es un asco —murmuró resignada a que él se recompusiera.

Pero él parecía no oírla, le vio limpiarse las lágrimas producidas por tanta risa, por desgracia, a su costa, y entonces se dio cuenta de algo: era la primera vez que le veía reírse.

Después de todo, él se reía. Y era agradable, Samuel parecía otro.

—Lo siento —acertó a decir él—. Es que a veces tienes unas cosas...

—No pasa nada. —Se movió bajo él—. Ahora, si hemos terminado... —Ella seguía con su tono de enfado.

—Maddy, no hemos terminado —dijo él ahora más serio.

—Pues a mí esta parte no me gusta. —Ella seguía en sus trece.

—¿Maddy?

—¿Sí?

—Mira a ver qué te parece esto.

Samuel salió de ella, apenas unos centímetros para volver a penetrarla con fuerza. Repitió el movimiento, una, dos, tres... hasta que ella habló, o al menos lo intentó.

—Eso está mejor —jadeó.

—A veces te adelantas a los acontecimientos. —Una profunda penetración, seguida de un movimiento de cadera indescriptible—. Bueno, no pasa nada. Ahora arquea un poco la pelvis.

—¿Así? —Ella siguió sus instrucciones y aumentó la fricción.

—Perfecto —murmuró él besándola de nuevo.

Samuel alternaba penetraciones suaves con otras profundas, giraba las caderas para aumentar al máximo la estimulación y sin dejar de contemplar a su esposa disfrutar. Oh, sí, realmente era una alumna muy aplicada. Aunque en esos momentos solo le preocupaba no parecer más inexperto que ella, estaba al límite. Debía conseguir que ella se corriera antes, sino cualquiera sabe qué podría llegar a decir ella. Y conociendo las ocurrencias de Maddy...

Sujetándose sobre un brazo, introdujo la otra mano entre los cuerpos, buscando su punto más sensible, y al parecer, por la expresión de ella, lo encontró a la primera.

—¡Samuel! —gritó ella al sentir cómo él presionaba un punto entre sus piernas.

—Te gusta, ¿eh? —dijo él gruñendo.

—Sí... no... no lo sé, es... es... extraño.

Él volvió a hacerlo. Y Maddy a jadear de nuevo, estaba llegando a algún punto desconocido, para nada desagradable.

—Cada vez que presiono notas algo diferente, ¿verdad?

Ella asintió fervorosamente.

—No sé qué es, pero tienes razón.

—Es tu clítoris, querida.

—Ah —dijo en medio de otro jadeo—. ¿Y... y eso qué es?

A Samuel no le sorprendía que en medio de la faena ella preguntara los detalles técnicos.

—Podría decirse que es tu punto más sensible.

—Sí que lo es —asintió ella agarrándose con fuerza a sus hombros.

—O dicho de otro modo... —Frotó el clítoris con más fuerza—. La llave que abre el castillo. Así que ahora prepárate, viene lo mejor —murmuró él.

—¿Aún mejor? —Ella parecía sorprendida y por supuesto a él le encantó.

—Sí —empujó con más brío—, ahora vas a correr.

—¿Y eso qué es?

—Espera y verás.

Y Samuel se esforzó al máximo, moviéndose sobre ella, buscando sus labios a la menor ocasión, aunque por lo visto ella prefería buscar aire mientras se acercaba, iba a dejarle marcas en los hombros. ¿Pero, a quién no le gustaba lucir esas cicatrices?

Ella no dejaba de moverse, alzaba la pelvis constantemente, habían encontrado la sincronización perfecta... y Maddy estalló.

—Samuel... Oh...

Él no necesitó ni dos empujones más para unirse a ella. Se corrió con fuerza, casi

para avergonzarse, debido a la intensidad, pero caray, llevaba demasiado tiempo de abstinencia. Y siendo objetivo, desde que Maddy había entrado en su despacho, se estaba comportando medianamente bien.

Cayó como un peso muerto sobre ella, quedándose inmóvil, buscando aire, no parecía haber suficiente para ambos en el dormitorio, hasta que fue consciente de que debía estar aplastándola. Entonces, y solo entonces, con esfuerzo, rodó a un lado y la liberó de su peso, perdiendo de paso su calor. Se quedó totalmente extendido sobre la cama deshecha y se tapó los ojos con el antebrazo. No recordaba haber follado así en mucho tiempo, claro que a veces los largos periodos de abstinencia podían provocar esos lapsus de memoria en cualquier hombre. Tampoco recordaba si alguna vez se llegó a acostar con una virgen. Muchos lo buscaban con ahínco, pero a él nunca le pareció algo tan importante. Notó cómo ella se movía a su lado, pero estaba cansado, unos minutos más y entonces se mostraría más comunicativo.

Ella, por su parte, no podía describir su estado. Maddy buscó en su cabeza las palabras exactas para poder expresar en voz alta cómo se encontraba en esos instantes. Debía acudir a los expertos.

—¿Es siempre así? —preguntó colocándose de medio lado para mirarle.

—¿Humm?

—Quiero decir, que si las relaciones sexuales son siempre así de buenas —dijo ella con total normalidad.

Y Samuel fue consciente de su inocencia respecto a estos temas. Bien podía burlarse de ella, aunque prefirió no hacerlo. La miró de reojo, estaba allí preciosa, con los labios hinchados, la melena revuelta, las mejillas sonrosadas y una leve capa de sudor, esperando un respuesta. Quizás, después de todo, sí que era un cabrón afortunado.

—Si se pone interés y empeño por ambas partes, sí.

—Ah. Pues yo no sé si puedo poner más empeño.

Eso le hizo sonreír.

—E incluso puede llegar a ser mejor. —Aquí estaba siendo taimado y jugaba con ventaja, pues conociendo la incansable curiosidad de Maddy, no era justo.

—¿Mejor? —A ella se le iluminó la cara.

—Ajá.

—Vaya...

Durante unos minutos se mantuvieron en silencio, cada cual sumido en sus pensamientos, sin apenas rozarse, simplemente respirando y relajándose. Hasta que la activa mente de Maddy entró de nuevo en funcionamiento.

—¿Puedo tocarte ahora?

A Samuel casi se le para el corazón. ¿Tocarle?

—Es que... —ella se mordió el labio—. Antes, pues no he podido, y bueno... siento curiosidad.

Él asintió y se puso cómodo. Vale, ahora tras la primera descarga, bien podía

satisfacer la curiosidad innata de su esposa.

Ella empezó colocando una mano sobre el pecho, recorriendo con suavidad sus pectorales, siguiendo la línea del fino vello que los cubría y manteniendo una cara de concentración. Qué diferente era el cuerpo de un hombre.

—Nunca pensé que fuera así —dijo ella en voz baja mientras su mano bajaba lentamente hasta detenerse en su abdomen.

—¿A qué te refieres? —preguntó Samuel levantando ligeramente la cabeza con la intención de comprobar si ella seguiría bajando.

—Por desgracia una tiene que guiarse por los comentarios que oye, no nos dan información. —Parecía disgustada al decirlo—. Y después tienes que esperar a que alguien colabore para saberlo. No es muy común poder hablar libremente de estos temas.

—Bueno —Samuel cogió aire, necesitaba respirar profundamente, estaba claro que la curiosidad de Maddy viajaba hacia el sur—, no es un tema muy común en las reuniones.

—Ya, pero vosotros podéis buscar información.

Maddy parecía tan ofendida que él la sonrió.

—Así es, aunque te aseguro que no siempre es fácil.

Maddy no prestó atención a este último comentario ya que su mano empezó a recorrer el pene de Samuel, ahora más relajado, y parecía muy concentrada. De hecho no dejaba de pasar la mano, hacia arriba, hacia abajo, una y otra vez. Antes estaba más duro. Después de un buen rato de sobeteo se echó a reír.

—¿De qué te ríes?

—Una vez oí a una mujer decir que tenía pinchos. —Y se rio con más ganas.

—¿Pinchos? ¡Por favor! —dijo Samuel indignado—. Ni que fuera un cachis. Lo que hay que oír.

—Te sorprenderías de lo que algunas mujeres cuentan. —Volvió a acariciarlo hasta que pareció darse cuenta de algo importante y se detuvo, arrugando la frente.

—¿Qué buscas? —preguntó él intrigado al ver que ella se miraba entre las piernas.

—¿No debería de haber sangrado?

—Maddy... creo que te has dejado influenciar por cuentos de viejas.

—Pero el primer día tú... —dijo ella recordando el día de su boda.

—Aquello fue simplemente para no romper las expectativas. Normalmente, si una mujer está excitada, húmeda y dispuesta, no tiene por qué desangrarse.

—Ah.

—Ahora, si no te importa, sigue tocándome.

Si una cosa estaba clara es que Maddy solía comprender las explicaciones a la primera. Y de hecho en esta ocasión no iba a ser menos.

Samuel, que ya iba notando su recuperación, pensó, no sin cierta malicia, que bien podía jugar un poco con su esposa. Aprovecharse de su ignorancia y de paso

sacarse una pequeña espinita por haber estado seis meses casado sin tocar a su mujer.

—¿Maddy?

—¿Humm?

—Estoy pensando... quizás deberíamos asegurarnos. —Se miró a sí mismo y comprobó que su polla estaba preparada para otro asalto.

—Te has vuelto a endurecer —ella resaltó lo obvio—. ¿Eso es bueno?

—Sí, es bueno. —Mejor que bueno, era estupendo.

—¿Y te gusta cuando te toco?

—Sí, me gusta. Por eso debemos aprovechar la situación y matar dos pájaros de un tiro.

—¿Qué quieres decir?

Siempre tan dispuesta, era una delicia de mujer.

—Técnicamente ya no eres virgen. —Ella asintió—. Pero siempre se podría... dudar... —Qué gran embustero, se dijo a sí mismo; aun así continuó—: Por eso, y ya que se me ha puesto dura...

—Muy dura —interrumpió ella, que parecía no querer soltarse.

—Podríamos volver a hacerlo.

—¿Podemos?

—Para asegurarnos —dijo él con total convencimiento.

—Vale.

Y Maddy le soltó, se tumbó de espaldas y abrió las piernas.

Una mujer obediente.

—Maddy.

—¿Qué? —preguntó sin moverse, a la espera de la repetición.

—Esta vez debe ser diferente. —Samuel habló con condescendencia.

—¿Diferente?

—Sí. Si queremos asegurar tu pérdida de la virginidad, esta vez tenemos que foll... hacerlo de otra forma.

—¿Cómo? —preguntó realmente interesada.

Y Samuel casi, casi se arrepiente de tomarle el pelo.

—Colócate encima de mí. Móntame. Como si fueras a caballo.

—Si te soy sincera... —Ella se movió hasta subirse encima—. La equitación y yo no hacemos buenas migas.

—Bueno, pues entonces puede que hoy cambies de idea.

CAPÍTULO 23

Una fantasía hecha realidad.

Mientras ella se colocaba sobre sus caderas, Samuel no se perdía detalle del cuerpo de su esposa y además su mente iba a mil por hora respecto a las posibilidades que tenían ese par de tetas que de un momento a otro iban a balancearse delante de sus narices.

—¿Y ahora qué más tengo que hacer? —preguntó ella interrumpiendo sus divagaciones.

—Muévete hasta quedar alineada con mi poll...

—¿Cómo lo has llamado? —Ella soltó una risita.

Samuel hizo una mueca y recordó que estaba con Maddy y no con una de sus amantes, con las que no tenía por qué cuidar el lenguaje.

—¿Importa? —dijo él intentando desviar la atención de las cuestiones anatómicas.

—Pues sí —respondió ella convencida—, siempre me explicas las cosas con detalle, no veo por qué en este asunto iba a ser diferente.

Maldita sea, porque se supone que las mujeres casadas y respetables, primero, no hablan de estos temas, y segundo, si empezamos a llamar las cosas por su nombre... y a dar explicaciones...

—¿Samuel? Dímelo —insistió ella al ver que él se quería hacer el sueco.

—Está bien. —Se pasó la mano por el pelo resignado a satisfacer la curiosidad de su esposa—. Técnicamente pene, coloquialmente polla.

—Humm. —Ella se balanceó sobre él—. ¿Polla? ¿En femenino?

Lo que le faltaba: un debate dialéctico.

—Maddy, por favor, vamos a lo importante. —Levantó las caderas intentando penetrarla, pero al parecer ella tenía otros planes ya que se apartó. Para su desesperación, ella señaló su propia entrepierna.

—¿Y esto? ¿Cómo se llama?

—Joder —dijo entre dientes; claro, que si empezaba a buscar excusas ella encontraría mil formas de entretenerle—. De acuerdo. —Suspiró—. También tiene un nombre técnico: vagina.

—Ah. ¿Y el nombre coloquial?

—¿No vas a dejarlo, verdad? —Ella negó con la cabeza sonriéndole de forma traviesa—. De acuerdo, tiene varias denominaciones vulgares. —La sujetó de las caderas, a ver si en un despiste podía penetrarla y dejarse de tanta cháchara. Siguió sin tener suerte—. Vale, la forma más común es llamarlo coño.

—En masculino.

—Sí.

—Qué curioso...

La mar de curioso, pensó él con sarcasmo.

—Maddy... —Su tono era de advertencia.

—De acuerdo, de acuerdo.

—Ponte encima de mi...

—... polla —completó ella.

A Samuel, oírla hablar así, le excitaba aún más que verla desnuda, y eso teniendo en cuenta el estupendo cuerpo de su mujer... Pero era una mujer casada, no debería hablar con ese lenguaje...

—Deja de hablar y muévete. —Se controló para no darle una buena palmada en el trasero.

—Mmm —ronroneó ella cuando su cuerpo fue acogiendo la erección de Samuel.

Maddy, siguiendo las instrucciones de Samuel, empezó a balancearse. Hacia delante y hacia atrás. Por su parte, Samuel, que no estaba dispuesto a más interrupciones, la fue moviendo, manteniendo las manos en las caderas para que ella cogiera el ritmo.

Y vaya si lo cogía.

Resultaba sumamente erótico observarla, más que el acto en sí. Maddy disfrutaba y no se abstenía de expresarlo. Su rostro era un libro abierto. Con una media sonrisa permanente en los labios y una cara de concentración. Cuando percibió que ella sola podía manejar las riendas, él fue subiendo sus manos por los costados hasta alcanzar sus pechos, los cuales, sin dudarlo, eran un regalo. Disfrutaba enormemente de los movimientos de vaivén que ella tan bien aprendía y no dudó en estimular unos pezones que apuntaban en su dirección. Podía ser un poco atrevido y pellizcárselos. A Maddy, sin duda, le sorprendería, pero no le molestaría.

Primero probó con un suave tirón, ella jadeó en respuesta, y repitió con un poquito más de fuerza. Parecía encantada. Humm, la tentación de mordisquearlos estaba ahí.

—¿Qué...? —Maddy se quedó sorprendida cuando él se incorporó pegándose a ella.

—Tú sigue a lo tuyo. —Y bajó la cabeza, atrapó primero con los labios y después con los dientes uno de los pezones, mientras se agarraba a ella.

—¡Me has mordido! —jadeó ella, aunque por la expresión no estaba enfadada.

Él no respondió, prefirió repetir la operación en el otro pecho, para que ella no tuviera ninguna duda de si mordía o no.

—¡No... no puedo... creerlo... me has mordido! —insistió ella casi tartamudeando.

—Sí —admitió él, y si las cosas se desarrollaban como él quería iba a hacer mucho más.

Maddy no entendía la necesidad de morder, ahora bien, su cuerpo reaccionó. Se excitó aún más y por inercia echó la cabeza hacia atrás, dándole libre acceso. Él, cómo no, se aprovechó y mordió a sus anchas, pellizcó y jugó sin ningún

impedimento, ella lo estaba disfrutando, pero él mucho más. Podía pasarse todo el tiempo del mundo en esa posición. Se estaba dejando llevar de una forma peligrosa y, para no abrumarla, se apartó. También el simple hecho de contemplarla montándole tenía su atractivo.

A pesar de estar bien anclada a Samuel, ella no se arriesgó y se aferró a sus hombros, clavándole las uñas, moviéndose desesperadamente, sintiendo que de nuevo iba a experimentar esa dulce descarga.

—Samuel... otra vez... otra vez...

Él la miró, pues al principio no entendió bien sus palabras, pero al ver su expresión se dio cuenta de que estaba a punto de correrse. Era el momento, si mordisqueando sus pezones se sorprendía... ahora iba a sorprenderse mucho más. Palmeó su bonito trasero, haciéndola levantarse bruscamente para caer de nuevo con más fuerza, de tal forma que en cada embestida recibiera la máxima estimulación. Y él estaba al tanto para, en el preciso momento en el que ella caía, él empujar hacia arriba.

Otro golpe y ella gritó.

Y junto con el grito vinieron las fuertes contracciones que le hicieron unirse a ella en el orgasmo.

No la soltó, se dejó caer hacia atrás, con Maddy en brazos, completamente sudorosos y agotados. Maddy se quedó acurrucada sobre él, su corazón buscando el ritmo habitual, su respiración normalizándose, su trasero resentido, sus pezones extremadamente sensibles y su cabeza dando mil vueltas.

Bajo ella, Samuel estaba a lo suyo, eso sí, seguía sin soltarla; dejó que se acomodara a su antojo, aunque eso supuso salir de ella. Ella, apoyándose en los brazos, se levantó por encima de él y le miró con el ceño fruncido. No se esperaba esa reacción, puede que otro interrogatorio, dado el carácter de ella.

—¿Ocurre algo? —preguntó él con reserva, temiendo cualquier cosa.

—Me has atizado en el culo —dijo ella señalando su retaguardia—. Yo no tengo mucha experiencia en estos temas, pero no creo que dar cachetes sea necesario.

Samuel arqueó una ceja. Había tanto que enseñarle...

—A los caballos se les espolea para que corran más —respondió él.

—¡Yo no soy un caballo! —exclamó agraviada—. En todo caso una yegua —añadió una vez más aplicando su lógica—. No te vayas por las ramas. ¿Qué tiene que ver...?

—A veces, un pequeño estímulo ayuda —respondió él acariciándola con el fin de calmarla—. A veces —prosiguió él jugando con su melena despeinada y en el mismo tono suave—, simplemente un pequeño toque hace alcanzar antes el orgasmo. —Se movió para que ella quedara bajo su cuerpo—. Hay muchas formas de foll... divertirse en la cama. Y por lo que he visto, te has corrido, ¿no?

—Mmm, espera, espera... cuando dices alcanzar el orgasmo... ¿te refieres a eso que se siente al final? ¿Cuando notas una especie de descarga en... bueno, ya sabes

dónde?

Buena definición, pensó él.

—Más o menos sí, no sé cómo es el orgasmo femenino, para nosotros es diferente, supongo.

—¿Ah, sí? —preguntó interesada al máximo.

—Cuando nos corremos... —Samuel decidió no devanarse los sesos utilizando tecnicismos— al final eyaculamos.

—Ah —dijo sin comprender.

Y ahora me preguntará qué es...

—Samuel, ¿y qué es eyacular?

Bien, era una sencilla definición, aun así le costaba hablarle a su esposa, y eso que Maddy, hasta cierto punto, se lo ponía fácil, pues simplemente mostraba un sano interés por cuestiones lógicas.

—Supongo que si seguimos a este ritmo —Samuel hizo una mueca, para nada de disgusto—, terminarás viéndolo con tus propios ojos.

Eso a ella le encantó.

—¿Sí?

—Básicamente eyacular es expulsar el semen. Pero como de momento necesito... —tosió— descansar... —No mucho, en todo caso, después de seis meses bien podía hacer otro esfuerzo.

—Ay, pobre. —Maddy se mostró verdaderamente compungida—. Acabas de regresar de viaje y yo... ¡Lo siento! De verdad. ¡Estarás tan casado!

Samuel se quedó callado, podría haber regresado andando y le hubiera dado igual ante tal proposición por parte de su esposa. Ahora bien, puesto que ya no era virgen, ¿qué pasaría a partir de ese instante? Ella seguía acostada junto a él, observándole y sin dejar de tocarle, como si le estuviera estudiando. Se movió hacia un lado para que ella pudiera «estudiarle» con mayor facilidad. Claro, que la cabeza inquieta de ella no dejaba de funcionar.

—¿Samuel?

—¿Humm?

—¿Cuántas veces se puede hacer esto?

—¿Follar? —La palabra le salió del alma. ¿Qué necesidad tenía de andarse con eufemismos?

—Bueeeeno, si se llama así... —aceptó ella.

—Hay muchas formas de expresarlo, desde luego. —Joder, con tanta conversación sobre sexo se iba a animar de nuevo antes de lo previsto.

—¿Y cuántas veces se...? —insistió ella.

—Para ser la primera vez te veo muy animada —bromeó él, y ella se ruborizó, cosa que le encantó.

—Bueno, ten en cuenta que me llevas varios años de ventaja —razonó ella.

—Todo depende de las ganas y de la resistencia, supongo, de cada uno.

—Ah. —Maddy parecía asimilar esas palabras—. Entonces... ¿no hay límite?

—No.

—Pues qué bien.

Mejor que bien, quiso gritar él. Aunque, la verdad, le parecía un poco excesivo que en la primera vez no hicieran otra cosa.

—Maddy, ¿tienes alguna molestia? —Puede que ella no lo dijera, cosa extraña conociéndola, pero por si las moscas se lo preguntó.

—No —respondió bostezando—, aunque si no te importa, preferiría dormir un rato. —Volvió a bostezar—. Hoy ha sido un día muy largo. Ya follaremos en otro momento —murmuró de tal forma que él se quedó pasmado. Qué encanto, siempre poniéndole las cosas fáciles. Solo que no le apetecía ni lo más mínimo volver a su dormitorio. Más que nada porque, conociéndose, se levantaría dispuesto a mostrarle a su esposa lo predispuesto que un hombre puede despertarse. Y lo bien que puede alegrarle el día a su mujer. Pero... todo llega a su fin, Samuel se movió, ahora tendría que ponerse al menos los pantalones y la camisa para irse.

—¿Qué pasa? —interrumpió Maddy observándole.

—Nada —murmuró él en respuesta—, duerme tranquila.

—Pero... ¿te vas? —A Maddy se le notó en la voz cierta angustia.

—Vuelvo a mi dormitorio.

—Ah, bueno. —Parecía decepcionada—. Yo pensé... —Se mordió el labio—. Bueno, esta cama es amplia, a mí no me importa compartirla.

Definitivamente era un encanto.

—Como quieras —respondió, y se sintió un cabrón por hablarla así, de forma tan condescendiente, como si le hiciera un favor, cuando en realidad era ella quien se lo ponía en bandeja.

Se tumbó tras ella, pegándola a su pecho.

—Es que... he oído que si estás desnuda hay que dormir junto a un hombre. —Se encogió de hombros—. Ya sabes, para no enfriarse y eso.

Mira, de vez en cuando no se decían tantas tonterías en las reuniones de señoras.

Estaba amaneciendo y ninguno de los dos fue consciente de ese hecho. Acurrucados en la cama, completamente desnudos y con las sábanas tiradas a los pies. Maddy se movió en sueños, completamente ajena al hecho de que a su espalda, Samuel, o más bien una parte de él, saludaba al nuevo día antes que nadie. De nuevo se movió y de nuevo rozó su erección por casualidad.

Samuel, medio dormido y como si actuara bajo hipnosis, movió una mano, desplazándola desde el estómago hasta la unión de sus muslos. Comprobó encantado que su esposa bien podía recibir un adelanto de sexo matinal. La acarició y estimuló, podría decirse que de forma despistada, sin prisas. Incluso él mismo podría volver a conciliar el sueño y olvidarse del asunto. Sí, era una posibilidad, bastante remota, eso

sí, pues ella empezó a emitir ruiditos, no supo distinguir si de disgusto o de placer.

Samuel se movió y la movió a ella, separándole las piernas y, para mantenerla en esa postura, colocó su propio muslo a modo de palanca. Bien, ahora la tenía donde quería, solo faltaba el ultimo empujoncito.

Para no asustarla fue penetrándola despacio. Disfrutando de la suavidad con la que su esposa le acogía. Ella volvió a moverse, pero él la mantuvo en la posición.

—¿Samuel? —preguntó adormilada.

—Shhh —susurró él en su oído. Ahora ni quería preguntas, ni dar explicaciones, solo aprovechar su erección matinal. Egoísta, desde luego, pero eso ahora no le importaba. Empezó a moverse en su interior, cada vez con más fuerza al mismo tiempo que con una mano estimulaba su clítoris, presionando, moviendo el dedo en círculo, expandiendo sus fluidos.

Ella empezó a jadear al ritmo de sus embestidas. En esa postura poco podía hacer ella, y se limitó a disfrutar de las atenciones de Samuel. Maddy normalmente dormía de un tirón, nadie interrumpía sus sueños, aunque esta interrupción era bienvenida.

—Samuel... —murmuró.

—No digas nada, en esta posición hay que mantener silencio —mintió él. Ya vería después cómo justificarle todas las mentiras que estaba soltando para llevarla a su terreno. Porque, conociéndola, Maddy se informaría de todo.

Ella asintió obediente y él notó cómo se contenía, cómo sus jadeos y sus gemidos quedaban atrapados en su garganta. Eso sí, a cambio de su silencio, ella le clavó las uñas, bien clavadas, en el antebrazo. Le estaba bien merecido por aprovecharse de la ignorancia de ella. Y eso le excitó aún más.

Con un solo objetivo en la cabeza, se movió con más agresividad, sin descanso, sintiendo cómo Maddy se tensaba, cómo intentaba seguirle el ritmo sin saber bien cómo, guiándose por el instinto. Estaba encantado y a punto.

Recordó en el último instante el descuido de la noche, sin duda llevado por el deseo, había dejado de lado algo fundamental. Salió de Maddy con el tiempo justo para correrse y dejar una huella importante en la sábana. Y no solo ahí, sino también en el trasero de su mujer. Se separó de ella, cayendo de espaldas en la cama, debía estar más que rendido a esas alturas, cerró los ojos y se olvidó de todo. Incluida su esposa.

Alguien llamó a la puerta y, al no obtener respuesta, lo hizo de nuevo.

Theresa, con la bandeja del desayuno en una mano, esperó paciente, pero al ver que nadie respondía abrió la puerta del dormitorio de Maddy.

Entró, como todos los días, pero no encontró lo de todos los días. Pegó un grito y se llevó ambas manos a la cara, asombrada de lo que sus ojos veían. El estruendo de una bandeja cayendo al suelo, junto con la porcelana del juego de café, hizo que Samuel se incorporara de repente en la cama. Samuel y la camarera se miraron como si no se conocieran.

—¡Fuera! —gritó mientras buscaba una sábana para taparse y tapar a Maddy, que

se movía a su lado.

Theresa, anclada al suelo, siguió con la vista fija en la cama, intentando comprender lo que veía.

—¿Estás sorda? ¡Fuera de aquí! —gritó de nuevo Samuel.

Theresa, que nunca le había oído gritar, se quedó aún más sorprendida.

—¿Qué pasa? —murmuró Maddy dándose la vuelta ajena a todo el barullo y sin preocuparse por su desnudez.

—Lo siento, de verdad, señor, recogeré esto y...

—¡Fuera!

Theresa, abochornada, se precipitó contra la puerta y salió.

—¿Por qué gritas? —preguntó apartándose el pelo de la cara, sin comprender por qué Samuel estaba tan furioso.

—¿Por qué tu doncella no llama a la puerta? —dijo intentando calmarse.

—¿Theresa?

—Como se llame.

—Normalmente siempre llama antes de entrar. No la habremos oído —respondió tranquilamente.

—No me hace ninguna gracia que los sirvientes me vean desnudo.

—Bueno, a mí tampoco, pero Theresa me ayuda con el baño, está acostumbrada.

—Ya veo —murmuró. Pese al enfado, su cuerpo parecía tener otras prioridades.

—¿Samuel? —Maddy miró la sábana abultada y la señaló con el dedo—. Esto...

¿Esas tenemos?, pensó. Y claro, el incidente con Theresa pasó inmediatamente a un segundo plano.

—Esto, señora, es una reacción completamente normal ante un cuerpo desnudo de mujer.

—Ah, ¿y siempre reaccionas así?

—Sí —dijo categóricamente.

—Pues vaya incordio, ¿no?

—¿Incordio? —preguntó; cualquiera entendía la lógica que Maddy aplicaba.

—Bueno, me parece que es incómodo con la ropa puesta, quiero decir.

—En mi día a día no estoy rodeado de mujeres desnudas. —No debería de haberlo dicho así. Después apartó la sábana y mostró a Maddy toda su erección—. ¿Quieres ocuparte personalmente?

—Vale.

Samuel arqueó una ceja ante la simplicidad y rapidez de la respuesta.

—Túmbate y abre las piernas.

—Eso ya lo hicimos anoche.

Vaya, qué fatalidad, pensó Samuel, ahora no estaba para malabarismos.

Se inclinó sobre ella separándole las piernas.

—Probaremos de nuevo —explicó él.

Maddy asintió y le acogió entre sus muslos.

—Ya estoy húmeda. —Ahora que sabía lo que era no tenía por qué esconderlo—. Que, según tus propias palabras, es que estoy preparada para recibirte.

—Es bueno saberlo. —Aunque siempre se puede recurrir al método empírico para comprobarlo.

Eso sí son facilidades. Encantado con la disposición de ella, la penetró sin más dilación, disfrutando de la calidez, de la humedad y de las manos de Maddy sobre su espalda. Animándole, rozándole, arañándole... Parecía una mujer acostumbrada a disfrutar de los placeres de la cama. Si no fuera por la confesión de anoche, Samuel desde luego nunca lo hubiese imaginado.

Para darle un toque diferente y que Maddy no cuestionase la postura adoptada, se colocó de rodillas e hizo que ella le rodeara las caderas, la agarró fuertemente de las piernas y empezó a embestirla con firmeza.

—Oooh, esto también me gusta —gimió ella moviéndose.

—Que no se diga... que caemos... en la rutina —respondió él también jadeando.

En esa postura la panorámica era increíble. Maddy totalmente expuesta, sus tetas bamboleándose con cada embestida... si además...

—Levanta los brazos y agárrate al cabecero —sugirió él—, así podrás moverte mejor. —A este paso, en menos de veinticuatro horas, iba a enseñarle todas las posturas que él conocía.

—¿Así? —Ella siguió al pie de la letra sus instrucciones.

—Excelente. Arquea el cuerpo y empuja hacia mí.

Una palabra definía aquello: perfecto. La cama empezó a traquetear, ambos respiraban cada vez con mayor dificultad. Maddy clavó los talones en el colchón buscando la máxima fricción para llegar a ese dulce estado, y Samuel no dejaba de moverse en su interior.

No se sorprendió cuando ella, en un arrebato, le golpeó con el talón del pie, después se relajó. Sí, desde luego su esposa era fogosa y salvaje. La sola idea de acompañarla en ese viaje incrementaba ampliamente el placer físico que experimentó. De nuevo, en el último instante, salió de ella para eyacular sobre su vientre. Por fortuna ella permaneció callada, ahora solo quería recuperar el habla. Maddy soltó el cabecero de la cama, relajó su cuerpo y estiró las piernas. Esto de las relaciones sexuales era intenso y agotador, mas merecía la pena.

Notó, al moverse el colchón, que Samuel se levantaba. Bueno, en esos momentos le daba lo mismo. Necesitaba recomponerse y seguramente él también. Se llevó la mano al abdomen y entonces tocó algo, seguramente estaba sudorosa pero... ¿tanto? Levantó la cabeza y vio una sustancia blanquecina esparcida sobre su estómago. Lo tocó y lo deslizó entre las yemas de sus dedos.

—Deja que te limpie. —Samuel se sentó a un lado de la cama con una toalla en las manos.

—¿Esto es tuyo o mío? —preguntó ella.

—Mío —admitió, y empezó a limpiarla.

—Anoche no...

—No. —Pasó la toalla con suavidad—. Anoche me dejé llevar.

Maddy se apoyó sobre los codos y le miró sin comprender.

—Samuel, a mí me ha gustado de las dos maneras —dijo convencida—. ¿Cuál es la diferencia?

—Anoche no tomé precauciones. —Terminó de limpiarla y arrojó la toalla al suelo.

—¿Precauciones?

—Para no dejarte embarazada.

—Ah. —No había pensado en eso.

—Créeme, lo siento. —Samuel apartó la vista.

—No importa. —Maddy se encogió de hombros—. Yo tampoco dije nada.

—Maddy... tú no sabías nada —recordó él.

—Bueno, eso es cierto.

—Así que esperemos que no haya consecuencias.

Maddy, que siendo sincera consigo misma, admitía que no tenía ni la más remota idea de esa cuestión (ya hablaría con Alice por omitir tan importante detalle), se sintió molesta con Samuel.

—Bueno. —Levantó los brazos estirándose sin preocuparse por su desnudez y sin saber muy bien qué decir, recurrió a lo más absurdo—. Vaya estropicio con el desayuno.

Samuel miró por encima de su hombro y asintió.

—Deberías hablar con la criada, no tiene por qué entrar sin tu permiso —explicó serio intentando no abalanzarse de nuevo sobre Maddy.

—Hablaré con ella —dijo Maddy en tono conciliador—, pero se porta muy bien conmigo, normalmente no entra, a no ser que se haya hecho tarde.

—¿Tarde?

—Sí, yo suelo levantarme a primera hora, pero algunos días me quedo un rato más y ella entra y...

—¿Qué hora es?

Samuel se levantó de un salto en busca de su ropa, en concreto buscando su reloj de bolsillo.

—Supongo que casi las once, ¿por qué?

—¡Las once! —exclamó enfadado—. ¡Joder!

—¿Qué pasa? —Maddy se puso de rodillas en la cama y observó sin entender por qué Samuel se vestía apresuradamente.

«Claro, que las prisas en estos casos no son buenas».

—¿Qué... qué pasa? —Metió un pie en el pantalón y casi se cae haciendo equilibrio—. ¿Que qué pasa? —repitió—. Me estás asustando.

—¡Tenía que estar a las nueve en mi despacho! Joder con la camisa. Había programada una reunión de vital importancia con el consejo de administración.

—Ah, bueno, pero tú eres el director —dijo Maddy intentando tranquilizarle.

—¡Por eso mismo! Se supone que debo ser el primero en asistir. —Se puso la camisa de mala manera y se agachó para buscar los zapatos.

—Di que te ha surgido un imprevisto.

Samuel la miró un instante antes de localizar el segundo zapato bajo la cama. Sí, claro, mejor dicho cuatro imprevistos.

—Un imprevisto, ya.

—O... problemas domésticos, eso también puede servir.

—Maddy —Samuel se puso de pie con los zapatos en la mano dispuesto a marcharse—, esto no es el colegio. —Caminó hacia la puerta y con las prisas pasó por alto algo muy importante a la par que sucio—. ¡No me lo puedo creer! —gruñó, y levantó un pie manchado de mermelada—. ¡Joder, lo que me faltaba!

Maddy se tapó la boca con una mano disimulando la risa. No quería enojarle más. Él la miró como si estuviera loca, abrió la puerta con brusquedad y se marchó mascullando todo tipo de improperios.

CAPÍTULO 24

Tras pedir disculpas por enésima vez a los inversores presentes en el gran salón de reuniones del banco, tras esgrimir como pobre excusa que su retraso se debía a problemas domésticos, y tras soportar las miradas incrédulas de los asistentes y la mirada burlona de Rafe, Samuel se dirigió a su despacho con un humor de perros, seguido, eso sí, de su amigo cotilla que sonreía como un tonto y que si no fuera por tantos años de amistad le partiría la cara.

Cerró la puerta de su despacho de malos modos esperando dar a Rafe en las narices; no hubo suerte. Este, todo un caballero, cerró con suavidad, se sentó frente a él, se puso cómodo y le miró.

—¿Problemas domésticos?

Y el muy desgraciado se echó a reír a carcajadas.

Samuel, que no tenía ganas de soportar sus tonterías, se sentó tras su mesa y decidió que ignorar al bufón sería lo más recomendable. Claro, que las sonoras carcajadas ayudaban más bien poco.

—Para de una vez —le advirtió.

—¡Problemas domésticos! —acertó a decir Rafe, y siguió con sus risas.

—Eso he dicho, ¿no?

—Y, si puede saberse, ¿cuántos problemas domésticos tuviste exactamente?

Samuel, que sabía reconocer una derrota, se unió al enemigo y terminó por sonreír. Además, ¿por qué no estar de buen humor tras una noche intensa?

—Más de uno —respondió enigmáticamente recostándose en su sillón.

—¡Por favor! —Rafe se mostró falsamente indignado—. Es la primera vez que llegas tarde a una reunión, debieron ser... —Rafe hizo una pausa para crear expectación al tiempo que arqueaba una ceja— muy... domésticos.

—Normal de domésticos. —Samuel continuó con su tono enigmático.

—Y... ¿no pudiste solucionarlos a tu llegada?

—Ya sabes cómo son estas cosas, nunca sabes cuándo va a surgir un imprevisto.

—Puede ser. —Rafe le miró divertido antes de continuar—: Debo suponer entonces que Maddy se encuentra perfectamente, sin problemas, quiero decir. Ya repuesta de los problemas... domésticos.

—Ninguno, que yo sepa.

—¿Me permites un consejo? Como experto en temas domésticos —aclaró Rafe.

—¿Tengo alternativa?

Maddy siguió a la criada hasta la habitación de Alice. Se extrañó que su amiga aún estuviera acostada y más si cabe dado que eran más de las doce del mediodía. La criada señaló una puerta, innecesariamente, pues Maddy conocía la casa, y llamó.

Oyó la voz de Alice, pero Maddy tenía cierto reparo en entrar. No quería volver a

presenciar ninguna escena íntima.

—¿Estás sola? —preguntó por si acaso Maddy.

—Sí, anda, pasa.

Maddy entró y cerró la puerta tras de sí. No veía a su amiga por ningún lado.

—¿Dónde estás?

—En el dormitorio.

—Ah.

—Pasa de una vez.

Maddy obedeció y se encontró con Alice aún tumbada en la cama.

—Veo que no es un buen momento, —hizo amago de retirarse.

—Ya me levanto —dijo Alice con pesar, y apartó las sábanas. Tranquilamente se puso en pie y caminó desnuda hasta un diván donde recogió una bata—. No seas boba, no vas a ver nada que no hayas visto antes —dijo Alice al ver cómo Maddy se daba la vuelta.

—Ya lo sé —se disculpó.

—Bueno, supongo que tienes algo que contarme, ¿me equivoco? —preguntó Alice de pie frente a ella sonriendo—. ¿Salió todo según lo previsto?

—No —respondió Maddy, y empezó a caminar por la habitación.

—¿No?! —chilló Alice—. ¿Cómo que no? Y deja de desgastar la alfombra, siéntate y cuéntame lo ocurrido.

Maddy miró a su alrededor buscando una silla y al final se sentó en el borde de la cama.

—Rara vez las cosas discurren según los planes —dijo Maddy, y Alice frunció el ceño.

—Explícate, porque de verdad, estoy a punto de ir donde tu marido y darle un par de sopapos.

—Deja a Samuel fuera.

—Pues entonces te los daré a ti. ¡Ay, señor! —exclamó levantando las manos como pidiendo paciencia. Y con estos dos necesitaría toneladas de paciencia.

—Hice lo que hablamos y esperé hasta tarde.

—¿Y?

—Bueno, pues que Samuel no aparecía.

—Tuvieron un pequeño percance con el transporte. —Bien lo sabía Alice, pues había estado impaciente como nunca esperando el regreso de Rafe, pero claro, si se ponía a dar todos los detalles personales no acabaría nunca y ahora lo importante es lo que habían o no hecho ese par de imbéciles—. Pero eso no explica...

—Me sentía ridícula con ese camisón, o lo que quedaba de él, así que lo tiré y me puse otro.

—Me hago una idea —dijo Alice con resignación.

—Pensé... Bueno, creerás que soy idiota, pero como no venía pensé que se había ido con su amante.

¿Idiota? Bueno, sí lo había pensado.

—Vamos a ver, querida, ese punto ya lo dejamos claro, Samuel no tiene una amante —dijo Alice remarcando bien cada sílaba para ver si de una vez por todas Maddy aparcaba ese asunto.

—Bueno, puede que no, pero ¿qué iba a pensar?

—Vale, vale. Ciñámonos a los hechos. Samuel llegó tarde, y... —Alice la incitó a continuar.

—Pues que decidí hablar con él.

—No tenías que hablar con él, precisamente —dijo Alice a punto de perder la paciencia.

—Lo sé, pero desde el principio él siempre se ha mostrado comprensivo.

Y lo peor del caso es que seguramente estos dos eran taaaaan comprensivos que mareaban la perdiz de una forma absurda, pensó Alice. ¿Qué más iba a tener que hacer con esta pareja? ¿Meterse en su cuarto y darles instrucciones?

—De acuerdo, Samuel es muy comprensivo. ¿Y? ¿Qué hiciste? ¿Pedirle una auditoria? ¿Un extracto de cuenta? ¿Qué? ¿Qué?

—Le expliqué mi situación.

—¿Le dijiste que eras...? —Alice estaba impaciente por conocer todos los detalles.

—Le expliqué que en mi posición no podía buscarme un amante y que si podía encargarse él del asunto.

—¿Así, con esas palabras? —Maddy asintió—. ¿Y qué dijo?

«Esto cada vez se pone mejor».

—Al principio creí que iba a negarse porque...

—¡Lo hiciste! —Alice pegó un chillido y Maddy pensó que acudiría todo el servicio para ver qué estaba pasando; por suerte permanecieron solas—. ¡Por fin!

—¿No quieres saber lo que dijo?

—¡No! No quiero aburrirme con eso. ¡Quiero los detalles! Cómo fue, que te pareció, cómo lo hizo, todo, Maddy quiero saberlo todo.

—Fue... —Se mordió el labio antes de dejarse caer hacia atrás en la cama y sonreír—. ¡Espectacular! —chilló—. ¡Increíble! —volvió a chillar con toda la libertad del mundo.

Y durante más de veinte minutos, Maddy explicó a su amiga lo que había sentido, lo bien que se había comportado Samuel, lo divertido que fue, que quería repetir cuanto antes, y que al final Samuel había llegado tarde a una reunión y el incidente con Theresa.

—¿Sabes? Creo que necesitamos algo especial para celebrarlo —dijo finalmente Alice.

—¿Qué propones?

—Lo primero, un desayuno adecuado, estoy muerta de hambre. —Se levantó y se dirigió a la salita para llamar a la criada y que sirviera un desayuno—. Después, una

sesión especial con baño, masaje y por último... una visita a la mejor corsetería de la ciudad.

—No necesito...

—Lo necesitas —sentenció Alice.

Maddy se sentó a la mesa y cuando estuvieron servidas se acordó de algo fundamental. Seguramente Alice la sacaría de dudas.

—Necesito información —dijo Maddy dejando la taza sobre la mesa.

—Ahora ya tienes experiencia —respondió Alice con picardía.

—Bueno, sí, pero no la suficiente. Lo primero, ¿cómo puedo evitar quedarme embarazada?

—¡Ay, Dios mío! ¡Qué despiste! Con las prisas no me acordé de explicarte... bueno, supongo que Samuel se encargó de eso.

—No las primeras dos veces —respondió Maddy.

—Entonces tendremos que visitar a una doctora amiga mía que... bueno, ya te lo explicaré por el camino. ¿Y lo segundo?

—¿Cuántas formas hay de hacerlo?

—Creo que ya hemos trabajado suficiente por hoy, ¿no te parece?

Samuel levantó la vista de su escritorio, también estaba cansado, pero debía acabar con esos informes.

—Vete si quieres, yo me quedo un rato más —contestó a Rafe.

—¿Hoy no tienes problemas domésticos que requieran tu presencia en casa? Porque yo sí, créeme, y Alice no sé si sabrá solventarlos sola.

Samuel dejó de escribir antes de responder.

—Pues ocúpate de solucionar tus «problemas» y déjame tranquilo, cuanto más me interrumpas más tardaré en acabar. —Volvió a concentrarse en los documentos.

—No seas idiota, seguro que estás deseando volver a casa.

—Estás proyectando, querido amigo.

¿Lo deseaba? Joder, claro que lo deseaba. Solo que ahora había otro pequeño muro que escalar. Su esposa únicamente le propuso acabar con su situación virginal, en ningún momento hablaron (tampoco tuvieron tiempo) de qué iba a suceder después. Con lo cual, volver a casa suponía volver a la agonía de querer lo que no se puede tener. O peor aún: la incertidumbre de no saber qué camino tomar. Y Samuel odiaba sentirse así. En los negocios lo primero era contar con la máxima información posible para que el contrario no te pillara desprevenido. Y ahora Maddy era, por decirlo de alguna manera, su oponente, y él podía ir a por lana y salir trasquilado si no se andaba con ojo.

—Has puesto una cara... cualquiera sabe lo que te pasa por la cabeza —expresó Rafe mientras miraba la hora en su reloj de bolsillo—. Definitivamente me voy. —Guardó el reloj en el bolsillo del chaleco—. He estado un mes fuera y tengo que

ponerme al día. Diviértete con tus números. —Esto último lo dijo con retintín, evidentemente. Pero Samuel le conocía y no iba a sorprenderse.

Se quedó solo en su gran despacho. Divertirse con los números, vaya ironía. Únicamente quería que pasara el tiempo, regresar a casa cansado y meterse en la cama, por desgracia solo, y caer rendido. Claro que podía lograr ese objetivo siempre y cuando se olvidara del cuerpo de su esposa, del dormitorio de su esposa, del interrogatorio de su esposa...

—¡Maldita sea! —dijo, y dejó a un lado los papeles enfadado consigo mismo.

Ahora la situación podía considerarse cien veces peor que antes de consumir su matrimonio de conveniencia. Antes solo podía imaginar lo que se estaba perdiendo, ahora sabía con exactitud qué se perdía.

Maddy llegó a casa a última hora de la tarde, con la cabeza hecha un lío.

Por un lado no dejaba de pensar en cómo convencer a Samuel para repetir, pues ya no tenía excusa como la noche anterior y, definitivamente, quería repetir. Oh, sí. Después, la saturación informativa por parte de Alice y su amiga sobre las precauciones y sobre cómo colocarse el dispositivo que llevaba en el fondo del bolso, como si fuera algo de contrabando, y que se moría por estrenar. Se había gastado una cantidad de dinero indecente en cuatro prendas de lencería, consideradas por Alice como básicas en cualquier guardarropa y que traerían a casa la próxima semana. Samuel podría llegar a ver la factura y si preguntaba... Claro, que mejor enseñarle las compras para que él no dudara, pero... ¿Y si no quería ver sus adquisiciones?

Y para rematar la jugada, y de paso estar preparada, un pequeño libro que Alice denominó imprescindible para cualquier matrimonio.

Definitivamente el baño relajante no sirvió para nada. Y eso que cada vez estaba más intrigada con las actividades del club. Alice le prometió llevarla un día para ver un espectáculo completo. Conociendo a Alice, cualquier cosa era posible.

Picoteó algo de comer antes de subir a su dormitorio. No le extrañó que Samuel aún no hubiera vuelto. Se quitó la ropa y se puso cómoda con uno de sus camisones y una bata. Despidió a una avergonzada Theresa, la cual era incapaz de mirarla a la cara por más que Maddy insistiera en que olvidara el incidente de la mañana, y se tumbó boca abajo en la cama dispuesta a leerse atentamente el libro «imprescindible».

Observó primero la cubierta, puesta no tenía ninguna estampación, ni letras ni dibujos.

—Qué raro... —murmuró.

Y abrió el librito. Esperaba una aburrida pero interesante disertación sobre el matrimonio, pero encontró algo muy diferente...

—¡Madre del amor hermoso! —Cerró de golpe el libro y miró a su alrededor; estaba sola, pero nunca se sabe.

Con la cara como un tomate volvió a abrirlo y observó con detenimiento la

fotografía en color sepia. La giró para poder asimilar lo que sus ojos veían. En la imagen, tomada en lo que parecía una suntuosa habitación, estaba en primer plano un hombre recostado en un diván, por supuesto desnudo, acariciando a una mujer de pelo oscuro, a su derecha otra mujer, también morena, le acariciaba a él su...

—Polla —dijo ella en voz baja riéndose.

Por la expresión del hombre, debía de estar en la gloria, pues cada mujer se esforzaba por complacerle, y claro, eso se nota. ¿Ahora tocaba sacar la lección a lo que estaba viendo?

Maddy se quedó un rato pensativa, dos mujeres... un hombre... alguna tenía que quedarse sin...

—Polla —murmuró de nuevo—. Estoy empezando a obsesionarme —dijo riéndose de sí misma.

Pasó la página y de nuevo otra fotografía. Esta vez aparecía una mujer tumbada y con las piernas bien abiertas, lo que le hizo recordar cómo se había tumbado en la consulta de la doctora. La mujer tenía una mano entre las piernas, los ojos cerrados y la boca entreabierta. En frente, un hombre la observaba, completamente vestido, a una distancia prudencial, con una pícara sonrisa.

—Qué interesante...

Siguió pasando páginas, y cada vez la cosa se iba poniendo más emocionante. Tan emocionante que no se dio cuenta de un detalle, alguien abrió la puerta de su dormitorio. Apoyado sobre el marco de la puerta, Samuel observaba cómo su mujer se divertía con un libro; ya sabía de su afición a la lectura, solo que no llegaba a imaginar qué estaba leyendo para abrir la boca, reírse tontamente, murmurar como si estuviera haciendo algo pecaminoso y ponerse colorada.

De repente ella levantó la vista y cruzaron sus miradas.

—¡Qué susto! —dijo ella en un gritito—. No sabía que estabas... —Y avergonzada al máximo cerró el libro y lo escondió a su espalda.

Samuel se incorporó, cerró la puerta tras de sí, con llave, faltaría más, y caminó lentamente hacia ella. Extendió una mano.

—¿Me lo dejas?

Ella negó con la cabeza como una niña pequeña pillada in fraganti.

—Es... es una cosa de... mujeres. —Con eso bastaría para hacerle desistir.

—¿De veras? —preguntó intuyendo la mentira. Se quitó la chaqueta, colgándola del piecero de la cama y de nuevo pidió ver el libro.

—¿Has tenido un buen día en el trabajo?

Ella lo intentó con esa frase tan manida; por supuesto Samuel no se dejó engañar.

—Más o menos. —Se sentó en la cama, estaba claro que ella, por propia voluntad, no iba a dárselo—. ¿Y tú, querida, cómo te ha ido el día?

«Una conversación de lo más convencional».

—Bien —dijo con un nudo en la garganta.

—Me alegro. —Se inclinó hacia ella.

—¿Samuel? —preguntó ella retrocediendo.

—¿Sí? —Se inclinó un poco más.

—¿Hoy vas a dormir conmigo?

Era jodidamente lista distrayéndole con eso. Durante el trayecto de regreso a casa había especulado con las diferentes formas de abordar la cuestión, desde meterse en el dormitorio de su esposa y ver la reacción de ella a sus insinuaciones hasta mantener otra de esas extrañas pero educadas conversaciones y ver dónde llegaba. Había optado por lo segundo pero cuando el mayordomo le dijo que Maddy ya se había retirado a su alcoba, se dirigió directamente, eso sí, aún no sabía si llevado por un impulso o simplemente era donde quería estar.

—¿Quieres que lo haga? —Casi la tenía.

—Sí. —Y como no podía ruborizarse más, apartó la mirada y se mordió el labio.

—Entonces... —Samuel colocó una mano en su cadera sujetándola y, echándose sobre ella, la obligó a recostarse— me quedaré.

Maddy, atontada con esa faceta seductora de Samuel tan desconocida, no se dio cuenta de su error. Había intentado desviar la atención y que pensase en lo que podían hacer esa noche juntos, pero él le arrebató el libro y se incorporó dejándola como una tonta, acostada sobre la cama en una incómoda postura.

—Veamos —dijo Samuel abriendo el libro con fingido desinterés.

Se quedó pasmado ante lo que vio y no porque no reconociera el libro, él mismo tenía un ejemplar, sino por las lecturas, o mejor dicho (pues leer, la verdad, había que leer poco en ese libro), las aficiones culturales de Maddy.

—Esta es una de mis favoritas —comentó él como si tal cosa, aunque no se la mostró a Maddy—. Difícil, pero no imposible. —Y para mortificación de ella pasó página—. Ah, qué bonito —dijo suspirando para dar más efecto a sus palabras. No recordaba haberse arriesgado, pero con Maddy, de momento, todo iba a ir bien, al menos esa noche.

Maddy quería quitarle el libro, y no para esconderlo, sino para darle con él en la cabeza. ¿Cómo se atrevía a burlarse así de ella?

—¿Te traigo una copa y un cigarro para que la diversión sea completa? —preguntó ella con ironía poniéndose de pie.

—Una idea excelente, querida —contestó sin mirarla, imitando perfectamente esa actitud indiferente de la que tanto hacían gala los aristócratas aburridos.

Con toda la paciencia del mundo, Maddy se levantó, llamó a un criado y pidió que les sirvieran dos copas. Cuando cerró la puerta y se acercó a Samuel le tendió la copa con brusquedad.

—¿Has cerrado con llave? —Maddy negó con la cabeza—. Pues deberías. —Dio un sorbo—. ¿Y mi cigarro?

—Tú no fumas —dijo ella con retintín, y probó su copa.

CAPÍTULO 25

Estaba enfadada. Humm, Maddy enfadada, eso podía resultar prometedor, pensó él mirándola de reojo. El simple hecho de intentar desenfadarla ya tenía su atractivo. Puede que su actitud frente a ella estuviera siendo un poco déspota, pues al fin y al cabo la curiosidad de Maddy podía considerarse comprensible y lógica.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó él dejando el libro a un lado y observándola.

—¿Importa? —contraatacó ella poniéndose a la defensiva.

Estaba realmente enfadada, se dijo a sí mismo.

—Lo que leas o dejes de leer me trae sin cuidado. —Samuel se mostró indiferente—. Ahora, si querías algo realmente picante, podías haber buscado en la biblioteca.

—Lo hice. —Maddy se reprimió por tonta, eso no debería decirlo.

—Quizás no has buscado bien.

Ella se contuvo para no replicar. ¿La estaba llamando poco menos que inepta? Porque conocía perfectamente el criterio utilizado para clasificar los libros de la extensa biblioteca de Samuel. Puede que su prioridad fueran los volúmenes de economía, pero también disfrutaba con otras lecturas. Aunque desconociera la existencia de lecturas de «ese tipo».

—Supongo que no esperarías encontrar libros, digamos... picantes al alcance de cualquiera, ¿verdad?

Nada más decirlo vio la cara de interés de Maddy, aunque se contuvo para no sonreír.

Se pudo cómodo, esperando. Maddy seguía de pie frente a él sin atreverse a acercarse y él esperaba ansioso a que se pusiera lo suficientemente cerca como para tirar de ella y tumbarla, a ser posible en un único movimiento.

—Pues no —respondió ella todavía con desconfianza.

—Mira detrás de la sección de agricultura. Allí puede que encuentres algo interesante.

Ella, por supuesto, anotó mentalmente esa información.

Maddy se mordió el labio, ahora que sabía dónde encontrar lecturas excitantes, empezaba a dudar entre dejar a Samuel plantado y escaparse a la biblioteca o pedirle sexo de nuevo.

¿Cómo pedía una mujer a un hombre mantener relaciones sexuales?

—¿En qué piensas? —preguntó él.

Y Maddy se sentó en la cama, eso sí, al otro lado, buscando mentalmente las palabras adecuadas.

—Has dicho que ibas a quedarte a... dormir.

—Ajá.

Pídemelo Maddy, rogó en silencio, porque me muero por desnudarte.

—¿Si te quedas...?

—¿Si me quedo...? —Estoy siendo un cabronazo, pero resultaba tan estimulante.

—Ya... sabes. —Maddy le miró primero a él y después la cama. La invitación no podía ser más obvia.

Se quedaron en silencio, Maddy esperando que Samuel hiciera algo o dijera algo, pues ella dudaba de cómo empezar. Pero no, permanecía allí, eso sí, sin dejar de mirarla, pero impasible. Apartó la colcha y decidió meterse en la cama. Tiró la bata de malas maneras, iba a apagar la luz cuando Samuel la agarró de la muñeca.

—¿A oscuras?

—Siempre duermo con la luz apagada.

—Me lo imagino, aunque supongo que no querrás perderte nada de lo que pienso hacerte.

Maddy respiró profundamente. ¡Ay, madre del amor hermoso! Samuel, que jugaba con ventaja, tiró de ella hasta hacerla caer en la cama, acto seguido se colocó sobre ella y le murmuró al oído.

—Para empezar, voy a deshacerme de ese mojigato camisón... No pudo seguir hablando, pues ella gimió bajo su cuerpo y se movió de tal forma que le rozó la entrepierna, por lo que no le quedó otra, buscó su boca y la avasalló. Notó las manos de ella, una en su nuca y otra aferrándose a su camisa, atrayéndole, diciéndole con gestos que continuara. Por supuesto que iba a hacerlo, solo que, esta vez, no como ella esperaba. Se apartó de ella, se colocó de rodillas, y ella inmediatamente abrió las piernas. Una alumna aplicada.

Samuel únicamente esbozó una sonrisa y metió ambas manos debajo del horrible camisón, empezando su ascensión por las suaves piernas femeninas, al mismo tiempo que levantaba la tela.

Cuando sus manos alcanzaron la unión entre sus muslos, evitó deliberadamente rozar su coño y siguió subiendo; el enorme camisón se atascó, por lo que la bonita maniobra de seducción quedó deslucida. Con la paciencia justa, él se las arregló para sacárselo por la cabeza, y si no tuviera tanta prisa por complacer a su esposa, se encargaría de quemar esa horrible prenda.

Maddy permanecía tumbada, a la espera; ahora, según su corta pero intensa experiencia, Samuel la acariciaría, la besaría, se desnudaría y utilizaría su polla (no dejaba de pensar en esa palabra) para satisfacerla.

—Abre más las piernas. —Ella obedeció al instante con una sonrisa como incentivo—. Y pase lo que pase no las cierres. —Ella asintió vehementemente—. Bien... —Se sentó a un lado y empezó a acariciar los labios vaginales con un dedo, suavemente, notando cómo la excitación de ella iba en aumento a la par que sus fluidos.

—Eso me gusta —murmuró ella.

—Lo sé. —Y no hemos hecho más que empezar.

Maddy, encantada con las atenciones, cerró los ojos, no necesitaba mirar, con sentir la caricia de ese dedo era suficiente por el momento.

Samuel, por su parte, se desabrochó los pantalones, necesitaba espacio para su erección y claro, como de momento no iba a hacer uso de ella, pues prefería al menos no sentir la presión del tejido.

Con la misma lentitud con la que comenzó a acariciarla, empezó a penetrarla, sin prisas, curvando el dedo en su interior, buscando uno de los puntos más sensibles del cuerpo femenino, dejando que ella se acostumbrara, pues había oído que algunas mujeres no disfrutaban la primera vez que se rozaba ese punto. Con paciencia y con pericia fue estimulando las paredes vaginales, disfrutando de los murmullos de Maddy, que le indicaban el camino a seguir.

Se inclinó un poco más, ella estaba lo suficientemente lubricada como para penetrarla, pero no, esa no era la opción en ese preciso momento.

Si ella quería ideas, por supuesto él iba a proporcionárselas.

—¡Samuel! —gritó ella intentando cerrar las piernas y taparse con una mano.

Él, que esperaba una reacción parecida, se lo tomó con filosofía.

No se lo podía creer, cuando notó cómo algo suave y húmero la besaba «ahí abajo», pensó: no puede ser, pero al sentir el roce del cabello de Samuel entre sus muslos y abrir los ojos, se escandalizó.

—Te he dicho que pasase lo que pasase no cerraras las piernas —dijo él haciendo palanca con las manos para abríselas otra vez.

—Pe... pero... es que estás...

—Haz una cosa, cuenta hasta veinte, despacio; si cuando llegues a veinte no te gusta lo que estoy haciendo, pararé. ¿Entendido?

—Pe... pero... tú... mi... —tartamudeó ella con los ojos abiertos como platos.

—¿Entendido?

Ella asintió y empezó la cuenta... uno... una leve succión... dos... otra más profunda... tres... es increíble... cuatro... un sonoro beso... cinco... una lengua juguetona... seis... un pequeño estremecimiento... siete... una leve corriente de aire... ocho... algo entrando y saliendo... nueve...

—¡No pares! —gimió ella encantada.

Y por supuesto, él siguió. Alternaba suaves pasadas de su lengua, saboreando sus fluidos, con penetraciones profundas de dos dedos, succión del hinchado clítoris, o combinado para que ella disfrutara al máximo.

A pesar de insistir en que no cerrara las piernas, ella no podía contenerse, Samuel estaba haciendo algo increíble y perverso entre sus muslos. Si la noche anterior había creído experimentar una completa satisfacción sexual, en ese instante, y a pesar de su escasa capacidad de raciocinio, se dio cuenta de que era una ignorante de campeonato y que debía informarse de todas las posibilidades.

O probarlas con un maestro como su marido.

Preferiblemente la segunda opción.

Él no dejaba de estimularla, una y otra vez, lamiendo, cada vez con mayor ansia, a pesar de los inconscientes impedimentos que ella le ponía al no estarse quieta.

Podía entenderlo, pero si no se moviera tanto, todo podría ir mucho mejor. La sujetó colocando una mano en su estómago, obligándola a permanecer con el trasero pegado al colchón.

Ella protestó, o eso al menos le pareció a él, pero la ignoró. Aumentó de dos a tres dedos su penetración, ella estaba cerca, lo intuía, y él a este paso iba a tener un buen dolor testicular si no hacía algo. Aunque él quería verla correrse antes de follarla como llevaba todo el día pensando en hacer.

Maddy se revolvió como una mujer poseída, gritó, le tiró del pelo, le aprisionó entre sus piernas... en resumen, no paró quieta hasta que experimentó un sensacional orgasmo que la dejó relajada y somnolienta.

Y tranquila al fin.

Samuel, por su parte, no esperó más, se bajó los pantalones lo imprescindible para maniobrar y se la metió, sin darle tiempo a preguntar. Quería que le mirase, pero entendía que era mucho pedir.

Poco a poco ella pareció volver a la vida, y cuando abrió los ojos lo primero que vio fue a Samuel, tan cerca, moviéndose sobre ella, despeinado, y Maddy se abrazó a él para después de murmurarle un gracias, besarle como él siempre hacía.

Él, por supuesto, respondió encantado y aumentó el ritmo, bombeando en su interior como un loco.

—Mmm... —ronroneó ella encantada dejándose llevar. Esto del matrimonio hasta podía ser bueno.

—Maddy... ahora me toca a mí —pidió él con voz ronca—. Vamos, ayúdame.

Y, a pesar de su corta experiencia, Maddy lo hizo. No dejó de acariciarle, moverse al ritmo que él imponía, besándole en los labios, en el cuello, donde podía...

Entonces recordó, en un momento de lucidez, los consejos para no quedarse embarazada.

—¡Samuel! No podemos... no puedes... no me he puesto... —titubeó.

Él la ignoró, estaba a punto, sin posibilidad de retroceder ni de pensar. Le llegaba la voz de Maddy, pidiéndole algo, suplicándole algo, aunque él, en ese instante, se rindió a lo inevitable.

Se corrió con fuerza, sin poder salirse a tiempo, sin un ápice de control. Para después caer, completamente agotado y satisfecho sobre ella.

Tras unos instantes entrelazados y regulando la respiración, ella murmuró:

—¿Samuel?

Al oír la voz de su esposa reaccionó y se echó a un lado, respiró profundamente y se preparó para la batería de preguntas que vendrían a continuación. Sin embargo, Maddy, en vez de acribillarle con preguntas, se enroscó junto a él y se acomodó en su hombro. Empezó a desabotonarle la camisa tranquilamente.

—Ni siquiera te has desnudado. —Aunque pareciera un reproche, no lo era.

—Las prisas nunca son buenas consejeras —comentó mientras se incorporaba levemente para deshacerse de su ropa.

—¿Apago la luz? —preguntó ella antes de tumbarse de nuevo junto a él.

—Como quieras.

Sin embargo ella no lo hizo, pues le encantaba observarle desnudo, ahora que podía.

Durante unos instantes permanecieron en silencio, él tranquilamente recuperando fuerzas y ella acariciándole, fijándose en cada detalle del cuerpo masculino, cosa que no dejaba de maravillarla.

—¿Puedo preguntar...?

Samuel la miró de reojo, estaba claro que no iba a dormir, ninguno de los dos, ya puestos, si antes no aclaraba ciertos conceptos con ella. Y así lo hizo.

—No me imaginaba yo que el latín sirviera para estas cosas —dijo ella tras escuchar la explicación.

Pero al parecer ella no estaba satisfecha porque observó cómo se concentraba, a saber cuál era la siguiente pregunta.

—De acuerdo, tú me has besado... ahí... —dijo con cautela para después añadir alegremente—, ¿puedo hacerte yo lo mismo?

Que no cunda el pánico, se dijo Samuel incorporándose de repente. Al moverse con esa rapidez ella se quedó desconcertada, mirándole y con cara de haber dicho poco menos que alguna barbaridad. Samuel, con la vista fija en ella, no sabía si le estaba tomando el pelo o simplemente le estaba proponiendo una felación en toda regla.

—¿He dicho algo malo? —preguntó Maddy sin saber qué conclusión sacar.

—Acabas de... —Negó con la cabeza, su cerebro, tras correrse, estaba aturdido y aún tardaría en restablecer el riego sanguíneo de forma acertada—. Acabas de... ¿proponerme una buena mamada?

—No sé si se llama así. —Se encogió de hombros—. Pero deduzco que tiene que ser agradable.

Agradable, vaya forma de describirlo, se dijo.

—Está bien. —Se dejó caer de nuevo hacia atrás—. Si quieres hacerlo, no lo dudes. —Se relajó y se puso cómodo a la espera.

Maddy se incorporó, sentándose en la cama, y le miró con cara de preocupación.

—Esto... ¿y podrías decirme cómo se hace? —Él arqueó una ceja—. Me refiero a que si es suficiente con un beso o varios.

«Clases prácticas de sexo oral». Maddy quería eso.

—Maddy... —Él también se incorporó para quedar a su altura, la atrajo hacia sí y la besó dulcemente—. Otro día, ¿de acuerdo? Limitémonos a hacer lo que ya sabemos. —Fue tumbándola poco a poco hasta que ella puso las manos a modo de escudo—. ¿Qué ocurre? ¿No quieres?

—Sí, sí que quiero, solo que... —Se mordió el labio—. Verás, como ayer hablamos sobre lo de tener cuidado...

Samuel lo entendió a la primera. Y entonces se dio cuenta de su error, con las

prisas, llevado por la excitación y por el cuerpo tentador de su esposa, no había eyaculado fuera.

—Tienes razón —admitió con pesar y se separó de ella—, lo siento. A partir de ahora tendré más cuidado.

Maddy le observó un momento. Podía hacerle sentirse aún peor, pero no ganaría nada, pues para eso ella también sufriría su parte.

—¿Samuel?

—Dime —respondió en un suspiro separándose de ella. Si no se andaba con cuidado terminaría dejándola embarazada, y aunque esa idea no le disgustaba tanto como podía parecer, no debía hacer a Maddy algo así. A pesar de todo, ella tuvo un primer plano de su excitación.

—Hoy he ido a ver un médico que...

—¿Un médico?

—Bueno, una doctora, para ser exactos. Me hizo un examen... —Señaló entre sus piernas— ahí para... ¿cómo dijo? Ah, sí, medirme... algo. Bueno, el caso es que después me dio un dispositivo para...

—¿Dónde lo tienes? —la interrumpió.

—En el aparador, escondido entre mis cosas.

—Tráelo, rápido.

Maddy se levantó de la cama y le miró por encima del hombro, y a cambio de mostrarle su trasero, obtuvo una lasciva sonrisa.

Por suerte su cabello enredado no tapaba su estupendo culo, el que admiró con interés mientras ella buscaba entre sus cosas.

Volvió a la cama con un estuche metálico, no tuvo tiempo de abrirlo, pues Samuel se lo arrebató de las manos.

—Tumbate, y abre bien las piernas.

—¿Sabes colocarlo? —preguntó sorprendida, pero claro, si se paraba a pensar un poco...

—Sí —respondió conciso.

—La doctora me explicó que era mejor de pie, levantando una pierna e inclinándome un poco —argumentó ella relajándose mientras Samuel se colocaba de rodillas frente a ella con el diafragma en la mano.

—Sí, es una forma —dijo él empezando a separar sus labios vaginales—, pero estoy seguro de que de esta otra manera te va a gustar más.

—No sabría... decirte —murmuró ella al sentir cómo Samuel la acariciaba.

—No hay nada como ir... probando, ¿verdad?

—Sí... —logró decir.

Samuel se entretuvo más de lo necesario insertando el dispositivo en el cuerpo de su esposa. Algo tan, en principio, pragmático, podía convertirse en un juego para disfrute de ambos. Con el beneficio añadido de ver a Maddy tumbada en la cama, recibiendo sus cuidados con interés y dejándose llevar. En otro momento analizaría la

facilidad de su esposa para estar a la altura de las circunstancias.

—Ya está —anunció él besándola por encima del vello púbico.

Maddy le miró y esbozó una sonrisa.

—¿Vas a ponerte encima o quieres que yo...? —preguntó ella.

—Date la vuelta.

Ella le miró extrañada.

—Quieres decir... ¿boca abajo? —preguntó por si acaso.

—Exactamente.

Ella lo hizo y echó un vistazo por encima del hombro. Cruzó la mirada con Samuel y este no se sorprendió de la expresión de ella, como queriendo decir: no sé qué va a pasar, pero me va a gustar.

—Ahora, levanta el trasero y apóyate en los brazos.

—¿Cómo los animales?

—Sí.

—Qué curioso...

—Mucho —zanjó él, pues ni de lejos quería entablar ningún tipo de intercambio dialéctico con ella.

Una vez que Maddy adoptó la postura, él se situó tras ella. Vaya panorama tenía delante de sí. Indescriptible.

—Así no voy a poder acariciarte —murmuró ella en tono lastimero.

—Pero yo sí. —Se pegó a ella, sin penetrarla—. Por ejemplo, puedo tocar esto. —Extendió una mano, rozó suavemente un pezón, el cual no era necesario estimular pues estaba bien duro—. También, si quiero, puedo hacer esto otro. —Ahora, ejerciendo más presión y ayudado por la gravedad, tiró del pezón haciéndola jadear—. Claro, que... si me apetece... —Abandonó el pezón para bajar lentamente la mano hasta detenerse en el vello púbico y acariciarlo— puedo entretenerme aquí.

—Samuel...

—O... —Buscó y encontró a la primera su sensibilizado clítoris— tocar este punto para que lo disfrutes.

Ella movió el trasero en respuesta, frotándose contra él y provocándole un gruñido.

—¿Y tú? —murmuró ella—. Yo no puedo tocarte.

—No te preocupes. —Samuel dejó de frotar el clítoris, se agarró la polla con una mano y la colocó en posición, pero antes de penetrarla se recreó impregnándose de los fluidos femeninos—. Seguro que encuentro algo para divertirme.

—Samuel... —gimió ella, entre los roces perversos, las caricias estimulantes, las palabras con voz ronca y el miembro de Samuel jugando entre sus piernas... Estaba demasiado excitada y necesitada.

—Dime. —Él sabía perfectamente qué estaba pidiendo ella, pero una de las mejores formas de incrementar el placer es retrasarlo.

—¿Por qué... —Maddy respiró profundamente antes de seguir hablando— tardas

tanto?

—Porque no tenemos prisa, podemos disfrutar lo que queramos, crear expectativas, ¿no te parece? —Samuel seguía tocándola, sin llegar a penetrarla.

—¿Expectativas?

—Humm, sí.

—Pero si tú quieres y yo quiero, no entiendo para qué...

—Es muy simple, si creamos expectativa, el deseo, la excitación, será mucho mayor, del mismo modo que el esfuerzo para conseguirlo.

—¿Y... qué... sentido... tiene... eso?

—Que al final el premio será mayor. Una simple regla de tres: a mayor esfuerzo...

—Mayor recompensa.

Joder, follar con una mujer inteligente era cien veces mejor que con una puta experimentada. Así que Samuel la entretuvo todo cuanto quiso y Maddy aprendió una valiosa lección. Cada suave roce en su espalda, cada pellizco en sus sensibilizados pezones, cada leve penetración, iban creando en su interior una gigantesca ola que, cuando la alcanzara, la engulliría por completo.

Y, en efecto, así sucedió.

CAPÍTULO 26

Normalmente se levantaba pronto, pero con las últimas actividades nocturnas... costaba levantarse a primera hora. Al incorporarse en la cama echó de menos el calor de Samuel, pero claro, él no cometía el mismo error dos veces. Así que se dispuso a empezar el día siendo optimista.

Mientras desayunada y leía la prensa del día una criada anunció la visita de *Lady Wesley*.

—¡Buenos días! —saludó Alice entrando en el pequeño comedor, tan alegre como siempre.

—¿Te apetece tomar algo? —preguntó Maddy dando un sorbo a su café. Observó el atuendo de su amiga, vestía completamente de negro, como una viuda. Mejor no preguntar, decidió; con Alice nunca se sabe.

—Humm, no. —Se lo pensó mejor—. Bueno, sí, un café. Necesito estar despierta. Últimamente no duermo mucho.

—¿Y eso? ¿Te encuentras mal?

—¡Por Dios, Maddy! Eres la única persona que conozco que no piensa mal.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—Porque me conoces. En fin, da igual, déjalo, esta tarde intentaré dormir la siesta. —Bebió un sorbo de café y la miró atentamente.

—¿Qué pasa? —preguntó Maddy al sentirse observada.

—Veo que tú también tienes problemas de insomnio —dijo Alice con malicia.

Al sonrojarse, Maddy respondió a su pregunta.

—¿Y? —dijo Maddy altiva.

—Nada, nada, Dios me libre de criticar. —Alice se terminó su café—. ¿Qué planes tienes para hoy?

—En principio terminar unos informes, dar unas instrucciones a Theresa y poco más. ¿Por qué?

—¿Podrías acompañarme?

—¿A dónde? —preguntó Maddy con desconfianza; cuando Alice proponía algo...

—¡Qué mal pensada eres! Al banco, tengo que ocuparme de unos asuntos.

—¿Al banco?

—Pues sí, señorita sabelotodo, yo también me ocupo de mis finanzas.

—Perdona —dijo Maddy al ver la seriedad con la que hablaba—. Pensé que a ti no te gustaban esos asuntos...

—Y no me gustan, pero... —suspiró y se encogió de hombros— no me queda más remedio.

—De acuerdo, entonces deja que coja unos papeles para Samuel y listo.

Alice se quedó sola mientras Maddy iba al despacho para recoger los documentos. Vaya pánfila, pensó, ir a visitar a su marido y pensar solo en los negocios. En fin, no tiene remedio.

Mientras se dirigían hacia el banco, la curiosidad de Maddy venció a la prudencia.

—¿De qué vas vestida? —preguntó Maddy.

—De viuda respetable. —Se colocó bien el velo sobre la cara.

—¿Viuda? ¡Ay, Dios mío! ¿No me digas que...? —Maddy estaba alarmada.

—No, simplemente prefiero pasar desapercibida.

—¿Por qué?

—Es una sorpresa —respondía enigmáticamente—. No preguntes.

—Sinceramente, me parece que Collins quiere vendernos esas tierras a precio de oro cuando no valen ni para plantar patatas.

—De eso ya me había dado cuenta, pero está al borde de la quiebra y si le apretamos un poco las clavijas podemos hacernos con esos terrenos.

—De acuerdo. Y ahora explícame por qué nos interesan esas tierras.

—Porque, querido amigo, están muy cerca de una fábrica de automóviles que va a construir dentro de muy poco una nueva factoría.

—Joder, Samuel, eres el hijo de puta mejor informado que conozco.

—No es mérito mío sino de Maddy, ella ha estado estudiando la evolución de la empresa. —Samuel se reclinó en su gran sillón y observó la cara de admiración de Rafe, claro que a él le pasaba lo mismo.

—Vaya, vaya, así que tu encantadora mujercita hace todo tipo de... —Sonrió con malicia— trabajos para ti.

Samuel aguantó el tipo.

—No veo por qué no puede trabajar —recalcó bien la palabra trabajar— si así lo desea; y si además conlleva un beneficio añadido...

—Lo que siempre he dicho: no te la mereces.

Puede ser, se dijo Samuel a sí mismo, pero lo cierto es que si pensaba con la cabeza fría y la cremallera abrochada, su matrimonio podía costarle no solo dinero, sino además serios disgustos, empezando por los comentarios en público que su suegro empezaba a difundir sobre su solvencia económica.

En ese momento llamaron a la puerta y Thompson, su fiel secretario, entró.

—Buenos días. Le esperan en su despacho —dijo a Rafe.

—No tengo ninguna cita prevista —dijo Rafe intentando recordar su agenda.

—Se trata de una... joven viuda, Lord Wesley.

—¿Ha dejado su tarjeta? —preguntó Rafe.

—No, señor, únicamente ha dicho que viene de parte de la señora Smith.

Samuel observó cómo la cara de su amigo cambiaba radicalmente al oír «señora Smith».

—Está bien, dígame que estaré con ella en cinco minutos.

Thompson asintió y salió del despacho.

—¿Se puede saber qué negocios te traes tú con las viudas?

—No te alteres, es una vieja amiga, por desgracia su marido era un inepto con los negocios y está prácticamente en la ruina, yo solo intento ayudarla.

Samuel no se mostró muy convencido, la cara de Rafe decía algo totalmente diferente.

—Está bien, haz tu buena obra del día y regresa lo antes posible, tenemos que acabar con este asunto.

Rafe salió del despacho de su socio y amigo manteniendo la calma, Samuel sospechaba algo, pero a él le importaba un pimiento. Tampoco era para tanto, ayudar al necesitado, a la necesitada, en este caso, era una buena obra, ¿no? Entró en su propio despacho y observó a la viuda. Estaba de espaldas, contemplando la calle desde el amplio ventanal. Cerró la puerta sin hacer apenas ruido y echó el cerrojo. Ese pequeño ruido hizo que ella se diera cuenta de su presencia. Aunque siguió dándole la espalda. La mujer inspiró profundamente, manteniéndose oculta tras su recatado velo de viuda. Rafe se tensó ante la espera. Bien, estaba claro que debía manejar la situación.

—¿En qué puedo ayudarla? —preguntó manteniendo la calma.

Ella apenas se giró, Rafe sospechaba que debajo de ese velo ella sonreía. Pero prefería, de momento, quedarse con las ganas de averiguarlo.

La mujer se aclaró la garganta antes de hablar.

—Como usted sabrá, Lord Wesley. —Ella habló con voz ronca, de tal forma que a él se le pusieron no solo los pelos de punta—. Llevo más de seis meses viuda y lo cierto es que no consigo acostumbrarme a esta situación.

—Ha sido un cambio muy brusco —respondió Rafe concordando con ella.

—Sí —suspiró la viuda—, toda mi vida giraba en torno a mi difunto esposo.

—Con el tiempo todo irá a mejor.

—Cada día se me hace más difícil salir adelante, aunque la compañía de mis amistades hacen más llevadero el sufrimiento —suspiró de nuevo—, es por las noches cuando se hace más cuesta arriba. —Otro suspiro muy teatral.

—¿Por las noches? Explíquese, por favor.

—Me siento tan tan sola... —empezó a decir la mujer imprimiendo en cada sílaba el acento para que él no dejara de prestarle atención—. Las noches son tan largas... —Ahora, quien inspiraba con fuerza, era Rafe—. Añoro enormemente la compañía de un hombre... —Cada frase era pronunciada en tono lastimero, eso sí, dejando bien abierta la posibilidad de aceptar sugerencias... pero es tan difícil...

—¿Por qué? —acertó a preguntar Rafe.

—La sociedad, las amistades, todo el mundo me apartaría, me relegaría al ostracismo si se supiera que... —Ella se mordió el labio y fingió limpiarse una lágrima.

Joder, era realmente buena, pensó él intentando controlarse.

—Continúe, por favor. —Rafe aprovechó las circunstancias y a la vez que le tendía su pañuelo se acercó a ella.

Por supuesto ella aceptó el pañuelo y con gran habilidad evitó mostrar su rostro. Rafe dudaba de que hubiese derramado ni una sola lágrima. Aunque, cualquiera sabe.

—No puedo arriesgarme a dejar entrar un hombre en casa, los criados, tarde o temprano, hablarían.

—Puede buscarse un sitio discreto, llegado el caso.

—No lo había pensado.

Rafe, que estaba muy excitado, se colocó tras ella; si iba a hacer la buena obra del día...

—Hay hoteles muy discretos donde dos amantes pueden reunirse y quedar a salvo de las habladorías —murmuró Rafe muy cerca del oído, haciéndola temblar.

—Entiendo —dijo ella—, pero... solo queda otro pequeño inconveniente.

—Dígame, si está en mis manos el poder ayudarla... —Estaba prácticamente pegado a ella.

—Encontrar al candidato adecuado. —Ella movió su trasero haciéndole saber que sus avances eran bien recibidos.

—Eso, querida señora, tiene fácil arreglo. —Colocó ambas manos en las caderas de ella para mantenerla bien pegada.

Sorprendiéndole, ella le agarró de las muñecas, acariciándole con los finos guantes de encaje indicándole sin palabras que podía ir ascendiendo, pero al parecer él tenía otros planes.

—Necesito saber una cosa, querida señora. —Rafe se mantuvo quieto, el juego de la provocación podía durar un poco más—. ¿Su difunto marido era bueno en la cama?

Ella le agarró con más fuerza de las muñecas. Contestó con un gemido, encendiéndole aún más.

—Entonces —subió ligeramente las manos hasta su cintura— tendré que esforzarme al máximo. —Sus manos ascendieron un poco más sin llegar a tocarle los pechos—. No quisiera decepcionarla.

—Eso... —suspiro exagerado— espero.

Ah, pero qué zorra más bien entrenada, quiso gritar Rafe. Ciertamente el juego de la seducción y provocación les estaba llevando a los dos al máximo, pero de eso se trataba. Rafe abarcó sus pechos por encima de la gruesa tela negra y empezó a masajear, muy lentamente, disfrutando del tacto de la tela (no esperaba que ella fuera con uno de esos ásperos tejidos típicos de viuda), del movimiento ondulante de las caderas femeninas que cada vez se frotaban con más insistencia sobre su entrepierna, y de los suaves, pero contenidos, gemidos que ella emitía.

—¿Le gusta? —murmuró él en su oído.

Quería mordisquear su cuello pero iba tapada con el velo y de momento prefirió no arrancárselo de cuajo. Todo a su tiempo.

—Sí —susurró ella inclinándose hacia atrás.

Rafe se limitaba a acariciarla por encima de la ropa, y claro, eso no era suficiente, así que empezó a desabotonarse ella misma su chaquetilla para que él pudiera

profundizar.

—No, no tenemos tanto tiempo —interrumpió él al tiempo que la detenía.

Ella protestó, naturalmente, y él tuvo que aguantar las ganas de reírse.

Puesto que andaban mal de tiempo, ¿para qué perderlo entonces?, pensó ella, y con decisión metió una mano entre los dos cuerpos para buscar su erección, estaba más que preparada para recibirle.

Él gruñó ante el descaro de la viuda, pero evidentemente no estaba disgustado.

—Dígame, querida señora, ¿cada cuánto follaba con su esposo?

Permitió que ella introdujera una mano por la abertura del pantalón, pero tampoco facilitó la tarea, quería ver hasta dónde llegaba la audacia de la viuda.

—Siempre que nos era posible —respondió ella algo molesta porque no lograba su objetivo.

—Entiendo —murmuró él mientras abandonaba sus pechos para empezar a levantar su falda—. Y... ¿siempre era satisfactorio?

—Sí —suspiró ella agradeciendo en silencio que él empezara a tomarse el asunto en serio.

—¿Siempre? —insistió él.

—Siempre —confirmó ella con voz ronca, y notó cómo sus piernas iban quedando a la vista.

—Inclínese hacia delante, por favor —pidió él instándola a que se apoyara en la gran mesa, después levantó completamente su falda hasta dejar a la vista un estupendo trasero desprovisto de cualquier prenda. Empezó a acariciarlo y sonrió al oírla gemir—. ¿Cuánto tiempo hace que no se la meten?

—Demasiado —gimió ella meneando provocativamente su culo—, demasiado...

—Querida mía, su tiempo de espera está a punto de finalizar.

Con una mano se desabrochó completamente los pantalones, liberando así su erección. Tal y como iban las cosas seguramente iba a ser el polvo más rápido de la historia. Colocó su pene en posición pero hizo algo que a ella no le gustó, detenerse justo a la entrada. Quería ver su reacción.

—Una última cuestión —se interrumpió al oír cómo ella protestaba—. Cuando en esas noches de soledad usted no puede conciliar el sueño, ¿se toca a sí misma? —Ella volvió a protestar—. ¿Se introduce los dedos pensando que son los de un hombre?

Empujó un poco más, pero sin penetrarla, quería una respuesta.

—Por favor —gimió ella.

—¿Se masturba? —insistió él negándole lo que ella tanto necesitaba.

—¿Importa?

—Mucho. —Él seguía rozándola con la cabeza de su polla pero sin llegar al fondo de la cuestión.

—¡Rafe, deja ya de torturarme y métemela de una vez! —estalló «la viuda».

—Eso no estaba en el guión. —Y para reafirmar su desacuerdo palmeó no una, sino dos veces su precioso culo.

—Está bien, ¡sí, me toco a mí misma! ¿Contento?

—Ahora está mejor, querida mía. —Y sin más preámbulos empujó con fuerza, penetrándola como sabía que a ella le gustaba y haciéndola gritar como a él le gustaba—. Baja la voz —pidió él— o dentro de unas horas toda la ciudad sabrá que he sido infiel a mi mujer con una viuda desconocida —explicó Rafe con humor.

—No... no puedo evitarlo.

CAPÍTULO 27

Maddy levantó la cabeza y dejó a un lado los documentos con los que estaba trabajando al oír cómo llamaban a la puerta. Sin duda era Theresa con algún aperitivo, siempre insistía en que debía comer más y se preocupaba por su salud. Maddy se lo agradecía enormemente, pues en muchas ocasiones estaba tan absorta con los papeles que hasta se olvidaba de comer.

—Tiene visita —anunció Theresa.

Maddy se sorprendió al ver que no llevaba la clásica bandeja, y además parecía inquieta.

—¿Visita? —Maddy hizo un repaso mental de quién podría visitarla a esa hora de la tarde; giró la cabeza y comprobó la hora. ¿Quién sería? Prácticamente era la hora de la cena.

—Sus padres, señora.

—¿Mis padres? —Eso sí que no se lo esperaba.

—Les he acomodado en la salita de recibo. —En la voz de la mujer se notaba cierto nerviosismo.

—Está bien. —Se levantó y ordenó los papeles que tenía entre manos.

A Maddy, lo que menos le apetecía era encontrarse con sus progenitores, y menos aún sabiendo cuál era el motivo de su visita. Hubiera preferido una de esas visitas soporíferas y aburridas de cortesía, para comprobar que su preciosa hija estaba bien y quedar como los padres amantísimos que todo el mundo creía que eran. Ahora bien, Maddy sabía perfectamente que sus amantísimos padres solo se preocupaban por su fuente de ingresos, en este caso su hija.

Entró en la salita tomando la precaución de dejar la puerta entreabierta. Con ello esperaba que el tono de la conversación no fuera desagradable por temor a ser escuchados por el servicio.

—Buenas noches —dijo Maddy, y se acercó para recibir el beso más falso que su madre podía ofrecer.

—Buenas noches, hija —respondió su madre y se sentó convenientemente apartada de su padre.

—Veo que estás bien —dijo su padre sin ceremonias, con su característico sarcasmo.

—No puedo quejarme, padre.

—Me alegra oír eso. Estábamos preocupados por ti.

Sorprendente noticia, pensó Maddy con cinismo mirando a sus padres.

—Querida Madelinne, hemos venido para...

—Déjame a mí —interrumpió Lord Chesterfield a su esposa—. Esta no es una visita social de esas que tanto le gustan a tu madre. Vengo de una reunión con mis abogados, pese a que insisten en demandar al... a tu marido, he querido darle una última oportunidad de arreglar las cosas amistosamente.

—Samuel no está —dijo Maddy.

—Lo sé. Preferimos hablar contigo. Tu madre me ha convencido para ver si a través de ti podemos convencer a tu esposo de que deje de jugar al gato y al ratón y cumpla lo estipulado en tu contrato prematrimonial.

—Madelinne, hija, ya sabes cuánto nos jugamos. —Su madre lo intentó con el chantaje emocional—. Tu padre ha retrasado todo cuanto ha podido la acción judicial, pero ya no nos queda otra alternativa.

—Exijo una respuesta satisfactoria. —Lord Chesterfield elevó la voz—. No voy a permitir que un usurero del tres al cuarto me tome el pelo.

—Peter, por favor —pidió su esposa señalando a Maddy con la mirada.

—¡Me da igual que sea el marido de tu hija! —saltó exasperado—. ¡Nos está tomando por tontos! ¡Y eso no se lo consiento a nadie! Por muy marido que sea de tu hija. —Miró a la aludida con desprecio—. Y tú, niñata ingrata, deberías saber lo que te conviene y de qué lado estás.

—Padre, por favor. —Maddy, conociendo de primera mano el carácter agresivo de su padre, intentaba calmarle y evitar una desagradable escena, ahora no estaban en su casa y los criados, que sin duda iban a oírles, podrían ir con el cuento a Samuel.

—No me vengas con disculpas. ¿Crees que tu marido va a respetarte siempre? ¿Va a apoyarte cuando ya no le sirvas? Abre los ojos, Madelinne, Sí casó contigo por interés y tú, como la mujer estúpida y sin cabeza que eres te has creído que todo este lujo te pertenece y ahora te pones en contra de tus padres.

—Eso no es así —protestó Maddy con vehemencia.

—¿No? Por favor, no seas ilusa, te has casado con un hombre que no dudará en dejarte arrinconada cuando ya no seas el florero adecuado para pasear de su brazo.

—Entonces, padre, dígame, ¿por qué me obligaste a casarme con él? —Era una pregunta justa.

—Fue una... decisión precipitada.

A Maddy el tono de su padre de falsa disculpa le pareció peor aún que el hecho en sí.

—Madelinne, hija, solucionemos esto de forma discreta. —Su madre siguió por la vía diplomática—. Nadie tiene por qué saber nada.

Por supuesto en pos del propio interés, nada que ver, ni de lejos, con las posibles contrariedades que tuviera que afrontar Maddy.

—Sin embargo están dispuestos a denunciar a Samuel públicamente si no accede a vuestras peticiones —razonó Maddy.

—No nos queda otra opción —reconoció su madre en voz baja.

—¡Ya basta de tonterías! —estalló su padre acercándose amenazadoramente a Maddy—. ¡Vas a hablar hoy mismo con él! —La agarró del brazo zarandeándola.

Maddy intentó soltarse, la agresividad de su padre no le era desconocida, pero aun así ya no tenía por qué soportarla.

—Suélteme, por favor.

—¿Has escuchado lo que te he dicho?

—¡Yo no puedo hacer nada! —mintió Maddy sintiéndose mal por hacer recaer todas las culpas en Samuel.

¡Zas! En ese momento su padre, lleno de rabia, le propinó un tortazo en la cara. A duras penas Maddy consiguió contener las lágrimas por el dolor y la rabia que sentía. Miró a su madre, que disimuladamente observaba el estampado de las paredes.

—Salgan ahora mismo de mi casa.

Maddy se giró al oír la voz baja y amenazadora de Samuel. Estaba de pie en la puerta y Maddy se sintió asqueada de que tuviera que contemplar una escena tan desagradable. No solo la vergüenza y la humillación estaban haciéndola flaquear, sino la culpabilidad, todo esto se debía a algo que ella misma comenzó.

—Y suelte inmediatamente a mi esposa.

—¡Estoy hablando con mi hija!

Esto era lo último que deseaba, un enfrentamiento directo entre su padre y Samuel.

—Padre, por favor, ya hablaremos en otro momento.

—¡Ingrata! —Levantó la mano con la clara intención de darle otra bofetada.

—He dicho que la suelte. —Samuel avanzó hacia ellos, pero por una vez Lord Chesterfield pareció recordar que no estaba jugando en su terreno.

—¡Desgraciada! —dijo con desprecio a su hija y por supuesto a su yerno—. ¿Te crees que él va a protegerte siempre? —Se rio irónicamente—. Deberías saber que somos tu familia, hija. No esperes que te recibamos con los brazos abiertos cuando este... te eche a patadas.

—¡Fuera de mi casa! —insistió Samuel agarrando a Maddy para separarla de su padre y evitar así una nueva agresión—. No voy a consentir ni un insulto ni un maltrato más a mi esposa. Lárquense de aquí y no vuelvan.

—Eso sí que tiene gracia —respondió Lord Chesterfield riéndose—. ¿Tú? ¿Un simple usurero? No sabes con quién estás hablando...

—¡Largo de aquí! Y no me obliguen a desalojarles por la fuerza.

—¡No será capaz! —intervino la madre de Maddy más preocupada por mantener las apariencias que por el drama que allí se desarrollaba—. ¡Qué dirán los criados!

—Mejor no preguntar, ¿no cree, señora? —dijo Samuel mirando a su suegra con todo el desprecio del que fue capaz.

—Esto no quedará así, se lo aseguro —respondió Lord Chesterfield, totalmente rabioso, dirigiéndose a la puerta mientras esperaba a su esposa—. Arrastraré tu nombre por los tribunales —amenazó—. Y tú —señaló a Maddy—, luego no vengas pidiéndome perdón.

Maddy cruzó la mirada con Samuel, estaba claro que tarde o temprano ella tendría que abandonar la casa; podía confiar en él, pero nadie aseguraba su futuro.

Cuando por fin se quedaron a solas, Maddy estaba tan avergonzada de la situación que se acababa de desarrollar que no podía articular palabra. Trataba,

además, de contener las lágrimas y de huir cuanto antes a su dormitorio. ¿Qué podía decir a Samuel? Nada, absolutamente nada, pues toda esa situación era consecuencia de su petición.

Respiró profundamente y caminó con la escasa dignidad que pudo reunir hacia la puerta. Samuel se lo impidió cerrando de un portazo. Estaba enfadado. Comprensible, desde luego, pero era lo último que necesitaba en esos instantes. Como un animal herido quería esconderse hasta poder afrontar la situación con un mínimo de dignidad.

—Ven aquí —pidió él con voz amable tendiéndole una mano.

Maddy evitó mirarle a los ojos y negó con la cabeza.

—Tu padre es un hijo de puta. —Se acercó a ella—. No tienes que darme explicaciones. —La rodeó con los brazos y la obligó a que se recostara sobre su hombro. Ella se dejó llevar, resultaba tan tentador abandonarse al consuelo que él estaba ofreciéndole... pero no quería despertar en su esposo ni compasión ni lástima. Debía afrontar la situación sola; puesto que ella había empezado, ella debía terminarlo. Intentó romper el contacto, pero lógicamente él era más fuerte y no se lo permitió.

—Por favor...

—No —respondió él categóricamente, y siguió abrazándola. Pasados unos minutos, se atrevió a preguntar mientras le acariciaba en la mejilla—. ¿Te duele? —Ella negó en silencio—. ¿Esto ha pasado más veces? —Ella se negó a responder—. Dímelo, ¿te ha pegado en más ocasiones?

Pese a que las preguntas iban formuladas en voz baja, Maddy se percató del tono falsamente tranquilo que él empleaba. Tampoco quería responderle, no quería que su vergüenza fuera en aumento. Ya era bastante humillante con saberlo. No tenían por qué hablar de ello.

Ardía por dentro, sabía que su suegro era un déspota, pero infringir ese trato a su propia hija rebasaba cualquier límite moral. Nunca le habían gustado los altercados, ni tener que defender a golpes una idea, pero el mero hecho de presenciar cómo Maddy recibía un golpe, le había puesto en una situación desconocida. Y no solo la agresión física, sino las palabras de desprecio que ella había soportado. Puede que él, en sus negocios, fuera implacable, ahora bien, eso no implica agredir a una persona más débil. Entendía el silencio de Maddy, al igual que su resistencia a ser consolada. Al fin y al cabo no habían llegado a ese punto dentro de su matrimonio, a ese estado en el que muchas parejas se sienten cómodas y se comunican en silencio.

—Has llegado justo a la hora de la cena —dijo ella intentando desviar la conversación.

Samuel no era un experto ni en conversaciones banales ni en ofrecer consuelo. Ahora bien, podía hacer que Maddy se sintiera mejor. Acarició sus labios con el pulgar antes de besarla suavemente. Más tarde, cuando estuviera relajada, quizás podría hablar con ella.

Evidentemente ella se sorprendió, no esperaba esa reacción. Pero... era tan agradable. Y lo que comenzó como un simple roce, una simple caricia, fue aumentando de tal forma que a los pocos minutos ambos estaban demasiado acalorados agarrándose el uno al otro.

—¿Qué te parece si pido que nos sirvan la cena en mi dormitorio?

Ella echó la cabeza hacia atrás y le miró frunciendo el ceño.

—No podemos cenar ahí, no hay una mesa en condiciones.

—No tenemos por qué cenar formalmente.

Samuel lo dijo normalmente y Maddy tardó unos segundos en comprender.

—¿No estarás pensando en...?

—Pues sí. —Se separó de ella—. Voy a disponer todo. Ahora vuelvo.

Una hora después, el estómago de Maddy protestaba. Samuel la miró de reojo mientras daba un sorbo a su copa de vino.

—Al final no he cenado —protestó ella.

—Pues yo sí —respondió él relamiéndose, y saboreó de nuevo el vino.

Maddy le quitó la copa y bebió.

—Buen vino —dijo volviendo a saborearlo.

—Excelente, diría yo, un reserva, para ser exactos —explicó él.

—Cada botella debe costar una fortuna.

No lo sabes tú bien, quiso decir.

—Son un obsequio de un cliente —mintió Samuel evitando así que la mente de su esposa empezara a hablar de números. Nadie puede concentrarse en las matemáticas estando en la cama desnudo y con una mujer en iguales condiciones a tu lado.

El estómago de ella volvió a protestar y Samuel atentamente estiró la mano, cogió un pedacito de fruta y se lo colocó en los labios. Eso sí, se entretuvo lo suficiente para que el jugo de la fruta manchara su barbilla.

—Me estoy poniendo perdida —dijo intentando limpiarse.

Pero él se adelantó y lamió más de lo necesario, y para poder seguir haciéndolo, cogió más trocitos y se los fue dando o dejando caer sobre el pecho, el cuello o donde se le iba antojando con tal de poder posar los labios sobre la piel de su esposa.

Así que unos minutos más tarde, Maddy estaba pegajosa, al igual que las sábanas.

—Lo hemos puesto todo hecho un asco —dijo mirando a su alrededor.

—¿Y? —Samuel rellenó su copa de vino.

—No sé si ahora podremos dormir con todo este estropicio.

—Tengo la solución perfecta. —Se incorporó—. Toma. —Le entregó la copa de vino—. Ahora vuelvo.

Maddy colocó las grandes almohadas contra el cabecero de la cama y se sentó disfrutando del vino mientras Samuel desaparecía por la puerta del baño. Siguió picoteando de la bandeja de fruta. Seguía teniendo hambre.

Unos veinte minutos más tarde reaparecía Samuel en la alcoba y tendía la mano para ayudarla a incorporarse.

—No puedes ir a dormir toda sucia —señaló él conduciéndola al cuarto de baño.

Eso ya lo había pensado yo, se dijo ella en silencio. Ahora, cuando entró al aseo se quedó paralizada. Sabía que Samuel se rodeaba de todos los lujos, pero no sabía que un cuarto de baño podía llegar a tanto.

—Oh —fue lo único que dijo intentando no parecer una paleta, que era como se sentía.

—Entra en el agua.

Samuel la ayudó y se colocó tras ella en la enorme bañera, haciendo de respaldo para que Maddy estuviera lo más cómoda posible.

Bien podía entretenerse a bañarla con una esponja, pero se estaba demasiado bien sin hacer nada. Así que permanecieron en silencio unos minutos. Cada uno sumido en sus pensamientos. Claro, que tener a Maddy desnuda delante de uno y no tocarla es de tontos, y definitivamente Samuel podía ser cualquier cosa menos tonto.

Como si tal cosa empezó a jugar pasando un dedo por la curva inferior de un pecho; parecía algo casual, para que ella no le diera importancia. Otro leve roce en el cuello, en el hombro, un descenso suave y lento por la parte exterior del brazo y... vuelta a empezar. Ella permanecía recostada sobre él, con las manos apoyadas en el borde y sin darle mayor importancia a la caricia de Samuel. Al fin y al cabo todo su cuerpo estaba siendo acariciado por el relajante baño.

Poco a poco él paso de rozarla con un dedo a ir abarcando más piel y frotar el pezón, estimulándole sin más. O eso era su primera intención, pues pasó de algo casual a otra cosa mucho más sensual, ayudado con los suaves suspiros de ella. Estiró el otro brazo y sin dejar de estimular el pezón entrelazó la mano con la de ella, gesto que Maddy agradeció regalándole otro murmullo aprobador.

Llevó ambas manos unidas al estómago de ella y comenzó a tocarla. Evitando deliberadamente rozar su vello púbico, a la espera de ver cómo reaccionaba ella. Maddy reaccionó, como era de esperar, ante un contacto tan ligero pero tan erótico a la vez. Se movió inquieta pidiendo algo más intenso. Y es que, aunque debía pararse a pensarlo con más detenimiento, cada vez que él rozaba su piel se encendía sin poder controlarlo.

—Samuel... —murmuró ella sin poder aguantarse, la sensación de sus manos unidas tocándola era algo sumamente innovador a la par que estimulante.

—No hables —dijo él en su oído, y de paso aprovechó para mordisquearla en el lóbulo.

Él entendía a la perfección cómo se sentía ella, pues se encontraba igual, cada movimiento de Maddy rozaba su erección, tentándole a abandonar ese juego lento de provocación y pasar directamente a follársela sin miramientos. Pero si algo había aprendido hacía mucho es que, si bien un revolcón rápido puede aliviar a un hombre, no puede compararse jamás con la satisfacción y disfrute de dar y recibir placer sin preocuparse por el tiempo. Desde luego deja mejor sabor de boca. Y Maddy se merecía la oportunidad de experimentarlo.

Con las manos unidas, Samuel fue bajando, y evidentemente a ella le encantó. Rozó sus labios vaginales y ella se tensó un poco, pues se estaba tocando a sí misma.

—Tranquila —murmuró él sin dejar que ella se soltara—, no pasa nada. No es malo acariciarse a uno mismo.

—¿No?

—No —aseguró él—, es hasta recomendable, puedes conocer tu propio cuerpo.

—Ah.

—¿Nunca antes te has tocado?

—No... bueno de pasada cuando... me aseo —dijo muerta de vergüenza.

—En contra de lo que te hayan dicho —hizo que ella tocara su clítoris, guiándola, por supuesto—, o hayas oído por ahí, no es nada malo, incluso me atrevería a decir que es imprescindible.

—De esos temas no se habla.

—Me lo imagino —dijo haciendo una mueca. Hasta dónde podía influir la incultura...

—Cuando me tocas ahí... —Ella dio un respingo cuando presionó sobre su clítoris, esta vez con más fuerza, y él empezó a mover en círculos el dedo de Maddy para que ella misma disfrutara con sus propias caricias— es... es.

—Este es tu clítoris —respondió él—, el punto quizás más sensible de tu cuerpo. ¿Notas cómo se endurece? —Ella asintió—. Presionando adecuadamente y frotándolo puedes alcanzar por ti misma el orgasmo.

—¿De verdad? —Parecía sorprendida, pero estaba claro que esa revelación era de su agrado.

—Sí.

—¿Y tú... tú te tocas?

—Sí —respondió con tranquilidad a la pregunta.

—Ah. —Maddy se mordió el labio antes de formular la siguiente pregunta—. Entonces... no es necesario tener un amante.

Samuel esbozó una sonrisa ante la ingenuidad de ella.

—No se trata de una cuestión de necesidad. —Deslizó un dedo en su interior haciéndola jadear—. Es simplemente algo natural, bien para disfrutar en pareja —la mordió en el cuello—, o bien por puro placer personal. —Dejó de meterle el dedo—. Hazlo tú, como si fueran mis dedos, toca tu interior.

—Es... es extraño. —Ella, siguiendo sus indicaciones, así lo hizo—. Nunca... —jadeó fuertemente— pensé... que... fuera... así.

—¿Tan caliente? ¿Tan suave? —sugirió él con voz ronca.

—Tan bueno... —La sinceridad nunca está de más.

—Sigue tocándote, Maddy. —Él, por su parte, estimulaba los pezones ayudándola—. Quiero ver cómo te corres por ti misma.

Maddy no sabía si eso sería posible, pero se concentró. Ayudada por las palabras de él, el roce constante en su cuello, el agua acariciándola, su propia mano

presionando los puntos más sensibles y el ambiente en general hicieron el resto. Puede que al principio se tocara con timidez, y sobre todo con la mano experta de Samuel guiando el proceso e instándola a no abandonar, pero según fue cogiendo confianza, y a medida que su cuerpo iba agradeciendo las caricias, se mostró más atrevida. En todo momento se sintió arropada por el cuerpo de Samuel, que no se despegó de ella ni un solo milímetro y que incluso después de correrse seguía tocándola y acunándola.

—¿Y bien? —preguntó él cuando Maddy se giró para mirarle.

—Increíble —respondió con total sinceridad.

Él intentó disimular con un gruñido el dolor que le provocaba ella al moverse sobre su erección.

Maddy, una vez repuesta, quería verle a él. Así que se movió en la bañera despegándose de él y colocándose de rodillas para poder observarle de frente.

—Ahora tú.

Samuel quiso hacerse el tonto, pero bien sabía qué pedía ella. Solo había un pequeño impedimento. ¿Tenía en esos instantes la paciencia suficiente como para enseñarle a su esposa las bondades de la masturbación masculina? No.

—Tengo una idea mejor.

Maddy, abierta siempre a cualquier sugerencia, puso cara de interés.

—Tú dirás.

—Si te soy sincero, ver cómo te corrías, sin apenas mi ayuda, me ha puesto en una situación complicada —mintió descaradamente, otra vez jugaba con ventaja—. No te preocupes, satisfaré tu curiosidad, pero creo que deberíamos aprovechar esto. —Agitó la mano moviendo el agua—. Y si eres tan amable de montarme, aprovecharemos las circunstancias para disfrutar los dos.

—Pero si yo ya he...

—Eso no importa, podemos matar dos pájaros de un tiro, ¿no te parece?

—Mmm, bueno. Pero que conste que me gustaría verte.

—Prometido.

Ella se colocó encima, no tenía ningún tipo de duda respecto a las promesas de Samuel, pues hasta el momento todas las cumplía.

Maddy, muy sensibilizada, gimió con fuerza al sentirse penetrada. Ahora, distaba mucho de la sensación que alcanzó él cuando por fin se vio envuelto por el calor de su esposa.

—Balancéate —pidió él—, eso es, así, qué bueno.

Ella empezó su suave movimiento, absorbiéndole por completo y llevando en todo momento las riendas. No sabía si él deseaba ese vaivén lento, pero Maddy tomó la iniciativa y se columpió con más brío, aferrándose a su cuello. Y por la expresión de Samuel estaba claro que no ponía ninguna objeción.

Esta mujer puede conmigo, pensó él encantado, puede que toda la situación técnicamente no fuera nueva para él, ahora bien, lo estaba disfrutando como si lo

fuera. El entusiasmo de Maddy no era fingido, ni producto del intercambio de bienes y servicios por una cantidad monetaria. Era puro placer.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó de pronto ella.

Samuel salió de su ensoñación sexual y la miró, estaba siendo un buen polvo, pero la exclamación de Maddy parecía producto de otro asunto.

—¿Qué ocurre?

—El agua.

—¿El agua? —preguntó como un tonto. Cuando tienes a una mujer encima, con la que estás follando y de repente todo se detiene para decirte que en una bañera hay agua no sabes muy bien qué pensar. Siempre y cuando pensar sea una opción en estos casos.

—Sí, el agua, ¡estamos poniendo todo el suelo perdido de agua!

Samuel cerró los ojos un instante. ¿En pleno acto ella se preocupaba de si el suelo se mojaba o no? Increíble pero cierto.

—Maddy, no pasa nada —habló manteniendo la calma e intentando que ella reiniciara sus movimientos y se olvidase del maldito suelo.

—Pero a estas horas no vamos a molestar al servicio para que limpien este desaguisado.

—Les pago para eso —siguió mostrándose comprensivo aunque cada vez menos.

—Humm, no sé.

—Maddy, por favor, ¿podemos continuar con lo que estábamos?

—Vale.

Gracias, señor, pensó él.

—Aunque tendré que limpiarlo antes de acostarme.

—¿Limpiarlo? —Cielo santo, lo peor es que lo estaba diciendo en serio.

—Ajá.

—Como quieras —claudicó él. Y a los diez segundos se dio cuenta de un detalle de vital importancia. Podía ser realmente interesante ver a su esposa limpiando el suelo, de rodillas, completamente desnuda. Mmm, interesante cuestión.

Maddy se movió inquieta en su cama. Pese a los intentos, muy buenos por cierto, de olvidar el desagradable encuentro con sus padres, ella no podía dejar de sentirse avergonzada. Él permanecía dormido a su lado. Tras la experiencia acuática ambos decidieron, debido al desastre causado en el dormitorio de Samuel, acostarse en el de Maddy. A ella le encantaba esa sensación. Dormir sola resultaba aburrido, y tenerle acostado tras ella le infundía seguridad. Podía ser una tontería, pues toda su vida había dormido sola, pero como todo en la vida, acostumbrarse a las cosas buenas era lo más fácil.

Tumbada boca arriba, con las manos sobre su estómago, intentó conciliar el sueño por enésima vez, lo cual resultaba infructuoso, por enésima vez.

Una mano ajena se posó sobre las suyas, en un gesto amable.

—¿Qué ocurre? —Samuel habló en voz baja.

—No consigo dormir. A veces me pasa. —Podía estar diciendo la verdad, todos en la vida sufrimos momentos de insomnio, claro que en esta ocasión se debía a la preocupación.

—¿Debo pensar entonces que no he hecho bien mi trabajo?

—¿Por qué dices eso? —Se giró para mirarle.

Él estaba acostado de lado, aparentemente tranquilo.

—Mis intentos pasados por agua por conseguir que te relajes no han sido todo lo satisfactorios que yo pensaba.

Maddy respiró profundamente antes de hablar.

—Puedes estar tranquilo. No has fracasado. Simplemente...

—No puedes dejar de pensar en ello, ¿me equivoco?

No le respondió enseguida, no hacía falta. A veces el silencio es lo más elocuente.

—No quiero hablar de eso.

—Pues me temo que, a pesar de la hora, vas a tener que hacerlo —Samuel entrelazó una mano con las de ella y se acercó más antes de preguntar—. No es la primera vez, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—Te ha pegado antes. —Parecía tranquilo, mas no lo estaba. No hace falta que lo digas en voz alta, Maddy, por cómo has reaccionado y por cómo te ha zarandeado él, se ve a la legua que es habitual.

—No siempre, a veces...

—Joder, encima no le justifiques —interrumpió Samuel, y al darse cuenta de la brusquedad de su tono la besó en la mejilla—. Es un hijo de puta y no pienso tolerarlo de ningún modo. Y menos aún en mi propia casa.

Maddy se percató del enfado, por otra parte lógico, de Samuel.

—Esa no es la cuestión. No siempre vas a poder impedirlo.

—Maldita sea, ¿por qué no? —Y no necesitó que ella le respondiera, las palabras de su suegro habían calado hondo en ella—. Pase lo que pase no tendrás que volver a la casa de tus padres.

Esas palabras podían representar la luz al final del túnel. Samuel estaba ofreciéndose a cuidar de ella, es decir mantenerla, de por vida. Ahora bien, no implicaba seguir junto él, así que, lo que en un principio era una noticia estupenda, a ella no le hizo sentir para nada tranquila.

—¿Y qué ocurre con tu reputación? —decidió olvidarse de ella misma, profundizar en ese asunto solo iba a causarle malestar.

—Mañana a primera hora hablaré con mi abogado. Le pago una fortuna, así que debería solucionarme todo sin apenas consecuencias —respondió con rotundidad.

—Pero no podrás evitar que tu nombre esté en boca de todos.

—Tu padre, y perdona por lo que voy a decir, tiene demasiados trapos sucios como para airearlos en público.

—Sí, pero está demasiado arruinado como para importarle. Si ensuciándose y de

paso ensuciándote a ti consigue fondos... no creo que se detenga.

Quién mejor que ella para saberlo, se dijo a sí mismo.

—En fin, no le des más vueltas. —Cansado de hablar, la rodeó con los brazos y la pegó a su cuerpo.

—¿Samuel, no estarás otra vez...? —Preguntarlo era, sin lugar a dudas, una gran pérdida de tiempo, pues al estar tan juntos sabía perfectamente si él Citaba o no otra vez preparado. No te preocupes, ignóralo.

Ella se movió ligeramente, obedeciéndole, pero... Si quieres...

—Maddy... —suspiró él, pues claro que quería, maldita sea— intentemos dormir un poco.

—De acuerdo.

Cinco minutos más tarde una mano pequeña de acariciaba la polla suavemente, pasando por alto la sugerencia de intentar dormir.

CAPÍTULO 28

Desesperado, aburrido, hastiado... un motón de adjetivos podían definir a Samuel en ese instante tras escuchar por enésima vez de su abogado la misma cantinela.

—Señor Boston, cuando leí por primera vez los documentos ya le advertí de la dificultad que entrañaba disolver un acuerdo así.

—Sinceramente, señor Newman, todos sabemos que existen mil maneras diferentes de interpretar la ley. No entiendo cómo esta no es una de ellas —respondió al abogado de malos modos.

—Hemos revisado en mi despacho punto por punto las cláusulas. Quien redactó este documento sabía muy bien lo que hacía.

—De eso no cabe la menor duda —murmuró con cinismo—. ¿Entonces?

—Podemos ir a juicio, sin duda, aunque el proceso puede dilatarse y al final, aun ganando —eso último no lo dijo muy convencido—, puede que los gastos sean cuantiosos. Por lo que, aceptando los términos estipulados, nos ahorraríamos tiempo y dinero.

Pero para Samuel, lo que en un principio fue una simple promesa, la cual había pensado en saltarse a la torera mil veces, en estos instantes, y tras contemplar el incidente con un suegro, se había transformado en un asunto de amor propio. Miró a su abogado de toda la vida, seguía sin entenderle; pues muy bien, que así fuera, pero el que pagaba era él, por lo tanto era cuestión suya decidir si se iba o no a juicio, costase lo que costase.

En ese instante golpearon en la puerta y no le dio tiempo a decir ni siquiera adelante: Rafe, como siempre, entraba en su despacho hecho un figurín, sonriendo, y con esa cara de aristócrata ajeno a los problemas del mundo en general. Samuel quiso ocultar los documentos, pero la simple presencia del abogado tiraba por tierra sus intentos.

—Buenos días, señor Newman. ¿Qué le trae por aquí? —preguntó educadamente Rafe.

—Asuntos legales, evidentemente —respondió amablemente el abogado.

—¿Qué ha hecho esta vez Samuel? —Rafe continuó con tono divertido.

Y el aludido hizo una mueca, tenía que haber previsto cualquier interrupción y avisar al señor Newman de que mantuviera la confidencialidad de ese asunto.

—Señor Newman —interrumpió Samuel bruscamente—, la semana que viene nos reuniremos de nuevo.

—Esto... sí, cómo no. Mi secretario le confirmará la hora y el día. Buenas tardes, señores.

El abogado salió apresuradamente, intuyendo que su presencia estaba de más.

—¿Secretos con tu mejor amigo? —sugirió Rafe enarcando una ceja, y hábilmente cogió los documentos que estaban sobre el escritorio—. Contrato prematrimonial... —leyó en voz alta.

—Joder... —masculló Samuel temiéndose lo peor.

Rafe se entretuvo leyendo; de vez en cuando levantaba la vista y miraba a Samuel con cara inexpresiva. Sin duda estaba interpretando su papel de perfecto aristócrata indiferente, cosa que le molestaba sobremanera.

—Odio cuando haces eso —dijo Samuel entre dientes.

—¿El qué? —Rafe continuaba en su papel.

—Comportarte como un imbécil de la nobleza.

—Soy un imbécil que pertenece a la nobleza. —Cerró la carpeta y la tendió sobre la mesa—. ¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos? —La falsa serenidad con la que formuló la pregunta no engañaba a nadie.

—¿A qué viene ahora esa pregunta? —Samuel se pasó la mano por el pelo y se recostó en su sillón.

—¡Quince putos años! —estalló Rafe—. Hace quince malditos años que te conozco y no voy a hablar aquí y ahora de todo lo que hemos pasado juntos porque estaríamos horas y horas.

—¿Y me haces esto?

—Yo no he hecho nada —dijo tranquilamente Samuel—, y deja de gritar. Eso no es propio de un Lord —añadió con mala leche.

—¡Y una mierda! Mira a ver si te gusta más esta —dijo Rafe en el mismo tono.

Ambos se quedaron en silencio, evaluándose con la mirada. Esperando a ver cuál de los dos abría fuego.

Evidentemente, quien menos paciencia tenía.

—Y para más inri, me he enterado por casualidad. ¿Cuándo pensabas decírmelo? —Samuel puso cara de circunstancias—. ¡No pensabas decírmelo! Serás hijo de la gran puta...

—Cálmate, ¿quieres? No es algo de lo que me guste hablar. Estoy buscando una solución. Mi padre firmó ese contrato sin consultarme y mi querido suegro me persigue con afán recaudatorio.

—Entonces, que yo me aclare, ¿te casaste forzado?

—Técnicamente sí.

—Joder. Ya sabía yo que había algo raro.

—Pero ahora las cosas han cambiado. —Se sentía en la obligación de reconocerlo en voz alta—. Maddy no es como yo pensaba y...

—Resumiendo, que estás a gusto con ella pero no quieres que tu suegro vea un céntimo.

—No es tan sencillo. Es Maddy quien no quiere que cumpla ese contrato, y yo se lo he prometido.

—¿Maddy? ¿Hablamos de tu mujer, no? Lo pregunto porque no entiendo por qué ella se niega, al fin y al cabo son sus padres, ¿no?

—Ajá.

—¿Y por qué?

—Su padre es un asqueroso hijo de puta, la trata poco menos que como basura. Y luego está la madre, que también se las trae. Es lógico que ella no quiera que sus padres se beneficien. La obligaron a casarse conmigo.

—Sí, eres un dolor de huevos, pero si Maddy ha podido aguantarte...

—Deja de tocar la moral.

Ante el tono serio de Samuel, Rafe decidió comportarse medianamente bien.

—Pero las cosas han cambiado —recordó sabiamente Rafe.

—Sí, aunque... aún no hemos hablado de eso.

—Mmm. Interesante. Y ahora, ¿cómo vas a salir del atolladero?

—Iremos a juicio e intentaré no salir muy perjudicado.

—¿Y después?

—¿Después?

—Sí, cuando resuelvas esto, porque, y perdona la expresión, eres el hijo de puta más taimado que conozco y sé que vas a lograrlo.

—Tampoco lo hemos hablado.

—Pero... ¿ya sabes lo que quieres?

Que Rafe era como un dolor de muelas cuando se lo proponía, no era nuevo. Tras su conversación, que duró lo suyo, le contó toda la historia desde el principio. Eso sí, omitiendo los detalles íntimos, aunque por la cara burlón de Rafe él ya había intuido algo.

Y ahora estaba solo, con los malditos papeles en la mano intentando decidir qué hacer. Bien podía hacer caso al consejo de su abogado, no en vano le pagaba una fortuna, y si un abogado recomendaba no ir a juicio por algo sería; pagar a su suegro las cantidades estipuladas y mentir a Maddy. Ahora ¿quería correr el riesgo de incumplir una promesa? Y no solo eso, ¿ese cabrón iba a salirse con la suya? La imagen de Maddy le vino a la cabeza y dejó de pensar en suegros aprovechados, en juicios y términos legales. Simplemente pensó en ella. Y en lo que podría ser si pudiera hacer las cosas de otro modo. Desde la primera conversación supo que no era una mujer estúpida, pero con el tiempo no solo había confirmado su intuición, sino que además sobrepasaba sus previsiones más optimistas.

La pregunta que Rafe había lanzado era el quid de la cuestión. Acordaron disolver el matrimonio una vez solucionado el desagradable asunto. Pero claro, ninguno de los dos pudo prever que las cosas evolucionarían de tal manera. Y así estaban ahora, como un matrimonio que poco a poco se va integrando y sintiéndose a gusto.

¿La quería? No podía afirmarlo con rotundidad, lo que sí sabía es que si preocupaba por ella, le interesa su futuro y que siempre estaría ahí para ayudarla. ¿Eso es amor?

¿Y ella? ¿Qué pensaba ella? Se limitaban a estar juntos, a sorprenderse mutuamente y a disfrutar, pero en ningún momento hacían alusión a sus sentimientos. Y Samuel, prudente por naturaleza, no iba a ser el primero.

CAPÍTULO 29

—Veo que también has recibido las invitaciones.

Maddy levantó la vista de los papeles que estaba revisando en la biblioteca y miró un instante a Alice. Habían quedado para dar un paseo juntas o cualquier otra cosa porque con ella nunca llegaba a saberse, pero Maddy aún tenía pendiente trabajo, así que se estaba dando toda la prisa que podía en acabarlo.

—Deja eso —protestó—. Es la correspondencia personal de Samuel.

—¿No te encargas tú de sus asuntos... personales?

—No leo su correspondencia personal, si te refieres a eso. Siempre espero a que él la revise.

—Pues me parece que tiene trabajo atrasado —respondió Alice levantando un sobre muy diferente al que normalmente se usaba para el envío de cartas.

—Está bastante ocupado últimamente, de todas formas se lo recordaré cuando le vea esta noche. Y deja de distraerme, así no acabaré nunca.

—Deberías asistir.

Maddy puso los ojos en blanco. Estaba claro que cuando Alice quería hablar de algo no existía forma humana de pararla.

—Si es algo importante —empezó Maddy con paciencia—, estoy segura de que Samuel me lo hará saber. —Volvió de nuevo a sus documentos.

—Pero no hay casi tiempo, la fiesta es este fin de semana y necesitas el vestuario adecuado.

—Cualquier excusa es válida para salir de compras —murmuró Maddy, pero su amiga la oyó y se echó a reír.

—Querida Maddy, para esta fiesta te aseguro que el gasto en vestuario será escaso —dijo enigmáticamente.

—Querida Alice, ya hemos hablado mil veces sobre ese asunto. Ya tengo un guardarropa adecuado para la temporada. Seguro que encuentro algo idóneo.

—Lo dudo. Además por una mínima inversión puedes lograr grandes beneficios.

Maddy jugueteó un rato con la estilográfica de Samuel. Alice se dedicó a contemplar el estudio abarrotado de libros y documentos dejando que la curiosidad hiciera su trabajo.

—Está bien, me rindo. —Se recostó en el sillón y la miró—. Te mueres de ganas por decirme qué clase de fiesta es, quién asistirá, qué debo hacer, etcétera, etcétera. ¿Me equivoco?

—¿Sabes, querida? Conmigo ese sarcasmo que has copiado de Samuel no te sirve. —Dos que duermen en el mismo colchón...—. Y ahora, puesto que confías tanto en tu querido Samuel, pregúntale a él qué tipo de fiesta es.

—Te odio —dijo entre dientes.

—Todos me odian —aseguró Alice campechana—, es parte de mi encanto. Y ahora, ¿te queda mucho?

—Supongo que has recibido las invitaciones.

—Sí.

—Supongo que contaremos con vuestra presencia.

—No.

—Supongo que me estás ignorando.

—Sí.

—Y supongo que diga lo que diga no cambiarás de parecer.

—No.

—Pues estás hecho todo un cabronazo, si me permites decírtelo.

—Te permito decirme lo que quieras, impedírtelo no sirve de nada y además prefiero no seguirte el juego.

—¿Puedo hacer una pregunta personal?

—No.

—¿Sabes? Tu intento desesperado por ignorarme no me va a hacer desistir.

—Ya lo sé. Pero que por intentarlo no quede.

—Samuel, deja de escurrir el bulto. ¿Por qué narices no vas a ir a la fiesta del club?

—Porque, sencilla y llanamente, no me parece oportuno.

—¿Puedes ampliar tu respuesta?

—No.

—Me estás empezando a tocar los huevos con tanto monosílabo.

—Es lo que hay.

—Empezaré de nuevo. ¿Podrías...?

—Rafe, hazme un favor, las cosas en estos momentos no están para fiestas de ese tipo. Ahórrame la discusión, sigamos disfrutando del licor y cambiemos de tema, por favor.

—Pues no lo entiendo. —Rafe seguía en sus trece—. Ahora tienes la oportunidad de ir acompañado por tu mujer, de disfrutar de la noche, de daros un respiro. Estoy seguro de que a ella le encantará.

—Estamos a punto de ir a juicio contra su padre. ¿Crees que tengo cuerpo para una noche que sé cómo empieza pero no cómo acaba?

—Precisamente por eso. Aquí, en el club, nadie es quien dice ser. Puedes jugar al anonimato, a ser otra persona, a, simplemente, disfrutar viendo cómo se divierten los demás.

—Por supuesto tú acudirás el primero y no te conformarás con mirar.

—Amigo mío, la duda ofende —respondió Rafe sonriente—. Alice y yo ya hemos elegido nuestro atuendo.

—¿Atuendo? —se burló Samuel—. En una fiesta cuyo tema es Roma no creo que haya que invertir mucho en ropa.

—Lo cual siempre viene de maravilla para mis propósitos. —Rafe arqueó la ceja sugestivamente.

—No puedo llevar allí a Maddy. Ella no está acostumbrada a ese tipo de fiestas.

—Y como sigas así jamás se acostumbrará, ¿no crees?

—Maddy no es como Alice.

—De eso ya me he dado cuenta. Pero tienes la fea costumbre de dar por sentado que tu esposa no puede disfrutar de una fiesta romana. Das por hecho que va a escandalizarse, lo cual, permite que te diga, solo me hace llegar a una conclusión. —Hizo una pausa para dar más efecto a su discurso y ver si Samuel, picado en su amor propio, preguntaba, pero no lo hizo—. Eres demasiado estirado respecto a lo que la visión del mundo de tu esposa se refiere.

—Permite que te diga que la conozco mejor que tú —respondió Samuel algo picado con los comentarios de Rafe.

—A mí me da la impresión de que mantenerla al margen de tus aficiones es algo absurdo.

—Esto no es como ir a pescar o a ver caballos.

—¡Claro que no! Es mucho mejor. Piénsalo. ¿Cuántas veces hemos hablado de ello?

—Demasiadas —murmuró con acidez.

—¿Y cuántas veces hemos llegado a la misma conclusión?

—Estoy seguro de que me lo vas a decir.

—Imbécil. Sabes perfectamente que compartir una fiesta como esta con la mujer a la que amas es cien mil veces mejor que llevarte a la mejor puta de la ciudad.

Samuel no podía estar más de acuerdo, en términos generales, por supuesto, pues si concretaba, en su caso, para ser exactos, aún le quedaban dudas.

—Y hazme caso —continuó Rafe—, habla la voz de la experiencia.

—Hoy estás imposible.

—Solo intento que tu pobre esposa no se muera de aburrimiento en casa y que tenga la oportunidad de ver algo diferente.

—¿Y a ti qué más te da?

Rafe se encogió de hombros.

—Llámalo altruismo.

—Ya —respondió escéptico.

Menos mal que las cosas, en el ámbito doméstico, habían cambiado. Más que nada porque si después de aguantar el tira y afloja con Rafe volvía a casa para encerrarse en su despacho, podía hasta sufrir una apoplejía. Claro que su vida conyugal, a pesar del cambio, era prácticamente un espejismo. Maddy deseaba experimentar los placeres sexuales que él podía ofrecerle, ahora bien, sin implicaciones sentimentales. Y si bien para muchos hombres, en especial casados,

podía resultar la respuesta a sus plegarias, para Samuel no era más que otro fracaso. Quizás fuera la edad o la sensación extraña del matrimonio, pero lo cierto es que no podía ver su relación con Maddy como la hubiera visto si se tratara tan solo de otra mujer, una de esas con las que mantenía un encuentro casual o bien arreglaba un intercambio de dinero por servicios. ¿Qué significaba eso? Que quizás se estaba metiendo en un jardín de rosas con demasiadas espinas.

Dejó al mayordomo su bastón y su sombrero y caminó tranquilamente por la casa hacia su despacho. No le sorprendió ver luz ni tampoco a su esposa inclinada sobre el escritorio con cara de concentración. Se mantuvo en silencio, como un tonto, observándola, por el simple placer de poderlo hacer. Había que reconocerlo, si Maddy pudiera abiertamente trabajar con él, muchos de sus colaboradores (eso sí, horrorizados ante la perspectiva de ver a una mujer en el consejo de administración), terminarían en la calle, y él disfrutaría bastante más de las maratónicas sesiones.

Se aflojó el nudo de la corbata y los botones del chaleco. Puede que hubiera llegado la hora de mostrarle a Maddy qué otras aplicaciones tenía una gran mesa de despacho. Caminó tranquilamente hacia ella, para no sobresaltarla, aunque en el último segundo decidió que primero bien podía servirse un licor.

—Te veo muy ocupada —comentó en tono casual sirviéndose una copa.

—Estoy tardando más de la cuenta con este último informe.

—¿Y eso? —Samuel se situó tras ella y examinó por encima de su hombro los documentos. Así, además de lo obvio, podía acercarse y rozar su cuello si le apetecía, que así era.

—Algunos de tus empleados tiene una caligrafía horrible. Solo en descifrar algunas palabras... —suspiró cuando Samuel la rozó con la nariz—. Y si encima me distraes...

—De acuerdo, nada de distracciones. —Samuel se apartó—. Aunque... —dejó caer la última palabra con un tono sugerente.

Ella se giró para mirarle. Por su expresión poco podía adivinar, pues él era un maestro a la hora de disimular qué le pasaba por la cabeza. Maddy quería dejar finalizado el trabajo, pero la presencia de él no ayudaba, precisamente; por suerte Samuel se alejó y empezó a echar un vistazo a otros papeles que estaban sobre el escritorio. Fue consciente en el momento en que él cogió el sobre al que Alice había hecho referencia; podía haberlo abierto, pero se reprimió. Él lo abrió intentando aparentar indiferencia, pero ella sabía que no era así. Después, como el que no quiere la cosa, lo dejó debajo de un montón de papeles.

Cuando Samuel volvió a mirarla se encontró a su esposa observándole fijamente. ¿Ya había visto de qué se trataba? Ella pareció avergonzada de mirarle así y volvió a sus documentos. Otra cosa muy distinta es que consiguiera hacer algo a derechas.

Tenía que hacer cualquier cosa para distraerse mientras ella acababa su tarea. Y como un tonto se puso a mirar en los cajones del escritorio. Podía ordenarlos, cosa del todo inútil, pues si algo le gustaba a Samuel era tener cada cosa en su sitio. Pero

así sus manos estarían ocupadas y alejadas, de momento, del cuerpo de Maddy.

—¿Buscas algo? —preguntó ella al verle abrir y cerrar los cajones.

—No —respondió distraído.

Ella se encogió de hombros y volvió a lo suyo, es decir, a hacer como que estudiaba los papeles, pero sin dejar de pensar en otra noche intensa.

Al llegar al cajón inferior, Samuel vio algo que tenía allí escondido desde su regreso, ya ni se acordaba, pues dudaba que alguna vez lo fuera a utilizar. Sonrió traviesamente y cogió el paquete. Nadie lo había tocado, excelente. Aunque era como tener un explosivo entre las manos, se moría de impaciencia por parapetarse en su alcoba, echar todas las cerraduras disponibles y dejar a su imaginación que hiciera el resto. Por supuesto con la colaboración de Maddy.

—¿Te falta mucho? —preguntó él.

—Humm... no —mintió ella—, ¿por qué?

—Porque... —se detuvo pensando en cómo provocarla sin desvelar nada— me muero de sueño. —Qué gran farsante—. Y mañana tengo que madrugar.

—Ah, bueno, entonces ve, si quieres a acostarte. —Maddy intentó parecer serena—. Ya subiré después.

«Bruja. Aprendía rápido».

—No —respondió inmediatamente sobresaltándola.

Maddy le miró, de nuevo esa cara indescifrable, aunque empezaba a leer entre líneas.

Se levantó, poniéndose la mano en los riñones, tantas horas sentada... Y si de paso arqueaba un poco la espalda... Y ya puestos... sus pechos tensaban más de la cuenta la tela de la camisa...

—Creo que tienes razón, es tarde. —Bostezó sin ganas—. También me iré a dormir.

Se dirigió a la puerta consciente en todo momento de que él iba a seguirla. Y así fue, lo que no entendió es por qué llevaba debajo del brazo una caja.

CAPÍTULO 30

Al llegar a la puerta de su dormitorio, Maddy la abrió pero no se dio la vuelta. Le molestaba que él jugara de esa forma con ella. Si quería algo no tenía más que pedirlo. Entró tranquilamente y no le hizo falta girarse. Samuel cerraba con llave y a los cinco segundos estaba pegado a su espalda. Su cuerpo se estremeció ante lo que podía llegar a ocurrir. Fuera lo que fuese, hasta el momento, no se había sentido defraudada.

—Desnúdate —susurró él lamiendo su oreja.

A ella ese tono tan imperativo e impaciente la animó aún más.

—¿Y tú? —preguntó; si algo había aprendido de Samuel era a no rendirse a la primera.

—Obedéceme y saldrás ganando.

¿Obedecerle? Por supuesto que sí. ¿Quién iba a estar tan loca de no hacerlo? Ahora, lo uno no quita lo otro. Bien podía «obedecerle» a su manera. Maddy se apartó unos pasos y comenzó a desabrocharse la blusa, tenía los suficientes botones para entretenerse. Siguió con la amplia falda, la cual dejó caer sin mucho arte, pero que en ese instante le daba igual, al menos si la expresión de Samuel era un indicativo... Poco a poco fue descubriendo piel y tensando a Samuel, a partes iguales, hasta que ya no hubo nada más que quitarse.

Él permanecía de pie, sin quitarle el ojo de encima y aguantándose las ganas de tirarla sobre la cama y dejarse de parafernalias. Ahora, en pos de una noche inolvidable, había que hacer las cosas bien.

—Túmbate en el centro. Boca arriba. —Señaló la cama con un gesto y se quitó prendas de ropa hasta quedarse solo con los pantalones y la camisa. Lo imprescindible.

Ella caminó hacia el lecho e hizo lo que le pidió. Samuel rasgó el papel marrón que envolvía la caja y frunció el ceño cuando no encontró algo que consideraba indispensable. Dio dos pasos y agarró las cortinas, tiró de los cordones con borlas que las sujetaban a los lados y comprobó la resistencia.

Excelente.

Maddy no entendió cuáles eran las intenciones, pero se mantuvo callada.

Él se sentó a un lado de la cama e hizo un repaso visual del cuerpo de Maddy.

Perfecto.

—Echa las manos hacia atrás. —Maddy acató la orden—. Muy bien.

Samuel se estiró por encima de ella rozándola, quizás accidentalmente, los pechos con su torso mientras la agarraba de la muñeca y pasaba el cordón por detrás del cabecero con la intención de sujetar también la otra mano.

—¿Samuel? —murmuró algo preocupada.

—Dime.

—No es necesario que me ates.

—Yo creo que sí.

—¿Por qué? Yo sí que quiero acostarme contigo —explicó con vehemencia—, no voy a escaparme ni a protestar ni a...

Él la cortó inclinándose hasta besarla con dulzura antes de hablar.

—No se trata de eso.

—¿Entonces?

—Espera y verás.

Esa respuesta no la dejó satisfecha, pues frunció el ceño y le miró esperando una explicación mejor, la cual no llegó. Porque él se agachó, cogió su corbata del suelo y se la anudó alrededor de los ojos, dejándola ciega.

—¡Samuel! ¿Qué haces? —protestó ella agitándose.

—No tires así, te puedes lastimar. —Para intentar calmarla la besó de nuevo en los labios, ahora con más intensidad—. Y deja de contonearte, sino no podré concentrarme.

—Pero...

—Shhh... —Puso un dedo en sus labios para que se callara—. ¿Confías en mí? —Ella tardó un poco en asentir con la cabeza—. Valdrá la pena.

Una cosa era decirlo y otra hacerlo. Maddy notó cómo él se alejaba. Al estar vendada evidentemente se agudizó su oído. Samuel estaba desnudándose y ella se lo estaba perdiendo. Se mordió el labio. ¿Por qué tardaba tanto en tocarla? Oyó también cómo caminaba por la habitación y suspiró aliviada cuando le notó sentarse de nuevo en la cama.

Él empezó a acariciarla en el estómago y Maddy no sintió precisamente cosquillas. ¡Y no estaba haciéndolo con las manos!

—¿Qué... qué tienes en la mano?

—¿Te gusta?

«Típico de él, responder con otra pregunta». Pensó en no responder, pero él sabía muy bien lo que hacía y estimuló sus ganas de hablar (entre otras cosas) bajando la pluma hasta su vello púbico.

—Sí —dijo en un suspiro ella—, me gusta...

—Separa un poco las piernas —pidió él, y ella esta vez no se hizo esperar.

Resultaba extraño estar tumbada, atada y ciega, recibiendo unas atenciones increíbles pero, aunque extraño, en ningún momento podía rechazarlas. A este paso iba a descubrir más zonas sensibles en su piel de las que hubiera imaginado.

La pluma no dejaba de moverse, el cosquilleo entre sus muslos era constante y demasiado intenso como para no agitarse.

—Ten paciencia —murmuró él.

—Eso es fácil decirlo —respondió a duras penas—, ya me gustaría verte a ti en mi lugar.

Samuel sonrió, pues claro que le encantaría invertir los papeles. ¿Cuándo?

Ahora no iba a pensar en eso...

—Samuel... —murmuró ella contoneándose.

Pero él no iba a ceder. Dejó de atormentarla con la pluma y buscó algo más interesante en su caja de juguetes. Bien podía ir probando con las bolas, pero ella, al estar tumbada, no recibiría adecuadamente la estimulación; otro día.

Sacó un falso pene de cuero negro y después miró la entrepierna de ella. No, desde luego que no necesitaba lubricación. Y empezó suavemente a acariciar sus labios exteriores con la imitación fálica y ella se tensó de inmediato.

—¿Samuel? ¿Qué...?

—Tranquila —respondió él en voz baja—, muchas mujeres disfrutan jugando a solas con un pene de cuero. Tú eres más afortunada.

—¿Ah, sí? —preguntó mordiéndose el labio, puede que el pene fuera artificial, pero la estimulación era muy real—. ¿Por qué?

—Porque... —Se lo introdujo despacio al mismo tiempo que iba girando para rozar todas sus terminaciones sensibles— yo voy a disfrutarlo contigo.

Maddy gimió con fuerza, intentaba no tirar de sus ataduras, lo cual era misión imposible. Samuel combinaba perfectamente los movimientos rotatorios con su voz hipnótica para que ella se perdiera por completo.

—Pero tú... ¿cómo?

—Tranquila —susurró él.

—No... no... no entiendo... si me estás metiendo «eso», tú no podrás... bueno, hacer lo mismo con tu polla.

—Hay más formas de penetrarte —respondió sonriendo ante la preocupación de ella.

—¿De... de verdad?

—Ajá.

—¿Cuáles? —preguntó rápidamente ella; podía estar en el séptimo cielo, pero su curiosidad siempre iba por delante.

—Tu boca —respondió con sencillez. De momento tampoco iba a explicarse mucho más.

—De acuerdo... pero... ¿Y si no sale bien?

—Maddy —se movió en la cama hasta quedar de rodillas a un costado de ella para poder seguir masturbándola con el consolador y de paso mostrarle gráficamente su teoría—, abre la boca y desliza tu lengua, tus labios alrededor de mi polla. Despacio, ve acostumbRANDOTE poco a poco. No lo fuerces.

—¿Entera?

—No, si no quieres. —Samuel gruñó ante el primer contacto, y eso sin experiencia—. Joder, qué bueno.

Desde luego nadie podría decir que Maddy no ponía voluntad en aprender. Claro que... una cosa bien distinta es que alguien llegara a ver a Maddy en esa postura de sumisión total. Ese pensamiento le inquietó. Pasaban los días y a pesar de que cada vez estaban más compenetrados físicamente, ninguno de los dos expresaba en voz

alta la intención de cambiar la situación.

Maddy seguía lamiéndole con más voluntad que arte, pero para él era tan intenso como la primera vez que le hicieron una mamada. Simultáneamente movía el consolador para que ella recibiera la estimulación necesaria. Si algo sabía Samuel, es que una mujer siempre te la chupa mejor cuando está siendo acariciada.

—Eso es, Maddy —le animó él—, vas a correrte con mi polla en la boca.

A ella pareció gustarle la idea, pues se arqueó aún más y lamió con más fuerza. Samuel también estaba a punto, lo sentía, no iba a aguantar mucho más. Ahora bien, ¿podría eyacular en la boca de su esposa? A ella podría parecerle desagradable, repulsivo. No era la primera vez que debía retirarse a tiempo.

Ella le tenía bien atrapado con sus labios y no parecía querer soltarte. Samuel intentó separarse, en el estado en que estaba iba a correrse en cuestión de segundos, pero ella insistía en succionarle ávidamente, dejándole totalmente indefenso. No pudo soportarlo más y explotó, entre jadeos y gruñidos de satisfacción.

Ella seguía moviéndose, cada vez de forma más incontrolada, estaba cerca y él tenía en sus manos la respuesta. Cambio de posición y, mientras seguía penetrándola, empezó a darle pequeños golpecitos sobre su hinchado clítoris hasta que ella gritó, se arqueó, tiró de las ataduras y al fin se relajó totalmente sudorosa sobre las sábanas.

Samuel, aún de rodillas, dejó a un lado el consolador, sin importarle dónde terminara (ya se ocuparía de eso más tarde), y se inclinó hacia delante para desatarla. Maddy ni se movió. Le dio un suave masaje en las muñecas; con tanta excitación ella había tirado demasiado fuerte y tenía las marcas de los cordones.

—¿Samuel? —murmuró ella mientras parpadeaba al verse libre de la venda.

—¿Sí?

—Me lo he tragado.

Él la miró sorprendido por la sencillez con la que hablaba. Puede que no tuviera la experiencia de otras mujeres, pero desde luego sabía normalizar las situaciones sin hacer aspavientos ni dramas.

—No pasa nada. —Samuel se acostó a su lado y la atrajo hacia sí.

—¿Seguro?

—Seguro —concordó él.

—De acuerdo, tenía que preguntarlo por si acaso, ya me entiendes. —Se acurrucó junto a él buscando una postura para dormir—. Lo que acabamos de hacer... —murmuró adormilada— siempre me sorprendes. Gracias.

Y él se quedó como un tonto en silencio, abrazándola sin más. Que ella le diera las gracias estaba de más. Joder, debía ser al revés. ¿Cómo explicarle a su esposa (sin parecer un tonto) que él era mucho más afortunado? No todos los casados podían presumir de tener a su lado una mujer como Maddy. Definitivamente debía resolver esta situación temporal e intentar convertirla en permanente. Otra cosa muy distinta es qué opinaba ella. Pero Samuel sabía negociar mejor que nadie y, si jugaba bien sus cartas, Maddy y él podían ser un matrimonio sin una sombra que les amenazase.

CAPÍTULO 31

—Tienes que venir, tienes que venir, tienes que venir.

Maddy puso los ojos en blanco, era la enésima vez que Alice se lo repetía. Estaban las dos tranquilamente sentadas en casa de Alice, sin otra cosa que hacer que pasar la sobremesa. Bueno, Maddy sí tenía cosas que hacer, pero ante la insistencia de su amiga había claudicado y ahora se estaba empezando a arrepentir.

—Ya te he dicho que no hemos hablado del asunto.

—Pero Samuel tiene las invitaciones, ¿no?

—Sí, aunque es cosa suya, si él no quiere que yo...

—Bobadas. —Alice se puso en pie para servir otras dos copas—. A Samuel le encantan esas fiestas. Le he oído más de una vez quejarse porque no encuentra a nadie adecuado para acompañarle, ya me entiendes.

—Una pregunta, ¿qué pasa exactamente en esas fiestas?

—¿No te molesta saber que tu marido iba bien acompañado? —Alice quería ver la reacción de Maddy.

—¿Y? Lo que él hiciera, evidentemente ya no tiene marcha atrás.

—¿Y si un día se acerca alguna «acompañante»?

—Deja de pincharme y responde. ¿Qué pasa en esas fiestas?

—Todo lo que tú quieras que pase —respondió con una enorme sonrisa—. Este año el tema es Roma. Imagínatelo... —Alice fue bajando el tono—. Puedes disfrutar tumbada en un diván simplemente observando. Puedes participar, si quieres, y elegir a un Dios romano... o dejar que tu dios particular se ocupe de ti.

—¿A la vista de todos?

Por el tono se podía pensar que estaba escandalizada, pero Alice supo que más bien era producto de la curiosidad.

—Sí, si así lo quieres. Hay salones privados donde se puede ver sin ser vistos, o abrir las cortinas para que te miren. Se puede hacer lo que tú quieras y —Alice movió las cejas sugestivamente— con quien tú quieras. Invitar a quien te apetezca...

—Tú... —Maddy tosió, aun sabiendo que con Alice se podía hablar abiertamente —Bueno, ya me entiendes. ¿Participas o...?

Alice se echó a reír.

—Querida. —Se sentó junto a ella en el sofá—. Para saberlo tendrás que venir.

Maddy frunció el ceño.

—No es justo.

—Convence a Samuel. —Alice le brindó la solución más simple.

—No aprobaría que yo estuviera allí.

—Humm, no es precisamente un santo.

—No. —Maddy ocultó su sonrisa—. Pero ya sabes que lo nuestro es algo así como un acuerdo temporal.

—¿Sabes? A veces me dan ganas de tirarte la copa a la cara. ¿Cómo puedes decir

eso? Conozco a tu marido, y créeme, no hubiera aguantado ni una semana un matrimonio como el vuestro si no hubiera algo más.

—Pues, aunque yo no le conozca tan bien —respondió algo picada—, me parece que simplemente estamos llevándonos bien y de paso ambos disfrutamos.

—Voy a contarte un secreto.

Maddy miró para otro lado. Cuando Alice se ponía pesada...

—La mayoría de los matrimonios no tienen lo que vosotros tenéis. —Alice la miró seria—. Os entendéis perfectamente, sois compatibles sexualmente y no te desagrada la presencia de él. Conozco a más de una que huye despavorida de su marido en cuanto le ve.

—Ya, pero aun dando tu teoría por buena, falta algo, ¿no crees?

—Humm, déjame que piense...

—¡Nos casamos por obligación! —Maddy se levantó—. Nos lo impusieron.

—Eso ahora no importa, podéis simplemente afrontarlo como una anécdota.

—¡No puedo! Dentro de poco Samuel se enfrentará a un juicio contra mi padre. ¡Soy una especie de moneda de cambio! ¿No lo entiendes? Mientras estemos casados, siempre, siempre tendremos que vivir con la amenaza.

—¿No confías en Samuel?

—¡No es cuestión de confianza! —respondió Maddy enfadada.

—Tu marido sabe bien lo que se hace, ten en cuenta que no es de los que mete los pies en el río sin conocer antes la profundidad.

—Pero en este caso sí sabe a lo que se expone y sin embargo va a enfrentarse a ello. Y yo... me siento mal por él.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Alice alarmada.

—Tanto si gana como si pierde su nombre quedará en entredicho... —dijo Maddy, pero al ver la expresión alarmada de Alice se detuvo y la miró—. ¿Por qué pones esa cara?

—Querida, siento tener que decírtelo. —Maddy odiaba cuando se ponía en plan misteriosa y daba rodeos para llegar a la meta—. Estás completa e irremediabilmente... y que conste que sabía que iba a pasar...

—¿Qué? ¿Qué? —interrumpió Maddy impaciente.

—¡Ay! —Un suspiro teatral e innecesario por parte de Alice antes de continuar.

—¡Dilo ya, maldita sea!

—Uy, querida... esos modales...

—Alice...

—Estás enamorada de tu marido —añadió una enorme sonrisa a sus palabras.

—¿Enamorada? —Maddy se quedó pensativa. ¿Podría ser?

—Totalmente. Y podría aventurarme a decir que eres correspondida.

—No puede ser. —Había una nota de tristeza en su voz—. Él... él... no puede ser.

—Todo lo que está haciendo, arriesgándose a perder su prestigio. Y te aseguro

que nadie le ha regalado nada. ¿Lo hace porque sí?

—Me hizo una promesa. —Maddy seguía sin admitir lo que para Alice era más que evidente—. Solamente está cumpliendo con su palabra.

—Querida, si únicamente esa fuera la razón. Y acepta de una vez que tu marido es el negociador más hábil que conozco. Hace tiempo que hubiera solucionado este asunto sin que tú te enterases.

—Eso no quiere decir nada...

—Está bien. Niega la evidencia, pero luego no te quejes. —Alice empleó un tono de fingida indiferencia, a ver si de ese modo Maddy entraba en razón—. Lo tienes al alcance de tu mano, habla con él y saca tus propias conclusiones.

«Saca tus propias conclusiones».

Esa frase no dejaba de darle vueltas en la cabeza mientras caminaba de regreso a casa. Había preferido ir paseando para despejarse un poco. Cada vez que pasaba más de media hora en compañía de Alice, terminaba agotada mentalmente. Ahora bien, prefería eso a quedarse en un saloncito tomando un insípido té y oyendo los aburridos comentarios de señoras sin otra cosa que hacer que arreglar la vida de los demás. Bueno, siendo sinceras, Alice parecía querer arreglar la suya y la de Samuel. Pero esa era otra historia.

¿Y si era cierto? No tenía experiencia para saberlo, pero... ¿todos los hombres respondían igual ante una mujer que les planteaba un encuentro sexual? Podía ser. Lo que sí tenía claro es que Samuel podía haberla dejado a un lado tras su primera noche. Pero volvía la menor oportunidad. Podía haber pasado por alto sus promesas, pero se estaba jugando todo por ella.

Ahora que ya no era virgen bien podía haber puesto en práctica su idea de tener un amante. Pero le buscaba a él. Le deseaba y...

—Deja de pensar ahora en eso —se reprendió. Iba por la calle y sentía un cosquilleo entre sus muslos del todo inconveniente.

Samuel le había dicho que podía satisfacerse a sí misma. Pero... le prefería a él.

Se detuvo en medio de la calle y buscó algún sitio donde sentarse. En ese estado no podía andar por ahí. Terminaría perdiéndose. ¿Cómo el simple hecho de pensar en Samuel hacía que se pusiera tan caliente? Y aunque intentaba controlarse, no pudo. La gente que pasaba por delante iba a lo suyo, menos mal. Nadie podía intuir, ya que estaba perfectamente sentada y perfectamente vestida, lo que le rondaba por la cabeza, y lo más inquietante... esa sensación de necesitar desesperadamente algo. O mejor dicho, a alguien. Por mucho que le costara admitirlo iba a tener que hacerlo. Se había enamorado de su marido.

Algo que no debía suceder.

Algo que iba traerla por el camino de la amargura. Pero por el momento bien podía disfrutar de su extraña relación conyugal.

—¿Señor Boston?

—¿Sí? ¿Qué ocurre, Thompson?

—Su esposa, señor. Desea verle.

Samuel se puso inmediatamente de pie, buscó su reloj de bolsillo y comprobó la hora. Muy extraño. ¿Qué era tan importante para que Maddy apareciera en su despacho? ¿Había olvidado algún compromiso? Frunció el ceño, rara vez pasaba tal eventualidad, además tenía a su fiel secretario para tal menester.

Maddy entró y se le borrarón todas las dudas. Estaba allí, frente a él. Mirándole sin decir una palabra.

—¿Desea tomar algo, señora? —El secretario, servicial como siempre, interrumpió el silencio.

—No, muy amable, Thompson.

—Si no desean nada más...

—No, gracias —le despidió Samuel.

Maddy avanzó hasta situarse en frente de la gran mesa del escritorio. Seguía impresionándola, después de todo. Y más aún ver a Samuel tras ella. Olvídate de la mesa, se reprendió. No estás aquí por eso.

—¿Ocurre algo? —preguntó preocupado al ver la extraña expresión del rostro de su mujer.

—No —Maddy se mordió el labio—. Sí —desvió la mirada—. No. Bueno sí. —Caminó hasta situarse frente a él, cerró los ojos un momento antes de continuar.

—¿Maddy? Aclárate, por favor. —Él la cogió por los hombros, con ella podía ser cualquier cosa... un nudo se le formó en el estómago. ¿Y si estaba enferma? Por la cara que tenía...

—Ya sé que acordamos que no viniera a tu despacho, pero...

—Maddy, si es algo urgente puedes venir siempre que quieras. Dime, ¿qué te pasa?

—No es muy urgente, podía haber esperado hasta esta noche pero...

—Maddy...

—Yo... me da vergüenza... —Escondió la cara en su cuello, estaba roja como un tomate.

—Si no me lo dices no podré ayudarte.

—Estoy caliente —dijo en voz baja.

Samuel creyó no haber oído bien; al hablar contra él la voz quedaba amortiguada.

—¿Qué has dicho? —preguntó con suavidad, intentando que su mente no le jugara una mala pasada.

—Pues... eso. —Maddy seguía escondiéndose—. No sé lo que me ha pasado, iba caminando hacia casa y de repente... por eso estoy aquí.

—Joder... —murmuró sin poder creérselo.

—Lo... lo siento. Es la primera vez que me pasa.

—No te disculpes por eso. Jamás. —Samuel estaba a punto de saltar de alegría, pero se impuso la prudencia.

—Yo... no sabía qué hacer. Me dijiste que podía satisfacerme sola pero... me parece algo tan... aburrido.

—Maddy. —Samuel la obligó a mirarle—. Siempre, ¿me oyes? Siempre que quieras estaré a tu disposición. Y ahora... —De un salto la sentó sobre su escritorio y metió las manos bajo su falda hasta llegar a la parte superior y descubrir que ella ya venía preparada, sin rastro de ropa interior—. Veo que verdaderamente estás necesitada. —Ella asintió—. ¿Y preparada?

—He pasado por casa.

—Excelente. Échate hacia atrás.

Ella se dejó caer hasta reclinarse completamente sobre la gran mesa y Samuel empezó a subirle las faldas hasta la cintura, desnudándola de cintura para abajo.

Al estar tumbada solo podía ver el techo y la enorme lámpara que colgaba. ¿Por qué Samuel tardaba tanto?

—¿Samuel?

—Tranquila, ya voy. —Lo cierto es que estaba anonadado, perdido, excitado e impaciente. Joder, solo Maddy podía acudir a su despacho y proponerle algo así. Antes de desabrocharse los pantalones se inclinó y la besó entre las piernas—. Estás muy caliente —murmuró contra su piel.

Maddy resopló, a esa conclusión ya había llegado por sí misma y era el motivo de encontrarse allí.

Samuel se situó entre sus piernas y, para afianzarla mejor, la hizo doblar las rodillas y apoyar el talón en el borde. Ella no protestó por eso.

—Date prisa.

—Querida —había una nota de humor en su voz—, las cosas hay que hacerlas... bien.

Y de un solo movimiento la penetró.

—Por fin... —jadeó ella cerrando los ojos, dejándose llevar, sin hacer nada, dejando que él se moviera a su antojo. Y él pareció entenderlo a la primera porque no paró ni un instante. Se lo dio todo. Lo único que lamentaba era no poder desnudarla de cintura para arriba y mordisquear esos tentadores pezones que sabía que escondía y que seguramente estaban bien tiesos.

Se inclinó un poco más para besarla y ella le aceptó encantada, agarrándose instantáneamente a sus hombros, pegándole a su cuerpo. Pidiéndole con palabras que no la soltase, que la sostuviera y que disfrutara tanto como ella. Ambos estaban tan inmersos follando que no se percataron de un pequeño detalle. Cuando por fin ambos estaban satisfechos, empezando a respirar con un mínimo de normalidad y mirándose como si no se creyeran lo que acaba de pasar, oyeron unos aplausos.

—Debo decir, querido amigo, que tus visitas de esta tarde sin duda han sido más

productivas que las mías.

—Joder, Rafe —Samuel intentó tapar a su esposa rápidamente y de paso abrocharse los pantalones—. ¿No sabes llamar a la puerta?

—¿Para qué? —Sin duda se lo estaba pasando en grande—. Además, ¿cómo sabes que no lo he hecho?

Maddy, avergonzada a más no poder, trató de incorporarse pero le fallaron las piernas. Samuel acudió al rescate y, por supuesto, todo un caballero de la aristocracia como era Rafe, también estuvo atento.

—No hace falta tu ayuda —gruñó Samuel.

—Querida mía —obviando por completo el comentario de su amigo cogió la mano de Maddy y, como si de una recepción se tratara, la besó en los nudillos—, estás preciosa, como siempre.

—Ya basta. —Samuel tomó cartas en el asunto.

—¿No puedo saludar a tu esposa como es debido? —alegó con todo el cinismo posible.

Samuel tocó la campanilla para llamar a su secretario. Por el momento solo le ordenó que buscara un transporte para llevar a Maddy a casa. Más tarde le daría severas instrucciones para dejar pasar o no a cualquier visita.

Rafe, sonriendo como un tonto, abrió la puerta para que saliera Maddy y después miró a Samuel.

—Vaya, vaya, vaya. —Se acercó hasta él y le palmeó en la espalda—. Veo que has roto una de tus normas más arraigadas.

—¿Qué norma? —preguntó molesto tras sentarse en su sillón. Rafe era experto en tocar la moral, con lo a gusto que se había quedado tras su interludio sexual con Maddy.

—La de follar sobre este... —Golpeó la enorme mesa— santuario familiar. —Dicho eso se echó a reír a carcajadas.

—Vete a tomar por...

—¡Eh, cuida tu vocabulario! A mí me parece estupendo eso de follar a la esposa de uno en el trabajo. Solo he hecho una observación.

—Podías haber hecho notar tu presencia, joder.

—¿Y perderme lo mejor? —Negó con la cabeza—. Ni hablar. Y aunque te moleste haré otra observación: no es la primera vez que te veo follar, así que ahórrate el discurso mojigato.

—No era una puta, joder, era mi esposa —protestó.

—Más a mi favor, la prostitución está mal vista, las relaciones conyugales no —alegó aplicando vaya usted a saber qué lógica.

—Cambiemos de tema, si eres tan amable. ¿Para qué estás aquí?

—Si te soy sincero, para nada en particular. —Rafe seguía con el tonito—. Simplemente eres el único con el que puedo hablar libremente y... —Se encogió de hombros—, me apetecía charlar un rato.

—Ya —dijo Samuel escéptico.

—Está bien, sentí curiosidad cuando oí que tu mujer había venido. —La expresión de Samuel cambió y Rafe se apresuró a añadir—: No es lo que estás pensando.

—Más te vale —dijo entre dientes.

—Ah, y otra cosa, aunque no sé si te mereces que me preocupe por tu bienestar.

—Hazme un favor, ahórrate las divagaciones, di lo que tengas que decir.

—Desagradecido. Está bien, ayer coincidí con un abogado experto en casos como el tuyo, herencias y esas cosas. Le comenté, sin dar nombres, tu caso, y me prometió estudiarlo.

—No tengo tiempo para eso.

—No perdemos nada, ¿verdad?

—Yo no estaría tan seguro.

—Mira, pase lo que pase, Alice y yo te apoyaremos hasta el final. —Ahora Rafe hablaba con seriedad, sin rastro de cinismo—. Tanto a ti como a Maddy. Ese hijo de puta tendrá que soportar carros y carretas para poder salirse con la suya.

—Pero hay una gran diferencia entre él y yo.

—¡Desde luego! Tú eres alguien de fiar.

—No, él no tiene nada que perder.

CAPÍTULO 32

Samuel llegó a casa cabizbajo, bastante angustiado por lo que iba a pasar en tres días. Por primera vez en su vida su nombre iba a estar en boca de todos y no por sus logros como banquero de éxito, sino por un asunto muy desagradable. La suerte había querido que apenas se hiciesen públicos los detalles de la demanda interpuesta por su suegro. Pero en cuanto un periodista oyera su nombre sería imposible esconderlo más. ¿Merecía la pena jugarse el prestigio por una mujer?

Rafe, ese maldito bastardo manipulador, había asegurado que sí, que una mujer como Maddy bien valía eso y mucho más. Claro que... ¿qué sentido tiene jugársela por una esposa de la cual te vas a separar? Su relación personal iba afianzándose día a día. Contaba con las opiniones de ella, consultaba asuntos de trabajo, valoraba sus informes. Maddy, así como si nada, se había convertido en parte fundamental de su vida. Ahora bien, iba a jugarse todo por ella.

No le extrañó encontrarse a su mujer en el despacho, rodeada de papeles y con cara de concentración. Si pudiera se la llevaba a la oficina con él. Desde luego iba a ser mucho más divertido y siempre podría descargar la tensión entre reunión y reunión. Por supuesto, cerrando antes con llave la puerta y dejando claro a su secretario lo de «no molestar».

Condenado Rafe, pensó esbozando una sonrisa, siempre con el don de la oportunidad.

—Tengo una duda. —Ese fue el saludo de Maddy al verle entrar. Nada de buenas tardes, o qué tal el día.

—Dime. —Caminó hasta situarse tras el gran sillón donde ella estaba enfrascada en sus cuentas y echó un vistazo por encima de su hombro.

—¿Tu secretario es antipático por naturaleza o solo lo es conmigo?

—¿Cómo dices?

—Sinceramente, ese hombre necesita distraerse un poco. —Maddy se puso en pie y se acercó a servir dos copas—. Hoy casi me echa a patadas de tu oficina.

—¿Perdón? —Seguía sin entenderla.

—A primera hora he pasado a recoger unos documentos que necesitaba. Tú no estabas y él me ha puesto muchas y variadas excusas para no dejarme pasar.

—Hablaré con él —respondió, y pensó en qué mosca le habría picado a Thompson para comportarse así.

Después se acercó y besó a Maddy, como buen esposo. Ella le respondió, pero no como esperaba.

—No podemos —consiguió decir ella.

—¿Por qué, si puede saberse?

Ella se mordió el labio.

Él no apartó la vista.

Ella cogió aire para que lo que iba a decir fuera creíble.

Él volvió a intentar besarla.

Ella metió la mano en su chaleco pero no para lo que él esperaba.

—¿Qué buscas?

—Es tarde —dijo simple y llanamente devolviendo el reloj a su sitio.

—¿Tarde para qué?

—Tengo un compromiso.

—¿Un compromiso? —Se apartó un poco de ella, cogió su copa y dio un trago.

—Sí, bueno, esto... mi hermano me ha invitado a cenar y...

Y vaya porquería de excusa que se estaba inventando. No lo de la cena, esa parte era buena, pero ¿a qué idiota iba a engañarle? Lo más lógico es que asistieran los dos.

—Tu hermano —dijo Samuel sin creerla—. A ti. —Una pausa—. Sola.

Maddy se bebió su copa de un trago. La única forma de conseguirlo era tocando un tema tabú.

—Bueno... mi hermano no te conoce, y como yo le expliqué las razones por las que me casé... pues él, ahora... no... no te tiene mucha simpatía. —Estaba jugando sucio, pero después pensó que Samuel también tenía sus secretos.

—¿No le has explicado...? —Se detuvo. ¿Qué iba a explicarle, lumbreras? ¿Que ahora las cosas eran diferentes? ¿Que estaba encantado con su matrimonio? ¿Que en unos días se enfrentaba a su padre en un juicio?

—A eso voy. —Samuel, con su insinuación, había allanado el camino—. Quiero explicarle la situación. Él tampoco se lleva bien con mi padre. Ya te hablé de su matrimonio y...

—Sí —la cortó él.

—Quiero que os conozcáis, por eso hablaré con él y...

—Está bien.

Samuel se sentó en su sillón y miró de reojo a su esposa. Algo se le escapaba.

—Me siento mal —se quejó una vez más Maddy.

—Peor lo llevo yo —respondió Alice—, hoy iba a tener lugar uno de esos encuentros originales con mi marido y he renunciado para que la señora Jones pueda ver cómo son las fiestas del club.

—¡Pero yo he mentado a mi marido!

—¡Y yo le he dejado plantado!

Vale, así no iban a ninguna parte, decidió Maddy siguiendo a su amiga. Mostraron las invitaciones y fueron a los vestuarios a cambiarse.

Amabas salieron media hora más tarde ataviadas como respetables patricias. Con antifaz, eso sí.

—No me lo puedo creer.

—Maddy, deja de protestar de una vez. No me digas que no es más cómodo andar solo con esta sábana —dijo Alice divertida—. Y no te preocupes, aquí eres la

respetable señora Jones, acompañada de la inigualable señora Smith. ¿No te parece divertido?

—Tengo que volver a casa a una hora razonable. No te olvides.

—No, no me olvido, sobre todo recordándomelo cada diez minutos —observó mordazmente la señora Smith.

Para no asustarla, Alice decidió ir al salón principal, donde las cosas resultaban más suaves y donde normalmente los invitados simplemente se relajaban hablando, bebiendo y configurando las posibles parejas, tríos o lo que surgiera, para el final de fiesta. Aunque algunos y algunas ya tuvieran muy claro cómo hacerlo.

—Alice... —susurró Maddy deteniendo a su amiga—, esos dos... ¿van a...?

—Maddy, si viendo a dos hombres juntos ya te escandalizas... no sé qué vas a hacer después.

—Perdone usted, señora Smith —dijo picada—, era simple curiosidad —explicó muy digna, aunque intrigada.

—Vamos a ponernos cómodas y a ver bien el panorama. Quiero, al menos, coger ideas.

—¿Ideas?

—¡Tendré que compensar al señor Smith de alguna manera!, digo yo.

—Tienes razón. —Ella podía hacer lo mismo, ¿no?

Se sentaron en un gran diván. Nada más hacerlo empezó el desfile de invitaciones y las consiguientes negativas educadas de Alice. Maddy estaba demasiado absorta en lo que veía como para hablar.

—Me gustaría lavarle los pies, señora mía —propuso un hombre a Maddy, y ella no supo qué contestar.

Por suerte, o por desgracia, Alice sí.

—Proceda, amable joven. —Maddy la miró horrorizada y Alice susurró—: Déjale, es algo inocente.

—¿Estás loca? —siseó Maddy.

El hombre esperaba tranquilamente a que le dejaran continuar. Había observado a la morena y no quería dejar pasar la oportunidad.

—Muchos disfrutan ejerciendo de criados, es su fantasía. Solo va a tocarle los pies. ¡No seas mojigata!

Con timidez estiró sus pies y dejó que ese «sirviente» se los masajeara. Colorada como un tomate pero encantada con las atenciones.

—¿Lo ves? —murmuró Alice sin dejar de sonreír al joven—. ¿Ves como no es para tanto? —Y, para asombro de su amiga, llamó por señas a otro hombre para que se ocupara de ella.

Maddy decidió no preguntar.

—¿Te lo puedes creer? ¡Me ha dejado plantado!

—No es para tanto.

—¿Que no es para tanto? Maldita sea, Samuel, ¿qué te corre por las venas? Samuel puso cara de circunstancias, fingió apenarse por su amigo y así evitar otro sermón mientras se dirigían al club.

Rafe se había presentado en su casa hacía menos de una hora, echando pestes y maldiciendo. Protestaba por cualquier cosa, y todo porque su querida esposa le había dado plantón para irse a no sé qué reunión de damas. Por supuesto a Samuel le dio mala espina.

—Es la primera vez que hace algo así. —Rafe seguía con su particular rosario—. ¿Y si me engaña con otro?

Samuel le dio unas reconfortantes palmaditas a su amigo. Alice no le engañaba con otro. Si sus suposiciones eran ciertas, le engañaba a secas. Pero visto el estado de su amigo, prefirió no meterle más pájaros en la cabeza.

—Ya hemos llegado. Anima esa cara, te encantan estos saraos.

—Sí —respondió Rafe desganado—, pero sin Alice ya no tienen tanta gracia.

Nada más entrar fueron saludados por uno de los porteros y caminaron hasta la sala principal donde les esperaba el encargado.

—Buenas noches, señor Smith, señor Jones.

—Buenas noches —respondió educadamente Samuel, y como Rafe seguía atontado, le dio un suave toque para que saludara.

—Buenas noches —dijo sin entusiasmo.

—Como ven, la fiesta está en su apogeo, señores. ¿Van a unirse o simplemente desean observar?

—A mí me da igual.

Joder, con Rafe desanimado era peor que un velatorio.

Otro empleado se acercó y le habló en voz baja al encargado.

—Gracias, puedes retirarte. Me comentan que la señora Smith y la señora Jones están en un reservado de la sala principal.

—¿Cómo?!

A Rafe se le iluminó la cara, Alice lo había preparado para sorprenderle, sin duda. Pero lo había pasado tan mal que decidió darle una lección a su conspiradora esposa. Samuel, por el contrario, no podía creer lo que estaba oyendo. Maddy estaba en el club, maldita sea. Sin duda era por influencia de Alice. Eso le hizo sentirse en primera instancia desilusionado, pues debía ser él quien le mostrara el club, y en segundo lugar estaba enfadado por mentirle. La señora Jones iba tener que explicar muchas cosas.

—Verá, quiero darle una sorpresa a la señora Smith. ¿Sería posible que alguien la llevara al despacho del director?

Samuel observó cómo, con la sola mención de la señora Smith, Rafe se recuperaba al instante.

—Me temo que... —El encargado se detuvo al ver la cartera de Rafe y cómo

cierta cantidad de dinero iba a cambiar de manos—. ¿Desea que le explique a la señora el motivo?

—Dígale que tiene cuotas pendientes.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Samuel antes de que Rafe siguiera al encargado.

—Zurrar a la señora Smith y explicarle las normas del club. Si luego me apetece, incluso puede que salde su deuda.

Y con esas palabras le dejó solo. Tranquilidad, esa era la pauta a seguir, se dijo cuando se adentró en la gran sala. A esas horas los asistentes ya dejaban ver a las claras los efectos del alcohol y cada uno estaba a lo suyo, o a lo de los demás, según gustos.

Fue fácil localizar a Maddy, solo tuvo que esperar que un empleado localizara a la señora Smith para llevársela. Y Samuel se quedó atónito al ver las atenciones que recibían esas dos, pero en concreto las de Maddy fueron las que le pusieron en el disparador. La señora Jones y la señora Smith tenían allí su particular corte de admiradores y uno le estaba prodigando sus atenciones.

Joder. Ese tenía que ser él. Creyó reconocer al hombre que se ocupaba de su esposa. Así que caminó, todo lo tranquilo que podía, hasta el reservado. Efectivamente, sabía quién estaba atendiendo a Maddy, pero prefería no armar un escándalo. Al fin y al cabo solo estaba masajeando sus pies, aunque de vez en cuando se le escapara la mano.

—¡Esto es, sencillamente, inadmisibile, señor! ¿Sabe con quién está usted tratando?

Alice, enfadada, seguía al hombre por las dependencias del club, intentaba que al menos dijera algo, pero por lo visto era un mandado y se limitaba a hacer su trabajo.

Nunca antes había ido a esa parte del club. ¿Para qué iba a hacerlo? Así que le sorprendió que la zona, llamémosla administrativa, fuera como la de cualquier otra empresa. Su no deseado acompañante llamó a una puerta en la que se veía claramente una placa de latón con el rótulo de dirección. No esperó a que le dieran paso, sino que abrió y, con un gesto, indicó que pasara. Alice le fulminó con la mirada, levantó la barbilla y entró al despacho. Se iba a enterar por haberla interrumpido.

Apenas había luz en la estancia, como no eran horas habituales para despachar asuntos administrativos, seguramente estaban allí solo por ella. Pues no iba a defraudarle.

—Espero que esto sea un error —empezó muy digna ella— y que se disculpen como es debido, de lo contrario consideraré muy seriamente la pertenencia a este club e informaré de ello a mis conocidos. No creo que les convenga cierta publicidad negativa —hizo una pausa para coger aire—, por lo que...

—Señora Smith, ¿qué voy a hacer con usted? —La interrumpió un hombre en voz baja, y ella dio un respingo.

Por supuesto, Alice, que estaba en plan combativo, tardó un segundo en recuperarse.

—Me da exactamente igual, he dejado claro que...

—Joder, ¿es que no vas a callarte?

Ella se llevó la mano al pecho, conocía demasiado bien esa voz. Pero, a pesar de ser pillada in fraganti, ni retrocedía ni se amilanaba.

—Enciende la luz y da la cara. A mí no me vengas con secretitos.

—Se supone que el ofendido soy yo.

Rafe encendió la luz, estaba sentado en el sillón de director, mirándola aparentando enfado (¿quién era el valiente que podía viéndola así vestida?), esperando que al menos ella se mostrara un poco arrepentida. Pero Alice era demasiado mujer, él bien lo sabía, para eso.

—¿Por qué? —Y empezó a pasearse por el despacho para que él evaluara si su interpretación de la moda romana era la acertada.

Sabe jugar bien sus cartas, maldita sea, pensó él observándola. Estaba casi seguro de que debajo de esa túnica no llevaba nada, tan seguro como excitado estaba.

—Me has mentido y, lo que es peor, dejado solo.

Parecía un cachorrillo abandonado y ella tuvo que aguantarse las ganas de ir corriendo a consolarle. Pero la había sacado de la fiesta y mentido para ello. Hacerle sufrir un poco no era si no pago justo a sus esfuerzos.

—No es la primera vez que acudo a una fiesta sin ti —argumentó con toda lógica plantándose frente a él con las manos en las caderas.

—¡Esta no es una de esas fiestas! —Se puso en pie repentinamente, sobresaltándola—. Vamos a dejar una cosa clara, cariño... —Ahora el tono falsamente pacífico hizo que ella sintiera a partes iguales excitación y temor—. Arreglemos tus cuentas pendientes.

—Esa excusa ha sido... —No podía negarlo, Rafe ejercía tal poder sobre ella que perdía la capacidad de armar una frase coherente. Y más aún cuando le vio aflojarse la corbata—. ¿No irás a...? —preguntó retóricamente, pues la idea de que Rafe la tumbara sobre ese escritorio resultaba cuando menos apetecible.

—Ni una palabra —amenazó—, ni una queja. —Dejó caer su chaqueta y empezó a soltarse los botones del chaleco—. Así aprenderás de una vez por todas a no mentir ni a engañar a tu marido.

Alice se quedó de piedra al verle abrir un cajón del escritorio y sacar... ¡Una fusta!

—¡Rafe!

—¿Qué acabo de decir?

Ella asintió despacio sin decir ni pío. ¿Qué se le había ocurrido al perverso de su marido?

No iba a tardar mucho en averiguarlo.

Maddy se dio cuenta de que los avances de aquel hombre eran cada vez menos

sutiles. Ahora que estaba sola, sin la compañía de Alice para apoyarla (bueno, eso dependiendo de la definición de apoyo), se sentía cohibida.

—Creo que ya es suficiente, gracias —le dijo al hombre.

—Tiene unas piernas estupendas, podría pasar mucho tiempo entre ellas —respondió él.

Maddy, que sabía poco o nada del coqueteo con extraños, no supo qué responder y únicamente le devolvió una sonrisa a modo de agradecimiento, cosa que no debió hacer, tal y como se percató al instante.

Su fiel servidor comenzó a recorrer sus piernas de forma ascendente con las manos y Maddy quiso apartarse, cosa difícil al estar medio tumbada en un amplio diván.

—Tan suaves... tan perfectas...

—No siga —sugirió Maddy, y recogió sus piernas escondiéndolas bajo la túnica —, por favor.

—¿Por qué?

—¡Soy una mujer casada!

—¿Y? Más de la mitad de las mujeres aquí reunidas lo son, querida.

Eso ya lo sé, pensó molesta, pero ella no era una de «esas» casadas.

—Preferiría no seguir.

—Yo no opino lo mismo, estoy seguro de que si está aquí es porque su marido no cumple con sus obligaciones.

—¿Se lo preguntamos? —A pesar de estar sumamente abochornada por la situación en la que estaba, no podía haber aparecido en mejor momento. Más tarde tendría que explicarle a Samuel, o al menos intentarlo, qué hacía allí.

—Buenas noches —dijo Samuel con total seriedad a pesar de querer partirla la cara a alguien.

—Samuel, yo...

Maddy se le quedó mirando sin saber qué decir o hacer en ese instante. Su fiel servidor se disculpó, evidentemente si se quedaba podía pagar las consecuencias y claro, en la fiesta había suficientes mujeres como para divertirse. Otra cosa es que se hubiera encaprichado de esta. Pero qué se le iba a hacer.

Cuando se quedaron a solas, Maddy, totalmente avergonzada, intentó ponerse en una postura digna, taparse sus extremidades inferiores con la túnica y aguantar la mirada de Samuel.

¿Qué debía hacer con ella?, pensó sin dejar de mirarla. Le había mentado, de acuerdo, pero podía considerar como lógica su curiosidad, y más aún si tienes al lado alguien como Alice, que sabe muy bien cómo incrementar tu curiosidad.

Esperaba que Rafe le diera su merecido.

—De rodillas —indicó Rafe.

—¿Aquí? —Alice miró al suelo de madera con desconfianza—. ¡No puedo hacer eso! ¡Me pelaré las rodillas!

Rafe suspiró; vale, podía tener razón después de todo. Agarró su chaqueta y la puso doblada en el suelo. Por nada del mundo permitiría que las rodillas de su esposa sufrieran daño alguno.

—¿Mejor? —preguntó tras ver cómo se acomodaba; ella asintió.

Como si fuera un maestro intentando reprender a un alumno díscolo, se paseó delante de ella blandiendo la fusta de tal forma que ella oyera perfectamente ese sonido característico. También probó su eficacia golpeando en la mesa. Ella se sobresaltó al oírlo pero permaneció callada. Estaba más que intrigada con ese jueguito que se traía Rafe. Mmm, quizás debería planear cómo engañarle de nuevo.

Tan sumida estaba en sus pensamientos que Rafe desabrochó los dos cierres superiores de la túnica desnudándola de cintura para arriba.

—Ni se te ocurra —amenazó él cuando Alice hizo amago de cubrirse.

Ella levantó orgullosa el mentón, no era ninguna novedad verla desnuda, pero no sabía por qué en esa situación lo veía completamente diferente.

Sonrió y Rafe se mantuvo, eso sí, con dificultad, serio. Con parsimonia, adoptando esa actitud de la gente que pertenece a la aristocracia y que mira por encima del hombro a todo aquel que no es de su clase, Rafe estiró la fusta recorriendo la suave piel de Alice desde el hombro, bajando deliberadamente despacio hasta detenerse en el pezón. No hizo falta estimularlo y se entretuvo cuanto quiso jugueteando con él.

—Me estás matando —gimió ella.

¡Zas! Un golpe rápido, seco y calculado sobre el pezón. Alice se sobresaltó y, si bien sintió el dolor inicial, más por el susto que por el daño físico, no pudo evitar excitarse aún más. Se movió incómoda intentado controlarse.

—Es curioso... —Rafe hablaba como si estuviera tranquilamente estirado en el sillón de su casa y no conteniéndose a duras penas— siempre hemos sido sinceros el uno con el otro... —Abandonó el pezón y ella gimió frustrada—. Siempre me he comportado como un caballero contigo...

—No siempre —interrumpió ella, y con ello se ganó otro golpe de fusta.

Rafe empezó a mosquearse consigo mismo. ¿Para qué jugar si podía tumbarla sobre la mesa y acabar con esto en aproximadamente siete minutos? Y, para colmo de males, Alice seguía sin mostrarse todo lo sumisa que él deseaba. Parecía como si estuviera retándole a propósito. Entonces la miró a los ojos y comprendió. Ella no acataba las órdenes a la primera por la simple razón de que disfrutaba con sus castigos.

—Bien, bien, bien, ¿qué debo hacer contigo? —habló en voz baja y se entretuvo recorriendo la columna de su esposa con la fusta provocándole escalofríos.

—¿Dejar de hacer el tonto e ir al meollo de la cuestión?

Rafe sonrió de medio lado. No había manera.

—¿Estar una semana, o lo que considere oportuno, sin tocarte? —sugirió.

—No aguantarás —contraatacó ella con descaro.

—¿Quién ha dicho que yo vaya a sufrir las consecuencias de tu castigo?

Ella tragó incómoda. ¿Qué estaba sugiriendo exactamente? ¿Irse con otra?

—Acepto mi castigo —murmuró sumisa. Ya tendría ocasión más adelante de vengarse.

Rafe sonrió y ella pensó: quien ríe el último...

—Eso está bien.

Alice esperó a que él hiciera cuanto quisiera, de todas formas iba a disfrutarlo. No tuvo que esperar mucho. De nuevo con la fusta recorrió su piel de cintura para arriba, entreteniéndose donde a él le parecía oportuno. Dando pequeños golpecitos en sus pezones y haciendo que a ella le hirviera la sangre. Pero aguantaba estoicamente.

—Ponte de pie y desnúdate —ordenó tras apoyarse en la mesa y cruzarse de brazos. Eso sí, sin soltar su instrumento de tortura.

Ella le provocó tardando mucho más de lo necesario en deshacerse de una simple túnica.

Él golpeó la mesa haciéndole ver que no aguantaba sus tonterías.

Ella hizo pucheros como si de una niña asustada se tratase.

Él movió un dedo indicándole que se acercara.

Ella bajó la mirada y caminó despacio.

Él ya no aguantó más.

—¡Alice!

—¿Sí? —ronroneó en respuesta.

—Se acabó.

Tiró de ella hasta colocarla doblada sobre la mesa exponiendo su trasero desnudo. Y con una mano la sujetó del cuello. Se inclinó sobre ella hasta poder hablarle al oído.

—No voy a tolerar ni una sola tontería más, ¿comprendido? —Y para que ella no dudase de sus palabras, la golpeó en el culo un par de veces, dejando una visible marca—. ¿Comprendido?

Ella solo asintió. Picaba, demonios, cómo picaba. Pero resultaba tan excitante. Allí, doblada sobre la mesa, esperando a que su marido hiciera cuando quisiera... Entonces recordó la primera vez que estuvieron juntos y sonrió. Rafe se sorprendió al verla sonreír. Definitivamente iba a acabar con él. Vaya mierda de castigo. Se desabrochó los pantalones y apartó la ropa lo suficiente para que ella viera su erección. Colocándose frente a ella, a escasos milímetros de su boca, empezó a masturbarse.

—Querida, creo que deberías ocuparte de esto para poder irnos a casa cuanto antes.

—Acércate un poco más —le pidió ella susurrando.

CAPÍTULO 33

Maddy no sabía dónde mirar. Mirase donde mirase veía a gente en distintos grados de desnudez, en distintas posturas y en distintas combinaciones. No podía haber imaginado que la gente se comportara de esa forma y a la vista de todos. Y para mayor desconsuelo, ella estaba excitadísima, pero permanecía inmóvil. A saber qué estaba pensando Samuel de ella. Y ahí tenía otro frente abierto. No había dicho nada. Sabía que de vez en cuando la observaba de reojo y manteniéndose impasible, tal y como era su costumbre. Le conocía lo suficiente para saberlo.

Quería salir de allí y acabar de una vez por todas con esa incertidumbre. También quería disfrutarlo, pero le parecía poco menos que bochornoso que una mujer estuviera allí y mucho menos querer pasarlo bien. Y para más inri le había engañado y acudido en compañía de la conspiradora número uno, también llamada señora Smith. Y no solo eso, además Samuel apareció cuando otro estaba tocándola. De forma bastante inocente, a juzgar por lo que hacían otros invitados, pero por la mirada reprobadora de su marido, no debía ser tan inocente. Se colocó por enésima vez el antifaz y procuró esperar, respirando lo más sosegadamente posible.

¿Por qué se estaba conteniendo? Maldita sea, era su mujer, estaba allí, prácticamente desnuda, y podía tumbarla en el cómodo diván y explicarle que no solo se trataba de mirar. Por muy excitante que fuera. A decir verdad ya no estaba enfadado, pues si analizaba la situación quizás la intervención de Alice le servía para hacer algo que él deseaba. Y que hasta la fecha no se había atrevido a sugerir.

Puede que Maddy, en la intimidad de su dormitorio, accediera a ciertas prácticas, pero en público era otro cantar. Aunque tampoco se debían preocupar mucho por «ese público», pues a esas horas ya nadie estaba únicamente mirando. Muchos ya se habían retirado a las habitaciones privadas y los que aún deambulaban por el salón estaban a lo suyo o demasiado bebidos como para molestar.

Observó cómo Maddy abría la boca, aunque después intentara disimular, cuando se formó un trío de hombres, no muy lejos de donde estaban. Los gemidos de los participantes llegaban con nitidez. Ella volvió a removerse, evidentemente nerviosa.

—¿Te excita?

Maddy se sobresaltó al oír a Samuel hablándole al oído. Esperaba algún tipo de reprimenda o simplemente obviarla con su silencio. Nunca esa voz tan insinuante. ¿Debía responderle? ¿Debía responderle la verdad?

Miró de nuevo al trío, no podía evitarlo. Estaba muy excitada, demasiado excitada.

Solo asintió. ¿Para qué ocultar la reacción de su cuerpo?

—¿Alguna vez habías visto algo así?

Ella negó con la cabeza.

Samuel sabía que era altamente improbable que su esposa hubiese contemplado un espectáculo así, pero quería comprobar cada reacción de Maddy y por esa razón

estaba llevando a cabo este absurdo interrogatorio.

—Dime, Maddy —continuó Samuel acercándose cada vez más—, ¿estás acalorada? —Ella asintió—. ¿Húmeda? —Ella asintió—. ¿Necesitas algo? —Ella asintió—. ¿Qué, exactamente?

Los gemidos de quienes habían tenido más suerte que ella y no debían soportar a un esposo con ganas de charla, llegaban a sus oídos, excitándola aún más. De acuerdo, ella debía haber hecho las cosas de otro modo, pero no tenía por qué soportar a Samuel de un humor extraño.

—¿Estás enfadado? —preguntó apartando la vista del espectáculo y mirándole directamente a los ojos.

Él tardó unos instantes en contestar, pues el rostro de Maddy, cubierto a medias con un antifaz, era realmente excitante. Ya tenía otra imagen que archivar en su memoria.

—¿Debería estarlo?

—Samuel, yo no quería mentirte pero...

—Sinceramente, ahora ya no importa, ¿no crees?

Ella asintió aliviada.

—Será mejor que volvamos a casa.

—¿De verdad deseas volver a casa, Maddy?

«Por supuesto que no, maldita sea. Estaba allí, disfrutando de la vista. ¿Podría también disfrutar de otra forma?».

Negó vehementemente; con un poco de suerte Samuel pasaría a la acción. Para comprobar hasta qué punto él podía, o no, estar dispuesto a complacerla, colocó la mano sobre su muslo, lo suficientemente cerca de su entrepierna para que él no confundiera sus intenciones. Le oyó respirar profundamente, y, como ella, estaba excitado, solo con una diferencia: a él se le notaba mucho más.

Maddy se mordió la lengua, Samuel la rodeó con el brazo pegándola completamente a su cuerpo y, con deliberada parsimonia, empezó a rozarle el cuello con los labios.

Iba demasiado despacio, esa fase podía saltársela. Para indicárselo subió su mano hasta rozarle la erección, si con eso no se daba cuenta...

—¿Tanta prisa tienes? —murmuró él, y Maddy estuvo a punto de arrearle al notar cómo se reía oculto en su cuello.

Él siguió jugueteando, como si tal cosa, sin prisas, y Maddy comprendió que ese era su castigo.

—Háblame, Maddy, dime qué te excita de lo que estás viendo —pidió él sin abandonar su piel, y para que ella no protestase por ir tan despacio, empezó a estimular un pezón por encima de la tela—. Descríbeme lo que ves.

—Están... —Quería hablar pero no podía. Y no solo porque las suaves caricias de su marido la estaban desquiciando; simplemente sentía vergüenza si utilizaba las palabras exactas para narrar lo que veía.

—¿Qué, Maddy?

—Samuel... —suspiró dejándose acostar en el diván y esperando a que las manos de su marido pasaran a mayores.

Ella se lo estaba poniendo fácil, con la escasa vestimenta y la evidente disponibilidad para ser tocada allí mismo. Pero por alguna razón Samuel no quería llegar muy lejos allí, a la vista de todos.

—Yo no puedo ver lo que está pasando, cuéntamelo —insistió él.

—El... el hombre de en medio parece disfrutar... bastante. —Como definición dejaba mucho que desear—. Pi... pide más.

—¿Qué exactamente, Maddy? —murmuró contra su piel.

—Pa... parece ser que el hombre que tiene detrás no va lo suficientemente rápido. —Maddy lo dijo esperando que su marido se diera por aludido.

—¿Y qué le está haciendo?

Ahora Samuel, tras dejar el pezón derecho completamente tieso, pasó al izquierdo, con la firme intención de torturarlo del mismo modo.

—Le está... le está...

—¿Sí?

—Penetrando —dijo muerta de la vergüenza; nunca imaginó que se pudiera hacer algo así. Pero enseguida se activó su lado lógico—. ¿No le duele?

Samuel se rio socarronamente contra su piel, ella debía sentirse molesta, pues no tenía la experiencia de él y era lógico hacerse preguntas.

—¿Crees que le duele? —preguntó él. Lo cierto es que este jueguito se le estaba yendo de las manos, Maddy estaba a punto y él por supuesto también.

—Supongo que no. —Maddy inspiró profundamente antes de continuar—: El que está delante no deja de... —tragó saliva antes de decirlo— metérsela en la boca y... —no podía continuar, a pesar de que Samuel solo la rozaba ella estaba tan a punto que hilar frases completas no era posible.

—Sigue, Maddy.

¡Como si fuera posible! En esos momentos en lo que menos pensaba era en qué hacían o dejaban de hacer quienes estaban a su alrededor, que cada uno disfrutase a su manera. Ella únicamente necesitaba que Samuel acelerase de una vez.

El trío de hombres que podía ver desde su privilegiada posición seguía a lo suyo; evidentemente no era la primera vez y Maddy se preguntó si un día ella acabaría así, desinhibida totalmente, disfrutando sin importarle el resto.

Estaba tan excitada, caliente, ansiosa y de tal forma tumbada en el diván, que lo que menos esperaba es que él se incorporase, dejándola sorprendida (y no gratamente) cuando hizo señas a un camarero. Se apoyó sobre los codos, enderezó el antifaz (a saber cómo lo llevaba después del manoseo de Samuel) y le miró sin comprender.

—Pe... pero ¿tienes sed? —le preguntó.

Él la miró de reojo, con media sonrisa en la boca, pero no le respondió. Se puso

de pie para hablar con el camarero, el cual, por cierto, ni se inmutaba.

—En vista de que aquí no hay nada interesante —dijo él tras hablar con el camarero, e hizo una pausa mientras la ayudaba a levantarse—, será mejor que nos vayamos.

¿Ahora? ¿Ahora nos vamos?, quiso gritarle. Pero fue imposible, él la agarró del brazo y, sin muchas contemplaciones, empezó a caminar con ella a remolque. Enseguida se dio cuenta de que no caminaban hacia la salida (menos mal) y que se dirigían a otra parte del club que no conocía pero se parecía mucho a un hotel. Caminó detrás de Samuel, no se oía ningún ruido y apenas había luz.

Lógico, pensó ella, aquí la discreción lo es todo. ¿Qué pasaría si te encuentras a tu vecino? Maddy se rio antes ese pensamiento. Samuel la miró por encima de su hombro sin comprender. Pero ahora solo podía pensar en una cosa: llegar cuanto antes a la habitación y beber champán.

Bueno, en dos.

Cuando ya estaban dentro, Maddy se quedó boquiabierta, y no era precisamente ante el tamaño descomunal de la cama, sino porque al fondo, en vez de haber una pared, como dicta la lógica, había un gran ventanal desde el que se podía ver la sala que acaban de abandonar. Y entonces saltó la alarma.

—Samuel... —murmuró señalando con un gesto el motivo de su preocupación.

Él lo entendió a la primera y se acercó rápidamente a un lado para correr una espesa cortina que les daría privacidad. Maddy suspiró aliviada. Pero el suspiro de alivio le duró un segundo al ver entrar al camarero sin llamar a la puerta. Como si estuvieran en un salón de té, dejó la cubitera a un lado y se marchó. Todo en silencio.

Maddy, que ya no sabía qué más podía sorprenderla, se acercó para servir el champán, algo tenía que hacer para serenarse, aunque no sabía si iba a ser capaz de servir dos copas sin derramar la mitad. Entonces miró a ambos lados de la cubitera y frunció el ceño.

—Se ha olvidado de las copas.

—No son necesarias —dijo enigmáticamente él mientras se quitaba la chaqueta y el chaleco antes de situarse tras ella y pegarse a su espalda.

—Yo creo que sí...

Maddy no pudo continuar la frase; Samuel, en un visto y no visto, la rodeó con los brazos, sus manos abarcaron sus pechos, pegándola a él, y empezó a mordisquear su cuello sin compasión.

En respuesta frotó su trasero descaradamente y con ello pudo comprobar algo que ya sabía.

Las manos de él trabajaban sin descanso, primero apartaron la incómoda e inoportuna tela para después poder tirar de sus pezones sin barreras de ninguna clase. Ella se dejó caer hacia atrás dejando que él sujetara todo su peso y al mismo tiempo facilitándole sus maniobras.

Una mano siguió torturando el pezón derecho, ya de por sí tieso; ella no se dio

cuenta de las maniobras de su marido pero lo cierto es que...

—¡Samuel! —exclamó ella sobresaltada al sentir algo sumamente frío sobre su ombligo.

Entonces abrió los ojos y miró hacia abajo. Él sostenía entre sus dedos un trozo de hielo con el que frotaba su piel, humedeciéndola y haciendo que las pequeñas gotas resultantes del deshielo bajasen hasta su entrepierna. Pero como era de esperar, no se conformó con la tediosa espera del deshielo, sino que movió el cubito hasta situarlo en sus labios vaginales y ella le clavó las uñas en el antebrazo.

—Estás muy caliente —murmuró—, necesitas algo así.

Ella no podía negar la evidencia y en ese lapsus él encontró su hinchado clítoris, el cual procedió a enfriar. Ella se agitó en respuesta, las sensaciones eran contradictorias. Por un lado la fricción de un punto tan sensible y por otro lado el frío, hacían que Maddy no pudiera parar de moverse.

—Ya no estoy tan... caliente. —Era una verdad a medias, pero consiguió que Samuel dejara de enfriarla.

Samuel la situó frente a él y la observó unos instantes antes de desnudarla por completo, tarea que le llevó apenas treinta segundos. Ya había tenido ocasión de contemplar el cuerpo desnudo de su esposa, pero le seguía gustando, quizás debía convencerla para que posara más a menudo, solo para él, por supuesto. Cuando todo acabase, porque no había otra posibilidad, sería un excelente recuerdo.

La guio hasta la cama, apartó la colcha y la tumbó en medio. Empezó por quitarse los zapatos de un puntapié y se fue desnudando, ella también tenía derecho a recrearse la vista, cosa que estaba haciendo.

—No, no te lo quites —pidió él cuando Maddy se llevó las manos detrás de la cabeza para soltar el nudo que mantenía sujeto el antifaz.

Agarró con una mano la botella de champán, se posicionó en la cama y sin dejar de mirarla, derramó sobre sus pechos el líquido.

—Pe... pero ¿qué haces?

Maddy, sobresaltada, se medio incorporó y miró con expresión interrogativa a su marido para después observar sus pechos mojados.

—Beber champán —respondió con toda lógica, y se inclinó para esperar que el champán fuera bajando por su cuerpo hasta llegar a su coño y probarlo allí.

Claro que Maddy estropeó su plan, pues al moverse desvió la trayectoria.

—¿Lo dices en serio?

—Quédate quieta, Maddy. —Vertió de nuevo el champán y esta vez... tampoco, pues ella quería verlo y se incorporó sobre los codos.

—Perdón —dijo ella escondiendo su sonrisa tras la mano. Se tumbó de nuevo y esta vez se mostró más cooperativa, separando bien las piernas y manteniéndose todo lo inmóvil que podía.

Y él, por fin, pudo combinar el mejor champán con el sabor de Maddy. Siguió haciéndolo, vertiendo el líquido y, tras dejar que se deslizara por el cuerpo de ella,

calentándolo con su piel, bebía justo cuando llegaba a su entrepierna; claro, que siempre se le escapaba algo. Ella, como siempre, no facilitaba las cosas, pues incluso llegaba a reírse tontamente cuando él hacía más ruido del necesario al recoger con la lengua el champán y rozando su sobreexcitado clítoris en el proceso. Tenía que reconocerlo, hacer cualquier previsión con Maddy, en lo que a relaciones sexuales se refería, estaba abocado al fracaso, pues ella se encargaba con su espontaneidad de llevarle a su terreno. Quería enseñarle algo distinto y, si bien ella no se negaba, tampoco se mantenía lo quieta que él necesitaba para llevar a cabo sus planes. Pero siguió afanosamente su labor, sus protestas, amortiguadas por los labios vaginales de ella, solo retrasaban su cometido, pues ella se reía y se quejaba porque él le estaba haciendo cosquillas.

Desagradecida...

Hasta que prácticamente vació la botella, dejando la cama empapada pero a Maddy satisfecha.

—¿Queda champán?

La pregunta de su mujer, que no se esperaba, le hizo incorporarse sobre un codo y levantar la vista para mirarla a los ojos; esperaba que ella tardase un poco más en reaccionar.

—No. —Mostró la botella vacía.

Ella hizo un mohín, evidentemente desilusionada.

—¿En casa tenemos?

Samuel arrugó el entrecejo, no conocía la afición de su esposa por esta bebida en particular.

—Supongo que sí, en la bodega. —Le picó la curiosidad—: ¿Por qué?

Ella le sonrió con picardía y se incorporó sobre sus rodillas para rozarle los labios antes de responder.

—Yo también tengo mucha sed. —Y acto seguido le agarró la polla.

Él cayó fulminado y estalló en carcajadas.

CAPÍTULO 34

Acostumbrada a un horario, Maddy parpadeó, debía levantarse y dedicarse a sus quehaceres, pero su cuerpo no respondía. Sentía esa languidez propia de una noche agitada. Se movió de nuevo en la cama y poco a poco fue despertándose. Al abrir los ojos fue consciente, simultáneamente, de dos hechos importantes. El primero, no estaba en su alcoba. Eso tenía explicación, así que no era preocupante. El segundo hecho era... inesperado. Samuel estaba junto a ella, dormido, con la sábana enredada en sus pies, por lo que el adjetivo desnudo no resultaba excesivo.

Pero sí resultaba extraño que él se hubiera quedado. Desde el primer día que despertaron juntos, y tras el incidente con Theresa, Samuel siempre se marchaba a primerísima hora; Maddy lo entendía, su trabajo era así, aunque deseara lo contrario. Y ahora le tenía allí, a su disposición. No quería nada extraño de él, solo poder observarle así, relajado. Después de lo ocurrido la noche anterior no podía exigirle más. Ese pensamiento la hizo sonreír y sonrojarse al mismo tiempo, hasta que... se dio cuenta de algo... con la inesperada aparición de Samuel se había olvidado de Alice. ¿Qué había sido de ella? ¡Ay, Dios! ¿Qué pensará? ¿Qué explicación darle? En cuanto le fuera posible acudiría a su casa y se disculparía. Pero ahora debía pensar en otra cosa, en disfrutar de la simple sensación de despertarse junto a Samuel. Ya era inútil negar lo obvio, estaba enamorada de él, loca y perdidamente. Alice tenía razón y ella había tardado demasiado en admitirlo, lo cual resultaba un caso de lo más extraño, pues en cualquier otro matrimonio la obligación de seguir casado era como una condena perpetua, gustase o no a los implicados. Bien, ese no era su caso. Su matrimonio tenía fecha de caducidad. Disfruta el momento, se dijo a sí misma.

Levantó la mano y con cuidado le acarició el rostro, algo áspero, como corresponde a un hombre que aún no ha tenido la oportunidad de afeitarse. Siguió con su exploración táctil y llegó al cabello, así, tan despeinado, nadie diría que era el director de uno de los bancos más influyentes del país. Cosa que a ella, en esos momentos, le daba igual.

Él se movió y ella dejó de acariciarle, no quería perturbar su sueño.

—¿Por qué te detienes? —La voz somnolienta de Samuel le sorprendió.

Volvió a tocarle, lentamente, quizás una caricia simple, pero para ella estaba cargada de sentimientos. Se entretuvo así durante un buen rato.

—Me gusta —dijo él, cambiando de posición en la cama, con lo cual reveló que se estaba despertando completamente.

Maddy, que se había percatado, siguió a lo suyo.

—Es extraño —comenzó ella sin dejar de tocarle.

—¿El qué?

—Que estés aquí. —Esta frase estaba impregnada de un deje de melancolía. A Maddy le hubiera gustado despertarse así todas las mañanas. Evidentemente la lógica decía que no era posible.

—Es mi habitación —respondió él con toda la razón del mundo.

—No me refiero a eso.

—Explícate.

—Siempre que me despierto estoy sola, a pesar de haber... bueno, ya sabes. Por eso me resulta extraño que estés aquí.

—Hoy es sábado, puedo permitirme el quedarme en la cama. —La miró un instante. ¿Qué quería decir ella expresamente con esa afirmación?—. ¿Te molesta?

—¡No! ¡Todo lo contrario! —se apresuró a decir Maddy. Y sus ojos la traicionaron al mirar furtivamente su erección.

—Me hago una idea —dijo él sonriendo a medias.

—Como los sábados también trabajas... —Intentó mantenerse serena y llevar una conversación aceptable.

—¿Quieres enviudar en breve?

—¿Perdón?

—Después de lo de anoche, lo mínimo que merezco es una jornada de descanso y un buen desayuno.

—Ah —fue todo cuanto pudo decir; el sentido del humor de Samuel era tan personal como inusual.

Se levantó con intención de ordenar ese desayuno reparador, pero él tiró de ella y la tumbó de nuevo. A este ritmo iba a quedarse en los huesos: mucho ejercicio y una alimentación más bien escasa.

—Quizás lo que necesito ya está en esta habitación —murmuró él haciéndola estremecerse.

Y lo peor del caso es que lo conseguía, era tan triste estar enamorada de él, saber que esos momentos tenían los días contados y que después se dedicaría durante años a recordarle, pues en ese instante la idea de buscarse otro amante se le antojaba, como poco, absurda y sin sentido. Pero a Maddy le rondaba algo por la cabeza y pese a que las intenciones de Samuel estaban bien claras en ese momento, ella prefería aclarar sus dudas antes de seguir.

—¿Puedo preguntarte algo?

—¿Ahora? —La miró extrañado. Joder, estaba moviéndose para colocarse en posición, no para dialogar precisamente.

—Anoche...

—Anoche pasaron muchas cosas —interrumpió él al ver que se iba a entretener.

—Lo que vimos...

—No te andes por las ramas. —Se le notaba la impaciencia.

Maddy se sonrojó y él suspiró; como siempre ella llevaba la voz cantante. Pero... ¿por qué no divertirse mientras? Empezó a mordisquearle los pezones con la vaga esperanza de que ella se dejara de interrogatorios. Observó con satisfacción que perdía el hilo de sus pensamientos.

Pero no por mucho tiempo.

—Samuel... —jadeó al sentir cómo la mordía—. ¿Tú alguna vez...?

—¿Mmm?

—¿Con otros hombres...?

Él dejó de morderla y levantó la vista inmediatamente. La miró y al ver el apuro que estaba pasando, decidió no reírse, aunque bien podía tomarle el pelo, ¿no?

Esperó y esperó, sin apartar la vista para ver si ella era capaz de continuar, si su curiosidad ganaba a su vergüenza. La vio morderse el labio. Intentar apartar la vista. Moverse inquieta, y él nada, permaneció tranquilamente sobre ella con la cara entre sus tetas a la espera.

—Ya sabes... —murmuró ella esperando que él se lo pusiera fácil.

—Pues no, no sé —respondió tranquilamente, y lamió un pezón para animarla.

Pero ella parecía no animarse a continuar, y él no estaba dispuesto a permanecer inmune en esa postura.

—Como lo que vimos anoche.

—Maddy, no sé a dónde quieres llegar, pero ahora mismo yo sí tengo claro dónde quiero estar, por lo que si no...

—¿Has follado con otros hombres? —disparó a bocajarro.

Él la atormentó manteniéndose unos segundos en silencio.

—Lo más lógico en una esposa es tener cierta curiosidad por saber con cuántas mujeres me he acostado.

—Eso no es lo que te he preguntado.

—¿No quieres saber con cuántas mujeres he estado?

—No, me da igual.

—Eso no te da morbo, ¿no es cierto?

La expresión de ella le respondió de inmediato.

Era de esperar que un hombre de la edad de Samuel, casado o no, hubiera tenido las amantes que hubiese querido o pagado, según el caso, y no por ello debería escandalizarse. Ahora bien, el morbo de saber si él alguna vez había estado con otro hombre...

—¿Alguna vez has estado tú con otra mujer? Puede que fueras virgen pero...

—¡Samuel! —Le golpeó en el hombro. Siempre haces lo mismo cuando no quieres responder.

¿Por qué se empeñaba en controlarla? ¿Cuándo iba a aprender que Maddy iba un paso por delante?

—Está bien, no me contestes —se rindió ella—, pero eso me da derecho a guardar mis propios secretos.

Estaba preciosa haciéndose la dura; allí desnuda y excitada bajo su cuerpo, intentaba mantenerse inflexible.

—Una vez —murmuró él en su oído.

Lo dijo tan bajo que casi resultaba imperceptible, pero Maddy le miró y él, pensando que con su sincera respuesta, estaría satisfecha y podría ir al meollo de la

cuestión...

—Eso... eso... está bien, pero... ¿tú en qué posición estabas?

Eso le hizo sonreír.

—¿Dónde te imaginas tú?

—Ya estamos otra vez con evasivas. Está bien, me rindo, no quiero saberlo, me da igual. —Puso cara de aquí se acaba la buena sintonía.

Él volvió a susurrarle algo en el oído y ella le miró con los ojos abiertos, para después sonreírle.

—Gracias por ser sincero.

Samuel se colocó en la posición adecuada para un clásico misionero y ella sabía muy bien qué venía a continuación. Algo placentero para su cuerpo, pero muy doloroso para su mente. Aun así, le dejó hacer cuanto quiso y se entregó una vez más (no sabía cuál sería la última) a él sin reservas.

A punto de alcanzar el orgasmo, su boca no pudo mantenerse por más tiempo en silencio.

—Te quiero —susurró junto a su boca, antes de cerrar los ojos y sentir un dulce clímax.

¿Había oído bien? ¿Era producto de su imaginación? ¿Falta de sueño? ¿Exceso de trabajo?

Samuel se tumbó a un lado para no aplastarla y cerró los ojos, sintiéndose más vulnerable y estúpido que nunca. Ella, siempre ella, iba un paso por delante, y él no había sabido reaccionar. ¿Qué había hecho? Callarse como una puta, cuando de nuevo ella le brindaba la oportunidad que buscaba.

Si albergaba alguna duda respecto a los sentimientos de su mujer, era tan tonto como para no corresponderla, aun muriéndose por ello, aun siendo un cobarde.

Hablar ahora, pasados unos minutos, era estúpido e inservible.

Debía hacer algo mucho más importante por su esposa que hablar.

Debía encontrar la forma de conservarla.

CAPÍTULO 35

—¡Hola, muchacho!

Samuel levantó la cabeza de su escritorio para ver a su padre entrar, pero enseguida llamó a la prudencia, pues traía cara de pocos amigos. Se había enterado de todo y ahora tendría que explicarle, sin revelar todos los motivos, la situación.

—Hola papá, no sabía que habías regresado.

—Llegamos anoche.

—¿Qué tal está Vivian?

—Muy bien. Descansando.

Esa seca respuesta de su padre le puso aún más en guardia, pues adoraba a Vivian y le encantaba hablar de ella.

—¿Qué tal el viaje?

—Más corto de lo que esperaba. —Samuel padre se sentó en uno de los grandes sillones orejeros y miró a su hijo unos instantes antes de seguir—: He acertado mi viaje al enterarme del lío en el que estás a punto de embarcarte.

—Papá, no es lo que crees.

—¿Ah, no? —Samuel padre levantó la voz, cosa extraña en él—. Me entero por un conocido que mi hijo va a ser llevado a los tribunales por incumplir un contrato, ¿y me dices que no es lo que parece? ¿En qué cabeza cabe?

—Papá, sabes perfectamente mi desacuerdo con ese contrato...

—¡Sandeces! —le interrumpió su padre—. Para nosotros esa cantidad es irrisoria, bien lo sabes, pero para la mayoría de los mortales supone un buen pellizco y para ese derrochador de suegro que tienes su salvación, así que no veo la necesidad de exponer nuestro nombre en los tribunales por una cabezonería tuya.

—No es tan simple...

—¡Señor Boston! ¡Qué sorpresa tan agradable! —Rafe entró en el despacho con su habitual alegría destensando un poco el ambiente.

—Rafe, muchacho, te veo estupendo.

Los dos hombres se abrazaron afectuosamente.

—Lo mismo digo. ¿Qué le trae por aquí? —preguntó Rafe a Samuel padre antes de cruzar una mirada con el hijo y sospechar que las cosas no iban bien entre los dos.

—Intentar arreglar este desaguisado. —Frunció el ceño mirando a su hijo—. Y espero que me ayudes.

—Cuenta conmigo —respondió solícito Rafe.

Me gustaría ver cómo lo intentas, pensó Samuel.

—Me alegro. Convince al cabeza hueca de mi hijo de que haga frente al contrato y se deje de juicios.

—Esto... —Rafe sonrió a modo de disculpa—. Me temo que en este asunto estoy de su lado. A ese hijo puta de Chesterfield no debería llegarle ni una moneda.

—¡Rafe! ¿Cómo puedes decir eso? ¿Sabes a lo que nos exponemos?

—Sí, lo sé —dijo en tono conciliador.

—Es evidente que así no llegaremos a ningún sitio. —Samuel padre se acercó a la puerta—. Iré a ver a ese desgraciado y llegaré a un acuerdo con él.

—¡No! —interrumpió Rafe—. Unos días, solo necesitamos unos días para solucionarlo.

Samuel se frotó la cara, estaba cansado, aburrido y hastiado de este tema. No quería involucrar a su padre, pero no podía desvelar las verdaderas razones que le llevaban a actuar así.

—En este asunto no puedo permanecer impasible —respondió Samuel padre.

—Papá, por favor, es cuestión de días. —La indecisión en la voz le delató.

—Arreglaré esto por las buenas o por las malas —sentenció Samuel padre marchándose enfadado.

El portazo que dio al salir sobresaltó a los presentes, de tal forma que Thompson, el secretario, se acercó para ver si había ocurrido algo.

—Joder, ¿cómo se habrá enterado?

—Pareces un niño al que le han pillado tras romper la ventana con la pelota.

—No estoy para bromas —le advirtió a Rafe—, así que ahórratelas.

—De verdad, no sé cómo me molesto en seguir siendo tu amigo, tal y como me tratas.

Samuel le miró deseando partírle la cara, Rafe sabía muy bien cómo tocarle los huevos adoptando esa postura de aristócrata gilipollas que tanto detestaba.

—Dejémoslo aquí, ¿de acuerdo? —Samuel se sentó tras su escritorio y se puso de nuevo a leer.

—Como quieras.

Sencillamente irritante, no se podía calificar de otro modo la presencia de su amigo.

Tras unos minutos en odioso silencio Thompson, el fiel secretario, llamó a la puerta.

—¿Señor Boston?

—Sí, ¿qué ocurre? —Samuel no quería visitas y dudaba que fuera Maddy, después de la última vez que estuvo en el despacho... ¿Por qué sonreía Rafe como un gilipollas?

—Un tal señor Jeferson pregunta por usted.

—No me suena...

—Hágale pasar —dijo Rafe interrumpiendo a su amigo. Y de paso dejándole en ascuas.

—¿No será la señora Jeferson y tengo que aguantar tus bromas?

—¡Qué desconfiado eres! Abel Jeferson es un abogado especializado en casos como el tuyo, tiene amplia experiencia y seguro que nos ofrece una solución.

—Ya, mis abogados también poseen esa amplia experiencia y no hemos llegado a ninguna parte.

—Buenos días, lord Wesley, señor Boston.

Samuel miró la puerta donde un joven, seguramente recién licenciado en derecho, les había saludado. Llevaba en la mano una voluminosa cartera de piel marrón y un bigote para aparentar más edad. Y ese era el abogado que, según Rafe, tenía amplia experiencia e iba a solucionar sus problemas. Samuel hizo un gesto con la mano para que se acercara y tomara asiento. La cosa no podía ir a peor.

—Tiene que ser algo muy especial.

—Mmm, déjame pensar. No es un regalo de aniversario, no le vas a dar un hijo... —Alice miró intencionadamente el vientre plano de su amiga—. Entonces, ¿para qué quieres comprarle algo? Se supone que es al revés, ellos nos compran las chucherías.

—No sé por qué te molestas en parecer tan frívola. —La confianza que ambas se tenían hacía posible ese comentario por parte de Maddy—. Quiero darle algo a Samuel que sea importante. Para mí, para él.

—¿Y no crees, es una suposición de las mías, que él estaría feliz y contento de simplemente tenerte?

—Eso no es posible, lo sabes tan bien como yo.

Ambas estaban en una joyería buscando un regalo para Samuel. Maddy bien podía haber ido sola, pero no quería desanimarse y terminar llorando delante del joyero, así que Alice, además de darle consejo, era su respaldo en caso necesario.

—Este reloj es precioso. —Alice sostenía en su mano un reloj de bolsillo de oro—. Dentro puedes poner tu retrato.

—Y en la parte posterior grabar una dedicatoria —sugirió el vendedor.

—No sé... —Maddy se mordió el labio—. ¿Cuánto cuesta?

—¡Por Dios, Maddy! —se quejó Alice entre dientes—. No puedes regatear aquí. —Exhibió una sonrisa tan radiante como falsa al vendedor.

Maddy tiró de su amiga hacia un apartado antes de hablar.

—Pero necesito saber si puedo pagarlo, ¿no crees?

—¿Te gusta? —preguntó Alice.

—Sí, ¿cómo no iba a gustarme? Es precioso. —Maddy se quedaba corta.

—Cómpralo, da igual lo que cueste.

—Sí, claro, y cuando le llegue la factura a Samuel porque yo no puedo pagarlo, ¿qué le digo?

—A veces eres más tonta... cómpralo, no importa lo que cueste, si no tienes suficiente yo te lo doy.

—No puedo aceptar...

—¡Ay, por Dios! Te lo presto, te lo presto —dijo rápidamente Alice; cualquier cosa para convencerla.

Volvieron junto al mostrador donde esperaba el vendedor, que no estaba acostumbrado a que las damas pudientes le discutieran el precio de sus artículos, y

por la cara que ponía era evidente que se había enterado de la mayor parte de la conversación. Pero una venta es una venta y sonrió.

—¿Se han decidido ya?

—Nos lo quedamos —dijo Alice antes de que Maddy se arrepintiera—. ¿Cuánto tardan el grabar una dedicatoria?

—Una semana, señora.

—Humm. —Alice dejó el reloj en su estuche haciendo un mohín de desilusión—. Entonces me temo que no podemos comprarlo.

—¿Qué dices, si acabas de...? —Maddy se calló al sentir cómo su pie era aplastado bajo el zapato de su amiga—. Es verdad. —También puso cara de pena, aunque no tan convincente como su amiga—. Lo necesitamos cuanto antes.

El vendedor, que no era tonto, sabía que no se puede perder una venta así.

—Mientras deciden qué van a poner, hablaré con mi ayudante, a ver si puede hacerles un hueco para dentro de dos días. Si me disculpan...

—¿Ves? No hace falta decir la verdad —dijo Alice—. Y ahora piensa rápido qué quieres poner como dedicatoria.

—No sé...

—¿Confías en mí? —Maddy se mordió el labio.

—No, pero no tengo otra opción.

Cuando volvió el vendedor confirmando que el pedido estaría en dos días, Alice le pidió papel y escribió la dedicatoria sin dejárselo ver a Maddy. Y por mucho que esta lo intentó de camino a casa, Alice no soltó prenda.

CAPÍTULO 36

Samuel, que pocas veces perdía la paciencia hasta el punto de querer abofetear a alguien, se movía en su asiento pensando en la mejor manera de mandar a paseo a aquel novato, pues llevaba media hora leyendo, párrafo a párrafo, el maldito contrato y deteniéndose cada vez que consideraba algo importante y necesario de explicar.

Maldita sea, se lo sabía de memoria y allí estaba, perdiendo el tiempo y la paciencia y observando al tonto de Rafe dando muestras de interés y replicando los comentarios del señor Jeferson.

—Por todo ello, señores, la cosa está muy clara —sentenció el abogado sacando a Samuel de sus cavilaciones.

—Explíquese, se lo ruego —murmuró Samuel hastiado y con ganas de acabar cuanto antes.

—Las obligaciones del contrato prematrimonial se basan en una premisa muy clara...

Samuel quería gritarle y zarandearle para que se dejara de tantos rodeos. Maldita sea, quería hechos, no palabrería barata.

—Disculpe, señor Jeferson, pero ese punto ya lo tengo claro.

—Samuel, por favor, no interrumpas al señor Jeferson —dijo Rafe animando al joven a continuar.

—Por lo tanto, si no hay matrimonio, no hay obligaciones contractuales.

Samuel se levantó y se acercó a la ventana, dando la espalda a los dos hombres, su matrimonio era tan válido como el que más, puede que durante el infierno de los seis primeros meses en los que no pudo tocar a su mujer... ¡un momento!

Samuel se giró rápidamente y miró al abogado. Este parecía muy satisfecho con su trabajo.

—Exactamente, ¿a dónde quiere llegar? —preguntó Samuel dejando a un lado la educación.

Rafe le miró pidiéndole en silencio contención. Pues también intuía por dónde iban los tiros.

—Simple y llanamente una palabra: divorcio.

Samuel, no quería oír una palabra como esa, y menos en esos momentos. Si bien su mente había procesado la información del abogado y llegado a esa misma conclusión, él no quería, ni por asomo, hablar de algo así.

—No puedo divorciarme de Maddy —se quejó.

—Coincido con él —alegó Rafe—, ahora que las cosas le van bien en su casa no vamos a estropear su felicidad conyugal.

—Les entiendo perfectamente, pero no queda otra alternativa. Este contrato no deja margen legal para recurrirlo.

—Pero... un divorcio es difícil y un proceso muy lento —dijo Rafe viendo cómo Samuel era incapaz de razonar tras oír la posible solución.

—No siempre. —Y dicho esto, Abel Jeferson tosió como disculpándose.

—¿Perdón? —Samuel estaba a punto de estallar.

—Verá... —El abogado también se puso en pie, quizás alarmado por la mirada del señor Boston, quería poner algo de distancia—. Es cierto que la ley es bastante rígida en ese aspecto, lógico por otra parte, sino mucha gente se pasaría el día entrando y saliendo de los despachos de los abogados cada vez que discutieran con su cónyuge...

—Vaya al grano —le cortó Samuel.

—Para acelerar el proceso —tosió de nuevo—, usted debería pedir el divorcio alegando... —volvió a toser— que su esposa no cumple con sus obligaciones.

—Especifique.

—Obligaciones, ya sabe... conyugales.

—Joder. Eso duele. —Ese comentario de Rafe fue acompañado con un silbido de disgusto—. Perdón.

—Si además de eso hubiera otro tipo de comportamientos impropios de una mujer casada...

—¿Como cuáles?

—Abandono de hogar, no darle hijos, comportamientos escandalosos, infidelidades... —Al abogado cada vez le costaba más hablar. Si no se andaba con cuidado, no salía de ahí con vida.

—¿Cómo se probaría, por ejemplo, un caso de infidelidad? —preguntó Rafe, al parecer muy interesado.

—Buscando al sujeto con el cual su esposa le habría sido infiel y haciéndole comparecer ante el juez.

—Ah, bueno, entonces lo tenemos fácil. Me ofrezco voluntario —dijo Rafe.

—Deja de joder —le increpó Samuel—, esto es serio.

—Perdón, pero yo solo intentaba colaborar; además, en caso de ser necesario es mejor que todo quede entre amigos, pienso yo...

—Rafe...

—Y así también podría presumir un poco, que Maddy está de buen ver. —Se la estaba buscando. Pero Samuel, que le conocía como si le hubiese parido, prefirió no seguirle el juego.

—No, mi esposa no me ha sido infiel, ese motivo no nos vale —sentenció Samuel, y advirtió con la mirada a Rafe que mantuviera la boca cerrada.

El abogado se abstuvo de preguntar: ¿está usted seguro?

—Entonces deberemos alegar conducta inapropiada, desinterés en sus obligaciones conyugales...

—Pero aún en el caso de que aceptara su proposición, prácticamente no tenemos tiempo.

—De hecho así es, pero si argumentamos bien los motivos por los cuales usted desea el divorcio y nos admiten el procedimiento, podemos presentarlo como prueba

inequívoca de que su matrimonio no es un enlace convencional y usted ha salido altamente perjudicado.

—Maldita sea, eso implica dejar a Maddy...

—Me temo que en ese punto... —se disculpó el abogado.

—Déjeme unos días, debo hablarlo con mi esposa.

—Lo siento, pero el tiempo apremia, deberíamos presentar la demanda de divorcio como muy tarde mañana para que el juez vea el caso y poder tenerlo listo cuanto antes en caso de ser necesario presentarlo como prueba.

Samuel cogió sus cosas y se dirigió a la puerta.

—Primero hablaré con mi esposa —dijo sin mirar atrás y abandonando su despacho.

«Divorciarse de Maddy. ¿En qué cabeza cabe?».

Samuel, disgustado con el mundo en general y consigo mismo en particular, caminaba en dirección a su casa. Necesitaba despejarse, que le diera el aire, que...

—¡Maldita sea! —murmuró entre dientes.

El abogado casi imberbe tenía razón. Por mucho que se empeñara en negar la evidencia, mientras permaneciera casado no habría forma de eludir a su condenado suegro, y este lo sabía.

—¿Señora?

—¿Humm?

Maddy abrió los ojos y miró a Theresa, que estaba al pie de la enorme bañera; su baño se estaba alargando demasiado, pero es que no se cansaba de probar cada una de las esencias que Samuel le había regalado. Cualquiera otra mujer pensaría que recibir un estuche lleno de jabones, a cada cual más exótico, no era un regalo adecuado, pero para ella suponía buenos momentos disfrutando de su baño.

—El señor está aquí y pide que baje a su despacho.

—¿Samuel? ¿A estas horas?

Se incorporó en la bañera, Theresa debía estar bromeando.

—A todos nos ha extrañado pero ha mencionado que es urgente.

—Pásame esa bata.

Salió de la bañera, se secó rápidamente, se puso una gruesa bata. Algo verdaderamente serio debía ocurrir para que él se presentara a media mañana.

—¡Señora! No puede salir así vestida.

Maddy se detuvo en la puerta al oír la exclamación de Theresa.

—¿Por qué no? —preguntó sin comprender los apuros de Theresa; no iba a recibir visitas, iba a hablar con su marido. Se miró a sí misma y se encogió de hombros.

—¡No es decente!

Maddy la miró aguantando las ganas de reír. ¿Decente? ¿A estas alturas?

—Theresa, no creo que a Samuel le importe que yo...

—Le importará si pilla un buen resfriado, tiene el pelo húmedo.

—Ah, bueno. Visto así... —Maddy cogió una toalla y envolvió su pelo—.

¿Mejor?

—No tiene remedio.

—No puedo perder más tiempo, has dicho que era urgente, ¿no?

Dejó a Theresa con la palabra en la boca y bajó las escaleras lo más deprisa que le permitían las zapatillas y entró en el gran despacho de Samuel. Era cierto, por increíble que pareciera, su marido estaba en casa a media mañana un día laborable.

—¿Qué ocurre?

Samuel devolvió la cortina a su sitio, se giró y la miró.

—Cierra la puerta.

Ella obedeció. Y él casi cae de rodillas al verla ataviada con un turbante en el pelo, una sencilla bata azul y las evidentes manchas de humedad, nota palpable de que la había pillado dándose un baño.

—¿No tienes frío?

—No, bueno un poco. No pasa nada.

—Siéntate, por favor.

—¿Ha ocurrido algo malo? Es tan inusual que tú...

—Depende de cómo se mire —respondió apartando la mirada para no distraerse.

—Me... estás asustando.

Maddy se sentó y al hacerlo se cayó la toalla que llevaba enroscada, la dejó a un lado y empezó a desenredarse el pelo con las manos. Samuel no sabía qué hacer. Tosió y se sentó tras su escritorio antes de hablar.

—Hoy ha venido a verme un abogado. —La miró de reojo para ver su reacción y prosiguió—. Tras hablar con él...

Maddy se puso en pie instantáneamente.

—¿Buenas noticias?

—Buenas y malas. —Hizo una mueca—. Supongo que querrás oír primero las buenas.

—¡Por supuesto!

Sin pensárselo dos veces se acercó a él y se sentó en su regazo, cosa que no debería hacer, en opinión de Samuel. Y el motivo no era que sus pantalones acabaran húmedos.

—El señor Jeferson ha encontrado la forma de...

—¡Lo sabía! —interrumpió ella besándole agradecida—. ¡Lo sabía! —repitió emocionada volviendo a besarle—. Sabía que podía confiar en ti, que eres el mejor, que...

—¡Para! —La sujetó—. Maddy... no es tan sencillo.

Ella le miró sorprendida. ¿Por qué se mostraba tan fúnebre? Eran buenas noticias. Al ver que Samuel mantenía esa cara, preguntó:

—Dime cuál es la mala noticia.

¿Cómo decírselo sin hacerle daño? La apartó con cuidado y se puso en pie, caminó por la estancia. Se pasó varias veces la mano por el pelo y maldijo en voz baja sobresaltándola.

—¡Habla de una vez! —estalló ella—. Sea lo que sea, quiero saberlo.

En dos zancadas se situó frente a ella, la agarró de los hombros y habló.

—Divorcio.

—¿Perdón?

—La solución pasa por pedir yo el divorcio.

Maddy se le quedó inmóvil, sin desviar la mirada. ¿Había oído bien? Por supuesto que había oído bien, la cara de Samuel lo decía todo. Y ya puestos, ¿por qué le afectaba tanto a él? A no ser que... Las cosas no podían salir peor. Si a Samuel le afectaba es que realmente sentía algo por ella. Por lo tanto pedir el divorcio suponía separarse y separarse suponía la solución definitiva.

Maddy dio un paso atrás, alejándose de él. Intentando procesar toda la información, sopesar los pros y los contras. Su matrimonio, aunque ahora se llevasen bien, empezó de una forma poco ortodoxa, y aunque en esos momentos disfrutasen juntos, si las cosas se torcían... siempre quedaría la duda y Maddy quería que tanto ella como Samuel fueran libres, y si la única forma era esa... Debía coger el toro por los cuernos; llegados a este punto no iba a lamentarse ni a echarse para atrás. Él había encontrado la forma de liberarles a ambos, bien, no había más que pensar. La suerte estaba echada.

—Hazlo —respondió decidida.

—¿Cómo dices?

De nuevo se situó junto a él, le rodeó el cuello con los brazos y depositó un beso en sus labios.

—Haz lo que tengas que hacer —le murmuró—. Confío en ti.

—¡Por Dios, Maddy! No es tan sencillo.

—¿Por qué no?

Y ahora tenía que darle las malas noticias. Suponiendo que anunciar un divorcio no fuera suficiente.

—Un proceso de divorcio es complicado y...

—Ya lo imagino, pero piénsalo, Samuel. Si con eso conseguimos librarnos de ese chantaje que supone el contrato que firmó mi padre, nosotros podremos... —Se detuvo, pues estaba dando por hecho que Samuel seguiría con ella después de todo—. Bueno, no hemos hablado de ello, puede que tú no quieras...

—¡Maddy! ¿Cómo puedes pensar eso? Maldita sea, claro que quiero seguir casado contigo. —Y para demostrarlo la besó de esa forma que solo él podía hacer—. ¿Crees que no te quiero? —La sujetó fuertemente de la nuca obligándola a prestarle toda la atención—. Divorciarme de ti es lo último que deseo.

Maddy aguantó las ganas de llorar, pues era una extraña declaración, pero al fin y

al cabo lo era y ella debía sentirse feliz por eso. Aunque las circunstancias no invitaban a celebraciones.

—Samuel, escúchame —le acunó el rostro—, debes hacerlo, si no nunca podremos superarlo. ¿No lo entiendes?

—Joder, Maddy, con lo fácil que sería acabar con esto... no me pidas dejarte maldita sea, puedo encargarme de tu padre, para mí no es más que calderilla.

—No —ella le interrumpió tapándole la boca—, no quiero que en un futuro, cuando discutamos o nos enfademos, me lo echés en cara.

—¿Me crees capaz de eso? —Samuel se sintió muy ofendido.

—No quiero arriesgarme, si seguimos juntos es porque los dos así lo decidimos, sin nada que sea un lastre.

—Maddy... —Dejó que ella le besara, apartando de momento el resto de las malas noticias.

¿Era mucho pedir disfrutar de su esposa un poco más? Y por lo visto ella debía estar pensando lo mismo, pues su pequeña mano estaba intentando desabrocharle la bragueta y, sinceramente, aunque lo desease con toda su alma, primero tenía que ser honesto con ella.

Intentó detenerla pero ella no se daba por aludida. La agarró de las muñecas para que ella obligatoriamente le prestara atención.

—Hay algo más —dijo él jadeando.

—No quiero saberlo —protestó ella intentado soltarse.

—Maddy, por favor, escúchame, es importante.

—Confío en ti, haz lo que hazas te apoyaré.

—¿Incluso si tengo que arrastrar tu nombre por el fango?

Eso la dejó clavada en el sitio. Abrió los ojos como platos. Por mucho que lo intentara no entendía el porqué de esa afirmación.

—Un divorcio es algo complicado —empezó él—, muy pocos lo consiguen, lleva mucho tiempo y la ley está pensada para que la gente desista.

Ver la cara entristecida de Maddy le estaba partiendo el corazón. Había pasado de la euforia a la pesadumbre en menos de diez segundos y todavía faltaba lo peor.

—Una forma, digamos... más fácil de conseguirlo es si un hombre tiene motivos para solicitar el divorcio.

—¿Y una mujer? —preguntó en voz baja.

—Me temo que la ley no piensa en las mujeres. —Samuel se separó unos instantes para servir dos copas, no eran horas de beber pero los dos necesitaban ese trago.

—Entonces, ¿tienes que insultarme públicamente para divorciarte?

—No exactamente. En teoría si una esposa negara sus derechos conyugales a su marido, o si tuviera una conducta escandalosa, se negara a darle hijos y, por supuesto, le fuera infiel —Samuel casi se atraganta al decir esto—, un juez consideraría justo que quisiera divorciarse de ella.

—Pero si fuera al contrario ella tendría que aguantar carros y carretas, ¿verdad?

—Sí. —No iba a mentir.

—Por lo tanto debes mentir ante un juez y obtener el divorcio.

Samuel no respondió a algo que se respondía por sí solo. Estaba siendo un cobarde, dejaba en sus manos la decisión final. Era un egoísta, pues conociendo a Maddy ella jamás se rendiría y él siempre tendría que tomar el camino más fácil.

—De acuerdo. —Maddy respiró profundamente—. Di lo que sea necesario, miente si es preciso. Yo no negaré ninguna de tus acusaciones.

—Maddy... no solo lo sabrá el juez, maldita sea.

—¿Y?

—Todos te apartarán, serás una paria social.

—Pero tú y yo seremos libres, ¿verdad?

—¿Merece la pena? —preguntó abatido.

—Sí —respondió de inmediato—. Mi padre me vendió, Samuel. Le importaba muy poco si el hombre que se casaba conmigo era bueno o no, si yo era feliz o no. Le daba todo igual con tal de sacar provecho. ¿Qué hubiera pasado si en vez de casarme contigo hubiera acabado con uno de esos hombres despreciables que beben, pegan e insultan?

—Maddy, piénsalo bien, es una cantidad irrisoria para mí.

Samuel intentaba desesperadamente convencerla de lo contrario. Maddy podía albergar dudas, era comprensible, respecto a si en un futuro ese extraño comienzo pudiera ser una barrera entre ambos; llegado el caso muchos matrimonios acababan distanciándose por cualquier motivo, pero él, sin dudarlo, pondría la mano en el fuego, pasase lo que pasase eso jamás sería un motivo para alejarse de ella. Si por algo era conocido Samuel era por asumir las consecuencias de sus decisiones sin echar luego, en caso de torcerse el asunto, la culpa al empedrado, como hace el cojo.

—¿Y quién nos asegura que no pedirá más?

—No puede, el contrato fija los términos. Una vez liquidado se acabó.

—Me diste tu palabra...

—Lo sé, maldita sea. ¿Crees que me gusta esta situación? Haga lo que haga salgo perdiendo. Tanto si acepto pagar como si no, te pierdo, Maddy.

Ella no debería alegrarse, pero en medio de la tormenta cualquier luz, por débil que sea, hace que uno se aferré a ello y Maddy, en esos momentos de abatimiento, buscó en todas las palabras el único pensamiento positivo. A la desesperada se agarró a un clavo ardiendo.

—¿Con esa enrevesada afirmación... —Maddy intentó sonreír— tan típica de ti... —contuvo las lágrimas, limpiándose de manera poco refinada la nariz— me estás diciendo... —sorbió por la nariz— que me quieres?

—¿Y tú, con esa carita de pena... —La abrazó con fuerza— me estás diciendo que has tenido suerte con el marido que te ha tocado? —Maddy asintió fervientemente—. Claro que te quiero.

—Demuéstralo. Aquí, en el despacho, a plena luz del día.

—Sabes que eso es lo mismo que yo deseo...

—No perdamos el tiempo —Maddy empezó a quitarle ropa tan deprisa como sus manos podían, y después deshizo el nudo de su bata para dejarla caer y quedarse completamente desnuda—. Por así decirlo esta será la última vez que...

—No lo digas —interrumpió él—. Pase lo que pase me ocuparé de ti, no te faltará nada, estarás al corriente de todo el proceso.

—Me faltarás tú, Samuel.

A eso no podía objetar nada. Ella tenía razón, ella iba a llevarse la peor parte y soportaría el juicio público y paralelo. No se merecía una mujer así.

Iba a ser, como ella bien había dicho, la última vez, y por tanto él era el encargado de suministrarle los suficientes recuerdos para que ella soportase lo que se avecinaba. Encargarse de Maddy sería, a partir de ahora, su prioridad.

La tumbó en la alfombra, con la precaución de colocar debajo la bata, evitando así que ella se dañase la espalda. La observó un instante, allí recostada, tan dispuesta, tan hermosa y manteniendo una sonrisa para hacerle a él todo más fácil. Después, pese a las protestas de ella, empezó a recorrer su piel, centímetro a centímetro, con la lengua. Ella protestaba e intentaba tirar de él para que se colocase encima, pero Samuel se mantuvo firme, a pesar de que en un descuido ella le agarró la polla y casi acelera el desenlace.

Maddy le pedía con cada uno de los insinuantes movimientos de su cuerpo que se dejara de entretenimientos y una y otra vez él lo ignoraba. Dedicar el tiempo que fuera preciso en recorrer a besos las piernas de su esposa, parando en los lugares que se le antojaban como imprescindibles era la forma más divertida de excitarla y de paso de disfrutar.

Por supuesto, ella no era de la misma opinión. Cuando estaba a punto de separar sus pliegues y probarla, se apartó y se puso en pie.

—¡Samuel!

Ella no podía dar crédito al comportamiento de él, después de tenerla más que a punto de caramelo, se retiraba.

—Ya voy. —Y lo hizo con la copa de *brandy* en la mano—. No es tan refrescante como el champán pero es igual de delicioso.

—¡Ay, Dios mío!

Y se quedaba corta; él, una vez colocado de forma precisa, derramó el líquido en su vello púbico, empapándolo. Conseguido ese objetivo, y como dice el refrán, llueve sobre mojado, al no absorber más, el *brandy* entró en contacto con los labios vaginales donde espera una ávida lengua que no dejó caer ni una gota al suelo. La práctica hace al maestro.

—Vas... vas a emborracharte —jadeó ella medio en broma.

—No me importa.

Y no lo decía en sentido figurado, pues tal y como iban a ir las cosas tras ese

encuentro era para darse a la bebida.

—No me hagas esto —gimoteó ella—. No quiero más juegos, no quiero más esperas, te quiero a ti. Te quiero dentro de mí y lo quiero ahora.

Pero, aunque deseaba con todo su ser rendirse, debía aguantar un poco más. Y lo consiguió, la tuvo en ascuas, la llevó dos veces al límite antes de tumbarse en el suelo y dejar que fuera ella quien impusiera el ritmo.

Ella le apartó la ropa de forma expeditiva, sin contemplaciones; él, faltaría más, se dejó hacer intentando no pensar en nada que no fuera el placer de ese instante. Ella se montó rápidamente, le agarró la polla, él siguió dejándola hacer y deshacer, resultaba increíble ver a Maddy llevando las riendas, tocándole donde quería.

Ella no fue tan paciente, no tardaron ni cinco minutos en alcanzar el orgasmo. Después Samuel quiso abrazarla indefinidamente, pero Maddy se lo impidió. Con el comportamiento típico postcoital, se quedó tumbado a la espera de cualquier cosa. Con una rapidez asombrosa ella se deshizo de sus brazos, caminó hasta el carrito de las bebidas, agarró, no la copa, sino toda la botella de *brandy* y le desnudó completamente, dejando, convenientemente a mano, la botella de licor, se sentó entre sus piernas y le miró con una expresión que él no supo cómo interpretar.

—Eres la persona más egoísta que he conocido. —Dejó caer unas gotas en el sensibilizado glande, él siseó sorprendido—. Sabes perfectamente cuánto me gusta degustar un buen *brandy*. —Otra vez vertió la botella dejando esta vez que cayera mayor cantidad, sin dar importancia al hecho de que se mojase la alfombra—. Y nunca quieres compartirlo conmigo. Te lo bebes todo y me dejas muerta de sed.

Dicho lo cual se inclinó y se introdujo su polla, en vías de reanimación, a la boca, haciéndole recuperar la erección en menos de lo que canta un gallo.

CAPÍTULO 37

Maddy entró en la sala del tribunal. No se detuvo ni a observar la antigua sala ni a la concurrencia. Iba acompañada de un abogado que el señor Jeferson había sugerido y que únicamente estaba allí para cumplir los formalismos legales.

Como corresponde a una mujer que hace infeliz a un hombre de prestigio, le ofende y desacredita públicamente, iba vestida de forma provocativa, marcando sus curvas y pintada como para ir a un baile de disfraces. Si bien cuando se vio en el espejo se asustó, después comprendió que, como buena actriz, debía utilizar el maquillaje y el vestuario adecuados para representar la función. Por supuesto Alice había colaborado con la elección del atuendo.

Theresa se había llevado las manos a la cabeza y expresado su desaprobación con vehemencia, además de criticar abiertamente a su patrón por lo que estaba ocurriendo. Maddy se limitó a aguantar estoicamente, ya que cuanto menos gente conociera aquella charada; más posibilidades de llevarla a cabo habría.

Esperó pacientemente a que el juez se sentara y ordenara al resto de la sala que hiciera lo mismo. Sabía que en un lateral estaba su padre, irradiando su furia, y eso le daba fuerzas para seguir. No quiso mirar a su derecha, donde se encontraba Samuel con su abogado, el señor Jeferson. A sus espaldas, a modo de respaldo, estaba Alice, que le apretó la mano por debajo en señal de apoyo incondicional.

El primero en exponer el caso fue el señor Jeferson. Maddy no entendía cómo alguien tan joven estaba tan curtido en esto de la justicia, pero era el único abogado que supo dar con la solución. Aunque fuera dolorosa. Ella escuchó los motivos por los cuales se solicitaba el divorcio sin inmutarse, a pesar de que muchos curiosos reunidos en la sala la miraban como si no pudieran creerlo. Estaba claro, si del populacho se tratara, ella saldría de allí condenada a morir por lapidación.

Después, y manteniéndose impasible, oyó a Samuel mentir ante el juez. Siguió sin mirarle, pues temía desconcentrarle durante su declaración si sus miradas llegaban a cruzarse. Declaró con tranquilidad, manteniendo la calma y como si de un hombre resignado se tratase. Si no estuviera al cien por cien segura de que él lo hacía por ella, oírle decir tales barbaridades supondría un gran varapalo. A sus oídos llegaron los murmullos desaprobadores por su inadecuada conducta, una mujer casada y, además de su posición, hacía tales barbaridades. Maddy siguió impertérrita, pues ella había oído cosas peores de muchas damas y caballeros que se pavoneaban por los salones de sociedad; claro que un baño de hipocresía parecía arreglar todo.

Su abogado se limitó, una vez concluida la exposición de Abel Jeferson, a murmurar que no ponían objeción y a que se fijara la cantidad que recibiría Maddy en señal de compensación. Cosa que también estaba pactada de antemano, así que... ¿para qué prestar atención?

—Ya falta menos —murmuró Alice a su espalda infundiéndole ánimos.

—Señora Boston. —El juez se dirigió a ella—. ¿Está conforme con los términos

aquí expresados? —preguntó el juez. Por su tono estaba claro que Maddy debería estar, como poco, en un convento de clausura y sin posibilidad de salir de allí.

—Señorita Chesterfield —le corrigió altiva, ganándose otro murmullo de desaprobación por parte de la concurrencia y una reprimenda por parte del magistrado. Negaba en público su condición de casada recuperando el apellido paterno, aunque eso también era para atragantarse.

—Hasta que yo no haya dictado sentencia, usted es la señora Boston. —El juez reorganizó sus papeles enfadado con la respuesta de ella—. Bien es conocida mi aversión a un proceso de divorcio, diga lo que diga la ley. En todos los años de ejercicio he procurado que los cónyuges se lo piensen y se reconcilien, pero visto su caso... —Levantó un dedo acusador—. Debo modificar mi anterior postura. —Tosió haciendo esperar más a la sala y a Maddy, que quería salir pitando de allí—. Bien, aunque no comparto la decisión de su todavía marido de dejarle semejantes bienes...

En ese momento Maddy miró de reojo a Samuel y eso casi le hace flaquear. Ella le había recalado, por activa y por pasiva, que se iba a casa de su hermano y que por tanto no era necesario estipular ninguna cantidad.

—¿Qué... qué bienes? —preguntó con timidez.

Pero el misógino del juez no lo vio así.

—Señora Boston, con esa pregunta deja bien claras cuáles son sus prioridades. —Carraspeó de nuevo antes de proseguir.

Samuel estaba a punto de saltar sobre ese energúmeno y partirle la cara. ¿Cómo se atrevía? Maddy estaba allí, a menos de tres metros, sentada esperando la sentencia y aguantando estoicamente. La única parte positiva era ver a su suegro chirriar enrojecido por la que se acercaba. Puede que fuera un necio sin sentimientos, pero no era tan tonto como para no darse cuenta de lo que se jugaba en este proceso.

—Bien, la relación de propiedades que le deja su marido le será explicada convenientemente por su letrado en su momento. Solo debo añadir que si de mí dependiera, usted no recibiría ni los buenos días. Su comportamiento ha sido deplorable, indigno e impropio de una mujer de su clase —otro maldito carraspeo—. Por todo lo expuesto, si las partes están de acuerdo y en cumplimiento de la ley...

Y el juez expuso los artículos de la ley que daba vía libre al divorcio.

Ella le preguntó a su abogado-títere en voz baja de qué bienes hablaba el juez y este se limitó a responder que era mejor no entrar en detalles en ese instante, pues solo complicaría las cosas y que se dilatara el proceso innecesariamente.

Obedeció sin replicar deseando acabar cuanto antes. En cuando oyó que se levanta la sesión, Maddy salió sin mirar atrás, dispuesta a esconderse del mundo. A tal efecto estaba un transporte discreto esperándola a la salida. Iba a refugiarse a casa de su hermano, rechazando la oferta de Alice para instalarse con ellos, pues Maddy sabía que podía perjudicarles. Ahora todos, al ser conocedores de su mal comportamiento, podían criticarla con base legal.

La promesa de emborracharse para superarlo no se podía cumplir si un amigo

metomentodo se empeñaba en hacerte compañía.

—Deja de tocarme los cojones —saltó Samuel exasperado. Tener a Rafe vigilándole era lo que menos deseaba. Su amigo metomentodo arqueó una ceja y pasó por alto, con su típica actitud aristocrática, el comentario tan impropio de Samuel. Si bien estaba en su derecho de enojarse, Rafe no quería ver a su compañero de fatigas hundirse en lo que podía haber sido y no fue.

—Somos amigos, ¿no es cierto? —Rafe se acercó a la licorera, no con intención de servirse una copa, pues eso solo haría que su amigo pidiese más, sino para evitar partirle la cara a Samuel y espabilarle ya de paso—. Tu servicio doméstico deja mucho que desear —dijo señalando las copas vacías sobre el aparador.

—¡No toques eso!

Rafe levantó las manos en señal de paz.

—Como quieras, pero no me des esos sustos. —Le miró y se dio cuenta de que debía ser algo realmente serio—. No soy nadie para juzgar los fetiches de los demás.

—Rafe, maldita sea, ¿no puedes, aunque solo sea por una vez, tomarte las cosas en serio?

—Podría intentarlo, pero no prometo nada.

Samuel suspiró resignado. Vaya día que llevaba, o mejor dicho, qué semanita. Tras obtener vía libre en el juzgado para su divorcio, había intentado sobrellevar, si eso era posible, la separación de Maddy refugiándose en su casa. No había aparecido por su despacho. Pero, pese a sus intentos de reclusión, hay quien se obstinaba en interrumpirle. Rafe, faltaría más, era el más persistente. Aunque su padre también lo intentaba. Por primera vez había discutido seriamente con su progenitor. Este no podía entender las acciones de su hijo, y Samuel no podía revelar todo el trasfondo sin dejar en entredicho a Maddy. Además, cuanta menos gente supiera que había mentido humillando públicamente a su esposa para obtener el divorcio, mejor.

Cuando golpearon a la puerta con los nudillos fue Rafe quien abrió la puerta.

—El señor tiene una visita —anunció el mayordomo.

—Me temo que no es buen momento —dijo Rafe adelantándose a los deseos de su amigo.

—¿Quién es? —preguntó Samuel enfadado. Ya estaba bien, su casa últimamente parecía un lugar de peregrinación con tantas visitas.

—¡Hijo de puta! ¡Da la cara!

Los gritos provenían del recibidor. Samuel se levantó e hizo señas a su mayordomo para que se retirara. Lo mismo hizo con Rafe.

—Ah, no, de ninguna manera, esto no me lo pierdo yo por nada del mundo.

Siguió a Samuel hasta la entrada donde Peter Chesterfield vociferaba. Nada más verles aparecer volvió a la carga.

—¡Taimado, rastrero hijo de la gran puta!

Samuel se fijó en que el hombre estaba a punto de sufrir un colapso o algo peor. Resollaba cada vez que intentaba hablar y lo que menos quería en este momento es que sufriera un ataque en su casa.

—Tranquilícese —intervino Rafe—, así no llegaremos a ninguna parte.

—¡No se ponga de su lado! ¡Usted pertenece, como yo, a otra clase! ¡Debería vigilar más con quién se relaciona!

—Sí que está alterado, sí —murmuró Rafe con ironía. Se cruzó de brazos como el que va a disfrutar de un espectáculo.

—¿Qué busca? —preguntó Samuel.

—A ti, desgraciado. Te rodeas de gente importante, pero... ¿sabes qué? Jamás, jamás serás uno de nosotros. —Señaló a Rafe y a sí mismo.

—Bien mirado —dijo Rafe adoptando su estudiada pose de aristócrata condescendiente y observando sus cuidadas uñas—, siempre hay ovejas negras entre nosotros. ¿No está de acuerdo, Lord Chesterfield?

—¡Basta ya! —interrumpió Samuel enfadado—. Se lo advertí una vez, no quiero verle por esta casa. Aquí no es bienvenido.

—No vas a salirte con la tuya, desgraciado, nos veremos en los tribunales y voy a ganarte. Te humillaré públicamente como has hecho con mi hija. ¡Bastardo! Ella no se merecía ese trato.

—Hablando de humillaciones... a usted se le da muy bien humillarse solo. —El comentario de Rafe estaba fuera de lugar, pero se quedó bien a gusto tras soltarlo.

—No me hable de su hija. —Samuel debía aguantar las ganas de cogerle del cuello y echarle personalmente—. Para usted no ha sido más que una moneda de cambio. ¡Ahora no me venga con que se preocupa por ella!

—¡Es mi hija! —exclamó como si eso explicara todo—. Estoy seguro de que no le quedó otro remedio que comportarse así después de estar contigo.

—He dicho que no hable de ella. —Samuel estaba al límite de su paciencia.

—Puedo hacerlo si quiero, por su culpa no podrá volver a aparecer en público. Todo el mundo la marginará.

—Y no podrá volver a venderla. —El ácido, pero acertado, comentario de Rafe, hizo que se pusiera aún más furioso.

—¡Ya he tenido suficiente! —Samuel se situó frente al hombre amenazadoramente—. No vuelva por aquí, no mencione de nuevo el nombre de mi esposa, no se atreva a intentar joderme porque no quiero arrastrarlo hasta el fango, y créame, estoy deseando poder hacerlo. ¿Me ha entendido?

—Aún puedo defenderme de tus amenazas, aún puedo incluso dar la cara si fuera necesario, cabrón, pero prefiero ver cómo un juez te desafía públicamente y cómo tienes que reconocer tu derrota ante todos. Hasta con el nombre equivocado, no eres uno de nosotros.

—Se repite, buen hombre. —Otra vez Rafe aguijoneando—. Me aburre soberanamente.

—¡Cabrón! Puede que también le haya comprado. —Ahora la embistió contra Rafe.

—A diferencia de usted —ahora Rafe ya no era educado—, en mi mundo no vendemos ni compramos seres humanos, y Samuel es mi amigo ¡Así que váyase a tomar por el culo!

—Se acabó. —Samuel le señaló la puerta—. Largo de aquí. ¿O desea que mi criado le saque a patadas?

—Como buen hijo de puta no quieres ensuciarte las manos, ¿eh?

—Usted lo ha dicho. Está lleno de mierda. —Abrió la puerta invitándole a salir.

—Esto no ha acabado aquí. ¡Me oyes!

¡Bam! Un portazo y el vestíbulo se quedó en silencio.

—Debo decir —Rafe se examinó sus uñas perfectamente cuidadas— que ese hijo de puta los tiene bien puestos.

—Está desesperado. Le van a embargar hasta la camisa. —Samuel lo sabía muy bien.

—En fin, está de más decir que él se lo ha buscado, ¿no?

En vez de responder se dio la vuelta.

—¿Dónde vas? —preguntó Samuel al ver que su amigo se alejaba en dirección a la biblioteca.

—A intentar convencerte de que dejes de dar por el culo y hagas algo para variar.

Samuel, resignado a aguantar la compañía de su amigo, le siguió. Como si fuera su casa, ordenó que les sirvieran café y algo de comer.

Así que sin otro remedio se vio en el despacho, sin ganas de con ganas de compañía. ¿Por qué la gente se empeñaba en intentar acompañarle?

¿Pensaban que iba a hacer alguna tontería? ¿No se daban cuenta de que a veces uno está mejor lamiéndose las heridas en soledad?

Probó algo de la comida y masticó sin ganas. Puede que fuera un manjar pero en esos momentos le daba igual.

—Una vez saciado nuestro apetito —Rafe se limpió educadamente— de comida —se apresuró a aclarar—, hablaremos largo y tendido...

—No me apetece hablar y menos contigo.

—De tu inestimable esfuerzo por ser un gilipollas.

Samuel arqueó una ceja ante ese comentario directo.

—Te he advertido, por activa y por pasiva, que quiero estar solo.

—Lo cual me lleva a la segunda cuestión del día. —Rafe hizo una pausa para crear expectación—. Puedes sentirte satisfecho. Lo has logrado.

—Tu retorcido sentido del humor normalmente me aburre, pero hoy más que nunca.

Como si no le hubiera oído, Rafe siguió a lo suyo, intentando no perder la paciencia con un amigo tan obtuso.

—Tal y como yo veo las cosas...

—A ti no te han apartado de Alice, asaque no puedes opinar.

—Tal y como yo veo las cosas —Rafe comenzó de nuevo—, tienes dos opciones.

—A saber... —murmuró Samuel con cinismo, sin ganas de seguir escuchando lo que no quería oír y pensando en alguna forma de quitarse a Rafe de encima.

—Primero, seguir siendo un estúpido, quedarte aislado en casa, comenzar a beber como un cosaco y dentro de un año presentarte ante tu esposa hecho un guiñapo, oliendo peor que una destilería, demacrado y con el carácter más agrio que de costumbre.

—Gracias —dijo Samuel entre dientes.

—Si optas por ese camino, además de lo obvio —otra de esas pausas expectantes—, tu evidente degradación física —no hacía falta mencionarlo pero a Rafe le encantaba dar discursos y cuanto más te empeñabas en que los acertase, más circunloquios utilizaba—, debes tener en cuenta el deterioro de tu imagen pública y sobre todo de tu puesto como director. ¿Quién va a respetar a un jefe que se tambalea en las contadas ocasiones en las que aparece por la oficina?

A Samuel le estaba gustando muy poco la charla de su amigo.

—Joder, tú lo ves muy fácil.

—Deja de quejarte y escucha. La gente se compadece de ti porque tu mujer ha sido una perra fría y calculadora, te ha sacado buenos cuartos, por lo cual tú debes seguir el guión.

—Ya. —Samuel sonaba escéptico.

—Traducido, para que tu mente lo entienda: aprovecharte de las circunstancias. Esa es la segunda opción, y bajo mi humilde opinión —Rafe jamás era humilde—, la más acertada.

Samuel se paró un instante, reflexionando... Joder, qué hijo de puta, Rafe era más listo que él cuando se lo proponía.

Muchos inversores, conocedores de su «calvario» personal, se mostrarían algo menos reacios a sus exigencias. Y ante la sociedad en general, y la masculina en particular, siempre sería él el bueno. Aunque ello conllevara la caída aún más en desgracia de Maddy, pero... después...

—Veo que vas cogiendo la idea. —Rafe sonrió.

—Y, cómo no, tú estarás a mi lado apoyándome como buen amigo.

—Y sacando un buen porcentaje, amigo mío, no olvides que yo sí conozco la verdadera historia.

Dicho así, podía sonar a chantaje, pero Samuel no dudaba ni por un segundo de la lealtad de Rafe.

—Aun así, estar separado de ella... imagínate tú en mi lugar.

Rafe sintió un escalofrío de solo imaginarlo.

—Ni lo menciones. Ahora, dediquémonos a lo importante. La semana que viene visitaré a tu mujer. Como supongo que no quieres decirme en voz alta el mensaje, escríbele una carta.

—No. Alguien podría encontrarla.

—¿No te fías de mí?

—No seas estúpido. Confío en ti, simplemente me preocupa que algún criado cotilla o a saber quién vea por casualidad esa carta y todo se vaya al garete.

—Entendido. Entonces tendré que ponerme tierno con tu mujer y decirle al oído cuánto la quieres, lo mucho que la echas de menos y...

Samuel entrecerró los ojos.

—Y lo guapa que estará de negro cuando asistamos a tu funeral.

CAPÍTULO 38

—Señor Jeferson, me parece ridículo.

—Señora Boston, cualquier otra mujer en su posición agradecería que su exmarido le dejara tales bienes.

—Usted sabe perfectamente que no se trata de algo convencional.

—Si ahora hago lo que me pide y me presento ante el tribunal revocando la sentencia en la que se le asignan estos bienes, no solo levantaremos sospechas, sino que además entorpeceremos el proceso. Y el juez no nos fue muy favorable.

—No me hable de ese misógino. Su mujer debería ponerle unos cuernos como una casa.

Abel Jeferson arqueó una ceja ante su vehemencia.

—Olvidémonos de él, entonces. Su esposo quiere que usted reciba estos valores y que haga lo que quiera con ellos. Las propiedades inmobiliarias puede venderlas si quiere, o trasladarse a vivir, como ha manifestado el señor Boston.

Maddy cerró los ojos. Esto no era lo pactado. Ella no quería nada. Únicamente había recogido sus cosas, y tal como llegó, se marchó. Ahora, instalada en casa de su hermano, solo intentaba seguir el consejo que todos ofrecían sin pedirlo: el tiempo todo lo cura. Lo que nadie se atrevía a decir es que la mala reputación que se le adjudica a una mujer no se olvida con el tiempo.

—Está bien, está bien. —Maddy se levantó resignada de la mesa, no quería seguir perdiendo el tiempo—. Deje ahí todos los documentos, ya los revisaré más tarde.

—No debería echarlo en el olvido. Es importante dejar todo esto resuelto, su... esposo así lo desea.

—Le llamaré lo antes posible. Ahora, si me disculpa...

El abogado hizo lo que le pidió y se despidió. Estaba claro que no comprendía su postura. Como él mismo había declarado, cualquier mujer estaría encantada de que le dejaran todas esas propiedades. De acuerdo, no tendría que volver a preocuparse nunca más por su bienestar económico. ¿Y? ¿Eso era todo? Desde luego tendría con qué entretenerse, se avecinaban largos periodos de reclusión en casa... Y entonces cayó en la cuenta.

—Gracias, Samuel —murmuró conteniendo las lágrimas. Él se había preocupado no solo por su situación económica sino por su tiempo, con todos esos valores Maddy podría no solo entretenerse sino además, si era lista, demostrar que era capaz de hacer buenas inversiones.

No iba a llorar. Y menos aún cuando se acercaba la hora de comer y tendría que buscar incómodas explicaciones para su sobrina cuando la viera con los ojos rojos.

—¡Hola, querida!

Alice, guapísima como siempre, entró en el recibidor de casa de su hermano, donde Maddy la esperaba. Al que no esperaba ver es a su marido, también hecho un pincel.

Recibió con agrado el abrazo de su amiga.

—Ahora yo —dijo Rafe imitando a su mujer.

Maddy se sintió un poco fuera de lugar, con ese abrazo tan efusivo, aunque ya no debería sorprenderse conociendo a Lord Wesley.

—No te pregunto cómo estás porque ya lo veo —fue el comentario acertado de Alice observando su soso vestido—. Querida, que seas una zorra arruina maridos no significa que puedes vestirte como quieras. Cualquiera que te vea pensará que te arrepientes.

—No bromees con eso. —Maddy esbozó una sonrisa.

—En fin, estamos aquí para animarte —sugirió Rafe—. ¿Por qué no vamos a dar un paseo? Me han hablado de una chocolatería que...

—No creo que... aún es muy pronto para...

—Tonterías, seré la envidia de todos, con vosotras dos junto a mí, una de cada brazo.

—No la presiones, cariño. Otro día.

Maddy agradeció en silencio el apoyo de su amiga. Pensaba que conforme pasaran los días se sentiría con fuerzas para salir a sitios públicos, la salida a realizar compras no contaba, pero no era así, se había instalado en una cómoda rutina.

—Está bien —Rafe miró a las dos mujeres y dijo—: me doy por aludido. Os dejo solas. Pero... —Besó castamente a su esposa en la mejilla y la pellizó pícaramente en el culo—, no habléis de nada interesante hasta que vuelva.

—Prometido —respondieron las dos.

Rafe se marchó sin creerlas.

—Bueno, ahora solo quedo yo para entretenerte.

—Te lo agradezco en el alma, pero no estoy de humor para frivolidades.

—Por lo menos podremos tomarnos algo, ¿verdad?

Maddy llamó a Theresa para que les sirviera un refrigerio, la cual insistió en mudarse con ella porque, según sus propias palabras, su marido era un hombre horrible, del que nunca pensó que se comportaría de ese modo tan ruin, y no podía seguir en casa de un hombre así. La mujer miró severamente a Alice mientras dejaba el servicio de café dispuesto.

—Creo que no soy de su agrado —murmuró Alice—. Bien, ¿dónde guarda tu hermano los licores?

—Aquí. —Maddy abrió un mueble y señaló las botellas.

—Agradece a tu hermano su excelente gusto a la hora de agasajar a sus invitados.

—Se lo diré. Pero no creo que le haga mucha gracia que tú y yo asaltemos sus reservas.

—¿Por qué? —preguntó extrañada pero sirviéndose un generoso chorro de *brandy* en el café—. ¿No será de esos retrógrados que no dejan a las mujeres beber?

—No. —Maddy sonrió—. Le he dado tanto la murga con lo de moderar gastos que ahora espera cualquier desliz para vengarse.

—No me extraña. A veces es que aburres con ese tema.

Las dos se quedaron en silencio, disfrutando del café bien servido. Pero Alice no estaba allí para pasar la tarde y aburrirse como si estuviera en el salón de té de moda aguantando miradas curiosas. Estaba allí por su amiga.

—¿Alguna vez te he contado cómo conocí a Rafe?

—Me has contado retazos sueltos, pero nunca la historia completa.

—Humm. —Alice sonrió soñadora.

Y Maddy quería conocer los detalles y de paso olvidarse un poco de sus penas.

—¿Te vas a hacer de rogar?

—No. Alguna vez te he contado que mi madre y yo no vivíamos lo que se dice cómodamente, ¿verdad?

—Ajá.

—Fue por culpa del cabrón de mi padre. Cogió los pequeños ahorros: nos dijo que se iba a hacer fortuna a la ciudad. Mi madre y yo nos quedamos en las tierras, trabajándolas, pero el dueño se enteró de la marcha de mi padre y con la excusa de que dos mujeres solas no podían encargarse... nos echó.

—Vaya faena.

—Esa fue la excusa oficial para quedar bien ante todos, especialmente párroco, quien en realidad quería que o mi madre o yo, fuéramos a su casa campo una vez por semana.

—¿A trabajar?

—A meternos en su cama.

Puede que ahora hablara de ello como si le hubiera pasado a otra persona, pero Maddy sabía que una situación tan desesperada no se olvida fácilmente.

—Así que —continuó Alice— recogimos lo poco que teníamos y vinimos en busca de mi padre. Él lo resolvería, dijo mi madre. Pero cuando encontramos estaba muriéndose en un hospital a causa de la paliza que le dio un chulo por no pagar.

—¿Un chulo?

—Un proxeneta.

—Ah.

—Tuvimos que alquilar un cuartucho de mala muerte en el que pasábamos mucho frío y mi madre empezó a enfermar. Busqué trabajo y lo encontré de dependienta en una bombonería, pero apenas podíamos pagar el alquiler y mucho menos un médico y medicinas. Así que la casera nos amenazó o echarnos en un mes.

—Entonces conociste a Rafe.

—Aún no. Y no me mires con cara de pena. Ya lo he superado. En el establecimiento donde trabajaba acudía todo tipo de clientela, pero me fijé en unas señoritas que iban vestidas como nunca antes había visto: gastaban lo que querían y unos caballeros se encargaban de pagar todo. El dueño las despreciaba porque era prostitutas pero las dejaba entrar porque gastaban que más.

—No me digas que Rafe era uno de esos caballeros...

—No. Y deja que te cuente yo la historia. Como no ganaba lo suficiente, mi madre estaba cada vez más enferma y nos iban a desahuciar, así que, escuchando las conversaciones de aquellas mujeres, me enteré en qué burdel trabajaban y me presenté ante la *madame*.

—Oh, no...

—Pues sí. ¿Qué iba a hacer? Trabajando decentemente me moría de hambre.

—*Desvístase, señorita* —ordenó la *madame* impaciente.

Alice, que tampoco llevaba mucha ropa encima, se tragó una respuesta contundente e hizo lo que le ordenaban. Se quedó desnuda en aquel lujoso despacho bajo la atenta mirada de una mujer que evidentemente había visto de todo. Se sintió como ganado en una feria mientras la mujer daba una vuelta alrededor, tocando sus pechos y palmeando su trasero.

—*Vístase.* —La *madame* volvió a sentarse tras su escritorio—. *Usted no sirve para este trabajo.*

Y dicho esto obvió por completo la presencia de Alice.

—¿*Por qué?* —preguntó ya vestida, recuperando un poco su orgullo.

—*No me haga perder el tiempo.*

—*Merezco al menos una explicación.*

—*Está bien, si así lo desea.* —La *madame* se puso en pie antes de continuar—: *Este establecimiento tiene una fama que cuidar, aquí los caballeros no vienen únicamente a follarse a la puta de turno, para eso están las que se levantan la falda en cualquier callejón. Las chicas deben tener unas características y es evidente que usted está demasiado flacucha como para que un caballero pague por usted. También es evidente su mala alimentación y la falta de cuidados en su cuerpo. Sus manos, por ejemplo, están ásperas, y hace tiempo que su piel no es tratada para estar más luminosa.*

—*Pero estoy limpia y sana* —murmuró demasiado avergonzada.

—*No es suficiente. Ya se lo he dicho. Y ahora, si es tan amable de abandonar...*

—*¡Necesito este trabajo!* —exclamó desesperada.

Durante unos angustiosos segundos la madame la miró y evaluó de nuevo. Alice se quería morir, pero no de hambre, así que debía aguantar.

El examen de la madame se vio interrumpido por unos golpes en la puerta.

—*Adelante.*

Un hombre ataviado con uniforme de mayordomo entró en el despacho, miró a Alice como si fuera un mueble más y se acercó a la dueña para hablarle en el oído.

—¿*Quiere trabajar?* —preguntó de repente la mujer.

—Sí.

—Necesito una asistenta. Tu trabajo consistiría en arreglar las habitaciones de nuestros invitados una vez desocupadas. Vivirías en las habitaciones de la servidumbre y comerías con ellos. Jamás pondrías un pie en los salones durante las horas en que el establecimiento está abierto al público y jamás establecerás ninguna relación con ningún cliente. Si por casualidad te molestara algún caballero, avisarías a Paul. Las relaciones personales entre el personal de servicio deben llevarse fuera del horario laboral y con discreción, ¿entendido? Todos mis empleados respetan estas normas, de hecho la chica que acabo de despedir ha sido sorprendida sacándose un sobresueldo con uno de nuestros clientes.

—De acuerdo.

—¿Trabajaste en un burdel?

—Pues sí —respondió sin avergonzarse Alice—. El sueldo era bastante más decente que trabajando horas despachando pasteles. Además ahorraba bastante en comida, por lo que podía llevar más dinero a casa.

—Increíble.

—Pero cierto. Muchas considerarían trabajar como asistenta en un burdel algo deshonoroso, pero te aseguro que no lo es.

—Entonces... ¿cuándo aparece Rafe? —preguntó Maddy curiosa.

Alice sonrió, al menos la historia de ellos dos estaba alejando a su amiga durante un buen rato de sus problemas.

—Llevaba un mes trabajando, cumplía mi horario y...

—¡Alice!

Alice corrió al oír su nombre, estaba claro que la jefa de personal debía estar enfadada. Ya había acabado su turno y se estaba cambiando para visitar a su madre —a la cual no mencionó exactamente dónde trabajaba, de cara a su madre estaba interna en una residencia para señoritas—, pero prefería no ponerse a malas con la señora Ferguson.

—¿Sí, señora Ferguson?

—Marie se ha puesto enferma. Ya sé que has acabado tus quehaceres, pero ¿podrías encargarte de la habitación azul?

Alice sabía que no era una pregunta educada, por supuesto podía decir que no, faltaría más, pero entonces durante las próximas semanas su trabajo quedaría reducido a los excusados.

—Por supuesto —respondió, y añadió una falsa sonrisa para contentar a su jefa.

—Muy bien, Alice, tendré en cuenta este favor en el futuro. Cámbiate y ocúpate de que todo esté listo.

—Entonces me puse a ello. Cada vez que entraba en una de esas lujosas habitaciones siempre pensaba en lo delicioso que sería dormir en una cama tan grande, con unas sábanas tan suaves... porque la verdad, si bien las dependencias de empleados eran aceptables, no tenían nada que ver con aquello.

—Y acompañada, supongo —murmuró Maddy.

—No, eso no lo pensaba... todavía.

Las dos se rieron ante ese comentario.

—Sigue, por favor. Me tienes en ascuas.

Alice empezó por quitar las sábanas usadas y las tiró junto a la puerta para llevarlas a la lavandería una vez hubiese acabado con la habitación. Sacó unas nuevas y limpias sábanas de color crema, no se cansaba de tocarlas, pues nunca antes había tenido la oportunidad de sentir algo tan suave.

Limpió el cuarto y dejó toallas limpias, después empezó a hacer la cama, doblándose y estirándose para poder abarcar semejante tamaño.

Cuando se incorporó para moverse al otro lado vio a un hombre, de pie junto a la puerta, mirándola de una forma extraña.

—Perdón —murmuró ella algo cohibida—. Enseguida acabo.

—Por mí no tengas prisa.

Ella siguió con su trabajo pero era difícil, cada movimiento era observado con detenimiento y eso le estaba poniendo nerviosa. Quería salir cuanto antes y no arriesgarse a que cualquiera de las chicas la vieran y fueran con falsos rumores a la madame.

—Debo admitir que madame Lemond sabe cómo tentar a la clientela.

Alice saltó alarmada cuando el desconocido posó su mano en su trasero. Y más aún cuando empezó a acariciárselo.

—Por favor, señor, yo no...

—Mmm, no hace falta que finjas. Sé perfectamente que realizáis todo tipo de fantasías.

—¡Suélteme!

Alice consiguió zafarse del desconocido pero no tuvo tanta suerte como para llamar a Paul. Él estaba allí, en la puerta observando la escena y a juzgar por su cara había sacado ya sus propias conclusiones, las cuales no debían de ser nada halagüeñas para Alice. No tuvo que preguntar a dónde se dirigían mientras seguía a Paul por el pasillo. Madame Lemond la despidió en el acto.

—Recoja sus cosas. Se le pagará el sueldo íntegro de este mes como compensación.

—¡Pero yo no he hecho nada malo!

—Se le advirtió claramente de cuáles eran las normas de la casa. Aquí no

se toleran fallos. Paul, acompáñala a su habitación y asegúrate de que recibe su dinero y se marcha.

—¿Así, sin dejar que te explicaras? Vaya *madame*.

—Por lo visto debía ser así, porque si no muchas chicas entraban a trabajar como sirvientas y luego sacaban un buen sobresueldo como prostitutas. Por supuesto no era la moral de esas mujeres lo que preocupaba a la *madame*, sino los ingresos que perdía.

—O sea que perdiste tu empleo por culpa de Rafe.

—Pues sí. Pero él siguió pensando que yo era una de las chicas y pidió expresamente a la *madame* estar conmigo. Así que cuando se enteró de que yo no era de esas, se enfadó.

—¡Qué caradura! Encima de que te echan por su culpa.

—No, se enfadó con la *madame*. Pidió que me admitieran de nuevo pero no hubo manera.

—Ah, bueno eso... le honra. —Maddy se disculpó con una sonrisa por haber pensado mal de Rafe.

Alice tuvo que volver a la habitación alquilada que compartía con su madre, con poco dinero y sin trabajo. ¿Cómo iba a explicárselo? Su madre creía que trabajaba en una casa decente.

Tuvo un poco de suerte y encontró trabajo como ayudante en una corsetería; eran muchas horas y poco sueldo, pero al menos los patronos trataban bien a sus empleados. Trabajaba muchas horas y racaneaba todo lo que podía con la comida para pagarlos gastos. Sin embargo, a pesar de sus escasos ingresos, su madre cada vez se encontraba mejor, más alegre y prácticamente curada. Le preguntó una y otra vez pero su madre solo respondía que era gracias a su fuerte devoción y que había rezado mucho. Aun así, siguió privándose para ahorrar un poco y, en caso de tiempos difíciles, poder subsistir.

Una tarde estaba tan pálida y cansada que se desmayó en el trabajo y la encargada la mandó a casa. Ella se negó, no podía perder horas de trabajo, pero insistieron y se tuvo que marchar.

Cuando abrió la vieja puerta de la habitación se quedó de piedra al ver la escena. Su madre se reía mientras jugaba a las cartas con...

—Por lo visto tuvo remordimientos y me buscó. Para evitar malos entendidos se presentó ante mi madre como un amigo. Por supuesto mi madre desconfió. ¿Qué caballero joven y atractivo hace ese tipo de apariciones interesándose por una mujer como yo? Aunque se la fue ganando día a día. Y allí les encontré, jugando a las cartas, riéndose mientras yo me mataba a trabajar.

—¿Puedo hablar con usted un momento?

—Espere a que termine esta mano. Debo recuperar lo perdido. —Sonrió a

su madre—. Señora, ¿cómo lo hace? Creo que me está haciendo trampas.

Alice no se dejó engañar por el simpático comentario y exigió hablar con él en privado. Puesto que la habitación era ridículamente pequeña salieron a la escalera, donde con un poco de suerte podrían hablar.

—Cuánto.

—¿Cuánto qué?

Alice no iba a dejarse camelar por aquella sonrisa.

—Cuánto le ha dado a mi madre. Y no me engañe.

—Eso no es de tu incumbencia.

—Mire, no soy tonta. Sé perfectamente lo que busca. Sabe que yo no puedo devolverle el dinero y solo hay una forma de pagarle.

—Acepto pagarés.

—¡No se ría de mí, por favor! Sabe perfectamente cuál es mi estado financiero.

—Mientras decides cómo devolverme el favor, deja que termine la partida. Voy perdiendo y quiero recuperar mi dinero. Así que sé buena chica. Ya hablaremos cuando termine.

Con otra sonrisa desquiciante la dejó plantada y se puso de nuevo a jugar a las cartas.

Alice se sentó malhumorada y les vio jugar varias manos más. Al principio creyó que su madre tenía un don especial con los naipes, pero disimuladamente observó las cartas del hombre y cayó en la cuenta. Para no humillar a su madre prestándole dinero, perdía intencionadamente. Pero aun así la desconfianza ganaba la batalla al altruismo.

Cuando acabó la partida, Alice se apresuró a hablar.

—Mamá, voy a acompañar a tu invitado hasta la puerta. —Cogió su chal y señaló con una mano que la siguiera.

Una vez abajo, en la calle, Alice, que ya no podía más, explotó.

—Se acabó. Sé perfectamente cuáles son sus intenciones, no quiero ver a mi madre sufrir. Así que le propongo que nos veamos en un sitio discreto y alejado del barrio. Es la única forma que tengo de pagarle.

Él la miró divertido. Pero era una oferta en toda regla.

—¿Segura? —Ella asintió—. Como quiera. Acompáñame.

—¿Y te fuiste con él así, sin más?

CAPÍTULO 39

—Pues sí.

Las dos se giraron al oír la voz procedente de la puerta. Allí estaba el protagonista de la historia sonriendo como siempre, al parecer encantado con lo que estaba oyendo. Aunque ninguna de las dos sabía desde cuándo.

—¿Puedo contarle yo? —preguntó Rafe entrando al saloncito. Se sentó frente a las dos mujeres para evitar tentaciones, se sirvió café y se alegró de que alguien hubiera dejado una botella para acompañar.

—Los hombres no son buenos hablando de sus recuerdos. Omiten lo más importante —comentó Maddy animada.

—Te aseguro que no me callaré nada —miró a su esposa arqueando una ceja—. Nada.

—De acuerdo.

—Bien, Alice me acompañó hasta mi casa. No podía llevarla a un hotelucho como ella quería, pues soy bastante maniático y, por qué no decirlo, cómodo. Así que mi casa era el lugar ideal. Se mostró aterrada todo el camino por lo que posiblemente iba a suceder.

—¡Eso no es cierto! Estaba enfadada, no aterrada.

—Cuando llegué a casa ordené que nos preparasen una cena y un baño.

Alice le siguió en silencio. Entraron a una gran alcoba, tan lujosa como las que había visto en el burdel. Observó cómo él se deshacía de algunas prendas hasta quedarse en camisa.

—He mandado preparar el baño.

—Estoy limpia —respondió orgullosa y empezó a desnudarse. Miró la cama y se encaminó hacia ella. Se tumbó boca arriba, desnuda de cintura para abajo y separó las piernas. Cerró los ojos y esperó a que pasase lo que tuviera que pasar. Solo esperaba aguantar el dolor y que todo fuera rápido para volver junto a su madre.

Con los ojos bien cerrados esperó a que él hiciera el primer movimiento. En cualquier momento sentiría cómo el colchón cedía bajo su peso, o cómo respiraría cada vez más cerca. O cómo sus manos la tocarían.

Esperó y esperó. Seguramente se estaba desnudando o simplemente bajándose los pantalones solo lo necesario para acabar cuanto antes.

Seguía esperando. Separó un poco más las piernas, pues no sabía si con eso era suficiente. Pero nada, no se oía nada. ¿Y si era uno de esos caballeros que no podía...? En el burdel había escuchado todo tipo de historias referentes a las cualidades y manías de los hombres. ¿Y si era uno de esos que la tenía tan grande?

Ay, mi Dios, ¿dónde me he metido? Me va a doler, me va a doler... Pero seguía sin suceder nada. Aunque su olfato detectó algo. Con timidez abrió un ojo y le buscó con la mirada. No estaba. Abrió el otro y le vio. Se quedó pasmada al observarle. Nunca hubiera esperado algo así. Allí estaba, sentado en un gran sillón con una copa en la mano y un enorme habano. No sabía si sentirse ofendida por tener que rebajarse a acostarse con él o por su rechazo.

—¿No quiere? —preguntó ella, y cerró las piernas.

—Eso nunca debes preguntarlo. —Dio una profunda calada—. Tu baño se enfría y...

—¡Ya le he dicho que estoy limpia! —le interrumpió ofendida. Puede que a diario tuviera que conformarse con agua fría y una áspera toalla, pero jamás salía a la calle sin asearse.

—Así no harás carrera. Debes obedecer a tu cliente. —Otra sonrisa desquiciante—. Ese soy yo, por lo que harás lo que te pida.

—¿Quiere que me bañe? —preguntó recelosa—. ¿Nada más?

—Y que después me acompañes en la mesa. Odio comer solo.

Por su expresión ella no lo dudó. ¿Qué tipo de perversión era esa? En fin. Darse un baño era un lujo, y si era lo que él quería...

La acompañó hasta un lujoso y equipado cuarto de baño, de esos que Alice sabía que existían pero que nunca había visto. Él dejó una enorme bata junto a la bañera y se sentó a observarla.

—Es de los que miran, ¿eh?

—Por ahora sí.

Ese comentario no era para tranquilizarse. Pero ella se terminó de quitar la ropa y se metió en el agua. En ese mismo instante se le escapó un sonoro murmullo de aprobación.

—No sé por qué te has empeñado en desobedecerme —dijo él disfrutando de su habano y de las vistas—. Un buen baño es siempre relajante.

Pero no podía bajar la guardia.

—¿Por qué me ha rechazado antes?

—Si quisiera un coño donde meterla no te hubiera traído a casa. En cualquier callejón o en cualquier portal suficientemente oscuro te hubiera levantado la falda ya estas horas estarías en tu casa. Pero, sinceramente, no quiero una muñeca que se abra de piernas para mí porque cree que me debe algo.

Alice tragó saliva, él hablaba de una forma bastante ordinaria para ser un caballero rico. Por si acaso no dijo ni una palabra.

—Quiero que una mujer se desnude porque lo desea, me desea, para ser exactos. Quiero poder divertirme, que juegue conmigo, poder hacer que disfrute y que ella me corresponda. Quiero reírme, ser yo mismo y no andar

con disimulos.

—Pero usted iba al burdel.

La frase implicaba una acusación. Las prostitutas no se acuestan con los hombres por diversión. Al menos la mayoría.

—Algunas putas son excelentes actrices —contestó él con toda lógica—, pero uno va cumpliendo años... y... busca otra cosa.

—Una amante.

—Puede ser —respondió distraído—, pero eso supone establecer lazos algo más que sexuales con una mujer de la que tarde o temprano te querrás deshacer. Por no hablar de que sale infinitamente más caro. —Con total tranquilidad apagó el puro en un platillo que seguramente costaba una fortuna y que no fue adquirido para esos menesteres.

—Y para eso estamos las de clase baja y sin recursos.

—Creo que deberías salir del agua, te enfriarás.

Ella obedeció sin rechistar, él tenía la sartén por el mango. Por lo menos no era inmune a la visión de su cuerpo desnudo y mojado. Tan solo con la bata, pues misteriosamente cuando volvieron a la alcoba su ropa no estaba, encontraron una mesa dispuesta con esmero y con diferentes bandejas. A ella se le hizo la boca agua. Hasta ahora alimentarse era una necesidad... no iba a ser capaz de comerse todo y pedir que lo envolvieran y poder llevárselo resultaba rebajarse demasiado.

Él, educado, movió la silla, y después de despedir al criado, se sentó frente a ella.

—Veamos con qué nos ha sorprendido hoy la cocinera.

Lo dijo con tal condescendencia que ella estuvo a punto de gritarle. Sin embargo, cuando levantó la primera tapa se le nubló el pensamiento.

—He olvidado decirte que además de buscar una mujer que me entienda... —Sirvió el vino haciéndola esperar—, esta debe ser físicamente resistente. Y, la verdad, estás en los huesos.

—Gracias —murmuró con desagrado. ¿Por qué todo el mundo la veía tan delgada?

—Quiero poder meterme en la cama con una mujer a la que pueda agarrar por donde yo quiera sin miedo a romperla.

Ella abrió los ojos como platos. ¿Qué clase de relaciones sexuales tenía ese hombre?

—Por lo tanto —continuó él—, esa mujer debe alimentarse correctamente. —Probó el vino y sonrió—. Excelente.

Alice agradeció que él no fuera uno de esos ricos que utilizaban mil cubiertos y empezó a reírse con los tontos comentarios del hombre. Él insistía en hacerla probar todo, y ella, glotona empedernida, en aceptarlo. Al final de la cena se estaba riendo con él y había olvidado cuál era el motivo de su

presencia.

Un criado interrumpió la velada, ganándose el enfado de su jefe.

—Volveré en cuanto pueda —dijo él levantándose de la mesa, puede que para ciertos asuntos utilizase un lenguaje de lo más barriobajero pero en la mesa mostraba unos modales exquisitos—. Considérate mi invitada. Si necesitas cualquier cosa, toca esa campanilla.

Y allí se quedó, sola, delante de los restos de la cena, ataviada tan solo con una enorme bata, esperando a pagar por su generosidad. Y en vista de lo que acababa de comerse, ahora la cuenta iba aumentando. Allí había suficiente comida para alimentarse bien y no podía desaprovecharla. Siguió comiendo, pues tras ese encuentro en el que él iba a conseguir su objetivo, volvería a las penurias.

Pasaron los minutos, las horas y cada vez estaba más inquieta. Quería volver a casa, su madre estaría muy preocupada, y necesitaba dormir, a primera hora debía volver al trabajo. Buscó su ropa y no estaba. Llamó al criado y este se limitó a encogerse de hombros diciendo que Lord Wesley lo ordenó. Así que ese era su nombre... Lord Wesley. Entonces su cabeza empezó a darle vueltas al asunto. Como bien sabía, un protector rico era ideal, pero un protector rico y aristócrata era mejor.

Abandonó el dormitorio y se aventuró a explorar la casa. Nadie la detuvo. Era tarde y seguramente él se había marchado a buscar alivio por ahí, ahora bien, a la vuelta la encontraría a ella. Si debía sacrificarse, al menos con buenos beneficios.

Oyó los retazos de una conversación y, siguiendo el ruido, se plantó delante de una puerta. Distinguió la voz de Lord Wesley y la de otro hombre. Escuchar tras las puertas no es educado, pero interrumpir tampoco.

Debían de estar hablando de negocios y a ella se le estaban quedando los pies helados en la fría baldosa. Así que decidió intervenir. Nada más detectar su presencia, los dos hombres la miraron.

—Me aburría —dijo, y en el acto se sintió ridícula.

—No tienes vergüenza, hacer esperar a la dama —dijo el desconocido—. Os dejo entonces.

Alice vio cómo palmeaba en el hombro a Lord Wesley y caminaba hacia ella. Esperaba un comentario hiriente y despectivo pero el hombre la saludó educadamente besándola en la mano. Después se despidió.

—Jodido Samuel. Siempre será el mismo. ¿Te puedes creer que no pensó mal de ella?

—Por eso siempre le estaré eternamente agradecida. Ni me cuestionó ni dijo una palabra.

Ambos se dieron cuenta de que al nombrar a Samuel la alegría de Maddy podía

empañarse.

—Y ahí estaba yo, desnuda, y este tonto educado decidido a cuidarme.

—No me culpes, cielo, me tenías cogido por los huevos.

—Dejémonos de tonterías. ¿Sigues tú con la historia?

—Cómo no.

—¿Seguro que no os lo estáis inventando?

Él sonrió ante su atrevimiento. Pero si en ese momento se la llevaba a la cama ella le odiaría, y lo cierto es que ya no estaba para mujeres histéricas, ni mucho menos para señoritas de buena familia dispuestas a cazarle. ¿Era mucho pedir una mujer que le entendiera? Y por eso quería retenerla a su lado. Alice no le buscaba, aparentemente, como otras, por interés. Estaba allí porque pensaba que tenía una deuda. Si ella supiera... lo que perdía jugando a las cartas con su madre para no ofenderla entregándole una cantidad era insignificante y, siendo honesto, le divertían los comentarios de la mujer.

—No encuentro mi ropa.

—Lógico. He mandado quemarla.

—¡Cómo se atreve!

—Mañana a primera hora traerán algo para ti.

Él la miró divertido, puede que estuviera indignada por deshacerse de ese trapo; por favor, una mujer como ella jamás debería utilizar el gris oscuro en su ropa. Y estaba preciosa con una de sus batas.

—¿Cómo voy a volver a casa?

—Pasarás la noche aquí.

—Antes ha dejado claro que no me desea.

—Antes he dejado claro cómo me gustan las mujeres, en ningún momento te he rechazado.

—Pues a mi me ha parecido lo contrario.

—Yo no soy quién para hacerte cambiar de opinión.

—Me ofrecí a usted.

—Y yo te expliqué mis apetencias.

—Pe... pero los hombres no rechazan...

Ella se estaba quedando sin respuestas. Bien, porque a él estaba a punto de pasarle lo mismo.

—¿Os pusisteis a discutir?

—Ya sabes cómo es Alice. No se calla ni debajo del agua —dijo Rafe en broma.

—Me molestó bastante que me tomara el pelo —se defendió ella.

—En fin, el caso es que la acompañé a una habitación de invitados.

Para su desesperación, Alice se quedó sola, él se había limitado a deseado buenas noches con un beso en la frente. Vaya forma de ganarse a su

futuro protector. Las mujeres que ella había visto presumir de todo lo que conseguían de los hombres seguramente no se quedaban en la cama esperando un milagro. Sabía cuál era su dormitorio, solo tenía que meterse allí y ser atrevida. Mentir diciéndole lo que él quería oír y actuar un poco. ¿No había aguantado a clientes estúpidos con una falsa sonrisa? Se ató bien el cinturón de la bata y salió al pasillo. Si seguía andando descalza iba a coger un buen resfriado, pero no quedaba otra opción. Mientras cerraba la puerta despacio para evitar que su futuro protector se llevase un susto, se mordió el labio pensando en la forma de abordarle, pues él había sido explícito a la hora de describir cómo le gustaban las mujeres. Ella podría hacerle reír con mil y un chismes de su barrio, aunque dudaba que eso fuera a interesarle.

Caminó despacio hasta situarse frente a la cama. Allí estaba, tumbado en medio de la cama. No había mucha luz, pero no hacía falta para saber que estaba sin una prenda de ropa encima. Apartó un poco la sábana y se sentó. Entonces se regañó a sí misma, pues pretendía meterse en la cama con la bata.

De nuevo en pie se quitó la prenda y caminó despacio hasta un diván para depositarla, pero andar a oscuras y no tropezar, cuando además desconoces la distribución, era un milagro, y se dio un golpe en la rodilla con un reposapiés. Miró por encima del hombro; a ese paso más que seducir a un hombre iba a matarle de un susto. Mirando bien por dónde caminaba, volvió junto a la cama y, con infinito cuidado, empezó a tumbarse, moviéndose lo menos posible e intentando agarrar un poco de sábana, aunque solo fuera para taparse hasta la cintura.

—Está claro que hoy va a ser imposible conciliar el sueño —murmuró él haciendo sitio—. ¿Existe alguna razón lógica para que no te quedaras en tu habitación? ¿Faltaba algo? ¿Hacía frío?

—No —respondió Alice en voz baja.

—Entonces... ¿qué haces aquí?

—Esto... yo...

—Mañana, a primera hora, tengo una reunión muy importante, quédate quietecita y déjame dormir.

Rafe se puso cómodo mientras pensaba en cómo dormirse con ella al lado; estaba tan desnuda como él, era evidente, pero tan rígida... Bueno, en eso él ganaba, que necesitaba relajarse. Estaba claro que ella seguía pensando que le debía pagar con su cuerpo pero... ¿cómo hacer que entendiese lo contrario?

La abrazó desde atrás pegándola a su cuerpo y ella, como acto reflejo, se puso aún más tiesa. Claro, que no ayudaba el que su indisciplinada polla estuviera buscando el camino natural.

—Entonces... ¿esa noche no...?

Maddy miró a Rafe y sonrió. Este le devolvió la sonrisa antes de hablar.

—No podía.

Las dos mujeres le miraron arqueando una ceja ante «esa» revelación.

—No seáis mal pensadas —continuó él ofendido.

—Simplemente se contuvo —explicó Alice—, pero yo... —se mordió el labio— sí quería... —confesó al fin—, e hice lo que pude para convencerle.

—Que lo reconozcas te honra, querida. —Rafe guiñó un ojo a su esposa—. Me torturó lo que quiso. ¡Y eso que era virgen! Que si no... —Parecía divertido con el comentario.

Y Maddy envidiaba esa conexión que tenían los dos, hablaban libremente, sin reservarse la opinión, incluso delante de ella. Ella también había encontrado esa conexión con Samuel...

—Creo que es suficiente, no necesito saber nada más —dijo Maddy. Más que nada porque ya iban a entrar en un terreno muy personal.

—¡Pero si falta lo mejor! —exclamó Rafe riéndose. Miró a su mujer antes de seguir—: Imagínate la situación: yo loco perdido por follármela y ella intentando convencerme para que lo hiciera.

—Yo sabía la teoría, claro está, pero del dicho al hecho hay un trecho, así que empecé a... —Alice se rio al recordar.

—Empezó a moverse, empezó a tocarme donde no debía y claro, tuve que tomar las riendas de la situación.

—Me pegó un susto de muerte.

—¿Qué hizo?

Si no detenía a tiempo a esa mujer acabaría por hacer el ridículo más espantoso. Así que en un rápido movimiento la inmovilizó boca abajo y se colocó encima de ella. Así, al menos, no podría seguir moviéndose. Ella, como es lógico, no estaba conforme con la situación y quiso quitárselo de encima.

—Estate quieta —dijo él aplicando todo su peso para controlarla.

—Déjeme —protestó ella—. Si lo que quiere es reírse de mí, me rindo. Me iré a casa ahora mismo.

—Joder, no. De ninguna manera.

—Entonces, ¿qué quiere? —Estaba al borde de las lágrimas pero se las tragó, no iba a darle esa satisfacción. Pasase lo que pasase saldría de allí con la cabeza bien alta.

—Quiero que te relajes —comenzó él en voz baja hablándole al oído—. Que dejes de hacer suposiciones erróneas. Que me dejes tocarte cómo y donde quiera y que disfrutes con ello.

Rafe se abstuvo de decir en voz alta que era virgen para que ella no se

sintiera aún más violenta.

—¡Pero lleva toda la noche rechazándome! —murmuró ella.

—Esto es más difícil que enfrentarse a un consejo de administración — reflexionó Rafe en voz alta—. Bien, empecemos entonces, si estás tan dispuesta... —Empezó por acariciarla en la espalda con una sola mano—. Tranquila, relájate.

—Estoy relajada —mintió ella.

—Curiosa forma de relajarte. —Él cambió de postura para no aplastarla y se puso a horcajadas sobre ella y así tener mejor acceso a las zonas interesantes. Aunque, mirándola bien, todas las zonas parecían interesantes —. Mmm, eso es.

Alice quería, de verdad que quería, dejarse llevar, no podía ser tan difícil, otras muchas lo hacían. Y, puestas a elegir, ella estaba con un hombre que al menos no le resultaba repulsivo. Y además movía sus manos de forma perfecta.

Dejó escapar un murmullo de satisfacción, inevitable, por otro lado, por la agradable sensación de ser ella quien estaba siendo objeto de atención. Qué bonito sería poder estar así, bien atendida, sin preocupaciones, con comida abundante, con baños relajantes... Rafe fue bajando sus manos, pues ese trasero, ahora algo flacucho para su gusto, que con un poco de tiempo y cuidado podría ser respingón, había que masajearlo con igual mimo.

—Dime si te gusta —murmuró él.

—Sí —Alice no podía negar la evidencia—; pero... —se detuvo, porque bajo su modesta opinión era ella quien debía complacerle a él.

—¿Pero qué?

Al mismo tiempo que formulaba la pregunta, Rafe fue bajando aún más la mano. Quería comprobar hasta qué punto estaba relajada. Y si su cuerpo aceptaba las caricias de forma natural.

—¡Soy yo quien debe complacerle! —farfulló aún confusa por cómo reaccionaba su cuerpo. No recordaba haber sentido antes esa humedad entre las piernas acompañada de una extraña necesidad.

—Y lo estás haciendo —respondió divertido—. Así que de momento nos limitaremos a esto hasta que estés preparada.

—Lo estoy —contestó inmediatamente ella, porque su cuerpo iba reaccionando a las expertas caricias y a los indagadores dedos de él, que estaban llevándola a sensaciones tan placenteras como desconocidas.

Rafe, aun sabiendo que ella no pondría ninguna pega a sus avances, aunque mentalmente ella no lo aceptara, prefirió seguir tocándola; por experiencia sabía que si fuera ella quien pidiese avanzar las cosas, estas resultarían más sencillas. Aun a costa de sufrir más tarde las consecuencias de tanta contención.

Los minutos fueron pasando y Alice notaba cómo necesitaba algo que desconocía y que por tanto no sabía cómo pedir. Se movió inquieta esperando que él supiera qué era eso que necesitaba. Pero él seguía acariciándola, creando tensión entre sus piernas, y no parecía querer ayudarla.

—Es suficiente.

A Rafe, distraído y ocupado como estaba, le pilló por sorpresa el movimiento de ella. En un abrir y cerrar de ojos se lo quitó de encima y se dio la vuelta. Se le secó la garganta, pues hacía bastante tiempo que no veía algo tan natural. Un cuerpo femenino limpio. Aunque le fue irresistible caer en la tentación de bromear un poco con ella sobre su cuerpo.

—Si has trabajado en una casa de putas deberás saber que ellas se rasuran completamente.

—No me ha dado tiempo —farfulló pareciendo enfadada consigo misma.

—No importa.

—¿Seguro?

Él le sonrió y se acercó a la mesita de noche. Necesitaba protección, no por miedo a alguna enfermedad, sino porque la mujer, seguramente inmersa en su ignorancia como tantas otras, no habría pensado en ese tema. Odiaba las malditas fundas de caucho, pero resultaban imprescindibles en ocasiones como estas. Más adelante, si era menester, hablarían de otras soluciones. Alice le miró y cayó en la cuenta, había oído hablar de esos dispositivos, pero nunca se preocupó de informarse con más detenimiento. No iba más que sumando descuidos, así poco futuro tenía como prostituta. En fin, ya no había vuelta atrás. Respiró profundamente, llegaba el momento decisivo.

—En teoría no tendría que dolerte —murmuró él colocándose en posición —, pero sigues estando tensa.

Rafe pensó en tomarse su tiempo, pero qué demonios, era como tirarse al agua, una vez pasado el cambio brusco de temperatura, se estaba la mar de bien. Estaba seguro de no haberle causado daño, aunque las marcas que ella le estaba dejando en la espalda dijese lo contrario. Aunque, siguiendo su habitual optimismo, esas marcas podrían ser debidas al increíble placer, porque él estaba en la gloria.

—Ahora es cuando se supone que disfrutas, cielo.

¿Cómo podía seguir bromeando en un momento así?, pensó ella mientras no dejaba de aferrarse a sus hombros, con miedo a... a no sabía muy bien qué. ¿Que le gustase? ¿A hacerlo mal? ¿A que por la mañana él la mandase a casa con unas míseras monedas y una sonrisa, diciéndole: gracias y no vuelvas por aquí?

Cerró los ojos, al menos disfrutaría de ese pequeño momento.

—Sinceramente, querida —Rafe dejó de moverse y se alzó sobre sus brazos para mirarla—, no sé qué más decir o hacer para que te dejes llevar,

para que disfrutes y para que de paso no me hagas sentir como un jodido violador de vírgenes.

Alice parpadeó antes de mirarle. Por primera vez él no bromeaba.

—Lo... lo siento. —Tenía un nudo en la garganta y le costaba hablar—. Yo solo quiero hacerlo bien.

—Pues sintiéndolo mucho, tengo que comunicarte que vas por mal camino.

Alice giró la cara para evitar humillarse aún más y que él la viera llorar. No tuvo suerte, pues él se lo impidió. Notó cómo él quería separarse e hizo palanca con las piernas para mantenerle unido a ella y, sin saber muy bien si era correcto o no, empezó a moverse, arqueando ligeramente las caderas, instándole a seguir, porque probablemente su repertorio de técnicas amatorias no iba mucho más allá.

—¿Ves? Eso ya está mejor.

Y ella... ¡por fin le dedicó una sonrisa! Y él, si no se andaba con cuidado, terminaría de rodillas antes esa mujer.

—¿Así? —preguntó ella con timidez cuando enlazó las piernas en su espalda.

—No voy a decirte que perfecto... pero casi. Y bésame de una maldita vez.

—De acuerdo.

—No debería estar oyendo esto —murmuró Maddy, algo avergonzada, pues evidentemente sabía qué ocurría, pero otra cosa muy distinta era conocer los detalles. Aunque en el fondo se alegraba al ver a la pareja disfrutar de su comodidad, de su complicidad y de su entendimiento. Y de la confianza que tenían en ella al hablar de algo tan íntimo, impensable en otras personas.

—¿Por qué? —preguntó Alice—. Normalmente nos lo contamos todo, así que... —Se encogió de hombros.

—¿Todo? —A Rafe se le ocurrieron mil y una preguntas que hacer—. Bien, entonces supongo que yo también tengo derecho a preguntar... —fue interrumpido por Alice, aunque no dejaba de mirar a Maddy.

—Ahora no es el momento. Además, llegamos tarde. —Alice se puso en pie—. ¿Por qué no te vienes con nosotros? Te lo pasarás bien, ese poeta es tan aburrido que todos hacemos mil chistes para pasar el rato, pero es tan mono... —Hizo un mohín travieso mirando a su marido.

—Entonces, ¿solo asistes para ver a un poeta «mono»?

—No —fue Rafe quien respondió—, vamos obligados; está de moda y hay que ver y dejarse ver. La visita del médico, pero así no se olvidan de uno. Y ya de paso ella se anima y luego, como en casa solo estoy yo... —Ambas fueron obsequiadas con una sonrisa picarona.

—No me va mucho la poesía —alegó Maddy como pretexto.

—Como quieras —Alice sabía cuándo desistir. Se acercó a ella y dijo muy bajito para que solo ella lo oyera—. Solo quedan seis meses, vete pensando qué vas a hacer.

Una vez a solas respiró para evitar torturarse con los recuerdos. Mañana haría un año de su boda.

CAPÍTULO 40

Maddy repasó una vez más los libros de contabilidad de su hermano. Frunció el ceño. ¿Cómo podía ser tan derrochador? Desde que se mudó a vivir con él y su familia insistió en hacer algo útil, aparte de cuidar a su sobrina, para sentirse ocupada. Lo que no dijo era que ya tenía algo que hacer, pero añadir más trabajo siempre suponía menos horas libres y por lo tanto menos horas para deprimirse.

Hacía calor, algo inusual para estar a finales de septiembre, así que abrió la ventana del pequeño estudio y volvió a su escritorio. Cuando estaba inmersa en las cuentas interrumpió su hermano.

—Buenas noches, Maddy.

Se acercó a ella y la besó en la mejilla.

—¿Dónde vas tan elegante? —preguntó Maddy alisándole las solapas del esmoquin innecesariamente.

—A la ópera. Tengo... —Buscó en el bolsillo interior y le mostró las entradas— invitaciones preferentes. ¿Qué te parece?

—Que eres un derrochón. Por cierto, echa un vistazo a tus cuentas, mañana voy al banco y necesito tu aprobación.

—¿Para qué? Me fío de ti. —Aun así miró los papeles y, tras leerlos por encima, silbó—. ¡Joder! ¿Todo esto es mío? —Maddy asintió—. Debería haberte hecho mi contable hace mucho.

—Y eso que... —Le quitó las entradas— no miras lo que gastas.

—¡Eh, que son un regalo!

—¿De quién?

—¿De quién van a ser? Pues de un cliente... muy rico, en agradecimiento a mis servicios.

—Entonces... vale, te doy permiso para asistir —bromeó Maddy.

—Mocosa. Soy tu hermano mayor, cabeza de familia y...

—Herederero del título.

—Sabes perfectamente que he renunciado. Con padre se acabó todo. No pienso aceptar algo que solo me produce dolor. Me he ocupado para que madre viva con dignidad, pero se acabó.

Los dos hermanos se miraron, ninguno asistió al funeral de su padre, hacía ya tres meses, así lo decidieron de común acuerdo. Ninguno de los dos tenía motivos para despedirse de un padre que nunca ejerció como tal.

—Veo que vas muy elegante —Maddy cambió de tema y volvió a uno más seguro y agradable.

En ese instante, Charlotte, su cuñada, entró en la sala; iba ataviada con sus mejores galas.

—¿Estás listo? —preguntó acercándose a su marido.

—Pues sí, estaba dejando las cosas claras con mi... contable. —Se rio—. Por

cierto, podías venir con nosotros.

Maddy negó con la cabeza.

—¿Por qué no? —preguntó su cuñada.

—Es un acto público, y sí, sé lo poco que te gustan, pero podemos entrar cuando estén las luces apagadas y así disfrutar de la ópera, no tienes por qué encontrarte con nadie —añadió su hermano intentando convencerla.

—Porque no soy muy aficionada a la ópera —mintió—. Además debo acabar unos papeles.

—¡Papeles, papeles! ¿Y cuándo toca divertirse? Por Dios, Maddy, cualquiera pensaría que te tenemos poco menos que como una esclava en esta casa, solo sales al mercado y a tus asuntos financieros.

—No necesito... —intentó protestar Maddy.

—¡Bobadas! Puede que te agradezca infinitamente lo que estás haciendo por mi seguridad y bienestar económicos, pero no va a pasar nada, créeme, porque una noche te diviertas —razonó vehementemente su hermano.

—No insistas —dijo suavemente Charlotte mirando comprensivamente a Maddy—. Es su decisión y debemos respetarla.

—¿Sabes?, no me gusta eso de que me contradigas delante de mi hermana... pequeña. —Parecía un reproche que distaba mucho de serlo—. Soy el cabeza de familia.

—Lo sabemos, querido —dijo Charlotte tirando de él para dar por zanjada la conversación.

—¡Está bien! Nos vamos.

—Pasadlo bien.

De nuevo a solas, bendita soledad, pidió a Theresa algo de cena, su fiel Theresa, que de vez en cuando describía en voz baja, con su particular gracia, toda un retahíla de calamidades que podían pasarle a su expatrón. Maddy no podía hacer otra cosa que callar. Ella la regañó por picotear en vez de comer saludablemente, pero ahora la comida ya no tenía prioridad.

Pasó un momento a ver a su sobrina y, tras comprobar que estaba plácidamente dormida, volvió a su estudio y a sus papeles. Y allí, sin ser consciente del tiempo transcurrido, se entretuvo con sus inversiones. Cuando el mayordomo llamó a la puerta miró el reloj: más de medianoche.

—¿Qué ocurre?

—Ha llegado una visita, señorita Maddy.

—¿A estas horas?! —Maddy se levantó y caminó hasta la puerta de su estudio—. ¿Preguntan por mí o por el señor?

—Por usted, señorita.

—¿Por mí? Qué extraño... ¿Ha dicho quién es?

—Se ha negado a mostrarme su tarjeta, a pesar de que he insistido educadamente.

—¿Por qué no le has echado?

—Ha amenazado con montar un escándalo y, la verdad, señorita, a su hermano no le haría mucha gracia ser la comidilla del barrio, por eso le he pasado al recibidor.

—Está bien, yo me ocuparé.

Maddy tranquilizó al hombre y le mandó que se retirara, en caso de necesitar ayuda podría gritar o romper cualquier cosa; Theresa parecía dormir con un ojo abierto y, la verdad, en caso de necesidad ella era más útil que el anciano mayordomo.

Entró en el recibidor y cerró la puerta tras de sí. Se pasó la mano por el pelo, evidentemente no estaba bien peinada y fijó la vista en el visitante inesperado.

—¿Qué haces aquí?! —exclamó Maddy. Puede que el hombre que miraba por la ventana le diera la espalda, pero era inconfundible.

—Cálmate, por favor.

Samuel caminó hacia ella y le cortó el paso rápidamente cuando ella intentaba abrir la puerta y salir.

—¡No puedes estar aquí! ¡Vete! Hablaré con el mayordomo, a estas horas nadie te habrá visto. ¡Márchate!

—Primero...

—Si alguien te descubre aquí... ¿eres consciente de lo que puede pasar?

—Calla y escucha —dijo tajante acallando sus protestas.

Estaba demasiado cerca de ella y, si no se andaba con cuidado, estropearía todo y ella acabaría con un ataque de nervios.

Maddy quería huir de ese salón, debía de estar loco para presentarse en la casa de su hermano. Solo habían pasado ocho meses y, para que todo fuera legal, debían estar un año separados. Iba a arruinarlo todo.

—Toma. —Samuel le entregó unos papeles enrollados y se apartó—. Por favor, lee esto.

—Está bien, lo haré, pero ahora debes irte.

—Primero lee los documentos, después, si así lo deseas, me iré.

Le miró de reojo y se apartó cuanto pudo de él. Se sentó en el sofá del fondo y abrió la carpeta que contenía los documentos.

Samuel volvió a su posición inicial, observó por la ventana la calle desierta mientras esperaba, consumido por la impaciencia, a que ella acabara de leer. Se mantuvo, aparentemente impasible, con las manos a la espalda, sin decir ni hacer nada.

No supo cuánto tiempo estuvo así, sin querer mirarla, hasta que oyó un llanto estrangulado. Era la primera vez que la escuchaba llorar, quedaba claro que intentaba disimular su llanto, pero no podía. Se acercó a ella y Maddy se levantó, dejando que los documentos se esparcieran por la alfombra, y se aferró a él, apoyándose en su pecho y comenzando a llorar desconsoladamente. Un llanto mezclado con hipidos, ruiditos nasales y suspiros, como si intentara controlarse.

Se limitó a abrazarla, que ella misma se tomara el tiempo necesario para sacar

toda la tensión acumulada, todos los malos momentos, todas las noches en vela... y de la forma que ella quisiera.

Podían permanecer así un minuto o una hora. Él, de ninguna manera, iba a interferir. Estaba en todo su derecho de descargar su frustración como le viniera en gana. Nadie podía reprochar a Maddy nada, absolutamente nada.

Notó cómo los signos de su llanto iban remitiendo y siguió sin decir nada, abrazándola sin más. Cuando ella se apartó y levantó la cara para mirarle, con los ojos enrojecidos por el llanto, se le cayó el alma a los pies. Pero aguantó el tipo, por ella.

—¿Cómo...? —murmuró ella señalando los documentos tirados en el suelo—. Solo han pasado ocho meses.

No hacía falta que ella se lo recordara, sabía muy bien el tiempo que llevaban separados.

—A veces tener un amigo metomentodo viene bien. —Samuel intentó bromear pero sin éxito, no era lo suyo. Maddy le seguía mirando, esperaba una explicación—. Rafe —dijo al fin—, no ha parado. Ha hablado con todo aquel que pudiera ayudarme a acelerar el proceso y a los cuales yo no tenía acceso. Ha presionado como solo Dios sabe, no ha dejado ni un solo día de insistir a todo aquel que participaba en el proceso hasta hoy; a última hora de la tarde me ha traído esos documentos. Firmados. Se acabó, Maddy.

—Entonces... —la duda se reflejó en su voz.

—Ya está, Maddy, ya es efectivo. Soy legalmente un hombre divorciado y puedo hacer lo que quiera.

Maddy no le dio tiempo a más explicaciones. Le acunó el rostro y le atrajo hacia sí besándole de una forma indescriptible. Volcando en ese gesto todos esos días, con sus noches, en los que estuvo sola. Y mostrándole que, si antes le deseaba, ahora ese sentimiento superaba cualquier expectativa. Era un sueño hecho realidad, tenerla de nuevo en sus brazos, ahora ya libres para estar juntos, pero a pesar de que la deseaba como jamás hubiera imaginado que desearía a una mujer, la agarró de los hombros y la apartó, no mucho, pero sí lo suficiente para mirarla a los ojos. Ella se sobresaltó pero le miró con una sonrisa.

—Te he puesto perdida la chaqueta.

—No importa. —Samuel sacó un pañuelo de su bolsillo para que ella se sonara convenientemente. Después se deshizo de la chaqueta y se quedó en camisa ante ella.

Maddy le agradeció la iniciativa con otra bonita sonrisa y quiso pegarse de nuevo a él, pero Samuel se lo impidió.

—Espera un instante.

—¿Que espere? —protestó ella desconcertada.

—Tengo tantas ganas como tú de desnudarte y tumbarte en el suelo, pero esta vez, cariño, vamos a hacer las cosas bien.

Dejó de sujetarla por los hombros y empezó a buscar algo en los bolsillos.

—¿Y no podemos hacer las cosas bien después? —Ella le acarició el torso con la esperanza de que se dejase de tonterías. No llevaba chaleco debajo de la levita.

—Aunque parezca lo contrario... —se detuvo y frunció el ceño al no encontrar lo que solo él sabía que estaba buscando—, cada noche, solo en mi cuarto, no he pensado en otra cosa...

—¿Entonces...?

—Cuando ya no podía soportarlo y me tocaba pensando que eras tú quien lo hacía... ¡Joder!, ¿dónde está?

—¿Pensabas en mí?

—Ajá —respondió distraído mientras seguía registrando sus bolsillos.

—Yo... yo también lo hacía.

—¿Pensabas en mí mientras te tocabas?

—Dejé de hacerlo. Mis manos no son iguales que las tuyas —dijo ella con voz ronca invitándole a que llevara a la práctica esa teoría.

—¡Aquí está! —exclamó triunfante sacando un pequeño estuche forrado de fieltro rojo burdeos—. Maddy, ahora que soy libre para hacerlo, ahora que puedo y quiero... —Abrió el estuche y mostró el contenido.

—¡Oh! —fue cuanto dijo contemplando el anillo. Al observarlo mejor se dio cuenta de un pequeño detalle: ese anillo no era nuevo.

—Lo mandé restaurar y añadir dos piedras preciosas.

Maddy contemplaba con admiración el anillo que perteneció a la abuela de Samuel y que por su simplicidad tanto le gustó.

—Es... es precioso... y me quedo corta.

Samuel sacó el anillo de su estuche y se lo colocó en el dedo. Ella movió la mano y vio que le quedaba perfecto. Después volvió a besarle, expresando así todos sus sentimientos.

—Espera... espera. —Maldita sea, quería tener el placer de declararse. Claro que, por lo visto, ella sonreía mirando el anillo, estaba clara su respuesta; aun así quería hacerlo—. Maddy, ¿quieres casarte conmigo?

Ella le deslumbró con otra de esas sonrisas que contrastaban con sus ojos aún humedecidos por las lágrimas. Volvió a besarle antes de responderle.

—No.

Samuel parpadeó intentando asimilar ese no. Sin duda, con los nervios, o las prisas, debía de haber formulado mal la pregunta. Así que la repitió.

—Maddy, cariño, puede que estemos un poco nerviosos, o quizás me haya expresado mal. —Ella seguía sonriendo, así que los nervios le habían jugado, sin duda, una mala pasada—. Te he pedido que te cases conmigo.

—Y yo te he respondido que no.

—¿Perdón? —Ahora sí que había oído bien—. ¡Maddy! ¿Cómo puedes responderme que no?

—Bueno...

—Haz el favor de explicarte porque no logro alcanzar por mí mismo una explicación coherente.

—Es que ahora las cosas han cambiado.

—¿Qué quieres decir con eso? Esto era lo que ambos queríamos, ahora nadie puede interferir en nuestro matrimonio, no hay condicionantes que puedan estropearnos un futuro juntos, así que no te entiendo.

—Verás... —Maddy contempló su anillo de pedida antes de proseguir—: todo el mundo cree que soy una mala mujer, una influencia nefasta para un hombre como tú, que soy fría, calculadora y sobre todo que he tenido un sinnúmero de amantes.

—Por eso no debes preocuparte. ¡Maldita sea! Nadie podrá ni se atreverá a hablar mal de ti.

—¡Pero es tan injusto!

—Lo sé, cariño. Con el tiempo...

—Es tan injusto que hablen así de ti sin haber disfrutado de esas frivolidades.

—¿Qué quieres decir exactamente? —Samuel se mostró precavido, pues con Maddy podía ser lo peor.

—Quiero que la gente murmure, especule y hable de mí con conocimiento de causa. Quiero que el escándalo sea real. Quiero un amante, citas secretas en hoteles de mala muerte a las afueras, fines de semana encerrada en la habitación de un balneario para ricos. Quiero ir del brazo de mi amante al teatro y que me contemplen. Quiero ir enojada al máximo y que todos sepan que mi amante me consiente hasta el último capricho. Y... quiero conducir un automóvil.

Samuel cerró los ojos un instante, intentaba comprender qué clase de locura temporal hacía que ella hablase así.

—Entonces, si no he entendido mal, incluso quieres que te ponga un piso en el centro, pague todos tus gastos y te visite tres veces por semana. —La frase fue pronunciada con una carga de cinismo excepcional—. Y respecto al automóvil, mejor dejarlo para más adelante.

—Veo que me has comprendido —dijo ella sonriente colgándose de nuevo de su cuello para ser objeto de sus atenciones—. Y si quieres pasarte más de tres noches por semana... —Maddy pestañeó coqueta y él, antes de rendirse irremediablemente, debía negociar.

Él, que no estaba para bromas, puso a sus neuronas a trabajar rápidamente para encontrar un fallo a ese «fabuloso» plan.

—De acuerdo —dijo él al fin—, pero si te quedas embarazada nos casamos. No pienso tener hijos ilegítimos, por muy escandaloso que te parezca.

—Humm. De acuerdo.

Samuel, listo y hábil como un zorro, no sonrió para no delatarse. Con un poco de suerte podía dejarla embarazada esa misma noche.

—Y ahora, aunque de momento no sepamos la fecha... ¿Quieres casarte conmigo?

Maddy se rio contenta, sin separarse de él y le besó antes de responder.

—No.

—¡Joder! —Esta vez no eran los nervios, claramente ella estaba jugando a saber qué juego, sin duda uno muy personal y hábil a la hora de torturarlo—. ¿Cómo que no? Si acabamos de llegar a un acuerdo.

—Es que... hay otros asuntos a tener en consideración.

Samuel se pellizcó el puente de la nariz e, intentando no dar muestras de sus conocimientos en cuanto a palabras malsonantes, se separó de ella, se sentó en el sofá y le hizo un gesto para que hablara. Ella caminó hasta él y se situó entre sus piernas. Él levantó la vista y colocó las manos en su cintura.

—Te escucho. —¿Qué podría hacer si no?

—Mi exmarido —Maddy hizo una pausa para comprobar la reacción de Samuel antes de seguir— fue muy generoso en el divorcio. —El exmarido hizo una mueca—. Tengo varias propiedades y una interesante cartera de valores que gracias a mi trabajo ha aumentado considerablemente.

Samuel se abstuvo de decir que conocía perfectamente las inversiones de su esposa desde el primer día. Pero decírselo solo supondría dar explicaciones y dilatar la conversación.

—Así que si me caso contigo, todas mis propiedades, según la ley, pasarán a ser tuyas y yo, claro, no quiero quedarme sin nada, una mujer debe velar por su futuro.

—No puedo creerlo —reflexionó en voz alta—. Maddy, pase lo que pase, diga lo que diga la ley, no voy a tocar nada de lo que tienes. Podrás seguir haciendo lo que te plazca, y ya puestos, si con esto acabamos de una vez, te nombraré directora adjunta, trabajarás conmigo y moverás más capitales de los que jamás has imaginado. Pero, por lo que más quieras, deja de jugar conmigo. —Ella parecía reflexionar su propuesta, así que, para rematar, Samuel dio la estocada final—. Piensa en lo escandaloso que sería tener a la amante trabajando en un puesto de tanta responsabilidad.

—Si insistes. —Se encogió de hombros fingiendo desdén—. Acepto.

—¿Aceptas el puesto o casarte conmigo? —preguntó dando un azote en ese trasero que se moría por tocar.

—Las dos cosas. No soy tonta y sé reconocer una gran oportunidad.

La atrajo hacia sí para poder hacer las cosas bien, por esa noche habían hablado demasiado, ahora tocaba pasar a la acción.

Empezó por levantarle la falda y meter las manos donde quería, entre sus piernas, confiaba en que ella no le exigiera unos preliminares extensos, después podrían entretenerse cuanto quisieran. Comprobó que estaba preparada para penetrarla en ese mismo instante, así que se echó hacia atrás para desabrocharse los pantalones.

—Móntame —pidió él ayudándola, o más bien pensando únicamente en desabotonar su mojegata blusa y ver libres de restricciones sus hermosos pechos.

Ella dudó un instante y le miró.

—Espera, vamos a mi cuarto. Mi hermano puede llegar en cualquier momento.

—Ni hablar, te deseo, ahora, así que no me hagas esperar. —Colocó las manos en sus muslos para posicionarla—. Y por tu hermano no te preocupes, después de la función hay un ágape para los asistentes. Tardará en volver.

—De acuerdo.

Pero tras decir eso, y en una posición a medio camino que estaba matando a Samuel, ella le miró con desconfianza y no se colocó donde él tanto necesitaba.

—¿Y cómo sabes tú dónde está mi hermano?

—Maddy, me he gastado una fortuna en conseguirle esas entradas para tenerte a solas, no tengo ganas de dar más explicaciones. ¡Vamos! —Tiró de ella, pero se resistía—. ¿Qué pasa ahora?

—¿Tú eres el cliente rico?

—No sé, ni quiero saber de qué hablas.

—Mi hermano me dijo... ¡Ay! Ya voy —protestó por los azotes impacientes de Samuel.

Maddy se situó en el punto exacto y se dejó caer para que él la penetrase sin más interrupciones, ahora estaban como quería.

Ella empezó a moverse, besarle, clavarle las uñas, tirarle del pelo, todo al mismo tiempo. Por supuesto Samuel no iba a quejarse. Pero por lo visto Maddy no estaba poniendo toda la carne el asador.

—¿Qué te hace tanta gracia? —No debía preguntar pero ella se reía y eso no era lo propio en esa situación.

—Mi hermano me invitó a que lo acompañara. ¿Qué hubiera pasado si hubiera aceptado?

—¡¿Qué?! —Samuel se detuvo—. Joder, cuando hable con él...

Maddy volvió a moverse pero no quitaba ojo de la puerta.

—Samuel... —jadeó—, vayamos a mi habitación, esa puerta no tiene cerrojo, si entra cualquiera...

—Si quieres ser la amante de un hombre rico, lo primero que debes aprender es a no contradecirle. Así que como yo quiero hacerlo aquí, contigo, tú te limitas a obedecer. ¿Está claro?

EPÍLOGO

Verano de 1902

—Te lo advierto, una broma más, un comentario gracioso de más, y te saco a patadas de mi casa.

—Contrólate, ¿de acuerdo? Maddy está bien atendida, el médico está con ella y todo saldrá bien.

—Ya me gustaría a mí verte en esta situación. ¡Joder!, ¿por qué tardan tanto?

—Si las cuentas no me fallan, Alice dará a luz en un mes, así que si te sirve de consuelo, estoy aprendiendo mucho de ti para comportarme como un energúmeno.

—¿Y por qué narices no me dejan entrar? No voy a ver nada que no haya visto antes.

—¡No digas bobadas! —dijo una voz femenina saliendo de la alcoba despeinada. Se puso una mano en la espalda y buscó un sitio donde sentarse—. No tiene nada que ver. Está dando a luz, no jugando a los médicos.

—Prometo no portarme como este idiota —dijo Rafe acercándose a su esposa para situarse junta a ella y preocuparse por que estuviera cómoda.

—Y yo prometo no volver a quedarme embarazada —murmuró Alice.

El mayordomo anunció que el juez de paz ya había llegado.

—Dígale que esté preparado, enseguida le avisaremos —dijo Samuel.

—No hables por ti. Vas hecho un asco, arréglate, hombre, que vas a casarte y ser padre en el mismo día. —Rafe le palmeó la espalda y sonrió.

—No me lo recuerdes —dijo Samuel entre dientes.

Y es que por más que había insistido, hablado, persuadido e incluso intimidado a Maddy para contraer matrimonio, ella se negaba una y otra vez. Solo unas horas antes, cuando sintió los primeros signos de que llegaba el momento, accedió a casarse con él.

El escándalo había sido mayúsculo.

Estaba tan nervioso que el nudo de la corbata era horrible. Así que dejó a Alice que le ayudara.

—Debo reconocer que sí ha sido un buen escándalo. Todo el mundo habla de ello. Hasta siento un poco de envidia —dijo Alice examinando el nudo de la corbata—. De haber podido yo, hubiera hecho lo mismo.

—Cariño, nosotros ya tuvimos nuestro propio escándalo, ¿recuerdas?

—Ah, sí. —Alice sonrió—. Pero podríamos dar un nuevo tema del que hablar, ¿no crees?

—Me lo pensaré.

Samuel no prestaba atención a la conversación del matrimonio, primero, porque estaba acostumbrado a esos diálogos, y segundo porque su atención estaba puesta en

la puerta del dormitorio de Maddy. Por fin esta se abrió, pero salió Theresa, que seguía sin estar convencida de que fuera bueno con Maddy, se lo recordaba constantemente con miradas reprobatorias; después apareció el doctor.

—Ya puede pasar —le dijo a Samuel.

Y este, sin darle las gracias ni nada, entró en la habitación de su futura esposa. Se quedó paralizado al ver la, escena. Maddy, en el centro de la cama recién cambiada, medio acostada y con un bebé, al cual solo se le veía la carita arrugada y debía de estar dormido, pues tenía los ojos cerrados. Ella le sonrió y, a pesar de haber entrado en tromba a la habitación, se acercó con cuidado a un lado de la cama y se sentó.

—¿Cómo estás?

Preguntar algo así era absurdo, pues en la cara de Maddy se veían los signos del esfuerzo realizado. Pero no sabía qué más decir.

—Ahora mucho mejor. —Cambió de postura para incorporarse—. ¿No vas a cogerla?

Samuel, que sabía poco o nada de recién nacidos, tenía miedo de coger algo tan pequeño y de no hacer lo correcto, pero llegados a ese punto los dos eran padres primerizos, por lo que les quedaba un largo camino de aprendizaje por delante.

—Es una niña —le informó ella—. Si estás de acuerdo, se llamará Samantha.

Él, con su hija en brazos, la miró un instante y asintió.

—Me parece bien.

—Esperaba que fuera un niño, sé que te hacía ilusión y...

—No me importa. Me encargaré de malcriarla debidamente. —Dejó de nuevo a la niña junto a su madre—. Una niña me parece estupendo. —Samuel sacó de su bolsillo el estuche con las alianzas y se las mostró—. Es hora de que cumplas tu palabra.

Ella asintió, pues ya había jugado bastante con su amante rico.

Veinte minutos más tarde, ante el juez, y con Alice y Rafe como testigos, por fin Samuel pudo respirar tranquilo cuando les declararon marido y mujer.

Rafe, como siempre, remató con el comentario más divertido sobre la inusual noche de bodas.



No me gusta hablar de mi misma, me da un poco de corte, pero allá voy.

Nací en Burgos, donde sigo residiendo y donde trabajo en la empresa familiar; haciendo de casi todo pero donde tengo un pelín de libertad para mis cosas.

Algún día descubriré que es eso de conciliar la vida familiar y la vida laboral.

Me aficioné a la lectura en cuanto acabé el instituto y dejaron de obligarme a leer. Recuerdo que *El perfume* fue el último libro que me mandaron leer y que me aburrió sobremanera.

Empecé con la novela histórica y un día de esos tontos me dejaron un libro de romántica y de ahí, por casualidad, me enganché.

Y de qué manera.

Todavía conservo muchos de los primeros libros que compré, aunque ahora, con los años, muchos de ellos me resulten chocantes. Con el tiempo, inevitablemente, una se vuelve más selectiva.

Vivía en mi mundo particular hasta que internet y los foros de novela obraron el milagro de poder hablar de lo que me gusta con más gente, compartir opiniones y así, a lo tonto, pues aquí estamos.

Me encantaba escribir reseñas y así empecé a contactar con otras foreras, a conocernos y a hablar de todo.

Durante mucho tiempo escribía cosas sueltas, relatos, que siguen por ahí a la espera

de darles el último retoque. Hasta que alguien muy especial me animó a ponerme a escribir en serio y a presentarlo a las editoriales. Y he aquí el resultado.

He escrito varias novelas, ambientadas en diferentes épocas. La primera fue *Divorcio* (2011), que pertenece a la serie «Boston» y en la que se incluye también *A contracorriente* (ganadora del VII Premio Terciopelo de Novela). Entre las de ambientación contemporánea cabe mencionar *Treinta noches con Olivia* (2012), que forma parte de una serie divertida y desenfadada compuesta por seis títulos más. También me he aventurado con novelas de temática histórica como *No te pertenezco* (2015) y *No te he olvidado* (2016). Otras de corte más intimista, como *Sin reservas* (2015) y su desenlace, *Sin palabras* (2016). Asimismo he publicado títulos independientes como *Tal vez igual que ayer* (2016), varias novelas en formato digital, entre las que destaca *No se lo cuentes a nadie* (2017) y, por supuesto, no hay que olvidar la serie «más gamberra» de las que hasta la fecha he publicado: *Quiero lo mismo que tú* (2014), *Dímelo al oído* y *Edición limitada* (2017). Y no podía faltar una de investigación: *Inútil ilusión traicionera* (2018).